

Fundamentos Apostólicos

Prefacio

Tengo un especial respeto por la palabra *apostólico*. El perder su significado amenaza la pérdida de la fe en sí misma. No es una palabra que sea fácil de definir, y sin embargo hay algo acerca de ella y su significado que está en el corazón de la fe. Es una palabra vital, y es una palabra que necesita ser resucitada, que no puede ser considerada como una simple identificación denominacional. Es una palabra que palpita de gloria, y por lo tanto debemos buscar y rescatar el fundamento apostólico – o no tendremos una iglesia digna de esa palabra.

Como toda gran palabra bíblica, no encontraremos la definición en un diccionario. Más bien necesitamos ser *asidos* por la genialidad de lo que esta palabra representa. Es una búsqueda y una restauración de todo lo que alguna vez fue auténtico, todo lo que fue valioso, todo lo que fue creído, todo lo que fue entendido y todo lo que fue vital en la primera iglesia. Existe algo penetrante acerca de la palabra *apostólico* que trae a la mente el corazón, el espíritu y el sentido de la iglesia cuando estaba en su gloria. La iglesia fue apostólica en su comienzo y debe serlo también en su *conclusión*. De hecho, solamente una iglesia apostólica puede soportar y vencer, y a través de ese testimonio, testificarle y penetrar en un obstinado y endurecido remanente de Israel en el misterio de Dios al final de esta era.

Probablemente uno de los más grandes fracasos de la iglesia es el estar satisfecha con declaraciones verbales y afirmaciones de credo – pero sin la correspondiente actualidad. Estamos engañados, y estaremos engañando a otros si estamos satisfechos con sólo un reconocimiento verbal. Dios es existencialista – El es el Dios de la realidad; El no está conforme con la simple aprobación de una doctrina. El espera por la apropiación y la realidad.

Una iglesia con fundamentos apostólicos es aquel cuerpo de personas cuyo principal impulso y principio de vida, es un radical y absoluto celo por la gloria de Dios, siendo de hecho la existencia y el servicio *una sola cosa*. Que estos grandes temas apostólicos enciendan en sus corazones nada más ni nada menos que este estándar santo. Y que a partir de ahora penetre en sus espíritus y en los tuétanos de su ser algo que jamás los abandone.

Tengan la seguridad que los pensamientos aquí expresados no han venido de una manera barata o casual, sino a través de condiciones de vida experimentadas personalmente y dentro de un cuerpo de creyentes, que se aproximan en alguna medida a las realidades que constituyeron la entereza de la primera iglesia. Este libro es dedicado a aquellos que han sufrido con nosotros los dolores en la esperanza de la gloria.

Arthur Katz

Introducción: La Anatomía de lo Apostólico

No hay otra palabra que debiera estar más viva en nuestras conciencias como la palabra *apostólico*. Es una palabra que lo dice todo acerca de la naturaleza y la genialidad de la iglesia, de todo lo que Dios espera de ella y de lo que espera que sea. Como cualquier otra gran palabra bíblica, no podemos encontrar definiciones para ellas en un diccionario. Es una palabra que necesitamos asir y ser asidos por ella. Es una palabra que ha caído en la inutilidad y que necesita ser restaurada, y esa restauración no va a ser algo sin costo – pero lo vale *todo*.

Nada que tenga algo de consecuencia eterna o valor inmediato puede ser realizado en la tierra independientemente de esto. Quizás tengo muy poca paciencia con aquello que se llama ministerios para-iglesias (imitadores de iglesias) y cosas con carácter temporal que han sido erguidas en nuestra generación por la falta de una iglesia como esta. Lo más seguro es que son sólo la provisión temporal de Dios. Sin embargo, las verdaderas obras de Dios deben emanar de una iglesia verdadera, una iglesia de carácter singular, como lo fueron establecidas en la iglesia de Antioquía (Hechos 13). Dios es celoso con la palabra *apostólico*. El Señor se designa a Sí mismo como el “Sumo Sacerdote y Apóstol” de nuestra confesión. Si la iglesia es edificada sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, entonces necesitamos apropiarnos de las profundidades del significado de esta palabra para que así podamos formar parte de lo que esto constituye y de la configuración de cosas apostólicas que hacen de la iglesia la iglesia.

La raíz Griega de la palabra apostólico es “apóstolos” que significa ‘enviado.’ Aquello que no es enviado por Dios no puede llevar a cabo los propósitos de Dios, y aquello que El envía El inviste con poder, por lo tanto vamos a examinar la anatomía del enviar a partir de la historia de la comisión y la manera que fue enviado Moisés desde la zarza ardiente. Este envío de Dios es perpetuo en todos los profundos principios de Dios que tienen que ver con el ser enviado, y por lo tanto, con aquello que está relacionado con lo apostólico.

Apacentando Moisés las ovejas de Jetro su suegro, sacerdote de Madián, llevó las ovejas a través del desierto, y llegó hasta Horeb, monte de Dios.

Y se le apareció el Ángel de Jehová en una llama de fuego en medio de una zarza; y él miró, y vio que la zarza ardía en fuego, y la zarza no se consumía.

Entonces Moisés dijo: Iré yo ahora y veré esta grande visión, por qué causa la zarza no se quema.

Viendo Jehová que él iba a ver, lo llamó Dios de en medio de la zarza, y dijo: ¡Moisés, Moisés! Y él respondió: Heme aquí.

Y dijo: No te acerques; quita tu calzado de tus pies, porque el lugar en que tú estás, tierra santa es.

Y dijo: Yo soy el Dios de tu padre, Dios de Abraham, Dios de Isaac, y Dios de Jacob. Entonces Moisés cubrió su rostro, porque tuvo miedo de mirar a Dios.

Dijo luego Jehová: Bien he visto la aflicción de Mi pueblo que está en Egipto, y he oído su clamor a causa de sus exactores; pues he conocido sus angustias,

Y he descendido para librarlos de mano de los egipcios, y sacarlos de aquella tierra a una tierra buena y ancha, a tierra que fluye leche y miel, a los lugares del cananeo, del heteo, del amorreo, del ferezeo, del heveo y del jebuseo.

El clamor, pues, de los hijos de Israel ha venido delante de Mí, y también he visto la opresión con que los egipcios los oprimen.

Ven, por tanto, ahora, y te enviaré a Faraón, para que saques de Egipto a Mi pueblo, los hijos de Israel.

Entonces Moisés respondió a Dios: ¿Quién soy yo para que vaya a Faraón, y saque de Egipto a los hijos de Israel?

Y El respondió: Ve, porque Yo estaré contigo; y esto te será por señal de que Yo te he enviado: cuando hayas sacado de Egipto al pueblo, serviréis a Dios sobre este monte.

Dijo Moisés a Dios: He aquí que llego yo a los hijos de Israel, y les digo: El Dios de vuestros padres me ha enviado a vosotros. Si ellos me preguntaren: ¿Cuál es Su nombre?, ¿qué les responderé?

Y respondió Dios a Moisés: YO SOY EL QUE SOY. Y dijo: Así dirás a los hijos de Israel: YO SOY me envió a vosotros.

Además dijo Dios a Moisés: Así dirás a los hijos de Israel: Jehová, el Dios de vuestros padres, el Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob, me ha enviado a vosotros. Este es Mi nombre para siempre; con él se me recordará por todos los siglos. (Éxodo 3:1-15)

La raíz de la palabra enviar es utilizada en cinco ocasiones. Hay aquí algunos principios que tienen una validez eterna y una permanente aplicación que nos proporcionan información de aquel a quien Dios envía. Por ejemplo, ¿por qué ocurrió esto en aquel lugar solitario en el desierto (la parte oriental), y por qué fue precedido esto por una preparación de cuarenta años en el desierto? ¿Por qué esperó Dios a que Moisés mirara antes de llamarlo? ¿Qué si no hubiese mirado? Cuando Dios *vio* que Moisés había mirado fue sólo entonces que lo llamó de en medio de la zarza ardiente. Esta acción de mirar, de voltearse, es el punto fundamental y crítico de cambio. Tanto se encontraba en juego con la obediencia de un solo momento, en la libertad espontánea de una simple acción que no podía ser forzada. Dios no le dijo a Moisés que volteara a mirar, pero algo en el hombre mismo fue crítico, y si Dios no encuentra esto en nosotros, entonces podemos olvidarnos de cualquier tipo de comisión, envío u obra apostólica.

¿Existe un paralelo entre el comisionamiento de Pablo y el comisionamiento de Moisés? Ambos fueron dos expertos arquitectos, dos hombres que fueron claves en los propósitos de Dios para levantar a un pueblo y sacarlo de la esclavitud

hacia una tierra fluyendo con leche y miel. No sólo es suficiente el *sacar de* sino el ingresar *a*. No sólo es el rescate de un pueblo de los egipcios, sino también una confrontación de carácter vital con Faraón. Este era un Moisés que cuarenta años atrás había buscado iniciar su propia manera de hacer lo 'bueno' para su pueblo. Pero esto terminó con la muerte de un egipcio, enterrado rápidamente en la arena, y Moisés tuvo que huir al desierto. Cuarenta años más tarde, llegó el momento del encuentro, y la verdadera realización de su llamado.

¿Hasta qué grado, entonces, debe el fracaso preceder la verdadera apropiación del llamado de uno? Fue cierto para Pablo y Moisés y lo debe ser para nosotros. ¿Estamos dispuestos a la humillación del fracaso, permitido y establecido por Dios mismo, a pesar de nuestras mejores intenciones? Es sólo de los residuos y de la muerte de *aquel* fracaso, y de su mortificación, de donde puede ser formado un hombre a quien Dios pueda enviar. ¿Puede ser formado un hombre de otra manera? Hay algo en el fracaso, especialmente cuando es producto de las mejores intenciones de servir a Dios, que efectúa como nada más puede hacerlo, aquel profundo trabajo en el alma humana. El hecho de no haber experimentado el fracaso es una afirmación de que ni hemos buscado, ni hemos tenido la intención apostólica. Lo hemos estado jugando tímidamente. Evitamos la humillación del fracaso y en vez de esto buscamos pasarla tranquilos.

Hubo un anhelo en el alma que fue visto tanto en Pablo como en Moisés, y aunque este anhelo no fue satisfecho, tuvo su nacimiento de una intensidad del corazón hacia Dios. Cuando Dios encuentra a alguien así, aun en su propio error, entonces habrá más potencial para él que para aquellos que dicen ser Sus amigos, quienes no tienen esa intensidad, pero que prefieren ir con la corriente, y cuyas vidas son monótonas y comunes para Dios. Pedro falló miserablemente, pero de ese gran fracaso surgió un gran apóstol.

En aquellos días sucedió que crecido ya Moisés, salió a sus hermanos, y los vio en sus duras tareas, y observó a un egipcio que golpeaba a uno de los hebreos, sus hermanos. Entonces miró a todas partes, y viendo que no parecía nadie, mató al egipcio y lo escondió en la arena. (Éxodo 2:11-12)

Aunque Moisés era llamado por Dios, aún no estaba calificado para ser un libertador. Le hacía falta el temor de Dios, y la comprensión de Dios. Su actitud era totalmente horizontal: El *vio* y *él* actuó, pero no había ninguna consideración de mirar hacia arriba. Solamente porque veamos algo que necesita ser rectificado no es una justificación para hacerlo. No hay nada más opuesto a los propósitos de Dios que las buenas intenciones perpetradas por los hombres en su propio celo humano y religioso.

Hay algo acerca de toda la estructura de la vida de iglesia, y de la necesidad de ejecutar algo para justificar su existencia y su perpetuación, que la obliga a actuar sin esperar. No existe una mayor muerte que esperar y esto es algo que se

encuentra en el corazón de lo sacerdotal. Los sacerdotes no comenzaban su actividad sacerdotal, o ministerio, sino hasta que pasaran siete días de espera. Siete es el número de consumación, y la consumación fue la muerte final de sus buenas intenciones de hacer algo para Dios. Hasta que *eso* muera, no habrá un verdadero servicio sacerdotal, y si no es sacerdotal, entonces tampoco es apostólico. Jesús es el Sumo Sacerdote y Apóstol de nuestra confesión. Lo primero debe preceder a lo último. La impaciencia, la voluntariedad, la ambición religiosa, la necesidad de hacer y de ser visto haciendo, de ser reconocido y aceptado es *muerte* para los propósitos de Dios.

Cuando una iglesia es impaciente por ejecutar y por hacer (¿cómo mas se justifica a sí misma?), y si no está haciendo o ejecutando, o si no tiene un programa, ¿cómo pacifican a la congregación? ¿Por qué tendrían que seguir viniendo? Por lo tanto, se les *exige* implementar programas para así poder atraer y mantener a las personas.

A los ochenta años de edad, cuando Dios confronta a Moisés en la zarza ardiente y lo envía, qué dice Moisés acerca de eso, “¿*Quién soy yo para que vaya...*?” Es un hombre quebrantado, uno que no tiene ninguna seguridad de sus habilidades. Ha sido completamente vaciado de todas sus capacidades humanas, que por cierto eran supremas y sublimes, tanto genealógicas, siendo un hebreo de hebreos, de la tribu sacerdotal, como también un príncipe de Egipto versado en toda su sabiduría y conocimiento. Pero ahora este es un hombre verdaderamente vaciado de sí mismo y no tiene nada de confianza en que pueda llevar a cabo algo, y mucho menos liberar a todo un pueblo de la esclavitud. No hay un hombre más calificado que aquel que cree en lo más profundo del corazón que no tiene calificación. Toda la obra preliminar de Dios es la de descalificarnos antes de que podamos estar calificados. Esto es totalmente contrario a toda la mentalidad religiosa. Es un desperdicio absoluto ante sus ojos porque aquí había un hombre que, a los cuarenta años de edad y lleno de vigor, está listo para hacer grandes cosas para Dios. ¿Cuántos de nosotros estamos que corremos para hacer nuestra raya para Dios? Y sin embargo Dios no piensa que es demasiado o un desperdicio o una extravagancia el darle a Moisés otros cuarenta años de espera en el desierto hasta que esté completamente vacío – para así después llamarlo.

Solamente porque veamos algo que merece ser rectificado no es necesariamente una justificación para llevarlo a cabo. *No* podemos actuar en respuesta a una necesidad. Moisés no es enviado porque *él* haya visto la necesidad, sino dice que, “*El clamor, pues, de los hijos de Israel ha venido delante de Mí.*” Dios vio su aflicción, y no debemos ir con base en nuestro ver, sino con base en Su enviar. ¡Que diferencia en comparación con toda la carrera ‘de aquí para allá’ que está ocurriendo actualmente en la Cristiandad!

Mientras que Dios esperaba por Moisés cuarenta años adicionales, Israel continuaba siendo afligido cuarenta años más, y Dios no consideró esto como un desperdicio o como algo extravagante. Permitió que toda una nación sufriera

durante una generación más esperando por el momento escogido por El para su propia operación divina. Esto no es sólo una revelación acerca del hombre, sino también una revelación del Dios que llama y que envía al hombre. ¿Conocemos a ese Dios de *esa* manera? Hasta que lo hagamos, ¿cómo seremos entonces enviados, cómo lo representaremos y lo haremos conocer si no lo conocemos como El es? Un apóstol es enviado en lugar de otro. El está representando a Dios – no lo que él piensa de El – sino quien El de hecho es en Sí mismo. Este es un valioso conocimiento cuando se toma en consideración la cantidad de sufrimiento que se experimentó en la espera, aun cuando esto haya sido permitido por Dios. La naturaleza humana es utilitaria, busca lo que le conviene y quiere obtener las cosas *ahora*. Pero nuestros caminos no son Sus caminos, ni nuestros pensamientos Sus pensamientos. La iglesia opera más por la forma en que lo hacen las cosas modernas que por un Dios perpetuo y eterno que tiene del sufrimiento una perspectiva diferente a la nuestra.

En este momento nos estamos adentrando en la raíz del carácter apostólico y del conocimiento de Dios. Dios no va a enviar a alguien que esté medio cocinado en el entendimiento de El. ¿Qué es lo que esta persona va a presentar? ¿Qué es lo que trae el apóstol cuando él viene? ¿Por qué es el apóstol el fundamento de la iglesia? La única característica distintiva o atributo de un apóstol que lo hace fundamental para la iglesia es el conocimiento de Dios como El es en Sí mismo, y no como pensamos que El es. Ese conocimiento no es algo barato, sino que toma años para obtenerlo de la mano de Dios a través de pruebas, sufrimiento y fracasos que son permitidos por medio de humillaciones y derrotas. Si nos hemos suscrito a un conocimiento fácil e intelectual de Dios sin haber luchado con la justicia de Dios, con los juicios de Dios y con la razón por la cual El permite el sufrimiento, entonces *no* seremos enviados. Lo que debemos hacer entonces es meternos por completo para poder comprender el enigma de Dios y así dejar de estar satisfechos con simples creencias. Dios ama a aquellos hombres que van a luchar con El. Muchos de nosotros no hemos sido enviados debido a que no hemos luchado. Estamos satisfechos con una noción débil de Dios, que puede estar técnicamente correcta, pero de hecho no es verdadera.

Quizás conozcamos algo, y seamos llamados a algo, o tengamos una revelación de algo, pero aún no ser el momento en el tiempo de Dios para expresarlo. ¿Podemos pacientemente retenerlo hasta que llegue ese momento? ¿Por qué es que Dios hace primero el llamado para después realizarlo más adelante? ¿Por qué meter al hombre en toda clase de luchas internas y batallas? ¿Por qué no da El el llamado y su realización al mismo tiempo? ¿Por qué lo permite Dios? ¿Qué es lo que sucede existencial e internamente que ayuda de alguna manera a los propósitos de Dios? ¿Es una coincidencia que Moisés haya estado *cuarenta* años en el desierto? Cuarenta representa tribulación y prueba. Necesitamos respetar la extraordinaria preparación de un hombre para el servicio, porque si no lo respetamos en Moisés, entonces no lo respetaremos en nosotros. ¿Estamos nosotros dispuestos a someternos a esperar y a las condiciones de pruebas y

preparación para el verdadero servicio cuando todo el mundo religioso clama por acción?

Hay algo en el corazón de Dios que está tiernamente dispuesto hacia aquellos que cuidan del rebaño durante la noche, que son diligentes, fieles y poco atractivos. Apacentar las ovejas era la profesión más desgraciada en Egipto. No había algo más bajo para los valores egipcios que apacentar ovejas, y por cuarenta años eso fue lo único que Moisés hizo. Hay algo que es formado en la monotonía y la regularidad, en aquello que es predecible, que no tiene nada de variación, que carece de cualquier tipo de esplendor o emoción carismática, pero que requiere una firme paciencia y un fiel desempeño día tras día tras día. Si Moisés no hubiera hecho eso, no hubiera estado capacitado para sacar el rebaño de Dios fuera de Egipto. El uno era un necesario preliminar para el otro, y nosotros debemos aprovechar nuestro aprendizaje de las cosas que son ordinarias, no vistas, no distinguidas, y mostrarnos fieles en *eso*, para así poder ser fiel con lo otro. Esta es la sublime sabiduría y requerimiento de Dios. Para Moisés esto surgió de las circunstancias al huir de Egipto y encontrarse a sí mismo en Madián, en una economía cuyo corazón era el apacentar ovejas. Era la perfecta y necesaria preparación de Dios para un hombre que era un príncipe de Egipto.

Moisés llevaba al rebaño hacia una parte *solitaria* del desierto donde el Monte de Dios se encontraba – pues *sólo* era allí donde se le podía encontrar. Podemos atender a todas nuestras reuniones carismáticas y a todos nuestros conferencistas de renombre para nuestras ‘grandiosas experiencias en Dios,’ y aun así, regresar con nuestra boca llena de cenizas porque no hemos aún ido hacia la parte trasera sino hacia al frente. Pero el Monte de Dios no se encuentra allí. Horeb significa ‘seco, deshidratado, estéril y empobrecido.’ *Ese* es el Monte de Dios y eso es *aquello* que El ocupa. Ahí es donde Dios es hallado. ¿Tenemos las agallas para buscarlo en ese lugar? La parte trasera, la parte solitaria, es insípida, hostil y nada espectacular. El frente es donde está la acción, lo floreciente, donde está todo el brillo, las grandes estrellas, los nombres y la actividad. ¿Quién va en búsqueda de la parte solitaria donde Dios está? Nada ha cambiado. ¿Tenemos las agallas para ese lugar solitario y, podremos ser destetados de la primera fila junto con todos los folletos a color que llegan en el correo?

Todo esto es la calificación preliminar para el encuentro con Dios y para ser enviados. El Monte Horeb es una montaña de tipo insignificante, que no es sólo donde se encuentra a Dios sino también lo que Dios es en Sí mismo. ¿Por qué se le encuentra allí? Fue por la misma razón por la que nació en un establo y por la cual Su reino comienza con un hombre que dejaba que su saliva cayera por su barba (el Rey David), y a quien se le juntaron los afligidos y endeudados. Este es *Dios*, y si no sabemos eso, entonces qué es lo que vamos a comunicar. Sólo es este conocimiento de Dios el que puede sacar a los hombres de la esclavitud. Después de todo, qué es Egipto sino la antítesis del desierto. Egipto es la carnalidad floreciente y la gratificación de la carne. Dios es Horeb – resequedad, aridez, aparente desilusión, y nada que estimule a la carne. El es el Dios de la

humildad, y es sólo la revelación de la humildad de Dios la que puede salvar a los hombres de Egipto. Las cosas que aparentan ser inferiores son las que están en condición de destruir las cosas que aparentan ser superiores. La debilidad de Dios es más fuerte que la fuerza de los hombres, y la insensatez de Dios es más sabia que la sabiduría de los hombres. Egipto era el pilar de la sabiduría y de la civilización humana pero Horeb es algo enteramente opuesto.

El hombre al que Dios guarda para una misión de categoría extrema, para una liberación de categoría extrema y para una confrontación de categoría extrema, no es uno que se vaya a enfrentar con unos cuantos egipcios, sino con el Faraón mismo, en una demostración de categoría extrema. Dios escucha el clamor y ve la necesidad; y nosotros debemos poseer una trascendental confianza, no sólo en Su compasión y misericordia, sino también en Su soberanía. Eso nos va a salvar de actividades iniciadas por nosotros mismos y de convertirnos en ‘salvadores’ prematuros del mundo.

Y se le apareció el Ángel de Jehová en una llama de fuego en medio de una zarza; y él miró, y vio que la zarza ardía en fuego, y la zarza no se consumía.

Entonces Moisés dijo: Iré yo ahora y veré esta grande visión, por qué causa la zarza no se quema. Viendo Jehová que él iba a ver, lo llamó Dios de en medio de la zarza, y dijo: ¡Moisés, Moisés! Y él respondió: Heme aquí.

¿Por qué escogió Dios una zarza en vez de simplemente revelarse como lo hizo con Josué en forma de aparición? ¿Por qué se revela Dios en este contexto? ¿Qué tenía que ver esto con el particular y peculiar envío de Moisés? ¿En qué manera se relaciona esto con la historia de Moisés? ¿Qué es lo que quiere Dios registrar en nuestras mentes por medio de esta clase de revelación de Sí mismo? ¿Qué es lo que puede haber en una zarza ardiente que revele a Dios? ¿Fue la acción de Moisés de voltear a mirar algo voluntario? ¿Sería simple curiosidad? ¿Con qué clase de mirada miró él? ¿Qué fue lo que evocó esta extrema consagración a Dios, “*Heme aquí,*” que no vemos en multitudes de personas carismáticas y evangélicas de Dios? Hasta que Dios no tenga al hombre completamente, de pies a cabeza, “*Heme aquí,*” entonces no habrá envío.

La extraordinaria preparación del hombre apostólico sólo debe ser entendida bajo la perspectiva eterna – no solamente en esta era, sino también en las eras por venir. Si pensamos que todo gira en términos del llamado de Moisés y de los propósitos de Dios en la liberación de Israel, sin importar cuan grandes sean estas cosas, entonces hemos errado. Hay algo más que debemos entender, o no estaremos dispuestos a someternos pacientemente a la preparación de nuestro carácter en el contexto de la eternidad. Nuestro llamado es un llamado eterno, y nuestro servicio terrenal sólo es un aspecto de aquella realización. Dios ve todo dentro del contexto eterno y también debemos hacerlo nosotros. ¡Por eso es que cuarenta u ochenta años no son nada! Es una preparación para las eras por venir,

la cual ha sido una conciencia que la iglesia moderna, para su propia ruina, ha perdido totalmente.

Miremos la misma zarza. ¿Por qué utilizó Dios una simple *zarza*? Es la cosa más ordinaria y rústica que puede encontrarse. ¿No debería haber estado Moisés cerca de un roble ardiente o algún gigantesco árbol que representase la grandeza de Dios? ¿Qué es lo que puede haber en una zarza en la cual Dios habita? Esta es la clave para revelar el carácter apostólico. Cuando alguien se da la vuelta para mirar *eso*, el Dios en *esa* zarza, entonces Dios llama. Si no hemos encontrado a Dios en el lugar donde se lo puede hallar con más seguridad, es porque no hemos pensado encontrarlo en aquello que parezca como lo menos indicado o como lo más ordinario. Hay una revelación de Dios que debe ser suministrada en ese lugar o no podremos ser enviados. Un apóstol es un hombre que ve la grandeza de Dios en el lugar ordinario y en la circunstancia ordinaria. Tendemos a buscar lo impresionante, pero Dios está en lo más elemental de la vida diaria, en sus fracasos, frustraciones e irritaciones. A Dios se lo encuentra justo en medio de las pruebas de nuestras vidas, y si no hemos pensado encontrarlo allí, entonces aún no lo hemos encontrado de verdad.

Moisés se dio la vuelta para ver, sin embargo muchos pasarán esto por alto, y es por esto que tenemos una larga historia de matrimonios rotos. El divorcio es tan común en la iglesia como lo es en el mundo. Lo pasamos por alto; lo tiramos en el montón de basura por ser el fracaso que fue. No nos damos la vuelta para ver; no hemos profundizado por completo; no lo hemos examinado; no nos hemos metido completamente; no estamos dispuestos a entregarnos a lo elemental, a lo pegajoso, a lo agresivo y que es el elemento constitutivo de nuestra vida. Estamos tras de algo grande, algo magnífico, algo heroico y dramático, pero Dios no puede ser encontrado en este lugar.

Una iglesia que se evapora en su superficialidad, buscando algo fuera de sí misma para condimentar sus servicios, nunca encontrará a Dios. Las cosas que constituyen lo elemental de su vida están en el lugar en el cual Dios habita y mora. Si miramos a lo elemental, y nos entregamos a ello, entonces encontraremos dimensiones indescriptibles de sentido y significado – a Dios mismo – a un grado de profundidad en que jamás lo hubiéramos hecho. ¿Cómo podemos ser apostólicos cuando ni siquiera hemos examinado el contenido de nuestra propia vida pasándolo por alto? Hemos buscado por la verdad de los últimos días, pero descuidamos aquello que es elemental y que nos constituye.

Este voltearse, o darse la vuelta para mirar dentro de aquello que de otra forma hubiéramos descartado como terminado, es la clave para toda nuestra futura utilidad en Dios. A los ojos de Dios, *aquello que es pasado es ahora*, y Dios *requiere aquello que es pasado*. Y este es precisamente el asunto, humanamente hablando, que queremos pasar por alto. Es doloroso mirar nuestro pasado. No queremos recordar las cosas que tienen que ver con fracaso, divorcios, abortos y amistades perdidas. Cuando Moisés se dio la vuelta para mirar, no fue por

curiosidad, sino para observar y examinar *por qué* la zarza estaba ardiendo y no se consumía. Esto es una maniobra apostólica, una examinación apostólica y una observación apostólica. No era una simple curiosidad humana queriendo comprender una aberración de la naturaleza. Más bien es un hombre dándose la vuelta para *introducirse* en algo.

Si tan sólo pudiéramos ver a través del ojo de Dios, en tanto que El mira a la iglesia moderna, llena de ‘Amenes’ y ‘Aleluyas,’ coros, discursos y mensajes bíblicos – todo como una fachada ante personas que están batallando en su interior, desfalleciendo y tropezando – observaríamos una niebla superficial y un brillo religioso. La verdadera sustancia espiritual es el pueblo de Dios en la condición de la realidad de su propia vida y situación – precisamente aquello que no ha sido tratado. La iglesia jamás será una realidad apostólica hasta que se de la vuelta y mire, y se enfrente con lo elemental de esta vida. El simplemente adoptar un vocabulario apostólico es agrandar más el error. Tenemos los suficientes ingredientes y tesoros dentro del pueblo de Dios, hallados en la realidad ordinaria de sus vidas, sus circunstancias, su historia, que si la examinamos, y la tratamos, constituiría una clave para las glorias apostólicas.

Podemos decirle adiós a nuestras categorías y convicciones cuando nos demos la vuelta para mirar. Nos encontrábamos completamente instalados en nuestro entendimiento carismático, en nuestras convicciones neotestamentarias, pero el darse la vuelta para mirar significa que algo fundamental ha cambiado, algo ha sido girado violentamente, y por lo tanto necesariamente no hay vuelta atrás. Debemos estar dispuestos a tomar ese riesgo. Toda nuestra seguridad, sea esta religiosa o espiritual, todo aquello que hemos entendido acerca de la fe, o de nosotros en la fe, quizás se pierda – y necesariamente debe ser así. Es una experiencia tan fuerte que quien sabe cual será el final. A menos que estemos dispuestos a arriesgarlo, no habrá un llamado o un envío. Es una abrirse radical ante Dios hacia lo que sea que El vaya a revelar, incluso de nosotros mismos.

Dios llamó el nombre de Moisés dos veces. En la mayoría de los sucesos en las Escrituras, cuando los hombres son llamados dos veces, son llamados para algo *extremo*. Son llamados para algo de máxima categoría y de gran consecuencia, que demandará todo de ellos y quizás aun su muerte. Tan absoluto y tan total fue el llamado de Dios, que de igual manera fue la respuesta de Moisés, “*Heme aquí.*” Esto está, por así decirlo, en el corazón de lo *apostólico*, sin añadiduras, sin cabos sueltos, sin condiciones y sin preguntas. *Esa* es la tierra santa – no su posición geográfica. La presencia de Dios, el llamado de Dios, y la respuesta absoluta del hombre es lo que constituye la tierra santa.

Es necesaria una transición desde donde quiera que estemos hacia este terreno apostólico. Si este libro es algo, su tema central es el llamado a este terreno y a este fundamento: el conocimiento de Dios como El es y como desea ser conocido.

Servicio Apostólico: Lo Sacerdotal

El Misterio del Sacerdocio

El sacerdocio es algo vital, y la ausencia de percepción de lo sacerdotal quizás es una de las más lamentables necesidades en el Cristianismo moderno. Si alguien, en Brooklyn, Nueva York, me hubiera preguntado cuando era un adolescente confundido tratando de hallarle sentido a un confuso universo, “¿Cuál es tu vocación? ¿Qué es aquello a lo cual has sido llamado?” Aun en mi ignorancia ateísta yo sabía que la verdadera respuesta, si hubiera tendido el coraje para decirlo, sería, “Sacerdote.” Ahora puedo comprender mejor el conocimiento que mi corazón poseía acerca de la importancia del sacerdocio.

Estamos ante el muy peculiar peligro de adoptar quizás otro ‘vocabulario religioso.’ De la misma manera en que hemos sido inducidos en lo ‘carismático,’ podemos ser inducidos dentro de un modo de hablar ‘apostólico,’ llegando a tener incluso otra terminología que en últimas será simple tecnicismo. La más horrible de todas las suertes sería tomar estas cosas santas y absolutas y hacer de ellas otra agotante forma religiosa. Si vamos a ser una iglesia vital en palabra, obra y presencia, una que vaya a llevar a cabo los propósitos eternos de Dios, entonces vamos a requerir de algo crítico, algo que se conoce como *el conocimiento de la realidad de Dios*. Esto es lo único que nos va a salvar de ser simples técnicos y por lo tanto somos animados a *considerar* a Jesús en Hebreos 3:1,

Por tanto, hermanos santos, participantes del llamamiento celestial, considerad al Apóstol y Sumo Sacerdote de nuestra profesión, Cristo Jesús.

Existe una inalterable conexión entre lo *apostólico* y lo *sacerdotal*. No es que hayamos sido descuidados al meditar en las cosas apostólicas, pero evidentemente no le hemos puesto atención a las cosas sacerdotales. Aunque dudo que sea algo factible, podemos intentar llevar a cabo otros ministerios y llamados sin la necesidad de enfocarnos profundamente en lo sacerdotal, pues hay algo acerca de lo apostólico que está eternamente unido a lo sumo–sacerdotal. Aquello que es expresado en el llamado celestial de Jesús y aquello que *hace* que sea celestial, es por necesidad, parte también de nuestro llamado. Hasta que Dios no haya restaurado en nosotros una verdadera percepción de lo sacerdotal, no vamos a participar de un llamado que sea celestial. La palabra ‘celestial’ no hace referencia a algo espacial, sino a una forma de pensar, a una mentalidad, o a una manera de ser. Es un carácter particular de algo que es muy difícil de definir, pero cuando usted lo encuentra, cuando algo de esto es soplado sobre usted, o le es comunicado, usted lo *va* a saber. Si lo sacerdotal sólo es un nombramiento elegante con un significado nublado, eso significa que está igual de nublado. El mundo se encuentra destituido de las cosas celestiales por la falta de sacerdotes

que sean capaces de traer esa dimensión de lo real. De hecho, otro sinónimo de celestial es *realidad*. Cualquier cosa que sea la realidad, entonces eso es el cielo. Se necesita incluso de una mentalidad sacerdotal para percibir esto, para sentir esto, y un ministerio sacerdotal para introducir esto en un mundo que es inhóspito para el cielo. A pesar de que la humanidad se derrumba por la falta de sacerdotes, la tierra se resiste ante las cosas celestiales.

Por un largo tiempo consideré bastante aburrida la enseñanza sobre las vestiduras sacerdotales y sobre la clasificación correspondiente al sacerdocio. Sin embargo, ahora estoy convencido que existe un eterno peso de gloria en *todas* las cosas que pertenecen al sacerdocio. Lo sacerdotal debe preceder y acompañar el caminar apostólico. Necesitamos urgentemente que Dios sople sobre nosotros el espíritu del verdadero sacerdocio, que toque y transforme cada aspecto de nuestras vidas, de nuestro caminar y de nuestro ministerio. Es un requisito ministrar a Dios *antes* de poder ministrar a los hombres. Va a haber algo frágil, algo que hace falta y algo sintético en nuestro ministerio si carecemos del sentido de lo sagrado de Dios, algo que sólo puede hallarse en el lugar santo por aquellos que tienen la postura del sacerdote, es decir, estar postrado delante de El como un hombre muerto. Hay un clamor de parte de Dios por la restauración del sacerdocio, pues es lo único que nos salvará de demostraciones superficiales ostentadamente ejecutadas en Su Nombre.

La Consagración Levítica

Levítico capítulo 8 describe la consagración de los sacerdotes. A medida que uno lee, no queda otro camino que sentir el extraño y antiguo halo que lo rodea. Parece estar tan apartado de todo lo que puede considerarse moderno que uno es tentado a pasarlo rápidamente como si fuera algo que quedó enterrado en la antigüedad y que ya no posee ningún tipo de interés que merezca nuestra atención. Esta es una actitud totalmente equivocada, pues *todo* lo que se encuentra en este capítulo es importante para nuestra era; quizás aún más importante para nosotros ahora de lo que fue para aquella generación bíblica a la cual fue comunicado.

Este capítulo comienza con estas preciosas palabras: “*Habló Jehová a Moisés...*” y continúa con, “*...como Jehová lo había mandado a Moisés... como Jehová lo había mandado a Moisés.*” Dios desde el comienzo quiere incrustar en nuestras mentes el Divino origen de todo lo que prosigue. Ningún requerimiento u ordenanza proporcionada es algo que pueda tener su origen en la contemplación humana. Todo el concepto es absolutamente Divino y contrario a la carne. Es un ataque calculado sobre la sensibilidad y el buen gusto. Es indiscutiblemente más valioso y revelador al tener su origen en el corazón de Dios, y al contradecir completamente lo que es humano.

Sólo con leer este capítulo, uno experimenta un cierto sentido de cansancio. ¿Cuál habría sido entonces el efecto de haber realmente participado de la realización de todos estos requerimientos de Dios? Todos los cortes, las rociadas de sangre, las ofrendas molidas y el esperar a la puerta del tabernáculo de reunión parecen absurdos y desgastantes. Después que todo había concluido, estos hombres bañados en sangre esperaban a la puerta del tabernáculo de reunión, haciendo que menguara y palidiera todo lo que pareció ser atractivo y honroso para la carne acerca de la función y título del sacerdote. Esto nos curará de las nociones románticas acerca del significado de lo ‘sacerdotal’. Pues la verdad es que es algo lleno de sangre, cuchilladas y cansancio, donde los detalles y requerimientos son en gran manera extraordinarios.

Habló Jehová a Moisés, diciendo: Toma a Aarón y a sus hijos con él, y las vestiduras, el aceite de la unción, el becerro de la expiación, los dos carneros, y el canastillo de los panes sin levadura; y reúne toda la congregación a la puerta del tabernáculo de reunión. (Levítico 8:1-3)

Notemos que a las personas se les pedía observar todo este proceso como una instrucción viva. Lo que Dios proclamaba a la congregación de Israel no era lo que los sacerdotes decían, sino más bien lo que hacían, lo que se hacía con y para ellos. Estas personas tenían una ventaja que nosotros no tenemos, pues no tenemos que ver animales siendo cortados, ni la absurda recolección de sangre en vasijas para rociar todos los objetos, para ponerla sobre las vestiduras de los sacerdotes, sobre sus orejas, sobre sus pulgares de la mano y sobre los pulgares del pie. Algo le tiene que suceder al que está observando esto. Algo tiene que quedar registrado en la parte más profunda de su conciencia de lo que el pecado significa y de lo que se necesita para expiarlo. Alguien tenía que pararse entre Dios y el hombre, y debido a que la vida está en la *sangre*, la muerte tenía que ser de alguna manera efectuada para poder así conseguir aquello que daba la vida.

Y por lo tanto, si es que existe un sacerdocio del Nuevo Testamento, nunca lo podremos apreciar con la profundidad que Dios quiere a menos que entendamos lo que le precedió y lo que fue una sombra de él. Por lo tanto existen ciertos esenciales del sacerdocio dados y definidos en el principio para ser introducidos y trasladados dentro del sacerdocio de Melquisedec del Nuevo Testamento; no es que éste haya remplazado al antiguo, pues aunque en un sentido esto es verdad, también introdujo y tomó para sí aquellos profundos significados que fueron comunicados al sacerdocio del principio.

Hizo, pues, Moisés como Jehová le mandó, y se reunió la congregación a la puerta del tabernáculo de reunión. Y dijo Moisés a la congregación: Esto es lo que Jehová ha mandado hacer. Entonces Moisés hizo acercarse a Aarón y a sus hijos, y los lavó con agua. Y puso sobre él la túnica, y le ciñó con el cinto; le vistió después el manto, y puso sobre él el efod, y lo ciñó con el cinto del efod, y lo

ajustó con él. Luego le puso encima el pectoral, y puso dentro del mismo los Urim y Tumim. (Levítico 8:4–8)

¿De cuánto estamos dispuestos a ser despojados y lavados por la Palabra? ¿Qué disposición tenemos para resistir la humillación de la desnudez en frente de los hombres antes que el primer vestido sacerdotal sea puesto? Moisés lavó a Aarón y a sus hijos *antes* que las vestiduras fueran puestas. Era una humillación pública pues todo Israel tenía que observar los preliminares de su consagración. La humillación está, por lo tanto, en el corazón del significado de la palabra sacerdocio. Las vestiduras eran adheridas a los sacerdotes con cintos hábilmente tejidos. No existía ningún rápido quite–y–ponga de ropa detrás del escenario. El sacerdocio no es un papel que se desempeña detrás del púlpito para después descartarlo cuando se regresa a casa. No es un llamado que una persona escoge porque piensa que es algo atractivo. Es una rigurosa preparación en la cual no se puede ingresar ni se puede desempeñar indiferentemente.

Después puso la mitra sobre su cabeza, y sobre la mitra, en frente, puso la lámina de oro, la diadema santa, como Jehová había mandado a Moisés. (Levítico 8:9)

Aarón utilizaba una lámina de oro sobre su frente que hacía notoria su presencia con cada paso que tomaba. Haríamos bien si sintiéramos esa misma lámina de oro donde estaban inscritas las palabras “*Santidad al Señor.*” “Santidad al Señor... Santidad al Señor... Santidad al Señor” sería registrado sobre nosotros con cada paso y movimiento de nuestro cuerpo. Usted no podía rascarse ni hacer gesto alguno sin que su cabeza sintiera “*Santidad al Señor.*” Necesitamos que todo el tiempo se nos recuerde esto, pues nuestra cabeza siempre está buscando, si se la damos, oportunidad para tener sus propias aventuras, sus propios deleites, sus propias actividades y sus propios pensamientos. La mente debe ser continuamente llevada al conocimiento de “*Santidad al Señor.*” Si ese peso de oro estuviera descansando incómodamente en medio de nuestros ojos, habría mucho menos ministerio impaciente y almático, y mucho menos afán de llegar al lugar de prominencia. Sintamos de nuevo con cada paso que tomemos, el peso de esa carga, pues sólo entonces, y sólo después de haber sido vestido y preparado, es que el sacerdote recibe el aceite de la unción.

El Aceite de La Unción

Y tomó Moisés el aceite de la unción y ungió el tabernáculo y todas las cosas que estaban en él, y las santificó. (Levítico 8:10)

Si Dios demandaba que los objetos fueran ungidos, ¿entonces cuanto más lo requeriría para los vasos de carne y sangre que realmente son sus ministros? ¿Valoramos correctamente la unción de Dios? Si es que algo merece ser examinado, es el fenómeno de la unción. Esto es algo por lo cual debemos tener

un profundo respeto. Para hacer este aceite se requerían ingredientes muy costosos que eran cuidadosamente mezclados y del cual Dios había ordenado que no se derramara sobre carne de hombre. También había una penalidad *extrema* para cualquiera que hiciera una imitación. Usted ni siquiera podía atreverse a elaborar algo que se le aproximara o que fuera un equivalente al santo aceite de la unción. Los ingredientes y especias utilizados para ungir un cuerpo para su entierro eran básicamente los mismos. Tenían una fragancia muy particular y no podían ser empleados con fines o propósitos humanos, pues eran exclusivamente para los de Dios.

¿Cuántas veces hemos sido culpables de hacer nuestro propio aceite? Podemos hablar mucho acerca de la unción ficticia. Acerca de esas cosas que parece que lo fueran y que no lo son y que realmente son más el producto de la refulgente personalidad humana. ¿Cuántos pueden distinguir entre su propia personalidad humana y la santa unción de Dios? Podemos ver hoy en día tantos ‘presumidos’ que operan con el don del charlatán y con sus habilidades ejecutivas. Tantos que saben como conducir y ejecutar sin ser esto en absoluto la operación de la unción. Dios no va a forzar sobre nosotros lo perfecto si estamos demasiado satisfechos con el sustituto. Cuando repudiamos aquello hecho por los hombres y descansamos enteramente sobre lo que *Dios* otorga, entonces nos convertimos en candidatos para recibirlo. Cada vez que ponemos a funcionar los amplificadores, o le damos a nuestras voces un pequeño arreglo alámico, o añadimos algo cómico para lograr un resultado, o hacemos una invitación que concientemente esté calculada para manipular la respuesta emocional de nuestros oyentes, entonces *esto* es unción falsa. Es hacer algo similar y no es una confianza absoluta en el poder de la unción para conseguir los efectos que Dios desea a través de Su palabra.

En los años 20, Watchman Nee nos dio una advertencia. Dijo que el más mortífero engaño de los últimos días sería el sustituto alámico de la dimensión del Espíritu a través de la tecnología. Debemos estar prevenidos y en guardia con respecto a esto, para después no tener que encontrarnos a nosotros mismos dependiendo del poder del alma y no del poder del Espíritu. Hemos hecho todo lo imaginable a través de los años para estimular la unción de Dios. Por ejemplo, al utilizar tonos de voz piadosos o al amplificar el sonido. Y aunque no lo queramos siempre se va a notar la diferencia. Sabemos como producir buenos servicios y como predicar buenos sermones, pero nunca sabremos producir la gloria del cielo. Necesitamos ser cuidadosos, no sólo con la tecnología, sino también al utilizar nuestra propia voz como un instrumento tecnológico astutamente empleado para conseguir una respuesta.

El Sacrificio

Y roció de él sobre el altar siete veces, y ungió el altar y todos sus utensilios, y la fuente y su base, para santificarlos. Y derramó del

aceite de la unción sobre la cabeza de Aarón, y lo ungió para santificarlo. Después Moisés hizo acercarse los hijos de Aarón, y les vistió las túnicas, les ciñó con cintos, y les ajustó las tiaras, como Jehová lo había mandado a Moisés. Luego hizo traer el becerro de la expiación, y Aarón y sus hijos pusieron sus manos sobre la cabeza del becerro de la expiación, y lo degolló... (Levítico 8:11–15a)

Debemos entender lo que sucede al Moisés degollar el becerro. Esto se convertía en un fenómeno horroroso de matar para traer la vida a la vista *de toda* la congregación. Estas personas tenían que ver cuando el cuchillo entraba y cuando la sangre salía a chorros. Veían cuando el animal se tambaleaba, tropezaba y caía y después veían como era cortado. Era una escena real en frente de ellos. Nada podía ser explicado con la razón, pues el ver la manera en que los animales eran destrozados y el observar como se retorcían cuando sus gargantas eran cortadas constituía un acto de insensatez.

... y Moisés tomó la sangre, y puso con su dedo sobre los cuernos del altar alrededor, y purificó el altar; y echó la demás sangre al pie del altar, y lo santificó para reconciliar sobre él. Después tomó toda la grosura que estaba sobre los intestinos, y la grosura del hígado, y los dos riñones, y la grosura de ellos, y lo hizo arder Moisés sobre el altar. Mas el becerro, su piel, su carne y su estiércol, lo quemó al fuego fuera del campamento, como Jehová lo había mandado a Moisés. (Levítico 8:15b–17)

Esto es totalmente opuesto a lo que haría el hombre, mostrándonos así lo contrario que es el cielo a la consideración y reconocimiento terrenal. Nosotros hubiéramos salvado aquello que Dios destruye, y aquellas cosas que nosotros hubiéramos echado a un lado como repugnantes e inútiles son las cosas que *Dios* llama el sacrificio. La carne y la piel, que hubieran sido de gran valor, eran quemadas con el estiércol. No sólo debían ser ésto quemado, sino quemado fuera del campamento; esta es la repugnancia que Dios tiene hacia la carne. Lo que los hombres estiman es una abominación a los ojos de Dios.

Las cosas que para Dios son un dulce aroma son las cosas internas, las cosas que no se ven – no las cosas de afuera. Dios no está interesado en la piel externa ni en la carne; El pone todo eso junto con el estiércol. Lo interno, lo del hombre interior, lo trabajado por El en los lugares escondidos, nacido de luchas internas, son las ofrendas de aroma dulce y placentera delante de Dios. Por no haber aprendido nunca a descansar o a esperar delante de Dios, es que hemos sido culpables como Cristianos contemporáneos de ofrecer nuestras personalidades, nuestros atractivos y nuestras habilidades carnales a Dios, simplemente porque no tenemos las partes internas para ofrecer. Hemos despreciado el sufrimiento, el reproche y la oscuridad que son el único lugar donde los dulces aromas son formados en lo profundo de nosotros. No hemos estimado estas cosas como Dios las estima y hemos preferido seguir sin ellas. Necesitamos de la obediencia y de la

visión que nos permitirán sacar nuestra piel y nuestra carne fuera del campamento, para así excluirla del lugar santo al igual que del púlpito.

Usted no puede decir dónde se termina el sacerdote y dónde comienza el sacrificio, pues el sacerdote y el sacrificio son uno. Y el sacerdote que sea un sacerdote de verdad, y quien es en sí mismo un sacrificio, será uno con 'grasa,' con acumulación o residuo, con las profundas obras de Dios en aquel lugar escondido. Es uno que Dios ha tratado en formas que no pueden ser explicadas a los hombres, formas que son escandalosas y que los hombres miran con reproche, formas que lo dejan a uno completamente solo para sufrir y resistir. Son humillaciones. Son aquellas cosas que Dios ha llevado a cabo dentro de usted en la quietud y en el silencio y cosas que están calculadas para traerlo hacia El. Pocos se han abierto a sí mismos ante Dios para ese tratamiento en aquel lugar interno; aquel lugar donde se puede crear algo con una dulce aroma. La mayoría de nosotros somos protectores y no permitimos entrar en ese lugar a Dios ni a nadie. Nos hemos protegido del sufrimiento y del dolor que viene con esto, y por lo tanto, toda nuestra vida es vivida en la parte externa.

Identificación

También había una identificación con el sacrificio donde Aarón y sus hijos imponían sus manos sobre la cabeza de los animales. A través de la imposición de manos se lleva a cabo una identificación simbólica inherente al sacerdocio y que constituye una parte de lo apostólico. Vemos este mismo principio en Hebreos 2:17, 18,

Por lo cual debía ser en todo semejante a Sus hermanos, para venir a ser misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere, para expiar los pecados del pueblo. Pues en cuanto El mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados.

Esto es exactamente igual a lo que Aarón y sus hijos hicieron al imponer sus manos sobre los animales. Es una identificación con aquello que es sacrificado y con aquello que debe morir como un sustituto por el pecado del hombre. Al imponer las manos sobre aquello que estaba siendo ofrecido como un sustituto, el sacerdote reconocía su propia pecaminosidad y los pecados de la nación. Es lo mismo que dice Job, *"Por tanto me aborrezco, y me arrepiento en polvo y ceniza."* En otras palabras estaba diciendo que le era necesario descender a la muerte, y que el estar como un hombre muerto era la única manera de estar delante de un Dios santo.

Este principio de la imposición de manos atribuye algo que proviene de Dios, pues al igual que Jesús, usted también, como un sacerdote, se ha identificado con el hombre en su pecado, debilidades y fracasos. La experiencia de Jesús es lo que significa ser hombre— esa completa identificación, no sólo a través de la

imposición de manos, sino al *serlo*. Esta no es una consideración académica de la innovación y prácticas esotéricas del sacerdocio del Antiguo Testamento, sino Dios estregando nuestros rostros en la arena y en la realidad que debe estar adherida a lo apostólico, es decir, lo sacerdotal. Lo sacerdotal es meterse hasta los codos en sangre, cuchilladas y sacrificio— y como si fuera poco, ¡usted también tiene que comérselo!

Obediencia

Después hizo que trajeran el otro carnero, el carnero de las consagraciones, y Aarón y sus hijos pusieron sus manos sobre la cabeza del carnero. Y lo degolló; y tomó Moisés de la sangre, y la puso sobre el lóbulo de la oreja derecha de Aarón, sobre el dedo pulgar de su mano derecha, y sobre el dedo pulgar de su pie derecho. (Levítico 8:22–23)

“¡Oye, Israel!” es la introducción a todos los mandamientos de Dios. Escuchar es obedecer, y obedecer es hacer. De la oreja a la mano, del escuchar al hacer, debe haber una respuesta sin interrupciones. Dios no tiene un sacerdote hasta que nos posea por completo en todos nuestros movimientos sin importar cuanto contradiga nuestra disposición natural. La sangre en el pulgar del pie sugiere control Divino sobre la dirección de nuestras vidas. La sangre de la consagración no estará sobre nuestro pulgar del pie hasta que estemos preparados para permanecer en aquellas tediosas y exigentes situaciones en las cuales Dios nos ha puesto. Nuestros ‘ires’ al igual que nuestros ‘permaneceres’ deben proceder de una muerte hacia todo. Solamente debemos estar vivos para la *palabra del Señor*.

¿Cuántos de nosotros pronosticamos nuestras decisiones en simple lógica, en lugar de ser guiados por el Espíritu del Dios Viviente? No estoy en oposición a la lógica o al ser práctico, a menos que no sea la lógica y lo práctico de Dios y no sea a expensas de escuchar la voz del Espíritu. Somos completamente capaces de sacar conclusiones razonables acerca de cómo esto o aquello ayudaría en el servicio de Dios, o de cómo llevaría más allá Sus intereses sin haber jamás escuchado de Dios con relación a Sus intenciones. ¿Cuántas obras genuinas de Dios han sido llevadas a cabo prematuramente o han nacido muertas o han muerto debido a que algo en nosotros aún no había sido tocado por la sangre del sacrificio? Sin el aceite y la sangre no es posible ingresar en el alto y celestial llamado. No es posible satisfacer Sus demandas en nosotros mismos. Sólo podemos hacerlo en el poder de Otra Vida. Para entrar en este sacerdocio debemos *entrar* dentro del Sumo Sacerdote mismo, lo cual haremos cuando dejemos de estar conformes con aquello que es inferior y cuando nos hayamos tambaleado y retorcido frente a las demandas de este llamado. Lo que hace el libro de Hebreos es llevarnos a la realidad de lo que fue el sacerdocio Levítico como un tipo y sombra. Hay un orden más alto de sacerdocio, uno más sublime, más exaltado y más exigente – el orden de Melquisedec, el rey de justicia y paz.

La mayoría de nosotros tenemos una noción algo glamorosa de lo que un sacerdote de Dios es; una noción derivada de nuestra propia humanidad, nacida de la tierra en lugar de haber sido impartida del cielo. La carnalidad de nuestro entendimiento se refleja en nuestra incomodidad y falta de comprensión de estos requerimientos Levíticos. Tristemente, es también el reflejo en nuestra conducta y ministerio dentro de la casa de Dios. Pues hay muy poca evidencia de la purificación y consagración que es precisamente lo que Dios exige para producir la administración que es celestial.

Esperando en Silencio

Después de haberse realizado todos estos sacrificios para la consagración de los sacerdotes, quedaba una última cosa por hacer,

A la puerta, pues, del tabernáculo de reunión estaréis día y noche por siete días, y guardaréis la ordenanza delante de Jehová, para que no muráis; porque así me ha sido mandado. Y Aarón y sus hijos hicieron todas las cosas que mandó Jehová por medio de Moisés. (Levítico 8:35–36)

Existe algo tan humano dentro de nosotros que se especializa en producir escuelas de discipulado donde en tres meses los hombres son procesados para enviarlos a salvar al mundo. ¿Dónde está el esperar? El humano sufre de una especie de picazón donde se encuentra escondido el último refugio del yo. Quiere presumidamente llevar a cabo la obra de Dios, sin darse cuenta que está corrompiendo una obra que debe ser pura y sacerdotal, que por lo tanto, nunca podrá ser una obra con consecuencia eterna. El último acto de esperar efectúa de alguna manera la muerte sobre *esa última cosa*. No debemos apresurarnos en *hacer* nuestro ‘ministerio.’ Hay una estación de espera que constituye una espera de *máxima categoría*. Siete es el número de consumación. Uno puede hacer muchas cosas ‘buenas,’ pero para las cosas máximas, para las cosas sacerdotales, para las cosas apostólicas, se necesita esperar siete días a la puerta del tabernáculo de reunión. La mayoría de nosotros nos hemos quedado cortos de este lugar de espera al permitir únicamente los cortes y el derramamiento, y hemos sido culpables de salir corriendo prematuramente sin antes haber esperado a que los últimos procesos de Dios sucedieran.

El libro de los Hechos, capítulo 13, comienza con un grupo de personas ministrando al Señor. Fue este tipo de conducta que le permitió al Espíritu Santo decir, “*Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado.*” Estos hombres fueron apartados. Fueron consagrados con una separación tan absoluta, que hubieran estado igual de conformes con quedarse en aquel lugar de adoración en Antioquía que con haber sido enviados *hacia* los propósitos de Dios. Les daba lo mismo si se quedaban o si se iban debido a que habían llegado al lugar de

muerte para sí mismos donde el deseo religioso de servir a Dios, de ver fruto y de ser utilizados había dejado de existir. Era haberse separado de los más profundos y más sutiles elementos de la ambición. Elementos que se encuentran ocultos profundamente y que constituyen una ambición religiosa y espiritual de *hacer* cosas por Dios.

Dios ha dicho que ‘moriremos’ si salimos antes de tiempo; y es incontable la cantidad de personas que han hecho esto antes de tiempo y que han muerto – un pequeño chorro, una pequeña ráfaga de actividad y reconocimiento para después perderse en la oscuridad. Los siete días de espera es la muerte final de ese último impulso de *hacer* cosas por Dios y de ser *encontrado* haciéndolas. Estaremos a salvo para ministrar a Dios de una manera sacerdotal y seremos libres de cualquier consideración por el resultado o beneficio que obtengamos cuando hayamos pasado estos siete días. Nuestro servicio no será sacerdotal si es que aún existe algo dentro de nosotros que quiera ser escuchado. Nos hemos convertido en una generación tan ministerialmente mentalizada, tan orientada a llevar a cabo cosas, que no tenemos ningún concepto ni ninguna disposición para apreciar la extraordinaria inversión que Dios tiene que hacer en la preparación de Sus siervos. Dios establece Su galardón sobre lo que *somos* y no sobre lo que *hacemos*. Si el *hacer* no fluye del *ser*, entonces no es apostólico.

La iglesia en general considera el servicio sacerdotal como algo ligeramente superior a un empleo por el cual se recibe una paga, y es por esto que están recibiendo lo que están pagando: servicios baratos, superficiales y nada celestiales. Puede que sean escrituralmente correctos pero carecen del poder para transformar vidas. No se ha llevado a las personas al lugar celestial. No han sido sopladas el aura celestial y la fragancia que está alrededor del Trono debido a que no hemos estado dispuestos a esperar en silencio delante de Dios. Incluso los servicios de los domingos han sido tan estructurados para la óptima conveniencia de los hombres que nos permiten el tiempo suficiente para tomar una siesta y para recuperarnos sin que sea demasiado como para arruinarnos el día. Hacemos disponible el tiempo suficiente para el partido de fútbol o para cualquier otro placer. Necesitamos ver lo contrario que es el Cristianismo como una religión de conveniencia a toda la conducta sacerdotal. Nos distraemos fácilmente, nos ponemos nerviosos, nos incomodamos y nos impacientamos, y con nuestra incapacidad de esperar en silencio reflejamos el espíritu y temperamento del mundo.

No es un hombre o un becerro el que es puesto sobre el altar, sino nosotros mismos. Es esperando que sale a la superficie toda cosa carnal, toda invención e ingenio humano, todo deseo de llevar a cabo y de ganar algo de gloria para nosotros mismos, y toda tendencia perezosa y temerosa para escoger la salida fácil y aquello que es barato. Cuando de verdad se propone uno a esperar es cuando comienza la batalla mental. Llegan pensamientos a la cabeza de lo que se necesita hacer y de cómo debe ser empleado el tiempo. No resulta fácil poder dejar ir esto. No es fácil llevar nuestras mentes a un lugar de descanso en Dios

libre de pensamientos distractores. No vamos a llegar a esto de una forma placentera, pues es sólo a través del tiempo y de la experiencia que se adquiere esperando, que lograremos llevar nuestras mentes bajo sumisión a Cristo y así no ser influenciados por cualquier pensamiento errante.

Todo esto debe ser traído al altar, debe ser desmenuzado y cortado. Se debe hacer un sacrificio espiritual delante de Dios permitiendo que la sangre brote hasta la muerte. La falta de interés en esperar en Dios no es realmente un misterio, pues estamos aún menos inclinados a hacer este tipo de sacrificio, de lo que lo estamos a la carnicería requerida por los Levitas. Encontramos repugnante este ‘derramamiento de sangre’ espiritual y demasiado vergonzosa y dolorosa la revelación de lo que somos. Nos ofendemos demasiado con semejante requerimiento catalogándolo rápidamente como un desperdicio, como algo absurdo, anticuado y sin amor.

En cierta ocasión, cuando la mujer quebró el costoso recipiente de alabastro, los discípulos le preguntaron a Jesús, “¿Para qué este desperdicio?” Jesús les dijo que no la molestaran. Para El ella había hecho una buena obra. Una que, en memoria de ella, sería contada en el mundo dondequiera que el evangelio fuese proclamado. Era un reconocimiento extravagante de este acto sin igual. Y sin embargo, *por aquel desperdicio* los discípulos se indignaron.

El acto de esperar no está incluido en la esperanza de que habrá algún tipo de cambio. Más bien, Dios es Dios, y El merece servicio sin condiciones. No debemos esperar en Dios con la expectativa de que habrá algún efecto a nuestra espera, pues la espera que tiene añadiduras, así sean estas espirituales y que aguarda por una bendición, no es el verdadero esperar sacerdotal. Esperar será esperar cuando no pidamos nada, cuando no deseemos y cuando no estemos a la expectativa de nada. No debemos hacer demandas, no debemos exigir. Somos Su creación y El es el Creador. *Esto* es lo sacerdotal.

Por todos lados hay necesidades que claman por nuestra atención. Solamente un ‘Hijo de Dios’ sacerdotal pudo haber esperado dos días más en el lugar que El (Jesús) estaba, al escuchar que Su amigo Lázaro, a quien amaba, estaba enfermo de muerte. Este es el corazón de lo que es verdaderamente sacerdotal. No hubo ningún sometimiento a la carne, a los sentimientos y a la necesidad humana o las expectativas de los hombres, sino sólo al Padre. Más que los sacrificios y el holocausto, el verdadero esperar es para el Señor un dulce aroma, y mucho más cuando uno tiene que sufrir, sin poder contestar palabra alguna, el reproche de aquellos que son activistas y nos dicen, “Bueno, ¿y usted qué está haciendo?”

Es posible que al hacer cosas por Dios estemos secretamente o aun inconscientemente consiguiendo algo para nosotros. Esto es algo que anula nuestro obrar sacerdotal. Un ministerio sacerdotal puro no le produce al sacerdote nada para sí mismo. Es total y exclusivamente *para* Dios. Pablo escribe con frecuencia, “*Por amor a ustedes*” y “*Por amor a Dios,*” pero nunca por amor a

Pablo. El es un ejemplo de lo sacerdotal en el Nuevo Testamento, y por esta razón fue que nunca se detuvo en exponer el completo propósito y consejo de Dios. No le importaba si sería aprobado, o si a los hombres les gustaría, o cómo reaccionarían, o si aun iba a ser apropiado. Un sacerdote es completamente desinteresado y no tiene ningún tipo de consideración por sí mismo.

El esperar en Dios siete días completos es algo costoso pero extremadamente glorioso. Necesitamos llegar a este lugar sacerdotal y a su realidad después de haber conocido tal espera. Sea que Dios requiera acción o actividad, siempre debe fluir de aquel lugar de espera. El esperar ha sido tan estructurado en la vida sacerdotal, que aun las obras de Dios que fluyen de nosotros cuando son requeridas, surgen también de aquel descanso. Estoy persuadido que las mayores hazañas de los Últimos Días procederán del reposo de Dios a través de aquellos que conocen ese descanso y quienes, a través del desperdicio de encontrar tiempo para esto, hacen de él un aspecto habitual de su vida sacerdotal.

La espera sólo inaugura el ministerio sacerdotal, pero no es el final. El esperar debe ser algo característico de nuestra mentalidad y disposición delante de Dios, no sólo durante el tiempo de ministerio, sino aun en el proceso del ministerio. ¿Puede usted creer que uno puede estar esperando aun mientras se encuentra hablando? Mientras que usted habla está esperando en Dios por la siguiente idea. Es una extraordinaria disposición de tipo interna en medio de la actividad. Este tipo de espera es virtualmente desconocida a la mentalidad moderna. Es algo que necesita ser restaurado. Existe una conjunción entre el esperar, la disposición y la habilidad de no ser visto ni escuchado que está relacionado totalmente con el poder, la gloria y la autoridad demostrada cuando somos llamados a ser usados. Nunca se sabe cuando vendrá ese llamado, o si de hecho vendrá, pero uno tiene que llegar a ese lugar sacerdotal donde no importa la diferencia. Rendirle a Dios un servicio sacerdotal es esperar en silencio delante de El, al igual que lo es salir y hablar. Es por esto que el único servicio efectivo es el servicio sacerdotal.

Esta cosa humana, este contaminante que encuentra expresión en testificar y en el ministerio, a pesar de lo compatible que pueda ser con las 'buenas' reuniones, previene y obstaculiza la experiencia de la gloria de Dios cayendo del cielo como fuego. Ser celoso por la gloria de Dios y por el fuego del cielo es un incentivo para esperar. Si tener éxito, buenos mensajes y buenos servicios es nuestro único motivo, entonces no tendremos el vigor ni el incentivo para esa final espera que constituye la muerte necesaria que debe preceder la caída del fuego. La caída del fuego puede ser expresada como un silencio santo delante de Dios, un momento tan peculiar que usted virtualmente deja de respirar. ¡Dios está ahí! Necesitamos mucho más que esto, y con seguridad Dios quiere darnos mucho más. No porque somos 'buscadores de gloria' para que nuestra carne sea estimulada, sino para que toda la tierra sea llena de Su gloria. Su gloria es el testimonio de El mismo, el cual, por no saber y por no estar dispuestos a esperar, frecuentemente prohibimos e imposibilitamos con nuestras propias acciones religiosas y ministeriales. Los hombres pueden conducir una religión exitosa, pero solamente el ministerio

sacerdotal puede hacer descender el fuego del cielo, la gloria de Dios. La gloria de Dios y el fuego de Dios son exclusivos y están adheridos a la ministración sacerdotal. La gloria escasea en la casa de Dios, y es la gloria la que enciende y provee poder a la palabra. Esta transforma doctrina y simples servicios religiosos en eventos celestiales y en convicción que transforma vidas.

La Verdadera bendición

Después del último sacrificio, después de la espera final, y después de la última mecida del sacrificio fue que,

... alzó Aarón sus manos hacia el pueblo y lo bendijo... (Levítico 9:22a)

¿Puede usted imaginarse cómo se veían sus manos? Estaban totalmente impregnadas, uñas y poros, de sangre y cuchilladas. Debió parecer más un carnicero que un sacerdote. En el relato de la creación del becerro de oro, Dios le hizo una pregunta al pueblo para saber quienes de ellos estarían de Su lado. Fueron los levitas los que se separaron del resto de los israelitas profanos y, al unirse a Moisés, demostraron que estaban del lado del Señor. Después le fue ordenado a cada uno que tomara su espada, entrara al campamento y matara a su amigo, a su padre y a su vecino. Por este hecho los sacerdotes fueron consagrados a Dios, pues ‘consagrado’ significa, ‘manos llenas de sangre.’

Así que aquí se encuentra Aarón alzando sus manos para bendecir al pueblo. Solamente los sacerdotes pueden levantar manos santas sobre los hombres y decretar una bendición del cielo. Sólo el sacerdote tiene la autoridad. Sólo él ha estado en la presencia de Altísimo. Una de las razones por la cual *nuestros* intentos para bendecir no traen ninguna bendición es porque no son sacerdotales, y no son sacerdotales porque no son sangrientos. No hubo un costo, no hubo un sacrificio. Fue una mano que no fue sumergida en sangre. Es sencillo y fácil entonar palabras que *hablan* de bendición pero que no *constituyen* una bendición. Un sacerdote no es un sacerdote si no puede producir una bendición y, ¿cual puede ser su bendición si ésta es sólo una simple verbalización sin el poder de llevar a cabo una bendición palpable?

De hecho, no existe una palabra más ultrajada que la palabra *bendición* – Dios te bendiga hermano, Dios te bendiga hermana... bendito sea el Señor, etc. Ha sido pronunciada y utilizada como un ‘relleno,’ como algo que suena bonito y como algo para romper el silencio. Por lo tanto, debemos contender por la palabra ‘bendición’ y traerla de vuelta de los muertos. Se ha convertido en un lamentable cliché gracias a personas que cuando dicen la palabra ni siquiera esperan que algo pueda ser concedido. La verdadera bendición es la bendición sacerdotal que *ejecuta* algo, algo de tipo palpable y sustancial que es *transmitido*. La bendición es experimentada en el momento en que algo proveniente del cielo llega a las

profundidades de los hombres, cuya ausencia es conocida por la palabra *maldición*.

La Gloria de Dios

... y después de hacer la expiación, el holocausto y el sacrificio de paz, descendió. Y entraron Moisés y Aarón en el tabernáculo de reunión, y salieron y bendijeron al pueblo; y la gloria de Jehová se apareció a todo el pueblo. Y salió fuego de delante de Jehová, y consumió el holocausto con las grosuras sobre el altar; y viéndolo todo el pueblo, alabaron, y se postraron sobre sus rostros. (Levítico 9:22b–24)

Después de que todo había sido hecho de acuerdo a lo que había sido ordenado, *Dios mismo* encendió el sacrificio de manera sobrenatural. Es interesante que el séptimo día de espera resulte en el octavo día de liberación. El número ocho representa el poder y la vida de resurrección. Siete días de muerte absoluta y el octavo día del poder constituyen la vida de Dios mismo.

Si no hemos visto *esa* gloria es porque no hemos llevado a cabo *todo* lo que el Señor nos ha ordenado a hacer. Si es que hay un notable distintivo en el corazón de lo apostólico, es el singular celo por la gloria de Dios. Eso es lo que nos hace insensatos por amor a Cristo. Es una fe que cree por esa gloria y es un celo por la demostración de esa gloria. El tener un criterio inferior es robar al pueblo de Dios, es frustrar al Señor mismo y es posicionarnos en un nivel más bajo. Cuando la gloria de Dios aparece, entonces el Señor aparece, pues el Señor *es* Su gloria. La iglesia necesita desesperadamente de este tipo de manifestación. La gloria de Dios no es algo etéreo, sino un fenómeno sustancial que puede ser visto y experimentado. Llevamos tanto tiempo viviendo *sin* ella que ya estamos satisfechos con una frase *acerca* de ella sin una expectativa real *por* ella. “*A El sea gloria en la iglesia...*” es la síntesis de Pablo a la iglesia en Efesios 3:21a. Si no hay gloria en la iglesia, simplemente la iglesia no es la iglesia, y si es así, entonces ha fracasado en su propósito. Si la gloria no viene a través de la iglesia, entonces nunca vendrá, y si no está en la iglesia, ¿entonces cómo podrá ser comunicada alrededor del mundo?

... y viéndolo todo el pueblo, alabaron, y se postraron sobre sus rostros. (v. 24b)

Este es el efecto sobre las personas cuando aparece la gloria de Dios, donde no importa la resistencia, la propia voluntad y superficialidad. Su rostro es lo que usted es. Todo se postró ante Dios cuando vieron *eso*. Esto es lo único que puede ser una verdadera bendición. No hubo nada de ese ‘Amen’ y ‘Aleluya’ que interrumpe nuestros servicios carismáticos, sino una postración tan profunda y tan absoluta que al levantarse, usted nunca lo hará de la misma manera en que cayó.

Toda su percepción, toda su perspectiva, todo su reconocimiento, valoración y planes son afectados por su caída. Usted no puede ser el mismo de antes. Esto es lo que sucede cuando usted cae ante la demostración de la gloria de Dios. El Dios de Moisés y Aarón aún es Dios, y si El puede disponer en la tierra de un pueblo sacerdotal igualmente consagrado como lo fueron Aarón y sus hijos, entonces aquella gloria descenderá de nuevo.

Los sacerdotes debían enseñar al pueblo la diferencia entre lo santo y lo profano. ¿Cómo es que podremos entonces, como Cuerpo de Cristo, manifestar esta diferencia al mundo? ¿Cómo podremos llevar a cabo un ministerio sacerdotal que posea este discernimiento, si la realidad sacerdotal se encuentra ausente de nuestras vidas? Quizás no tenemos ningún interés en ascender el monte santo o quizás hemos perdido todo deseo por la gloria que transfigura. No nos hemos dado cuenta que existe un lugar santo donde se está a solas en la presencia de Dios, donde se ministra a El primero. Nos hemos conformado con permanecer fuera del campamento de reunión donde nuestra actividad religiosa se ha convertido en una especie de entretenimiento, técnicamente correcto, pero vacía de gloria, vacía de la fragancia del cielo y vacía del ministerio sacerdotal.

Si Jesús salió del lugar santo con Dios, también debe hacerlo todo ministro que aspira ser sacerdotal. La insolencia, el sonido metálico y la atmósfera humana y terrenal de tantos ministerios es una tangible evidencia de que los hombres no han esperado en el lugar santo, o que ni siquiera han reconocido que existe este lugar al cual Dios los está llamando y esperando. Nuestras voces, al igual que nuestros rostros, son una evidencia y una afirmación de lo consistente que sea nuestra relación con el Dios de toda gracia. Estas indican de una manera acertada la verdad y la profundidad de la relación que tiene un creyente con su Dios. Y lo más irónico es que cuando nos aparezca el brillo en el rostro, *¡ni siquiera* lo notaremos! Habremos llegado al punto de estar tan absolutamente inconscientes de nosotros mismos que no sabremos siquiera que estamos resplandeciendo. Este resplandor solamente se puede obtener en un lugar, en el lugar sacerdotal, en el lugar donde se espera en la presencia de Dios. Sólo puede ser hallado por aquellos que creen que tal lugar existe y que tienen la fe para entrar en él, vivir en él, moverse en él y tener todo su ser en ese lugar. Sólo de esta manera conocerá el mundo la diferencia entre lo santo y lo profano.

La expresión del ministerio sacerdotal en medio de nosotros ha fracasado hasta tal punto de haber perdido aun el deseo de experimentar la gloria de Dios. Estamos satisfechos con muy poco. Nos conformamos con simples reuniones que pensamos son 'buenas' y no esperamos nada más. Primero debe ser avivada una expectativa dentro de nosotros, una expectativa de saber que la gloria de Dios aún puede caer del cielo como fuego – hombres postrados sobre sus rostros, asombro, jadeos, manos en las bocas y profundos quebrantamientos. Si estamos deseando este resultado por los motivos incorrectos, entonces nos podemos olvidar de llegar a verlo. Aquellos de nosotros que deseamos ver que las personas caigan postradas podemos hacerlo secretamente para nuestra propia auto-gratificación: “¡Mire lo

que logró mi predicación! ¿Cuántos de nosotros, que estamos de pie detrás de los púlpitos, creemos en la parte trasera de nuestra mente que somos nosotros los que vamos a meter el gol? ¿Cuánto de esto es inconsciente, pero sin embargo sigue allí? Queremos ver la gloria de Dios, pero no la vemos porque la queremos para *nuestra* propia glorificación. Esto es una abominación, y estamos estafando a las personas de la gloria de Dios porque tales sutilezas del yo aún siguen pegadas a nuestros ministeriales corazones carnales. Acabamos con nuestro mensaje al buscar arreglarlo para impresionar a nuestra audiencia. Y es de esta manera que la palabra deja de ser sacerdotal.

Como el Sacerdote, así también el Pueblo

Esta es una de las razones por la cual nos necesitamos los unos a los otros. Sin importar cuan puro sea su deseo sacerdotal, no existe el hombre que no resbale algún día en alguna clase de enredo o en algún deseo por gratificación personal si es que no se encuentra en algún tipo de relación diaria con otros que puedan detectar los primeros indicios y que puedan llamarle la atención. No podemos sostener solos este celo ministro–sacerdotal. Era Aarón y sus hijos. Por encontrarse involucrados y profundamente relacionados es que la congregación de Israel se reunía para observar la consagración de Aarón y sus hijos. El sacerdote no era simplemente un funcionario religioso que recibía un salario por los servicios prestados. Existía un vínculo vital. Como el sacerdote, así también el pueblo. Vemos en la historia de Israel la declinación del sacerdocio, la pérdida de su propósito y su transformación en una clase profesional. Tuvo su final horroroso al Caifás convertirse en el verdugo y el perseguidor de Jesús, pudiendo así ver lo bajo que pudo caer este alto llamado. Fue una declaración de lo que Israel era en sí mismo pues cuando los sacerdotes caen en ese lugar, entonces la nación caerá también. Si usted quiere estudiar la historia de Israel, entonces estudie su sacerdocio.

La clase sacerdotal de Israel tuvo su máxima expresión cuando se encontraba llena de celo y de respeto celestial por su llamado. Cuando comenzaron a extraviarse y a ser atraídos por la cultura Helenista que estaba causando sensación en el mundo, y que consistía en la exaltación del hombre, entonces Israel declinó hasta finalmente colapsar. Lo mismo puede decirse hoy de la iglesia en general. En cierta manera nosotros también nos encontramos avergonzados y ofendidos con los cortes y con el derramamiento de sangre, que es algo inseparable del ministerio sacerdotal. Nosotros también hemos sido absorbidos por la cultura de hoy al considerar el entretenimiento, los métodos, la psicología y la sabiduría de esta era más iluminada e interesante que la cruda insistencia en una radical purificación y limpieza. Nos hemos apartado de la parte sacerdotal de sacrificio y sangre. Es otra forma de decir que nos hemos apartado de ‘la ofensa de Cruz.’

Y especialmente en esta generación, nos hemos convertido en delicados profesionales. Hay tanto joven ocupando no sólo cargos ministeriales y de

influencia sino cargos importantes. Escasamente se encuentran cerca de sus treinta y ya tienen congregaciones con miles de almas. Son exitosos niños-genio con todo el conocimiento. Me ha dado dolor de estomago en aquellas ocasiones que los he visto en el televisor de alguien. Por ser la búsqueda de Dios, la sangre y la espera algo desconocido para ministros de esta clase, es que se ha vuelto todo tan fácil, tan sintético y profesional. Muchos de nuestros ministros se parecen más a los Rabinos modernos que a los sacerdotes bíblicos, y Es por esto que muchas de nuestras congregaciones se asemejan más a amables asambleas religiosas que al pueblo escogido de Dios. Queremos pasar desapercibidos porque intuitivamente sabemos que esto traería una repercusión sobre nosotros. La razón por la cual nos parecemos tanto al mundo es porque también nuestros ministros se parecen a él. Ellos mismos son la imagen de la realización mundana con la forma en que se visten, con sus anillos, sus brazaletes y su brillo, demostrando así la manera en que el mundo se ha filtrado.

Sin embargo, Dios ha establecido Su orden. Las capas externas, aceptadas en el mundo, deben ser arrancadas. La Palabra debe lavar nuestra desnudez. Después de esto las vestiduras deben ser puestas una por una, en la forma prescrita. Sólo estaba el lino de justicia – nada de lana, pues los sacerdotes de Dios no podían sudar. Subían por una rampa y no por escalones. No podían arriesgarse a levantar sus piernas y exponer carne alguna. En la presencia de Dios no podían estar la carne ni el sudor, que en sí son una declaración del esfuerzo religioso humano tan contrario al ministerio sacerdotal que proviene de Su descanso. Uno pensaría que estarían empapados de sudor con todo ese corte, toda esa matanza y toda esta sangre corriendo. Pero cuando hacemos aquello que es prescrito por Dios, con una perfecta obediencia a través de la Vida de Dios, no sudaremos. El hecho de que nuestros domingos son tan sudorosos es un testimonio al hecho de que han dejado de ser sacerdotales. Una de las mayores ironías de nuestro tiempo es que más sudor es exudado en los domingos que en cualquier día de la semana. No nos alcanzamos a imaginar la cantidad de fervor, ansiedad, inquietud, desgaste nervioso y esfuerzo carnal que se lleva a cabo para poder producir una religión exitosa. Si fuéramos más celosos por Su gloria que por nuestro honor y reputación, entonces no sudaríamos tanto. El sudor es un reflejo de que existe algo que queremos para nosotros, en otras palabras, no queremos tomar el riesgo de fracasar delante del pueblo de Dios.

Ser sacerdotal es no estar manchado por la preocupación humana, por las maquinaciones humanas y por el esfuerzo humano. Hay algo en todos los requerimientos, los sacrificios y las rociadas, que están tan inmersos en sangre y cuchilladas – desde la punta de los dedos hasta los codos – que evita que haya algo propio en los sacerdotes que trate de realizar algo sacerdotal. Este es el corazón del misterio sacerdotal. Debe ser llevado a cabo en el poder de Su vida eterna. No puede hacerse en una clase de mecanización extraída de nosotros mismos a imagen de la forma en que pensamos que debe ser el ministerio sacerdotal. Los sacerdotes de Dios estaban tan débiles, tan devastados y desgastados de toda audacia y confianza en sí mismos, y tan llenos del

entendimiento acerca de la santidad de las cosas que eran puestas delante de ellos, que no podían atreverse a iniciar o a llevar a cabo algo que surgiera de su propia humanidad.

El Llamado al Sacerdocio

Estamos tan lejos de comprender lo sacerdotal que consideramos el servicio a los hombres como la expresión más alta a la que podemos o necesitamos llegar. El sudor en nuestros esfuerzos por servir se ha convertido en la evidencia de nuestra aprobación sin tener en cuenta que Dios ve de otra manera. Es después de haber esperado en Dios, de haber sido vaciado de todas sus buenas ideas, de sus buenas intenciones y de sus métodos, que el sacerdote celestial surge del lugar santísimo. Es alguien que abandona su propio orden en el servicio, su propio mensaje, su propia selección de canciones para traer aquello que es proporcionado por Dios. Este tipo de personas, que están dispuestas a abandonar sus propias intenciones, son las que necesitamos ver.

Parece haber una conspiración o una campaña planeada para sacar la conciencia del sacerdocio fuera de la iglesia. Estamos inundados con sonido y ruido, con presentaciones multimedia, con conciertos – aquello que es sensual para el ojo y el oído – que no sólo tiene que ser escuchado sino también *sentido*. Dios aún nos está llamando desde adentro de ese ambiente para que seamos los sacerdotes del lugar santo. Si aquello que comunicamos realiza la liberación de la palabra de Dios proveniente del cielo, es porque escuchamos lo que en el lugar santísimo, en el lugar de silencio, El nos ordenó a llevar.

Irónicamente no siempre estamos contentos cuando surge un sacerdote que ha esperado en aquel lugar de silencio. Nos sentimos intimidados porque pensamos que lo teníamos todo bajo control. Nos percibíamos como ancianos bien intencionados y laboriosos, capaces de citar las Escrituras, con un firme agarre de las doctrinas de la fe y con la capacidad de aconsejar a los hombres. Y entonces, cuando viene el visitante del cielo, el sacerdote de Dios, entonces acaba con nosotros. Este trae consigo un aura, una fragancia, y un espíritu que nos reta y que nos revela algo de nosotros mismos, sintiéndonos de repente, atados a la tierra, pesados y demasiado humanos. Reconocemos que mucho de lo que llevábamos haciendo y diciendo se había tornado viejo, terrenal y rancio.

Necesitamos de más invasiones del cielo. De más sacerdotes que solamente después de haber ministrado a Dios en el lugar santo vengan y ministren delante de los hombres. Necesitamos un ministerio sacerdotal. Un ministerio de hombres que primero hayan hecho sacrificios por ellos mismos, que primero hayan ofrecido su carne, sus ambiciones, su propia vanidad y autoengaño, su propio miedo y codicia y su deseo de agradar a los hombres. Necesitamos de hombres que tengan un corazón para soportar los ‘desgastantes’ requerimientos de Dios y que estén dispuestos a someterse a tratos dolorosos. Necesitamos de hombres que

se encuentren preparados para ver sangre salpicar, carne herida retorciéndose, pateando y luchando por aliento. Necesitamos de hombres que se paren firmes e inmóviles dejando que la muerte sea trabajada en ellos hasta el final. Hombres que estén dispuestos a sufrir el reproche y la vergüenza que viene cuando son expuestas sus partes internas. Es raro encontrar hombres así, hombres que estén calificados para esgrimir la espada de Dios, hombres santificados en sangre, hombres que se han convertido en los sacerdotes de Dios. Sólo ellos tienen la disposición. Sólo ellos poseen ese carácter sumamente temerario que se necesita para meter la espada en la carne del pueblo de Dios, para exponer las partes escondidas de nuestro ser, para herirnos y para dejar que se derrame nuestra sangre y nuestra vida.

El Sacerdocio de Melquisedec

Aunque estas prácticas levíticas ya no son requeridas, la verdad acerca de ellas sí lo es. Es necesario que nuestro entendimiento sea alterado, pues Dios dice de Su Hijo:

Tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec.
(Hebreos 5:6b)

Es un nuevo orden diferente al orden Aarónico que había pasado. El orden sacerdotal antiguo se desintegró y se perdió. El nuevo orden es de hecho más antiguo que el orden Aarónico. Cuando Abraham se encontraba regresando de su victoria sobre los reyes de Sodoma, se encontró con un personaje místico al cual le dio la décima parte de todo lo que tenía. Ya que el menor es bendecido por el mayor, Abraham se sometió a Melquisedec. Este sumo sacerdote llamado Melquisedec le sirvió pan y vino. Era un vistazo al Antiguo Testamento. Un destello pre-encarnado de lo que sería la perpetua y eterna gloria del Hijo del Hombre, quien permanece como sacerdote para siempre. Siendo Abraham el gran hombre de fe que era, reconoció la autoridad y superioridad de aquel sacerdocio. Este sacerdocio precede aun el establecimiento del orden Aarónico, que era en sí mismo sólo una sombra de lo que había de venir.

No solamente existe una conexión entre lo *apostólico* y el *sacerdocio*, sino también una conexión entre los *hijos* y los *sacerdotes*. Este misterioso sumo sacerdote, este Melquisedec, no es descendiente de la genealogía de Aarón. Era un rey de justicia y de paz de quien se dice en las Escrituras:

Sin padre, sin madre, sin genealogía; que ni tiene principio de días, ni fin de vida, sino hecho semejante al Hijo de Dios, permanece sacerdote para siempre. (Hebreos 7:3)

El sacerdocio de Melquisedec es una extraordinaria antítesis del sacerdocio Aarónico. Son exactamente opuestos. El orden de Melquisedec se encuentra por

encima de la cultura, del tiempo y de la nacionalidad. Es sin principio de días o final de vida. De hecho, todo lo terrenal lo contradice. El sacerdocio Aarónico requería genealogía, ascendencia e identificación terrenal. El nuevo se asemeja al Hijo de Dios, un sacerdote sin interrupción que permanece para la eternidad. ¿De dónde proviene Su animación, Su energía y Su vida? Dios nos ha llamado a ser este tipo de personas para poder llevar a cabo Su propósito eterno y para poder ser los representantes de un Reino que está por venir. ¿Qué clase de sacerdocio es este? Es algo distinto a la postura profesional y ministerial que es tan prevaleciente en todo lugar. Es un sacerdocio verdadero que no tiene interrupción. ¿Estamos celosos por ser este tipo de sacerdote? Es un sacerdocio que nos concierne, que nos es requerido y que no está basado en una valoración natural. Será un sacerdocio en la medida en que estemos por encima del tiempo, de la cultura y de la nacionalidad, sin madre o padre o ascendencia, sin principio de días o final de vida. Debe ser realizado sin interrupciones. Debe proceder del Trono de Dios y debe estar basado en el poder de una vida eterna e indestructible.

La identidad que se encuentra *en* Dios es la más elevada y verdadera. Es aquella que permanece como un sacerdote para siempre. Para esto es requerido un giro violento, porque, ¿cómo le va a gustar esto a su padre y su madre? El renunciar a su identidad física será para ellos como una bofetada en la cara. A usted lo tienen que separar de aquellas cosas que quieren dominarlo y que quieren darle una identidad basada en parámetros terrenales. Es un precio que no puede ser explicado a los hombres. Cuando le dijeron a Jesús que Su madre y Sus hermanos lo estaban esperando afuera, El respondió, “¿Quién es Mi madre?”. Esto sonaría cruel si se evaluara terrenalmente, pero se debe a que aún no hemos entrado en el tipo de sacerdocio de Jesús y a que aún no hemos entendido la profunda separación que un sacerdote debe tener aquí en la tierra de cualquier vínculo carnal. Irónicamente nunca podremos ser un mejor hijo o hija hasta que alcancemos esta separación sacerdotal. Existe toda una enfermiza y alquímica conexión de vida entre los padres y los hijos, donde viven los unos de los otros en una ‘vampiresca’ forma de relación de sanguijuelas.

Debemos apropiarnos de una identidad más elevada de la que tenemos en lo terrenal y natural sin permitir que se difumine y elimine el concepto de hombre y mujer, judío o gentil. Dios considera estas distinciones muy importantes y por eso el plan de Satanás es el de oscurecerlas y eliminarlas. No es que deban ser abolidas, pues es precisamente de esta unión de diferentes entidades donde surge algo trascendental que forma al ‘nuevo hombre.’ Es una extraña paradoja poder ser un judío o un gentil, un hombre o una mujer, sin anular lo contrarios que son y a la vez apreciarlo como proveniente del Dios que lo instituyó para Sus propios propósitos. Sin embargo, no debemos celebrarlo de tal manera que forme una especie de membrana entre nosotros y aquellos que no son como nosotros. En donde quiera que, conciente o inconscientemente, sean evocados los factores de tiempo, culturales, étnicos, terrenales y temporales nos apartaremos de aquello que es sacerdotal y desecharemos el terreno y el poder del sacerdocio Neotestamentario. Un sacerdote se encuentra igual de separado de formas

raciales, étnicas y culturales que del tiempo y del espacio. Es uno que ocupa los cielos *con* Dios y que en ninguna manera es afectado o limitado por la cultura presente y contemporánea. Al estar por encima de la cultura se convierte en alguien trascendental, y por lo tanto es pertinente en todo lugar y en todo tiempo.

Abraham obedeció el llamado de Dios de salir de Ur de los Caldeos sólo *después* que su padre murió. Hubo un retraso en la ciudad de Harán, donde él no obedeció el llamado de Dios, que era salir de la nación, de su parentela, y de la casa de su padre, para seguir al Señor hacia la tierra que le sería mostrada. El recolectó bastantes provisiones y bastantes personas en Harán, pero éste no era el lugar de la bendición. ¿Cuántos santos Carismáticos, Pentecostales y Evangélicos se encuentran ahora en ese lugar? ¿Cuántos malinterpretan la provisión y las personas como si esto constituyera la bendición? *Esto no lo es*. Usted se encuentra en un lugar de retraso, aún apegado a la carne, aún apegado a parentela y a la casa de papá, y usted no ha salido para comenzar el caminar sacerdotal donde la verdadera bendición comienza.

Si usted quiere operar desde un lugar inferior, lo puede hacer, pero no será sacerdotal. La razón por la cual usted entra en este llamado es porque usted ha entrado en el Hijo, pues El es el Rey de Justicia, el Rey de Paz y el Sumo Sacerdote de Dios. Si usted está unido al Hijo del Hombre por virtud de Su muerte, por el poder de la Cruz y a través del bautismo, entonces también se encuentra unido a El como sacerdote. Usted se encuentra dentro del sacerdocio de Melquisedec en la proporción exacta en la cual usted permanece en el Hijo. Ni más ni menos. No tiene nada que ver con factores naturales, sino sólo con la vida resucitada, con una vida ofrecida en sacrificio y resucitada en gloria. Somos trasladados a un lugar trascendente de identificación con El, en el cual toda distinción natural, racial, religiosa, étnica, etc., es superada.

Y esto es aun más manifiesto, si a semejanza de Melquisedec se levanta un sacerdote distinto, no constituido conforme a la ley del mandamiento acerca de la descendencia, sino según el poder de una vida indestructible. (Hebreos 7:15–16)

Esta vida que ha irrumpido de la muerte con gloria resplandeciente, ahora se encuentra disponible a todo aquel que, a partir de su propia muerte, le de oportunidad para ser expresada. Es el fundamento del sacerdocio real y de la comunidad de Dios. Este tipo de sacerdocio, que no tiene interrupciones y que se asemeja al Hijo de Dios, necesita también tener como fundamento y origen la vida infinita e indestructible del Hijo. No vamos a poder jugar a ser los sacerdotes construyendo con nuestra pericia, habilidad, conocimiento, astucia religiosa y aun con nuestra mejor intención. El sacerdocio de Melquisedec no está basado en una herencia que viene a través de la sangre y el ancestro. Está basado en la herencia que viene a través de la sangre del Cordero. Y es a través de esa Sangre y a través de esa Vida que podemos expresar las cosas sacerdotales una vez hayamos dejado de lado nuestra vida.

Estoy convencido que la cuestión acerca de la resurrección será para el pueblo de Dios la más fiera de los últimos días. Será la plomada de Dios que va a separar a la iglesia falsa de la verdadera. Sin duda, la iglesia falsa aplaudirá la *doctrina* de la resurrección, pero rehusarán vivir en ella y por ella. Este será el gran separador entre aquellos que poseen una simple profesión verbal y aquellos que están en la Vida.

Sentado en el Cielo

Así que, si estuviese sobre la tierra, ni siquiera sería sacerdote...
(Hebreos 8:4a)

En otras palabras, El se encuentra en otra dimensión, en aquel lugar celestial. Su posición sacerdotal sería invalidada por cualquier cosa que sea inferior, pues Su verdadera existencia y realidad se encuentra en el santuario celestial. Si El morara en la tierra, es decir, si Sus valores y Su mentalidad fueran terrenales, entonces ni siquiera sería Sacerdote. La intención de Dios es que aquellos que están hechos a Su imagen vivan en la realidad del cielo así se encuentren aún en la tierra. Estos estarán *sobre* la tierra pero no morarán *dentro* de ella. Cuando esclarezca en el final de la era, en aquel clímax escatológico, solamente se encontrarán dos especies de humanos sobre este planeta. Dos especies divididas por el cielo y la tierra y no por razas. Los corazones de aquellos que moren en la tierra desfallecerán por el temor de las cosas que vendrán sobre ésta. Esto les sucederá porque lo terrenal es lo único que conocen y lo único por lo cual velan y esperan. Todos sus valores están establecidos allí. Son terrícolas – mientras que los otros son aquellos que moran en el cielo. Los moradores del cielo quizás estén en la tierra, pero no es su lugar de habitación. La tierra no es donde residen sino es el lugar donde sirven. La mayoría de nosotros los Cristianos somos terrícolas anclados en este planeta. Estamos demasiado atados a su jalón gravitacional, demasiado conectados por lazos alámicos de afecto y por inversiones terrenales, y es por esto que se va a necesitar de un giro radical del alma para poder ascender al lugar celestial.

El Lugar Santísimo

Sólo el Sumo Sacerdote podía entrar delante de Dios en el lugar santísimo. Dios lo ha establecido así para siempre. Por lo tanto es interesante leer en Éxodo 25 acerca de la descripción del lugar santísimo. Dios nos lo describe con extraordinario detalle. Sabemos que el tabernáculo de Dios, al igual que el Templo que fue construido más tarde, tenían en esencia el mismo patrón arquitectónico y el mismo atrio exterior. El atrio exterior estaba expuesto a la luz del día sin ninguna clase de cubierta. Su entrada es el altar de bronce para el sacrificio y la fuente de bronce para el lavado, simbólico de nuestra entrada en la

casa de Dios a través de la expiación de la Sangre del Cordero. A medida que nos adentramos, encontramos el segundo atrio, cubierto por pieles y un velo por donde los sacerdotes entraban diariamente. Este no tenía tanto tráfico como el atrio exterior con todo su arduo trabajo en los sacrificios, en el fuego y en la matanza. Sólo aquellos sacerdotes cuya función, tanto de día como de noche, era encender el altar santo del incienso y poner los panes de la proposición sobre la mesa del Señor, podían entrar en el segundo atrio. Era un lugar que estaba aislado de la luz del día. Recibía su iluminación del candelabro de siete brazos cuya luz era mucho más brillante y no se encontraba sujeta a los variables elementos de la naturaleza como lo son el clima y la luz del sol. Era una luz única, sin embargo, quedaba un último lugar. Un lugar de máxima categoría en el cual a la verdad, pocos podían entrar. ¡Era el lugar santísimo! El Santo de los Santos donde no había actividad diaria. Sólo había uno que podía entrar allí en el curso de un año y solamente podía hacerlo basado en la sangre de un sacrificio perfecto. Y aunque no había un candelabro de siete brazos era el lugar más brillante de todos pues allí se encontraba la gloria Shekinah de Dios. Esta era Su Presencia sobre el propiciatorio y el arca de la Ley.

Y harás un propiciatorio de oro fino, cuya longitud será de dos codos y medio, y su anchura de codo y medio. Harás también dos querubines de oro; labrados a martillo los harás en los dos extremos del propiciatorio. Harás, pues, un querubín en un extremo, y un querubín en el otro extremo; de una pieza con el propiciatorio harás los querubines en sus dos extremos. Y los querubines extenderán por encima las alas, cubriendo con sus alas el propiciatorio; sus rostros el uno enfrente del otro, mirando al propiciatorio los rostros de los querubines. Y pondrás el propiciatorio encima del arca, y en el arca pondrás el testimonio que Yo te daré. Y de allí Me declararé a ti, y hablaré contigo de sobre el propiciatorio, de entre los dos querubines que están sobre el arca del testimonio, todo lo que Yo te mandare para los hijos de Israel. (Éxodo 25:17–22)

Quizás algunos de nosotros estamos ya gimiendo a medida que nos vamos concientizando de la magnitud de este llamado *apostólico y sacerdotal*. ¿Cómo nos trasladamos de una era institucional en la iglesia, a la restauración de la gloria apostólica? ¿Cómo comunicaremos la dimensión de estas cosas que han sido perdidas en la experiencia de la iglesia moderna? ¿Cómo restauraremos el sentido de urgencia e inminencia de las cosas que están por suceder? ¿Cómo le advertiremos a nuestra generación que Dios a establecido un día en el cual juzgará a las naciones por Aquel que resucitó de los muertos? ¿Cómo debemos prepararnos para tal confrontación apostólica? ¿Dónde está nuestro coraje, nuestro denuedo, nuestro entendimiento y nuestra sensibilidad? Debemos abrirnos camino a través de todos estos dolorosos ajustes. Necesitamos abandonar el poder de la tradición y los caminos establecidos e institucionales del hombre, y debemos hacer parte de la formación de una iglesia viviente para que pueda llevar a cabo su testimonio profético. ¿Dónde se supone que encontraremos nuestras respuestas?

Y de allí Me declararé a ti, y hablaré contigo de... todo lo que Yo te mandare para los hijos de Israel. (v.22)

Esta es la única alternativa de convertirnos en simples técnicos y de adoptar otra susceptible terminología. Dios nos invita a entrar en el lugar santísimo, en ese lugar sumo–sacerdotal que se encuentra abierto para aquellos que se acerquen en la semejanza del Hijo de Dios – sin padre o madre, sin principio o final de días. Es la fuente de la vida indestructible. Es una fuente de inspiración y unción, de palabras que El nos dará si en verdad deseamos consumir el mandato de Dios. Existe un lugar santo más allá. Existe una entrada a través del velo por el Espíritu Santo, simbolizado por el incienso quemado en el altar que continuamente asciende hacia Dios. A través de una luz mucho más brillante es posible divisar nuevas cosas que se encuentran más allá del asunto de la salvación y que tratan acerca de los asuntos y propósitos de Dios más serios. Es un lugar más profundo que solamente admite ‘sumo sacerdotes.’ Nunca podremos vislumbrar las cosas apostólicas y verdaderas a no ser que sea en *esta* luz. Nunca podremos llevar a cabo el mandato apostólico si no es a través de la intensidad de Vida transmitida en aquellas palabras inspiradas y comunicadas en el lugar santísimo. Dios nos invita a entrar en este lugar y a morar en aquella Presencia, pues es sólo allí donde El se va a encontrar con nosotros y donde nos dará todo lo que nos mande para los hijos de Israel.

Detrás del Velo

Yo había esperado por mucho tiempo para hacer tal entrada. Pensaba que tenía que estar preparado espiritualmente, pues a pesar de lo mucho que estoy en guerra con el mundo secular, aún permanecía en mí algo de su concepto de evolución y por esto creía que debía ‘evolucionar’ a un nivel espiritual más alto en virtud del cual podría entrar en el lugar santísimo. Sin embargo me tropecé con una serie de enseñanzas tituladas: “*Detrás del Velo.*” Algo dentro de mí hizo *clic*, y no pude estar más apresurado a escucharlas. Puse la primera cinta con grandes expectativas. Algo en mi espíritu se agitaba por el misterio de esto y en el momento que escuché las primeras palabras, fui tentado a apagar la grabadora. Algún ‘billy de la montaña,’ algún montañés Norteamericano, era el que hablaba. Era burdo y gramaticalmente pobre. No era en absoluto mi estilo, pero cuando me disponía a apagar la grabadora dudé, pues había algo en su acento que me estaba penetrando. Era algo que se encontraba más allá de la nacionalidad, más allá de la cultura, más allá del tiempo, más allá de padre o madre o de principio de días o final de días. Continué escuchando, cinta tras cinta, de un hombre cuya frustración se parecía mucho a la mía. Este había tenido los mismos éxitos y fracasos en la vida espiritual, aquellos días buenos y malos que nos dejan incapaces de decir con Pablo, “*Vosotros sabéis cómo me he comportado entre vosotros todo el tiempo, desde el primer día que entré en Asia*” (Hechos 20:18b). Mientras lo seguía en las Escrituras a través del libro de Hebreos, mostró que la

Ley sólo era una sombra de las cosas por venir y no la forma real de ellas, y que por lo tanto no podía hacer perfectos a aquellos que se acercaran. Continuó explicando que había Uno que había venido en cierto momento y que sí lo había podido lograr. Su sangre era mejor que la sangre de los toros o de los machos cabríos o de los sacrificios. Era Alguien que había entrado por Su propia sangre al lugar celestial una vez y para siempre.

Es nuestra impresionante sofisticación espiritual la que no ha dejado que estas palabras hagan impacto en nuestras almas. Jesús entró una vez y para siempre y nos está pidiendo que entremos confiadamente. *No* es con base en nuestras capacidades naturales sino a través de la sangre de Jesús que podemos entrar al lugar santísimo. Solamente hemos pensado en Su sangre en términos de nuestra expiación. Aunque Su sangre es suficiente para lavar el pecado y la culpa, ésta ha logrado algo más. Ha abierto un nuevo y vivo camino, inaugurado para nosotros a través del velo que representa Su carne. Por lo tanto, ya que tenemos este Gran Sumo Sacerdote, acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe.

Recuerdo la noche que escuché la última cinta. Estaba en mi cama con mi Biblia abierta en estas Escrituras del libro de Hebreos, y en la última cinta el predicador relató como había ido a un servicio de domingo como un ministro desgastado y derrotado, en ese tipo de monotonía y ambiente predecible a las que pueden tan fácilmente llegar nuestras iglesias. Pero en esa mañana había una mujer en el servicio que parecía estar iluminada. Le era difícil contenerse y agitaba su brazo en el aire queriendo dar un testimonio.

“Síhermana,” le dijo él. Y ella contestó,

“Sólo quiero decir que he entrado en el lugar santísimo.” Sin embargo él fue rápido en corregirla,

“Usted quiere decir que espera entrar.” (Después de todo, pensó, sólo era un ama de casa.)

“No,” ella dijo, “he entrado.”

“¿Cómo lo hizo?” dijo. Y ella contestó,

“¡Por la fe en la sangre de Jesús y el velo que fue rasgado por Su carne! Yo simplemente me acerqué con un corazón sincero de fe, y confesé: ‘Ahora mismo, en el nombre de Jesús, sin el reconocimiento de alguna capacidad en mí misma, entro en el lugar santísimo a través de la sangre de Jesús.’”

Esta mujer dijo que algo le había sucedido y que había entrado en un ‘nuevo lugar’ – que por supuesto era visiblemente evidente en ella. Antes de que ese servicio terminara, persona tras persona en la congregación se ponían de pie y hacían una simple confesión de ‘entrar ahora mismo’ a un camino nuevo y vivo

con base en la sangre de Jesús. El pastor también entró, que era la razón por la cual estaba escuchando sus cintas. Se le había manifestado a él una nueva clase de habilidad con una mejorada y profunda calidad apostólica. Poseía una nueva fuente de creatividad y originalidad que solamente se puede recibir en comunión con Dios dentro del lugar santísimo. Reflexionando en mis años en Cristo, apagué la grabadora en ese momento. Me quité los lentes y pensé por un momento acerca de la frustración, acerca de los éxitos y los fracasos y simplemente, allí acostado en la cama, hice una oración.

Dije, “Señor, ahora mismo, no con base en alguna capacidad, entro en el lugar santísimo por la sangre de Jesús y el velo rasgado por Tu carne. Amen.” Algo en mi hombre interior hizo *clic*, y creo que desde ese momento he estado en aquel lugar manteniendo firme la confesión de la fe. Ingresé en una nueva clase de libertad al tormento causado por la lucha contra la carne. Algo sucedió cuando pasé a través del velo de Su carne rasgada, que trató con mi carne de una manera que me es difícil de entender o comunicar. Estén seguros que todo poder del infierno va a querer robarnos esto: “Oh, esto es sólo un juego de palabras, pura retórica bíblica. No existe realmente un lugar de entrada. Este asunto celestial es sólo vapor. Es algo intangible. Usted ya tiene todo lo que necesita en virtud de su nuevo nacimiento. Esto es sólo un engaño de su parte. ¡Mire, usted sigue igual!” Manténgase firme en la confesión de la fe. Esto es algo que se encuentra mucho más allá de una simple respetabilidad Cristiana, mucho más allá de cualquier tipo de ‘buena-gentileza.’ Esto es tener una conciencia vacía de cualquier ofensa con Dios o con el hombre.

Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro.
(Hebreos 4:16)

Si no lo recibimos y si no lo encontramos, entonces, ¿Cómo lo podremos dar? Por lo tanto nos encontramos obligados a entrar en este Sábado, este día de descanso que Dios ha preparado para Su pueblo. Las obras y las acciones religiosas que emanan de una mala conciencia, o sea, esas cosas que usted se siente obligado a hacer, son llamadas por Dios obras muertas. La *obra* de Dios siempre y eminentemente viene del *descanso* de Dios, y siempre es ejecutada en el día Sábado, no de otra manera. Solamente es esta operación la que trae vista a los ciegos. Cuando los judíos en los días de Jesús eran antagonizados y confundidos por este incomprensible hombre que ejecutaba todas estas cosas gloriosas en el día equivocado, Jesús podía decirles con absoluta simplicidad que era el Padre quien hacía las obras. Cuando usted se halle en ese lugar va a saber que se encuentra en el descanso de Dios. No significa que habrá una ausencia de tribulación o tensión, pues aun en medio de este conflicto usted se encuentra en el lugar Shekinah, en el lugar santísimo, independientemente de las circunstancias que estén revoloteando a su alrededor.

Dios no es tan cruel como para poner delante de nosotros semejante llamado y pensar que debemos llevarlo a cabo con la insuficiencia de nuestra propia habilidad humana. Existe aún un lugar más profundo, un lugar más extremo, un lugar más absoluto. Es el lugar santísimo, que se encuentra disponible para todos aquellos que están llamados a aquello que es apostólico y sumo–sacerdotal. Considere a Jesús como no lo ha hecho antes – como el Hijo a cuya semejanza hemos sido llamados. El que está unido a El es un espíritu con El. Así podemos entender mejor a Pablo cuando dice que vive y que se mueve y que tiene todo su ser en Cristo. ¿Dónde nos encontramos y dónde deseamos estar, y en dónde tenemos fe para estar? ¿Deseamos una participación apostólica en los propósitos eternos de Dios? ¿Seremos capaces de permanecer firmes frente a la persecución y el sufrimiento apostólico? Es necesario que entremos a este lugar sacerdotal sin el cual no pude haber una realización apostólica. Jesús ha rasgado el velo y nos pide que entremos, no con base en *nuestra* capacidad, sino con base en Su sangre.

Dios nos está llamando a un inusual compromiso y participación. Existe un lugar sumo sacerdotal disponible para nosotros como una vida que fluye y que es indestructible. La fe viene por el oír, y el oír por la Palabra de Dios. Esto no es una manera caprichosa de jugar con las palabras, sino algo que debe ser urgentemente considerado. La fe es ahora, y la hora ha llegado y el tiempo está corto, y Dios está demandando una realización que sólo puede venir de aquel lugar que se encuentra detrás del velo. Tenga la fe para entrar con un corazón verdadero y sincero en plena certidumbre de fe.

¡Salvado a lo Sumo!

Lo sacerdotal es algo eterno a lo que somos llamados. Está escrito en nuestras vidas. Después de que somos introducidos dentro del Sumo Sacerdote nos volvemos parte y esencia de El. Si somos uno con El, significa que todo debe ser santificado. Lo sacerdotal está supuesto a entrar y a impregnar cada aspecto de nuestra vida, incluso lo más mundano. De hecho, es en los lugares más mundanos donde es más precioso. Las cosas más ordinarias se vuelven santas. Toda la vida se convierte en un sacramento. El comer deja de ser una actividad gastronómica. El sexo ya no es sólo la obtención de alivio. No nos atrevemos a acercarnos a nuestras habitaciones, a nuestras cocinas o a nuestras conversaciones casuales sin sentir el efecto santificador de este Sumo Sacerdote con el cual nos hemos revestido. Dejaremos de tener conversaciones triviales y descuidadas. Todo se vuelve significativo y consagrado. Todo comienza a poseer un peso eterno de gloria pues la vida es transfigurada cuando se la lleva a una dimensión celestial.

Esto es verdaderamente lo sacerdotal y uno puede medir la ausencia de esto por la ausencia del conocimiento de la vida resucitada. Las dos están íntimamente unidas. La nuestra no es una herencia física como aquella de Aarón, sino una espiritual en virtud de haber entrado *dentro* de la vida de resurrección. No podemos alterar o rediseñar las vestiduras sacerdotales para que se ajusten a

nuestra medida. Hay sólo una vestidura sumo–sacerdotal para Aarón y no puede ser cortada para acomodarse a la medida del hombre. El sucesor de Aarón tenía que crecer dentro de ella y por lo tanto también lo es así para nosotros. Hay una vestidura santa, un Sacerdote Melquisedec santo con el cual debemos revestirnos y en el cual debemos crecer. Hacer menos que esto, y ministrar de cualquier cosa diferente a la vida resucitada, es quedarse corto del ministerio sacerdotal. Cualquier persona que tenga algo de discernimiento debería reconocer la diferencia. Las cargas inherentes a este sacerdocio son mucho más grandes, y las demandas son más drásticas que para el sacerdocio Levítico. No obstante el poder para realizar y para llevar a cabo es igualmente mayor. El ponerse esta vestidura es ponerse la vida resucitada. Hemos escuchado buenos mensajes, buenas enseñanzas y buen ministerio, pero existe una diferencia entre lo que es bueno y aquello que recibe su poder de ‘la vida de los muertos.’ Sin muerte no hay vida de resurrección. No habrá entrada en la vida y el llamado del Sumo Sacerdote sin haber entrado en esa muerte a través de la espera, de la humillación, de la obediencia y de la consagración.

Es mejor que permanezcamos insensibles e inmóviles. Es mejor estar dispuestos a esperar a que lleguen estas cargas provenientes de la Vida indestructible del cielo, en vez de crearnos cargas que sean producto de la culpa o de nuestras propias ideas sobre lo que nos parece apropiado y espiritual. Todas esas cargas que hemos creado, que parecen convenientes, se reventarán como burbujas cuando sean tocadas por la primera presión y por la necesidad de sacrificar el interés propio. La carga debe provenir de la indestructible vida de resurrección del Rey de Justicia que está en el cielo. Debe provenir de la Vida del Verdadero Sacerdote quien ni tiene, ni desea, herencia terrenal alguna. Quien no está atado a la tierra y sobre quien no existe ningún agarre ni impedimento. Cuando nos ponemos esta vestidura sacerdotal, asegurada con cuerdas que ascienden hasta el cielo, estaremos atados a realidades celestiales y no a las represiones de la tierra.

Jesús es un sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec. Por lo tanto es capaz de salvar hasta lo sumo, completamente, perfectamente y eternamente a aquellos que se acercan a Dios por medio de Él. Necesitamos más de este tipo de salvación y mucho menos de la clase lamentable de salvación que produce incontables miles que se dicen ser ‘salvos’ pero que no son ‘convertidos.’ Aquellos cuyas vidas son una larga lucha por llegar a Dios, y que están tratando de agarrarse hasta el final para ver si encuentran aunque sea un pequeño hueco en el cielo, seguramente no han sido llevados a la salvación por un sacerdote Melquisedec pues, ¡uno que haya sido llevado a Dios a través de él es salvado *hasta lo sumo!*

Necesitamos más de esta ‘suma’ salvación y menos técnicas evangelistas pre–envasadas. Necesitamos más sacerdotes trayendo del Trono de Dios Su convicción y Su misericordia, y menos personas bien intencionadas trayendo de sus cabezas sus propios mecanismos y sistemas. Necesitamos levantar más a Dios y dejar de complacer los propios intereses del hombre. Debemos parar de llamar a

las personas con base en todos los beneficios que les corresponden si tan sólo ‘aceptan’ a Jesús. Un verdadero sacerdote se revolcaría y convulsionaría con tal terminología y llamamientos egocentristas basados en los beneficios propios obtenidos al ‘aceptar’ a Jesús. Le daría asco de esto pues es en sí una contradicción de términos. *No* es salvación en el sentido bíblico de la palabra. La verdadera salvación es ser salvado *fuera* de uno mismo, y ser salvado fuera de uno mismo es ser salvado hasta lo sumo. ¿Cómo podremos traer a los hombres la verdadera salvación cuando ni nosotros mismos hemos sido verdaderamente convertidos, cuando nosotros mismos aún estamos atados en el interés propio, cuando no hemos experimentado el cambio de nuestra antigua vida carnal por la vida de resurrección? La semilla santa de Dios está supuesta a reproducirse según su género, pero lo que vemos reproduciéndose por todos lados es nuestra imagen, nuestra deficiencia y nuestra carnalidad. Necesitamos que más sacerdotes sean los instrumentos de salvación para los hombres con base en el poder de una vida indestructible y no con base en sus propias ideas, sentimientos o acercamientos almáticos. Estas cosas son desesperadamente necesarias en la tierra, pues las personas están pereciendo aun mientras están con vida. Nuestros colapsos mentales y nuestros desordenes emocionales, nuestras úlceras y cánceres son casi siempre el producto de vidas vividas en la irrealidad. El cuerpo no fue diseñado por Dios para vivir en la mentira. El cielo es la realidad y la justicia, y nosotros somos llamados a ser los sacerdotes de aquella realidad.

Sumario

El desenvolvimiento final del ‘misterio de Israel y la iglesia’ al final de la era será cuando los hijos de Abraham (el judío) vuelvan a juntarse a semejanza del Abraham de antes; como aquel que es el ‘más’ grande, como aquel que puede conferir bendición, como aquel que irradia el cielo. Esta reunión judía será la revelación de un Dios en donde ellos serán Sus sacerdotes. El ministerio final de la iglesia hacia Israel, que de hecho es el de provocarlos a celos, nunca podrá ser llevado a cabo con base en nuestros servicios carismáticos, sino con base en nuestro sacerdocio. Qué cosa más asombrosa para un judío encontrar en un gentil lo sacerdotal, excediendo aun aquello que es Aarónico, y encontrar aquello que proviene del trono de Dios y del cielo de los cielos. Si mientras esto está irradiando de nuestros rostros no son ellos provocados a celos, entonces no existe para ellos otra salvación. Ellos necesitan encontrarse con lo que Abraham se encontró miles de años atrás, pues cuando vio a Melquisedec, lo reconoció instantáneamente como el sacerdote del Dios Altísimo. Y aunque Abraham iba a ser el padre de muchas naciones, como Israel lo va a ser, le dio los diezmos a Melquisedec, pues Abraham aun necesitaba hallar en aquel encuentro a un sacerdote cuya capacidad y conocimiento del cielo excedía el suyo propio. Así es como concluirá esta era para la iglesia remanente que está llamada a vivir y a moverse en esta realidad.

Percepción Apostólica: La Eternidad

Por tanto, no desmayamos; antes aunque este nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva de día en día. Porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria; no mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas. (2 de Corintios 4:16-18)

Hay un peligro de perder completamente el sentido de lo que se está diciendo si leemos esto como algún tipo de retórica bíblica y como un estilo elegante de hablar utilizado por Pablo al cual asentimos con dulce reconocimiento.

Sin embargo, el fundamento de la mentalidad apostólica es asirse verdaderamente de las cosas que son eternas. No en anticipación a lo que se disfrutará en el futuro, sino como una presente apropiación, pues es *eso* precisamente lo que hace a la iglesia peculiar. No tenemos ni idea lo importante que es el tema de la eternidad. El perder el significado de esta palabra es perderlo todo y en lugar de hacer de la iglesia un gozo y un poder, hará que sea condenada a volverse mundana y ordinaria, institucional y mecánica, y un desgaste para la carne. En otras palabras, la ausencia de la eternidad en la conciencia de la iglesia evitará que sea lo que debe ser al desfigurarla y anularla. Vamos a tener que contender por esta realidad ya que el mundo no es hospitalario con ella. Pablo no sólo encontró esta dimensión eterna, sino que también moró en ella sin condenarlo en ninguna manera a la irrelevancia. Al contrario, lo hizo totalmente relevante, y es lo único que nos hará a nosotros iguales.

En la porción de Escritura citada anteriormente, encontramos dos referencias a la palabra eterno. La eternidad se convirtió en algo tan poderoso para Pablo que afectó sus consideraciones presentes y tuvo consecuencias prácticas para su forma de vivir. “*Esta leve tribulación momentánea*” tiene que ser la afirmación de un hombre que, o abandonó cualquier tipo de racionalidad y criterio razonable (Pablo fue un hombre que padeció naufragio, fue azotado con varas, fue dado por muerto, fue apedreado, fue menospreciado, perseguido, difamado, etc.), o que tiene algún tipo de estándar y medida acerca de las cosas, de las cuales ignoramos por completo. La visión apostólica percibe cosas que los demás no pueden ver, y mide con una medida que los demás no pueden entender. Ve el sufrimiento redentor en esta vida como algo *leve* y *momentáneo*. La iglesia debe llegar a tener este tipo de visión, pues esta visión es la realidad y la verdad apostólica. Lo que Pablo *es*, es lo que la iglesia debe ser.

No es que Pablo haya atravesado sus sufrimientos con una siniestra forma de calma. El sólo los desecha como leves y momentáneos. Y la única manera en la

que pudo lograrlo fue con base en una sola cosa: la habilidad de ver el eterno peso de gloria. Este no es un lujo que uno pueda escoger ‘tener’ o ‘no tener.’ Este es un requerimiento apostólico de máxima categoría para cualquiera que tenga intenciones serias con Dios. El hecho de que aún no hayamos experimentado el sufrimiento indica el lugar donde hemos estado hasta ahora: ejercitando algún tipo de fe inferior – si es que en verdad es fe – que no ha provocado el odio del mundo en contra de nosotros.

Estoy hablando acerca de la más esencial y práctica realidad que nos mantendrá como un pueblo apostólico – puesto que con seguridad estamos a punto de colisionar contra el sufrimiento. Si no ponemos la mira en aquello que es eterno y en el eterno peso de gloria, entonces lo que es una *leve* aflicción se tornará para nosotros en *gran aflicción*. Lo que es momentáneo se tornará en algo largo y continuo. Todo depende del conocimiento actual que tengamos de lo eterno. Podemos saber que la eternidad se encuentra allí y que es distante y algo que recibiremos después de esta vida, pero por no haber traído la dimensión eterna al presente ahora, es que hemos errado gravemente, dejando así de ser apostólicos.

Viendo lo Invisible

La provisión de Dios para poder sobrellevar las cosas que deben acontecer en esta vida es poner la vista en las cosas eternas, no vistas e invisibles. El tema de la visión es algo crucial. Y lo más seguro es que se va a necesitar de un esfuerzo conciente e intenso para poder llegar a tener esta clase de visión. Todo lo presente es una conspiración en contra de esto. El mundo quiere llenar nuestras mentes con sus voluptuosas imágenes. Todo clama por la atención de nuestros sentidos. Continuamente estamos siendo invitados a mirar hacia *abajo* sobre las cosas, y por lo tanto, se va a necesitar de una determinación apostólica para romper con esto, para cerrarle la entrada a aquello que es visible y para enfocarse y meditar sobre las cosas invisibles y eternas. Esto producirá en nosotros algo extraordinario: una progresiva indiferencia hacia las cosas que son del mundo. Pablo no miraba las cosas que se veían. El quitaba sus ojos de lo visible y de aquellas cosas sensuales que hubieran sido gratificantes para su vida almática y física. Por haber insistido en no mirar aquello que es visible, Dios le permitió ver las cosas que eran invisibles y eternas.

El ser llamado a tener este tipo de visión es darle otro nombre al sufrimiento. Las cosas que se pueden *ver* nos dan seguridad y confianza, pero el poner nuestros ojos sobre cosas que son invisibles y eternas producirá en nosotros conflicto. Se va a requerir de un esfuerzo y de energía moral para desviar nuestros ojos de las cosas sensuales que permanentemente se ponen delante de nosotros, y tendremos que aprender a dirigirlos y a fijarlos sobre las cosas que son invisibles y eternas. ¡El hacer de esto el fundamento de nuestra visión es algo central para lo apostólico! ¿Vemos este mundo como si estuviera bajo juicio? ¿Lo vemos como

si pronto fuera a dejar de ser? O ¿estamos sobrecogidos e intimidados por las cosas que son visibles?

Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con El en gloria. (Colosenses 3:1-4)

Es necesario ajustar toda nuestra mentalidad y actitud. Puede que creamos en la ‘eternidad,’ pero nos hemos puesto de acuerdo con el mundo al pensar que esto no es importante sino hasta *después* de esta vida. En otras palabras, esto sólo es aplicable cuando haya terminado la vida. Tener esta actitud es una garantía de que no nos encontraremos en desacuerdo y en controversia con el mundo. El mundo quiere relegar la eternidad a una consideración futura que no tiene ninguna aplicación presente. Sin embargo, la eternidad no es una línea de tiempo contemplada de otra manera; no es simplemente un tiempo sin final o algo cuantitativo, sino más bien algo esencial y profundamente *cualitativo*. Esta cosa cualitativa se encuentra disponible *ahora* – la eternidad es *ahora*. Cuando comencemos a ver todos nuestros momentos en el contexto de la eternidad, traeremos a ellos una intensidad, un cuidado, una solemnidad y una seriedad que de otra manera no hubiera sido posible. El cielo es la realidad, y está descendiendo a la tierra. Es aquella nueva Ciudad cuyo Arquitecto y Constructor es Dios, y Dios nos ha llamado a la tarea apostólica de traer la eternidad dentro de lo temporal.

La Mentalidad Eterna

El libro del Apocalipsis comienza con Juan hablando acerca de las cosas que están prontas a suceder. Sus escritos apostólicos poseen una clase de inmediatez y urgencia, y sin embargo, han pasado ya casi dos mil años y no han sucedido. El no estaba engañado. Más bien escribía con la mentalidad que característicamente Dios desea que sea verdadera en los santos de *todas* las generaciones. Debemos desarrollar un sentido por aquellas cosas cuyo ‘tiempo está cerca,’ las cosas que son inminentes y que están a punto de suceder, por ejemplo, la venida del Señor, el establecimiento de su Reino Milenario y el final apocalíptico de las eras.

No hemos impresionado al mundo ni le hemos comunicado el sentido de urgencia de aquello que viene después de la muerte. De hecho, no podremos ni siquiera comenzar a hacerlo si nosotros mismos no estamos en esa dimensión, y por lo tanto, sólo podremos comunicar la eternidad como una verdad técnica y teológica. Sabemos que el mundo entero se encuentra bajo el poder del maligno y el padre de las mentiras. La mentira se encuentra por todos lados, incluso en el aire que respiramos, y la más grande de todas es el desconocimiento y el rechazo de la

eternidad. Ni siquiera el pensamiento acerca de esto entra en la conciencia humana. Las personas están viviendo sus vidas en este mundo como si esta vida fuera todo el propósito del ser, permitiéndoles nosotros que se salgan con la suya. Si nosotros como creyentes nos suscribimos a la eternidad estando de acuerdo con la doctrina de la eternidad, sólo como aquella realidad que encontramos *después* de la muerte, entonces nos hemos entregado a esa mentira. La iglesia es iglesia cuando su existencia, presencia y carácter son una refutación de aquella mentira, pues esto demuestra que el asunto de la eternidad y aquello que es sumamente importante y que le pertenece a Dios, son de hecho las verdaderas preguntas de la vida. La iglesia es iglesia cuando vive como si creyera en esto.

Necesitamos vivir en este mundo como personas que se encuentran actualmente *dentro de* esa realidad, donde las cosas que son eternas hacen parte de nuestras consideraciones diarias, mundanas y ordinarias. Cuando hacemos esto, entonces aquellas cosas dejan de ser mundanas y ordinarias. Todo es saturado con aquello que es eterno. Cuando usted se pare frente a las personas, no será sólo la transmisión de un mensaje, sino un asunto de vida o muerte. Cosas que afectan el tiempo y la eternidad son puestas en la balanza. Por lo tanto, las consecuencias son cruciales. Todo será cargado con un significado que se encuentra más allá de lo que uno puede definir. La eternidad ha sido traída al *ahora*, que es la dimensión donde Dios habita. Es por esto que Pablo puede hablar acerca del eterno peso de gloria, pues es allí donde la dimensión de la gloria puede ser vista y sentida.

Un Distintivo Apostólico

Esto es algo intrínseco a aquello que es apostólico y es una de las formas para poder distinguir entre lo falso y lo verdadero. Los falsos apóstoles hacen las declaraciones correctas, pero carecen del sentido de lo eterno en lo que se proponen y comunican. Son hombres del tiempo que no le proporcionan a usted el sentido de aquello que se encuentra más allá del tiempo. No han estado en esa dimensión, y es por eso que no pueden transmitirla. No hace parte de su ser conciente. No creo que todo el entendimiento de la eternidad puede ser obtenido en un día, sino que es más bien algo que es formado durante un proceso de tiempo.

Pablo es el apóstol ejemplar y estos son elementos intrínsecos y centrales del apostolado – de la mentalidad apostólica. Debemos elegir una política voluntaria y calculada para poder quitar nuestra vista y atención de las cosas que están delante de nosotros y ponerla sobre las cosas que no se pueden ver. Debemos hacer de la dimensión de lo invisible y eterno *nuestra* dimensión y el fundamento de *todo* nuestro ser. Se debe convertir en la condición normativa de nuestra visión. Cuando nos encontramos dentro de una cultura o sociedad, ¿qué tan afectados e impresionados somos por ella? ¿Logramos ver más allá y dentro de lo eterno? Ese tipo de visión lo cambia todo. Pablo es *perpetuo*, y cuando dijo que era un ciudadano del cielo, no fue una frase fortuita y casual, sino una afirmación

de un hecho. Allí es donde tenía él todo su ser, y donde también lo debemos tener nosotros. Ser apostólico es ser celestial, nada más ni nada menos. No debemos ser los loros de frases locuaces que otros han dicho. Se va a requerir de una calculada maniobra que nos saque de nuestra órbita sensual y terrenal para poder romper este poder, y que seamos llevados a otra dimensión donde se encuentra el peso de gloria. Una vez allí, debemos vivir y movernos y tener todo nuestro ser dentro de esto. Seremos otro tipo de personas. No seremos las *víctimas* del pecado – no podemos serlo. Pues estos son los síntomas de que estamos en el lugar equivocado.

Porque sabemos que si nuestra morada terrestre, este tabernáculo, se deshiciere, tenemos de Dios un edificio, una casa no hecha de manos, eterna, en los cielos. Y por esto también gemimos, deseando ser revestidos de aquella nuestra habitación celestial... (2 de Corintios 5:1-2)

El ‘conocimiento’ apostólico es algo que ha sido registrado en nuestras entrañas. Es algo que anhelamos y por lo cual gemimos. ¿Podemos sentir el peso de nuestra mortalidad hasta el punto que nuestros espíritus anhelan ser liberados de esta caja para entrar en aquello que Dios les dará en el final, con lo cual serán eternamente revestidos? En este momento, mientras tengamos que soportar nuestros cuerpos mortales, lo hacemos con gemidos, y no con secadores de pelo, mimos y perfumadas, y no con modas y tendencias. Nuestro cuerpo es sólo una conveniencia y un accesorio necesario en donde habita nuestro espíritu, pero gemimos mientras estemos encajonados en él, esperando a ser revestidos con aquello que es eterno. Esta es la suma cordura, y nos es necesario llegar a ella. No estoy denigrando el cuerpo – Pablo tampoco lo hace, pero hay algo que es expresado acá a manera de anhelo y gemido que es central en lo apostólico. Sólo puede ser expresado por alguien que ha cruzado ese umbral y que se encuentra en esa dimensión eterna – y que la conoce. Nos sentimos demasiado en casa dentro del cuerpo. Somos demasiado concientes del cuerpo – como nos presentamos, como lo vestimos, como lo alimentamos, como se ve – y no nos damos cuenta hasta que grado el estar concientes de nuestro cuerpo nos roba de la verdadera realidad en Dios.

El mundo está diseñado para conformarnos a sus valores. Mientras que nos encontremos en la dimensión temporal y terrenal, seremos sus víctimas. Si solamente miramos las cosas que se ven, y no fijamos nuestros ojos en las cosas que son invisibles y eternas, seremos arrastrados dentro de cosas relacionadas con moda y tendencias. Si nos vestimos con la moda, con lo llamativo y colorido, tenemos una conciencia del cuerpo. Nadie se nos opondrá, pero nos robará de una conciencia de Dios en la dimensión que es eterna. En el grado que estemos ausentes del cuerpo, aun con nuestra atención y conciencia, es estar presentes con el Señor. Es un principio apostólico en contra del cual se encuentra peleando el mundo como un perro rabioso para alejarnos de él.

Extranjeros en el Mundo

El vivir, el moverse y el tener todo nuestro ser en la eternidad hará que nos tornemos extraños y algo peculiares para aquellos que se encuentran fuera de nosotros. De alguna manera estamos continuamente mirando hacia arriba, mirando aquellas cosas que no les llaman la atención. Nos encontraremos transformándonos cada vez más en ‘peregrinos’ y ‘extranjeros’ en el mundo, buscando aquella Ciudad no hecha con manos. Esto no es poesía bíblica, sino algo fundamental para la fe y la intención normativa de Dios para aquellos que son verdaderos santos. Somos aquellos que siempre están buscando lo que no se encuentra a la vista y sin embargo nuestra anticipación de esto hace que de hecho suceda.

Puesto que todas estas cosas han de ser deshechas, ¿cómo no debéis vosotros andar en santa y piadosa manera de vivir, esperando y apresurándoos para la venida del día de Dios, en el cual los cielos, encendiéndose, serán deshechos, y los elementos, siendo quemados, se fundirán! (2 de Pedro 3:11-12)

El ‘Día de Dios’ o el ‘Día de la venida del Señor’ no es un evento cronológico ya establecido. No es algo que sucede independientemente de nuestra condición, sino más bien es *nuestra mismísima condición* la que hace que El venga. Podemos apresurar el Día de la venida del Señor al ser el tipo de personas que estamos supuestos a ser, pues son este tipo de personas las que están esperando y apresurándose para la venida del día de Dios. Esto no es un tema esotérico, sino suma realidad. El tema de la eternidad es el tema de Su venida y del establecimiento de Su Reino.

Tan natural como era para Pablo respirar, también lo fue cuando habló a los filósofos griegos acerca de un Dios que había establecido un Día en el que juzgaría a toda las naciones por medio de Aquel que El había resucitado de los muertos. No se avergonzaba en absoluto de cambiar de filosofía a teología en el mismo respiro. Para Pablo no era un asunto de pasar de lo secular a lo sagrado. Para él todo era sagrado, todo era eterno, todo era celestial y todo era real: un Día de Juicio con Dios como Juez. No eran simples pensamientos religiosos, sino los fundamentos de toda realidad. Pablo moraba en esta dimensión eterna y la establecía sobre todas sus consideraciones terrenales. La eternidad es la cuestión del Cielo y el Infierno, y vamos a estar pésimamente preparados para hablar de esto a menos que la conciencia de la eternidad afecte todos nuestros pasos.

Es necesario observar detenidamente para poder discernir el gigantesco engaño bajo el cual se encuentra el mundo entero. Yo lo he podido notar especialmente en mis compatriotas judíos. Son brillantemente intelectuales, extraordinarios en sus carreras y profesiones, desde la física hasta los computadores, sociólogos, historiadores, hombres de negocios, financistas; pero no les interesa en absoluto la

eternidad. Es una categoría que no tiene ningún peso para ellos. Es un vapor, es algo inútil. Sin embargo, Pablo les dejó saber a los filósofos en Grecia que el único propósito para la existencia humana era buscar a Dios. Esto suena tan vergonzoso, tan simple e intelectualmente aburrido, y sin embargo constituye todo el propósito de nuestro ser. Necesitamos establecer en esta vida una relación con Dios que afecte toda la eternidad.

La Tarea Apostólica

¿Por qué es que no hablamos con esa misma simplicidad, con esa misma urgencia y con ese mismo sentir absolutista? Quizás sea porque no lo creemos tan absolutamente como lo hace Pablo, ni vivimos como si lo creyéramos. Simplemente no estamos tan preocupados con las cosas que son eternas, y es por esto que somos incapaces de persuadir a las personas. Debemos presionar a la humanidad para que entre en términos con la eternidad, así nos acusen de dogmáticos, de fanáticos o de intolerantes, y sin embargo esto será lo suficiente para intimidar a algunos de nosotros hasta callarnos. No existe algo más vergonzoso para el Cristiano moderno que el ser considerado fanático y dogmático. Pero, a pesar de todo, esto no intimidó a Pablo. La eternidad no es un concepto fanático. El mundo necesita ser sacudido por personas que no puedan contenerse y que saquen provecho de cualquier oportunidad para expresar las cosas que son Divinas.

Nuestro absolutismo es la máxima ofensa para un mundo relativista y pluralista. Ellos no quieren que se les diga nada que sea absoluto, que solamente existen dos alternativas eternas, pero esto es algo que se les tiene que decir, no por personas que presenten la doctrina correcta, sino por aquellos que tienen una ardiente convicción. ¿Realmente creemos que Dios ha establecido un Día en el que juzgará al mundo con justicia? Nuestra tarea apostólica es traer un mensaje no deseado y no bienvenido a un mundo indiferente, un mensaje que sólo podemos presentar en igual proporción a nuestra habilidad para demostrarlo. No es suficiente con sólo ser 'correcto.' Necesitamos acercarnos a ellos *desde* aquel lugar eterno.

El Significado de la Eternidad

Pablo le escribió a Timoteo,

Pelea la buena batalla de la fe, echa mano de la vida eterna, a la cual
asimismo fuiste llamado... (1 de Timoteo 6:12a)

Es evidente que Pablo no está hablando acerca de un tiempo futuro, ¡sino de *ahora!* Esta forma de hablar es algo conferido por la vida de Dios – un tipo de sabiduría particular, una mentalidad y una percepción. Todo aquel que crea en El, tendrá vida eterna, no como algo futuro, sino ahora. Es una manera de ser muy

particular, una dimensión que es concurrente con el tiempo, y por cierto, es una dimensión por la cual debemos contender, si es que vamos a entrar dentro de la vida de Dios. “*Contended ardientemente por la fe que ha sido una vez dada a los santos*” es más que una simple regla para que abracemos las doctrinas de la Biblia, es una invitación para entrar en una dimensión de comportamiento. Esto no lo va a volver alguien etéreo o irrelevante. Usted no se va convertir en un soñador o en un visionario, pues si es que la eternidad es algo, es la esencia misma de aquello que es real.

La eternidad debe ser traída dentro del tiempo, y la iglesia es el único medio proporcionado por Dios para que esto pueda suceder. Pero debe ser una iglesia apostólica que vive, que se mueve y que tiene todo su ser en la dimensión eterna. Es una que habita dentro de Dios, dentro de Aquel que habita la eternidad. Nuestro problema es que secretamente codiciamos la admiración del mundo. Queremos tener éxito dentro de los términos mundanos, y si no es académicamente, entonces será teológicamente. Buscamos formas para ser corteses, formas para presentar nuestras convicciones Cristianas de tal manera que el mundo las pueda recibir. Hemos perdido la visión apostólica, que fue diseñada para confrontar al mundo en toda su estructura de pensamiento, pues toda la mentalidad no-Cristiana es una mentira, pues no ha querido reconocer la eternidad. No ha puesto bajo consideración las cosas invisibles, y por lo tanto todo el resto de sus consideraciones son erradas.

El mundo debe ser confrontado por las cosas que son eternas. Pablo mismo demostró esto en el monte de Marte. Dio un golpe en el corazón del mundo y sus mentiras. Es algo extraordinario el que haya descendido de ese monte con vida, pues fácilmente hubiese podido ser el objeto de hombres tapándose los oídos y abalanzándose sobre él con rechinar de dientes. ¿Estamos ansiosos por predicar a Cristo y a Este crucificado, ascendido, y como Alguien que está por venir como Rey y Juez? No podemos separar estas realidades. Pablo se había propuesto a no saber otra cosa sino a Cristo y a Este crucificado – ¡y para esto se necesita de determinación! Todo lo que está en el mundo, la carne, y el diablo conspiran en contra de esto. Quieren reducir esta verdad, y quieren colocarla dentro de simples categorías religiosas y doctrinales, pero hemos sido ordenados para predicar *este* evangelio a toda criatura, pues,

... por cuanto ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia, por aquel varón a quien designó, dando fe a todos con haberle levantado de los muertos. (Hechos 17:31)

Dios ha puesto a Pablo como una prueba contundente delante de los hombres. El no sólo proclama la doctrina de la resurrección y el juicio, sino que es él mismo una demostración de la vida resucitada y una prueba de los poderes del siglo venidero. La cuestión de la resurrección es de hecho la cuestión de la eternidad, pues ella *es* la vida por venir. Y, por lo tanto, cuando un hombre se para delante

de griegos incrédulos y les habla penetrantemente como resultado de esa vida, entonces Dios les ha dado a aquellos hombres una prueba contundente.

La Eternidad como la Vida Resucitada

A través de la realidad de la vida resucitada hay una entrada a la dimensión eterna. No es suficiente con sólo la *aprobación* de la doctrina. Debemos vivir, movernos y tener todo nuestro ser en Cristo Jesús o nuestras palabras acerca de un inminente juicio no tendrán valor. No puede haber predicación de la vida resucitada o de los juicios eternos a menos que *toda* la estructura de nuestra vida sea cambiada. ¿De verdad queremos que todas las personas se arrepientan en todo lugar? Para esto necesitan ver la eternidad morando en nosotros, y serán eternamente condenados a menos que reciban a Aquel en cuyo Nombre venimos.

Nos estamos dirigiendo hacia una confrontación final y definitiva contra el espíritu filosófico del mundo. Algo perpetuo y eterno debe ser presentado a los hombres por medio de una iglesia apostólica, por personas que se han apropiado de aquello que es eterno, y que no solamente se encuentran esperando algo en el futuro. Son personas que se han apropiado de esto trayéndolo dentro de su presente consideración. La cuestión de la resurrección en nosotros es la cuestión de la eternidad en ellos. Dios se encuentra deseoso de una mentalidad apostólica, pues es esto lo que constituye los fundamentos de la iglesia – no los asuntos acerca de los mecanismos del gobierno de la iglesia, sin importar cuan importante sea esto en sí mismo. No importa cuan correcta sea una iglesia en todo, pero si no posee una dimensión eterna *no* será una iglesia apostólica o auténtica.

Esto es una posición que se encuentra mucho más allá de una doctrina correcta. Algo debe regresar a la atmósfera del pueblo corporativo de Dios, ese sentido de urgencia que no puede ser calculado o establecido. Debemos ser portadores de un sentido de inminencia y de las cosas que pronto sucederán. Debemos traer el sentido eterno de las cosas y el conocimiento de las consecuencias eternas del cielo y del infierno. Esto sólo puede suceder después que hayamos sentido el eterno peso de gloria como algo sumamente presente y real para nosotros *ahora*. El rechazo, el abuso y la persecución que nos vendrá por llevar una palabra no bienvenida a un mundo que no quiere escuchar, es para nosotros, solamente una aflicción leve y momentánea. Pero esto solamente podrá ser cierto en la medida que veamos aquello que es invisible.

La Verdadera Fe Bíblica

Todos los gigantes de la fe de Hebreos 11 tenían una mentalidad eterna. ¿Cuál era el fundamento y la raíz de su fe vencedora? ¿Por qué es Abraham llamado ‘el padre de la fe’? Tenemos que luchar por el significado de estas grandiosas palabras bíblicas. Aun la palabra ‘fe’ ha sufrido un terrible ataque en esta reciente

generación Carismática, y por tanto me siento contento de que Dios nos de afirmaciones definitivas:

Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve. Porque por ella alcanzaron buen testimonio los antiguos. Por la fe entendemos haber sido constituido el universo por la palabra de Dios, de modo que lo que se ve fue hecho de lo que no se veía. Por la fe Abel ofreció a Dios más excelente sacrificio que Caín, por lo cual alcanzó testimonio de que era justo, dando Dios testimonio de sus ofrendas; y muerto, aún habla por ella. Por la fe Enoc fue traspuesto para no ver muerte, y no fue hallado, porque lo traspuso Dios; y antes que fuese traspuesto, tuvo testimonio de haber agradado a Dios. Pero sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan. (Hebreos 11:1-6)

Voy a demostrar que la recompensa que Dios ofrece aquí es algo que esencialmente no es en esta vida, sino en la vida por venir. La verdadera fe es aquella que no *espera* su recompensa en *esta* vida, sino *después*. Los antiguos ganaron aprobación por su fe, pero no recibieron lo prometido. Por ejemplo,

Por la fe Abraham, siendo llamado, obedeció para salir al lugar que *había* (énfasis mío) de recibir como herencia; y salió sin saber a dónde iba. (v. 8)

La palabra *había* es una palabra crítica y clave para la definición de la fe bíblica. En otras palabras, existe algo bastante peculiar acerca de la fe bíblica que no espera ni busca su recompensa, respuesta, consumación, realización o gratificación *ahora*, sino *después*. Esto es totalmente contrario al curso del mundo que busca su gratificación *ahora*. Es un conflicto de dos sabidurías, una se basa en lo instantáneo, en la gratificación inmediata *ahora*, y la otra es basada sobre aquello que viene *después*. Todo lo que es natural, humano, alámico y carnal, espera, merece y quiere su gratificación *ahora*. En una sola palabra, la verdadera fe nos llama a tomar una postura contraria a aquello que es 'natural.'

Es por esto que debemos ser destetados de la gratificación natural para poder encontrar nuestro ser y orientación en aquello que es de 'otro mundo' y que está más allá de esta vida. Necesitamos convertirnos en ciudadanos del cielo. Todas estas categorías son contrarias a la forma en que el hombre está naturalmente constituido. Es por esto que el hombre prefiere basar su vida en la razón, que basarla en la fe. La fe no se puede ver, pero el hombre quiere ver para ser gratificado; el hombre quiere *ahora*.

Abraham, el gran padre de la fe, no sólo fue llamado a *salir* sino también fue llamado a *entrar*. Existe una conjunción entre estas dos palabras. Israel fue sacado *fuera* de Egipto para poder ser llevado *dentro* de la Tierra Prometida. Abraham

tenía que ir a un lugar que *habría* de recibir por herencia. Las palabras ‘herencia’ y ‘heredero’ constituyen un tema que es repetido a través de las Escrituras del Antiguo y Nuevo Testamento. Una herencia implica algo que viene *después*, usualmente después de la muerte.

Por la fe habitó como extranjero en la tierra prometida como en tierra ajena, morando en tiendas con Isaac y Jacob, coherederos de la misma promesa. (v. 9)

Este es el fundamento de la fe Abrahámica, no sólo para Abraham, sino también para aquellos que vivían con él. Isaac y Jacob, y todos aquellos santos antiguos, tenían esto como su fundamento. Tenían la confianza incommovible de que serían herederos de la promesa. Todo estaba basado en lo que había sido dicho por Dios. El versículo 13 dice que, “*Conforme a la fe murieron todos éstos sin haber recibido lo prometido.*” Esto no es un error tipográfico, sino el significado más profundo de la palabra ‘fe.’ Las promesas *no* estaban supuestas a ser realizadas en sus vidas. Todos, sin excepción, murieron *sin* haber recibido lo prometido. Ni siquiera uno de ellos recibió la recompensa en esta vida por su vida de fe y sacrificio, sino la recibieron como una herencia *después*. No creo que ninguno de ellos haya sido amargamente decepcionado. Sabían que no era algo para esperar en esta presente vida, y sin embargo estaban seguros de la recompensa, de la promesa y de la herencia. Esta vida, por lo tanto, se distinguía por un caminar de fe como peregrinos y extranjeros, quienes abrazaban la esperanza y la herencia, así fuese desde lejos.

Abraham fue llamado a salir de Ur de los Caldeos hacia la Tierra Prometida. Sin embargo, cuando llegó allí, es decir, cuando llegó al lugar indicado, fue extraño y desconocido para él. Se sentía incomodo debido a que aún no era el tiempo para heredarlo. Este tiempo sólo llega después – después de esta vida, en la resurrección que nos lleva a la realización eterna de la promesa. Esto significa que la recompensa total de la fe bíblica descansa sobre la seguridad de la resurrección. Abraham estaba esperando una herencia eterna, que fue la razón por la cual Pablo podía decir que si no había resurrección para nosotros, entonces nosotros de todos los hombres, éramos los más dignos de conmiseración. La manera como nos han promulgado hoy la ‘fe’ es casi inevitablemente situada en el ahora. Esta dice, “usted recibirá salud, usted recibirá un novio, una novia, un apartamento, un trabajo, un Cadillac – *ahora.*” El énfasis es *ahora*. Tiene una paga *ahora*, ¡o de otra manera usted se encuentra fuera de la fe! Para los grandes padres de la fe, fue una herencia de la cual son herederos *después*. Y a pesar de que se encontraban dentro de la Tierra Prometida, aún no fue una realización para ellos.

Si estamos conformes con este mundo presente, aún no nos encontramos dentro de la única fe verdadera. El recitar ciertos versículos para esperar la realización material de ellos, no significa que estamos en la fe. Nos encontramos en la fe de Abraham cuando, como él, somos extraños y forasteros, no sólo en el mundo, sino también en la Tierra Prometida. Debemos anhelar la venida del Señor, esperar Su

aparición y el advenimiento de la eterna, futura y completa realización milenial. Esta es la razón por la cual la eternidad necesita entrar en nuestras conciencias *ahora*. La extraordinaria paradoja es que al estar preocupado con las cosas que son futuras y eternas inconscientemente lo harán pensar que habrá un pequeño efecto y consecuencia ahora. De hecho, que es lo que el mundo dice, “Si usted tiene una mentalidad celestial usted no sirve para nada en lo terrenal.” Eso es una mentira, pues es lo contrario lo que es cierto, “A menos que usted tenga una mentalidad celestial, a menos que usted tenga una mentalidad eterna, usted no sirve para nada en lo terrenal.” Todo valor que el mundo celebra como correcto y verdadero es sin duda una mentira. Lo que la tierra necesita no es más tierra, sino más cielo. La eternidad debe ser llevada dentro del tiempo, lo santo dentro de lo profano, lo sagrado dentro de todos los días, por personas que se encuentran caminando en el cielo como si fuera este el fundamento de su vida y de su ser. *Esa* es la única fe verdadera.

Una promesa es algo que Dios ha dicho, algo basado completamente en Su honor, en la verdad de Su Palabra y en Su habilidad para llevarla a cabo sin importar lo que sea aparentemente contrario a su realización. ¿Podría usted morirse con confianza creyendo que va a recibir la promesa, así no la haya visto en esta vida? ¿Podría usted creer en esto con verdadera convicción de manera que afecte no sólo la manera en que vive, sino la manera en que muera? Es decir, no vamos por ahí decepcionados, decaídos o tristes. Esto nos da un mayor entendimiento realista de lo que es el propósito para esta vida al igual que la naturaleza de la recompensa en la vida por venir. Aquello que Dios nos da con el poder para liberarnos de la seducción de este mundo presente es la seguridad de aquello que viene *después*, es decir, la Ciudad cuyo Hacedor y Constructor es Dios.

He escuchado a personas decir, “Si Pablo hubiera tenido fe, no habría sufrido todo lo que sufrió. Y que sufrió porque tenía una fe ‘inadecuada,’ y no sabía que Jesús ya lo había ‘hecho todo,’ y que él mismo se trajo encima todos esos sufrimientos; y que él no tenía la fe para conocer sus privilegios del Reino, y por lo tanto sufrió.” Esta declaración revela lo torcido que está nuestro entendimiento de lo que constituye la fe bíblica, pues todo parece sugerir que no debemos esperar la realización ahora. ¿Podríamos vivir así? ¿Nos ha preparado el colegio y la universidad para vivir con el aplazamiento de la gratificación y de la realización ahora en la expectativa de que vendrá después? ¿Estamos tan confiados en que habrá una resurrección de los muertos? ¿Y de que no moriremos decepcionados si la promesa no viene ahora, debido a que estamos absolutamente seguros de que vendrá después? Es algo que vale la pena esperar, pues no sólo afectará la forma en que muramos, sino nuestra manera de vivir. Conoceremos que estamos en *esta* fe por la forma en que vivamos *ahora*.

Las Promesas de Dios

Conforme a la fe murieron todos éstos sin haber recibido lo prometido, sino mirándolo de lejos, y creyéndolo, y saludándolo, y confesando que eran extranjeros y peregrinos sobre la tierra. (v. 13)

La promesa tiene que estar relacionada con el establecimiento de ciertas declaraciones hechas por Dios a los padres patriarcales de la fe, como por ejemplo, a David, que sobre su trono se sentaría un descendiente de sus lomos que reinaría sobre la casa de Israel para siempre. Necesitamos entrar en la mentalidad hebrea que fue reflejada por los discípulos que estuvieron con Jesús en Su resurrección, cuando les habló durante cuarenta días acerca de las cosas relacionadas con el Reino de Dios. Ellos le preguntaron a Jesús, “*Señor, ¿restaurarás el reino a Israel en este tiempo?*” (Hechos 1:6b). Hemos perdido el sentido de la eternidad en exacta proporción al haber nosotros perdido o al jamás haber entendido la cuestión del Reino como una realidad teocrática. El Reino siempre ha sido y siempre será el gobierno político de Dios sobre la tierra; la ley saldrá de Sion y la palabra de Dios de Jerusalén. Quizás esto no signifique mucho para nosotros los creyentes ‘modernos,’ pero ha significado mucho a generaciones de judíos que vivieron y esperaron por el cumplimiento de esa promesa.

La búsqueda de Abraham de una Ciudad cuyo Constructor y Hacedor es Dios es sinónimo a buscar y a apresurarse por el advenimiento del Reino teocrático. La cuestión del Reino de Dios en relación a Su gobierno sobre Su creación es la cuestión de la gloria de Dios. Y lo será mucho más para Su gloria cuando este gobierno tome lugar sobre la literal Tierra Prometida, y sobre la capital de esa Tierra, Jerusalén, la ciudad de paz, sobre el santo monte de Sion. Si no tenemos esta perspectiva al leer estos versículos en el libro de Hebreos, entonces nuestro entendimiento tendrá un cierto significado subjetivo, pero no será el significado *completo*.

El desear a Jesús, y el anhelar Su aparición, no debe ser entendido como una palpitación emocional del corazón. Es el Señor viniendo para ser reivindicado en el mismo lugar donde fue públicamente humillado, donde fue puesto sobre Su cabeza, como una burla, aquel letrero en tres idiomas diferentes que decía, “Jesús de Nazaret, Rey de los judíos,” y donde le pusieron una corona de espinas. Sólo en ese lugar, Jesús establecerá Su gobierno sobre Su creación. El amar a Dios es amarlo en el sentido de tener el deseo de ver la realización de todo aquello que justamente le pertenece, y que por tanto tiempo le ha sido negado. Abraham comprendió esto. Fue el evangelio que le fue predicado lo que contenía la promesa de una restauración que establecería la gloria de Dios, y a través de Su gobierno algo sería revelado a una creación que lo ha rechazado durante mucho tiempo y que ha distorsionado y destruido la imagen de Dios en el hombre. Esta es la esperanza y la promesa, por cuya realización esperaron los hombres, pero que no recibieron durante sus vidas. Todos estos murieron sin haber recibido la promesa.

¿Cómo podemos profesar que estamos buscando a Jesús y que queremos estar con El, y sin embargo no tener una preocupación o una conciencia de lo que eternamente lo glorificará? Me siento incomodo con la fascinación por Jesús y por un ‘amor’ por El que no toma en consideración las cosas que eternamente lo glorifican. Es por esto que ambas cosas son mencionadas en el mismo capítulo.

Conforme a la fe murieron todos éstos sin haber recibido lo prometido, sino mirándolo de lejos, y creyéndolo, y saludándolo, y confesando que eran extranjeros y peregrinos sobre la tierra. (v.13)

‘Estos’ es plural a diferencia de viendo ‘al Invisible,’ que es singular. Ambas cosas son ciertas. No se trata de poner estas cosas en oposición, sino le estoy haciendo un llamado a usted para que vea el asunto del Señor y de Su venida dentro del contexto de lo que Su venida significa, es decir, el asunto de Su gloria para toda la eternidad. Estos asuntos son resueltos y ejecutados en los Últimos días. Y cuando sean consumados, la historia será consumada, y nos trasladaremos *fuera* de la dispensación de la historia y de la era de los Gentiles, para ingresar en la dimensión milenial y eterna, que en otras palabras es aquello que viene *después*. Es por esto que sólo aquellos que perseveren hasta el final serán salvos. Muchos no están perseverando porque no están viendo el final, no están esperando el final y no están deseando el final. No han visto la fe dentro del contexto escatológico, apocalíptico y teocrático, que es precisamente aquello que Dios desea que todos veamos como algo normativo. A esto es a lo que la palabra ‘promesa’ se refiere.

Ellos confesaron que eran extranjeros y peregrinos en la tierra. Esto cambia por completo nuestra condición, y si realmente abrazamos esta manera de ver, toda nuestra ocupación terrenal será radicalmente alterada. ¿Cuántos Cristianos se ven a sí mismos, desean ser, o son vistos por los demás como peregrinos, extranjeros y residentes temporales sobre la tierra? Esta debe ser una inevitable consecuencia después de abrazar realmente esta manera de ver. ‘Peregrino’ y ‘extranjero’ sugiere que lo más seguro es que uno no sea alguien popular. Alguien así jamás estará conforme en el mundo. Usted será irritado por el mundo, nunca podrá salir adelante en él o nunca podrá sentirse en él como en casa. Usted siempre estará buscando algo más allá y algo diferente. Es una sensación molesta el sentirse extranjero, pues todo en la sociedad moderna está tratando de convencerlo para que se sienta como los demás, y así poder ser aceptado y aprobado. Pero el sentirse raro y extraño, y el jamás poder encajar cómodamente, no es algo que sea gratificante para la carne.

La dirección y el tema principal de nuestro evangelismo moderno son este mundo y su vida presente orientada hacia los beneficios que uno puede recibir. Me es difícil imaginar que alguien que sea ‘salvo’ con base en esto, sea salvo bajo un fundamento que le permita permanecer y vencer hasta el final. Es posible que todo el carácter carnal de la iglesia y la tremenda tasa de personas que se apartan, tenga algo que ver con el tipo de mensaje que han estado escuchando desde su

iniciación en las cosas de Dios. No es algo centrado en la visión eterna que Pablo tenía.

¿Ha notado usted como se invita a algún ministro para que inicie en oración las sesiones del Congreso? Existe una especie de coqueteo entre el mundo y la iglesia con la manera en que santificamos y respaldamos este presente mundo. No retamos sus pretensiones, ni traemos a la atención del mundo que su tiempo es limitado, y que Dios ha establecido un Día en el cual juzgará a todos los hombres; que este mundo se encuentra bajo juicio, y que Dios no se retarda con respecto a Su promesa de que el Día del Señor vendrá, no queriendo El que nadie se pierda. Al no proclamar este mensaje y al ser condescendientes en traer una dimensión ‘religiosa’ al mundo secular (por la cual conseguimos el beneficio de la deducción de impuestos), reforzamos al mundo en su mentira. Los dejamos seguir adelante sin conciencia alguna de la eternidad o sin las cuestiones eternas del cielo y el infierno. Nosotros tampoco estamos tan persuadidos con respecto al cielo, y por tanto somos igualmente incapaces de persuadir a los hombres con respecto al infierno. Si la eternidad es solamente una categoría y no una convicción apasionada, entonces no tendremos ningún mensaje para el mundo. Y si la iglesia no es evangelística en el sentido apostólico, ¿entonces cómo podrá ser la iglesia? Una de las principales funciones de la iglesia es la de proclamar el evangelio de este Reino. Esto incluye la proclamación del mensaje del juicio, pero pocos de nosotros tenemos las agallas para ser ‘extranjeros’ y para ser mirados despectivamente, no sólo por el mundo, sino aun por otros Cristianos.

Nuestro Verdadero Lugar de Habitación

Cuando Dios reúna a Sus elegidos, los reunirá “*desde los cuatro ángulos del cielo.*” Esto no significa que vamos a estar en otra estratosfera. Ambos grupos van a estar situados en *terra firma*, pero ambos estarán *habitando* en dos lugares radical y diametralmente opuestos. Unos habitarán *en* la tierra, que son aquellos que buscan su gratificación ahora – terrícolas. Los otros son aquellos que habitan *en* el cielo aun mientras se encuentran *en* la tierra. Ellos buscan por la Ciudad cuyo constructor es Dios. Sus ojos estarán bañados con las cosas que son invisibles y eternas.

Jesús tuvo en una ocasión una conversación con un gobernante de los judíos, un hombre llamado Nicodemo, el epítome del judío, de la habilidad religiosa, de la moral y de la ética. Si no existía un Dios, entonces lo que Nicodemo representaba era la respuesta perfecta a los ideales humanos. Pero había allí otro Hombre con el cual estaba conversando, que representaba algo totalmente ‘distinto’ de lo que era Nicodemo. Era el Hombre del cielo, Jesús el Cristo. Nicodemo percibió algo acerca de Jesús que destruyó todas sus categorías religiosas. Y aunque no podía entender a Jesús, inquiría para poder descubrir algo, por si acaso se perdería de algo:

Rabí, sabemos que has venido de Dios como maestro; porque nadie puede hacer estas señales que tú haces, si no está Dios con él. (Juan 3:2b)

Era el hombre terrenal haciendo preguntas terrenales, y recibió respuestas celestiales desde aquel lugar celestial por un Hombre celestial,

Nadie subió al cielo, sino el que descendió del cielo; el Hijo del Hombre, que está en el cielo. (Juan 3:13)

En otras palabras, Jesús le está dejando saber a Nicodemo, que aunque se encontraran físicamente en Jerusalén, El se encontraba en el cielo. Jesús le estaba explicando lo que la realidad realmente es. ¿Nos encontramos confundidos? Esto quiere decir que nos encontramos más identificados con Nicodemo de lo que lo estamos con Jesús. Cómo puede un hombre estar parado en Jerusalén y decir que está en el cielo. Si aún no comprendemos esto, entonces aún no hemos alcanzado la fe bíblica. La fe toma lo ordinario y mundano y le transfiere la calidad de la eternidad ahora. Hace que lo profano se vuelva sagrado, y trae la eternidad a este tiempo. Es por la ausencia de esto que la humanidad está enloqueciendo. La humanidad fue creada a la imagen de Dios para vivir en la dimensión que ahora estoy describiendo. Fuimos creados para vivir en justicia, verdad, amor y realidad, pero el mundo se encuentra tan apartado de Dios y de Sus categorías y dimensiones que se ha atrofiado, y piensa que todo lo que tiene consecuencia está en este mundo presente. Es una vida distorsionada y restringida que no es realmente vida. El ministerio de la iglesia es demostrar el mensaje del Reino de Dios que se ha acercado, “¡Miren, aquí está! Miren la realidad. ¡Miren a las personas que se encuentran libres de intimidación, temor, ansiedad y angustia!” El sólo ver nuestra paz será algo estremecedor para aquellos que se encuentran deshechos por lo que está aconteciendo en el mundo.

“De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios.” (Juan 3:3),

y después,

“De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios.” (Juan 3:5)

Podemos preguntarnos qué relación tenían las respuestas de Jesús con la preguntas de Nicodemo, y la respuesta es *nada*, y tampoco tenían que tenerla. No estamos en la obligación de dar respuestas terrenales a preguntas terrenales, sino sólo respuestas celestiales, ¡así dejen a los hombres confundidos!

Las Aflicciones de los Santos

Como hemos dicho, Pablo veía aquel eterno peso de gloria que tornaba sus presentes aflicciones tanto momentáneas como leves. Esta es una manera de ver que afecta el presente de una manera muy tangible y sustancial. Es una provisión de Dios para los últimos tiempos, para que no nos convirtamos en cobardes, para que no seamos atemorizados, o para que no comprometamos la fe por el temor del dolor y del sufrimiento. Hubo santos que de hecho fueron gozosos a la hoguera para ser quemados vivos. Ellos lo vieron como lo lógico, como la conclusión y como la verificación de su verdadera fe. Se regocijaron al saber que su vida terminaría de esa manera, y ahora estaban seguros de su corona. Se encontraban tan gozosos anticipando su corona que difícilmente sintieron las llamas.

Esta es la fe a la que somos llamados. Es un llamado a enfocarse en las cosas que son invisibles y eternas. Es algo que escogemos todos los días, a toda hora y en todo momento. ¿En dónde dejamos que nuestros ojos descansen y moren? Los ojos son los órganos de los sentidos; quieren tanto ser gratificados; quieren mirar y quieren verse como algo diferente. Pero es una absorción sensual, terrenal, carnal y diabólica. El llamado de Dios es mirar *hacia arriba*, y mirar las cosas que son invisibles y eternas. El eterno peso de gloria, es decir, la eterna recompensa, es nuestra en la medida de la disposición que tengamos para entrar en los padecimientos de Cristo. Los sufrimientos redentivos preceden a la gloria, y la gloria será en el grado en que soportemos los sufrimientos. De hecho, si tenemos la intención de poseer esta mentalidad y visión apostólica, nos estamos convirtiendo en candidatos para sufrir de una manera u otra. Seremos personas marcadas delante de los principados y potestades del aire, y ellos nos probarán, y Dios permitirá las pruebas. El emplea las maquinaciones del diablo para el bien. Si el diablo causa sufrimiento sobre los santos porque estos se encuentran considerando las cosas apostólicas y eternas, entonces más grande será la gloria y el carácter forjado y formado por soportarlos. La paciencia y la longanimidad que son realizadas en nosotros sólo son posibles *“por el gozo puesto delante de nosotros.”* Dios no nos está llamando a algún tipo de masoquismo, donde valientemente sufrimos por amor al sufrimiento, sino que lo soportamos porque estamos anticipando la gloria por venir. Entre más grande sea el sufrimiento, más grande será el peso de gloria.

La Mentalidad Eterna

El estar convencido totalmente de la importancia y significado de la eternidad es algo central a la fe apostólica y Abrahámica, que significa que esta vida sólo es preparatoria y transitoria. Es un cambio total de valores y de las cosas hacia las cuales el mundo nos ha tratado de introducir. De hecho, si hablamos de esta vida como una preparación, y de que el sufrimiento es un ingrediente necesario en esa preparación, y que la recompensa y el completo significado de nuestro ser viene

en la vida por venir, entonces seremos vistos como medievales. Sin embargo esta es la fe bíblica.

Pues si hubiesen estado pensando en aquella (patria) de donde salieron, ciertamente tenían tiempo de volver. (v.15)

Pablo no sólo se refiere a la patria, sino también a los valores de esa patria y a las cosas que son celebradas en este presente mundo. Necesitamos luchar por esta manera eterna de ver, pues es amenazada y retada diariamente.

Pero anhelaban una mejor, esto es, celestial; por lo cual Dios no se avergüenza de llamarse Dios de ellos; porque les ha preparado una ciudad. (v. 16)

Somos corregidos en *esta* vida para la vida *por venir*, pues en la vida por venir no habrá, en mi opinión, una obra de corrección. Es en esta vida que la preparación es efectuada,

Y aquéllos, ciertamente por pocos días nos disciplinaban como a ellos les parecía, pero Este para lo que nos es provechoso, para que participemos de Su santidad. Es verdad que ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados. Por lo cual, levantad las manos caídas y las rodillas paralizadas; y haced sendas derechas para vuestros pies... (Hebreos 12:10-13a)

Note que es una implicación práctica ahora debido a que usted cree esto para después.

... para que lo cojo no se salga del camino, sino que sea sanado. Seguid la paz con todos, y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor. Mirad bien, no sea que alguno deje de alcanzar la gracia de Dios; que brotando alguna raíz de amargura, os estorbe, y por ella muchos sean contaminados; no sea que haya algún fornicario, o profano, como Esaú, que por una sola comida vendió su primogenitura. Porque ya sabéis que aun después, deseando heredar la bendición, fue desechado, y no hubo oportunidad para el arrepentimiento, aunque la procuró con lágrimas. (vs. 13b-17)

La intención del Espíritu Santo en estas palabras es totalmente escatológica. La idea y el significado completo al utilizar a Esaú como un ejemplo, es el de alertarnos y concientizarnos que la preparación de esta vida es para lo eterno, y que *esta* es la herencia que viene *después*. Esaú no pudo negarse una comida. De hecho, pensó que iba a morir si no obtenía esa comida. Estaba tan arraigado en la gratificación inmediata que ni siquiera pudo diferir y posponer para después la gratificación que necesitaba tener ahora.

El propósito completo de la disciplina y la corrección, es decir, los dolorosos tratos de Dios contra nuestra carne, es el de romper el poder de la necesidad de ser gratificados ahora. La definición de un hijo es alguien que puede diferir su gratificación por la recompensa que viene *después*. Usted no necesita recibir una palmada en la espalda después de haber predicado, “¡Bien hecho, ese fue un gran mensaje!” Muchos de nosotros caemos en este punto, y comprometemos nuestro mensaje, aun buscando pescar los halagos y los reconocimientos de los hombres. Sólo uno hijo puede obedecer totalmente y proclamar un mensaje que en ninguna manera sea modulado para recibir la gratificación que proviene de los aplausos y las afirmaciones. Si usted quiere ver a Dios y quiere participar de Su santidad, entonces esta es la manera.

Mire en el capítulo 10 de Hebreos. Pablo está hablando acerca del gran sufrimiento de los santos y acerca del gran conflicto de los sufrimientos,

Pero traed a la memoria los días pasados, en los cuales, después de haber sido iluminados, sostuvisteis gran combate de padecimientos; por una parte, ciertamente, con vituperios y tribulaciones fuisteis hechos espectáculo; y por otra, llegasteis a ser compañeros de los que estaban en una situación semejante. Porque de los presos también os compadecisteis, y el despojo de vuestros bienes sufristeis con gozo, sabiendo que tenéis en vosotros una mejor y perdurable herencia en los cielos. (vs. 32-34)

Estos santos a los que Pablo hace referencia, sufrían con gozo el despojo de sus bienes. Una cosa es soportarlo con algo de resignación, ¿pero cómo puede estar usted gozoso de perderlos? Sólo es posible con base en una cosa: Ellos sabían que en el cielo tenían una mejor y permanente posesión en exacta proporción a lo que habían perdido. Ellos *tenían* esto adentro como una convicción, que es un conocimiento más allá de un simple reconocimiento doctrinal, y la prueba de este conocimiento era la manera *gozosa* en que tomaban el despojo. Su gozo era la afirmación de su fe en el momento más tenso de su despojo. Eran personas libres de temor e intimidación, y del asunto de seguridad y posesión. Podemos conocer si la eternidad es solamente una abstracción o la más profunda realidad, por nuestra reacción al ser despojados de nuestros bienes terrenales. La segunda es evidenciada por una rendición gozosa. Existe una diferencia entre soportar algo con una valiente clase de resignación, que es opuesto a *tenerlo todo por sumo gozo*. El gozo no puede ser fingido. Es una cualidad celestial y no algún tipo de felicidad humana. Ellos sabían en sí mismos, realmente sabían, que tenían en el cielo una posesión mejor y permanente más allá de la proporción que habían perdido. Una fe que no es escatológica, que no espera por una recompensa celestial, y que no mira la eternidad como la más grandiosa y permanente realidad, no es fe bíblica.

Jesús mismo murió con estas palabras en Su boca, “*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?*” Fue despojado de todo – en la esperanza del gozo puesto delante de El.

No perdáis, pues, vuestra confianza, que tiene grande galardón; porque os es necesaria la paciencia, para que habiendo hecho la voluntad de Dios, obtengáis la promesa. (vs. 35-36)

En otras palabras, ellos no recibieron, ni esperaban recibir, la promesa sino sólo *después* de haber hecho la voluntad de Dios. Esto es algo extraño para considerar. Significa que no recibieron en esta vida las cosas por las cuales se entregaron completamente a Dios. No recibieron aquello por lo que lucharon en Dios. Si vamos a unirnos a ellos con la misma calidad de fe, entonces vamos a tener que considerar radicalmente aquello en que nos encontramos actualmente. Significa que podemos servir a Dios incansable y totalmente, sin tener que recibir nuestra recompensa en esta vida. El mundo y sus recompensas no nos mueven. No podemos ser cortejados y seducidos por doctorados honrosos. Existe tanta ambición religiosa, donde los hombres tienen que tener éxito *ahora*, tienen que ser recompensados *ahora*, tienen que ser reconocidos *ahora, ahora, ahora*.

No vemos a aquellos santos escondidos, que pueden servir a Dios sin ser reconocidos o conocidos por los hombres. Necesitamos más bien estar unidos con los santos que partieron antes que nosotros en vez de buscar la recompensa que los hombres pueden otorgar actualmente. Con cada recompensa que sea otorgada por los hombres, nace un correspondiente compromiso de nuestra integridad, de la calidad de nuestra fe y de la calidad de nuestro testimonio y servicio a Dios. Los verdaderos hijos de Dios no son movidos por las normas de los hombres. No responden de acuerdo a las cosas que logran un éxito religioso *ahora*. Ellos miran hacia algo que es eterno y que tiene una mayor recompensa, y por lo tanto permiten que Dios trate con ellos despiadada o cruelmente, quitando todo impulso que quiera ser reconocido por los hombres *ahora*, que quiere éxito *ahora*. Ellos, y nosotros, recibiremos nuestra recompensa al mismo tiempo que Abraham, es decir, en el Día de la eternidad – en la venida del Señor.

Porque aún un poquito, y el que ha de venir vendrá, y no tardará. (v. 37)

¿Entonces Cómo es que Debemos Vivir?

La venida de Jesús introducirá el Día de la eternidad y del galardón. Fue escrito hace dos mil años y el Señor aún no ha venido, y sin embargo, ¿cómo puede Pablo decir, “aún un poquito, y el que ha de venir vendrá, y no tardará.”? ¿Fue Pablo culpable de exageración? Para Pablo era un poquito, al igual que sus aflicciones eran momentáneas y leves. Era poquito porque se encontraba anticipando la eternidad a la puerta. No era una cuestión de cronología, sino una

cuestión del carácter de Dios. Aquel que prometió *va* a venir. Es una cuestión del Dios que promete.

Aquí viene la parte crítica,

Ahora (énfasis mío) el justo vivirá por fe. (v. 38 **kjv**)

Habiendo acabado de hablar de aquello que viene *después* – la herencia, la eternidad y la recompensa – Pablo trae este tema a lo inmediato, “*Ahora el justo vivirá por fe.*” En otras palabras, “*Ahora el justo vivirá por esta fe escatológica.*” ¿Encontrará el Señor cuando vuelva *esta* clase de fe sobre la tierra? Es la fe de Su venida, la fe de Su aparición, la fe de Su Reino, y la fe de la realización de todas estas promesas – y El nos pide que vivamos por ella ahora. ¿Cómo vivimos ahora lo que *realmente* es vivir, sin caer en la mediocridad? ¿Cómo vivimos gozosamente ahora sabiendo que todo lo que sea diferente a esto es no vivir? Todo lo que Pablo dijo se aplica ahora, y eso es lo que amo acerca de Dios. Esta es la paradoja de la fe. Habiendo hablado todas esas cosas acerca del *después*, El viene al *ahora*. Y ahora no es ahora, excepto a luz de lo que viene *después*. El ahora *sólo* es ahora debido a lo que viene después. El ahora puede ser vivido dinámicamente ahora debido a lo que viene después. El ahora no sería ahora sin la promesa y la recompensa, y sin Aquel que las hizo. Ahora sólo es ahora porque Dios es Dios. Ahora podemos vivir por fe con la anticipación y la confianza de la recompensa del galardón que viene después. Nos da el incentivo de servir a Dios *ahora*, siendo algo que eclipsa toda recompensa presente:

Antes bien, como está escrito: Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman. (1 de Corintios 2:9)

Hay una corona para ganar y un tesoro que está siendo ofrecido. La clave para la vida y el vivir apostólico, y para la visión y el ser profético, y para el coraje y la victoria *ahora* es por aquello que viene *después*. ¡Sólo es *esta* la fe dada a los santos una vez y para siempre que debemos defender arduamente! La fe es un modo de vivir que ha acogido dentro de su más profunda conciencia la expectativa escatológica y apocalíptica del final de la era en su promesa teocrática, y que por tanto transforma nuestra calidad de vida *ahora*.

Nos estamos dirigiendo hacia una consumación y hacia una esperanza. Lo que somos ahora, y la manera en que caminemos ahora, están totalmente relacionadas con lo que anticipamos para el futuro. Y además, tenemos un adelanto ahora del poder y de la gloria del siglo venidero *por el Espíritu Santo*. El bautismo del Espíritu Santo es una prueba, una cuota inicial, y un adelanto de los poderes del siglo venidero. Uno de los terribles errores en el movimiento Carismático y sus aliados es que no han visto al Espíritu Santo dentro del contexto escatológico. Han visto al Espíritu Santo solamente como un fenómeno presente, como si ya fuera la cosa completa que ha sido derramada sobre toda carne, cuando es

difícilmente más que una rociadita. El bautismo ha sido contemplado como algo para renovar nuestras denominaciones, y para traer un grado de centelleo y emoción sobre una vida Cristiana llena de monotonía. Estoy asombrado de que el puño de Dios no haya caído sobre todo ese cuento Carismático para borrarlo instantáneamente. Es algo que atenta con ser un sacrilegio, un abuso del Espíritu, y quizás incluso una malversación, debido a que no ve al Espíritu dentro del contexto de la intención de Dios, que es sólo una prueba, una cuota inicial, y un adelanto de los poderes del siglo venidero. Dios quiere despertar nuestros apetitos con la anticipación de aquello que es futuro, perpetuo y eterno.

El Galardón Eterno

El concepto del galardón eterno está virtualmente ausente de la consideración del Cristianismo moderno. Sin embargo era algo primario en la consideración de la generación apostólica. Pablo contendió para obtener el galardón, y por tanto es algo que no se debe despreciar, sino que más bien debemos buscar para restaurar este entendimiento. Es un tema extraordinariamente glorioso e históricamente perdido para nosotros, y sin embargo es fundamental para la fe. Los principados y potestades resisten profundamente este tema, pues el apropiarse de los asuntos de la eternidad abre toda una dimensión de libertad en la iglesia que la convierte en una propuesta cualitativa diferente, tanto en el mundo como hacia los poderes de este mundo.

¿Estamos esperando la venida del Señor como un segmento de doctrina correcta, como una necesidad histórica inevitable, como algo que será para nosotros el escape de una tribulación que no queremos soportar? ¿O es El alguien que viene a darnos el galardón apropiado por nuestro servicio y sacrificio? Esto hace una gran diferencia, pues determina e influencia la manera en que vivimos *ahora*. ¿Qué nos sostendrá en el tiempo de la persecución? ¿Cómo permaneceremos de pie frente a esto sin colapsar? ¿Cómo soportaremos la extraordinaria opresión si no poseemos una expectativa por el galardón? El galardón es la principal provisión de Dios en los últimos días para perseverar y vencer. No creo que ningún creyente pueda realmente vencer, a no ser que tenga esto en su corazón y espíritu como un vivo y poderoso incentivo en la verdad.

He aquí Yo vengo pronto, y Mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según sea su obra. (Apocalipsis 22:12)

Los galardones, nuestro lugar en los cielos, y nuestra relación con el Señor en el Reino Milenial gobernando y reinando con El, son proporcionales a la calidad y el tipo de nuestra labor y servicio en *esta* vida. El hecho de que algunos gobernarán sobre dos ciudades, otros sobre cinco, otros sobre diez y otros que no gobernarán sobre ninguna, muestra que existen diferentes grados de recompensa. El gobernar y el reinar con Cristo es el derecho de ejecutar juicios justos. El juicio no es una aplicación judicial de la Ley, sino es aplicar la sabiduría de Dios sobre una

situación que lo necesita. A partir del carácter y la madurez obtenida en *esta* vida es que podemos llegar a este lugar de importancia y de madurez para ejecutar aquellos juicios.

Y el que planta y el que riega son una misma cosa; aunque cada uno recibirá su recompensa conforme a su labor. (1 de Corintios 3:8)

La obra de cada uno se hará manifiesta; porque el día la declarará, pues por el fuego será revelada; y la obra de cada uno cuál sea, el fuego la probará. Si permaneciere la obra de alguno que sobreedificó, recibirá recompensa. Si la obra de alguno se quemare, él sufrirá pérdida, si bien él mismo será salvo, aunque así como por fuego. (1 de Corintios 3:13-15)

La cuestión de las distinciones eternas es algo totalmente individual, y algo que es completamente un asunto de nuestra propia escogencia. Es aquello que usted mismo ha logrado, o lo que usted ha hecho en esta vida, por la gracia de Dios que es dada, en proporción a nuestra disposición para llevar a cabo y ejecutar las obras de Dios. No toda obra es obra de Dios. Simplemente porque es religiosa, ‘espiritual,’ o porque estamos supliendo una necesidad, no significa que esa obra va a ganar para nosotros un honor, un galardón o una distinción. Es muy posible que experimentemos la quema de muchas de nuestras obras, al ser estas madera, heno u hojarasca, en vez de ser oro, plata y piedras preciosas. El galardón será basado en aquellas cosas realizadas en esta vida que pasen la prueba del fuego. Sólo aquello que pase por el fuego – pues el fuego prueba las obras – califica para el galardón eterno. Las obras de Dios son aquellas que tienen su nacimiento en El, y que son ejecutadas en el poder de Su vida, con motivos que son puros, y que buscan solamente Sus propósitos y Su gloria. Existen obras *para* ser realizadas, y si hacemos Sus obras, podemos esperar una retaliación y una consecuencia en contra de nosotros en un mundo que se volverá totalmente anticristo en los Últimos Días. Cualquier obra de Dios que sea significativa será aquello que con más seguridad traiga sobre nuestra cabeza una represalia en contra. Sólo la expectativa de un galardón por aquella obra es el incentivo que podrá llevarla a cabo.

Guardaos de hacer vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos de ellos; de otra manera no tendréis recompensa de vuestro Padre que está en los cielos. (Mateo 6:1)

Esto sugiere que es posible perder nuestra recompensa debido a malos motivos. Si queremos ser vistos, reconocidos y honrados por los hombres cuando llevamos a cabo algo, perdemos por lo tanto el galardón eterno. Es la esperanza de aquel galardón que nos permitirá llevar a cabo una obra, aun cuando las personas no la reconozcan, o no estén agradecidos por ella. Esto es totalmente opuesto a los incentivos que exigen la mayoría de las personas en esta vida. Ellos llevan a cabo algo porque quieren ser vistos por lo demás, quieren ser reconocidos y elogiados.

Bienaventurados sois cuando por Mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo. Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos; porque así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros. (Mateo 5:11-12)

El gozo de esto es experimentado *ahora*, en el momento de la vergüenza y el rechazo. Esto es una fe viva, pues usted se encuentra anticipando el galardón en tal manera que constituye el factor presente de su gozo. Si nuestra fe no resulta en gozo en el momento en que sufrimos desgracia, reproche y rechazo, por causa de Cristo, entonces no poseemos la verdadera fe. Si solamente tenemos una fe académica o una cosa doctrinal, entonces seremos bastante entristecidos.

El estar en la anticipación de aquello que es futuro, aquello que es perpetuo y eterno, y del galardón que no se desvanecerá, que no se oxidará, que no se corromperá, y que no puede ser robado, es algo diseñado por Dios para ser el motivo convincente más poderoso para nuestro actual servicio. Dios desea que esto sea un enorme factor en nuestra presente vida victoriosa. Esto fue un factor en la victoria de Moisés, y en su separación de Egipto:

Por la fe Moisés, hecho ya grande, rehusó llamarse hijo de la hija de Faraón, escogiendo antes ser maltratado con el pueblo de Dios, que gozar de los deleites temporales del pecado, teniendo por mayores riquezas el vituperio de Cristo que los tesoros de los egipcios; porque tenía puesta la mirada en el galardón. (Hebreos 11:24-26)

Pablo dijo que todos compareceremos ante el tribunal de Cristo, no para determinar el asunto de nuestra salvación, sino para determinar el asunto de nuestra recompensa. Es allí donde nuestras obras son probadas para ver si pueden sobrevivir el fuego de la evaluación y juicio de Dios. Cuando pronunciamos la frase 'buenas obras,' automáticamente retrocedemos, porque pensamos que de alguna manera amenaza el evangelio de la gracia. La salvación es un regalo de Dios por gracia, pero lo que hagamos con la gracia, al haber recibido esto como un regalo, determinará nuestra posición eterna y nuestro galardón eterno. La palabra 'obras' es mala sólo cuando pensamos que podemos trabajar por nuestra salvación. Algo debe surgir de nuestra fe, algo visible, algo productivo, y esto es lo que Dios pesa, evalúa y recompensa en el Día de Su venida.

El Misterio de los Galardones

Tampoco resucitaremos todos al mismo tiempo. Algunos de nosotros resucitaremos en la primera resurrección a manera de primeros frutos, es decir, aquellos que gobernarán y reinarán con Jesús en Su Reino milenal. Los otros dormirán durante el Milenio, y solamente resucitarán con la resurrección general

de los muertos descrita en Apocalipsis capítulo 20, donde los libros serán abiertos, incluyendo el Libro de la vida, para ver si sus nombres están escritos en él.

Algunos de nosotros no estaremos equipados para gobernar y reinar con Cristo, pues hemos ignorado, o abandonado, o no hemos tenido las agallas para este tipo de responsabilidad, a pesar de que la hubiéramos *podido* obtener en esta vida. Aquellos Cristianos, que se conformaron con sentarse pasivamente en sus congregaciones toda su vida Cristiana, porque estaban seguros de que se “irían al cielo,” puede que se lleven una profunda desilusión. No me gustaría perderme de la primera resurrección, y es por esto que Pablo exhorta continuamente a los santos para que sean hallados irrepreensibles en el Día de la venida del Señor. Tenemos un incentivo eterno para obtener un galardón distintivo del alto llamado en Cristo Jesús. Aparentemente esto no es para todos; pues dice que los demás dormirán:

Y vi tronos, y se sentaron sobre ellos los que recibieron facultad de juzgar; y vi las almas de los decapitados por causa del testimonio de Jesús y por la palabra de Dios, los que no habían adorado a la bestia ni a su imagen, y que no recibieron la marca en sus frentes ni en sus manos; y vivieron y reinaron con Cristo mil años. Pero los otros muertos no volvieron a vivir hasta que se cumplieron mil años. Esta es la primera resurrección. (Apocalipsis 20:4-5)

Es una extraordinaria recompensa para un extraordinario servicio en una extraordinaria opresión y persecución de los Últimos Días, donde la mayoría no pudo pararse firme en la fe para no sucumbir a la marca de la Bestia. Los ‘decapitados’ son personas que van a preferir perecer antes que tomar la marca, de la cual somos advertidos, que si la tomamos, seremos echados con el diablo en el lago de fuego. El juicio de Dios es severo sobre este tema en particular. Casi puedo escuchar los razonamientos que vendrán de los Cristianos a medida que esos tiempos se acercan, “Bueno, yo necesito vivir. Necesito comprar y vender. ¿Y qué de mis hijos? Tengo responsabilidades.” Habrá todo tipo de justificaciones para sucumbir ante un sistema por el cual nuestra seguridad física será asegurada. La otra alternativa más sabia es tomar los riesgos de vivir independientemente de tal manera, que si Dios no provee, preferiremos perecer antes que sobrevivir de la otra manera. Para aquellos que están dispuestos a esta otra clase de fe, Dios tiene una recompensa especial, el privilegio de gobernar y reinar con El durante mil años – mientras que todos los demás duermen.

De hecho, el tomar la marca de la Bestia no sucede en un último momento, sino que son nuestras elecciones diarias las que convierten en algo inevitable la toma de esa marca. Peinados, aretes para los hombres, música, emociones del alma y otra clase de cosas que los Cristianos se permiten, y que piensan son inofensivas, son ya una afirmación, una marca y una identificación con el espíritu del mundo y su rebeldía, odio y desafío. Lo que usted se pone sugiere algo, y lo hacemos

porque no podemos negarnos el placer o el beneficio sensual o almático que viene a través de estas cosas.

Un hombre me preguntó una vez qué era lo que debía hacer para realmente servir al Señor con distinción. El quería ir hasta el final. Le dije que podía comenzar con cortarse el cabello, y cuando escuchó esto, se estremeció y lloró. Hay algo acerca del lujo de pasarnos los dedos por el cabello, y de sentir lo largo que es, que tiene una resonancia de algo almático. Para otros puede que no sea el cabello, sino otra cosa. Puede que no sea algo pecaminoso, y sin embargo es la toma inconsciente de una marca, y de hecho es ya una identificación. Los homosexuales y toda la cultura del pop y el rock fueron los primeros en utilizar aretes en los tiempos modernos. Usted no necesita ser un homosexual, pero los aretes lo identifican como en favor de esto. Si siquiera posee una mínima posibilidad de ser identificado con el mundo, entonces evítelo. Prefiero errar por una separación radical de aquello que parezca estar en el terreno mundano que tomar el riesgo de identificarme con él. No podemos asumir que somos tan espirituales como para utilizar aretes, para disfrutar de ciertos peinados y ropa a la moda, o para escuchar música rock. Ya es de hecho una seducción y una mentira pensar que no nos afectará debido a nuestra ‘más alta’ espiritualidad.

Prefiero ser llamado un legalista que tomar el riesgo de comprometerme, algo que me hará más y más parcial con el espíritu del mundo. Creo e intuyo que la marca de la Bestia ya está tomando lugar invisible, pero indeleblemente. O estamos tomando la marca de la Bestia, o la marca del Padre, y cuando la luz aparezca, es decir, el Día del Señor, revelará por medio de su luz cuál marca fue la que consistentemente elegimos. Cuando nuestra subsistencia y vida dependan de si tomando la marca podemos o no comprar y vender, entonces esté seguro que *sí* tomaremos la marca. Lo haremos porque vivimos para el sustento de nuestro cuerpo y nuestra alma.

Jesús condenó como malvados a aquellos siervos que no produjeron una ganancia de los talentos que se les habían dado. Existe un enorme énfasis en el libre albedrío de hacer y de servir. Las personas pueden enterrar su talento, o lo pueden multiplicar, y habrá un galardón proporcional, o un juicio, por haber fracasado en producir una ganancia. La iglesia no será la iglesia hasta que traiga estas perspectivas a su presente consideración. Si no estamos en busca de aquella Ciudad y de aquel galardón, entonces por necesidad vamos a ser víctimas de la seducción – especialmente en el terreno religioso.

La Primera Resurrección

Bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección; la segunda muerte no tiene potestad sobre éstos, sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y reinarán con El mil años.
(Apocalipsis 20:6)

No puede ser más clara la manera en que son escritos estos versículos. La palabra 'primera' implica que habrá otra resurrección que le seguirá, y aquellos que no resucitaron en la primera resurrección son 'los otros muertos,' cuya resurrección es de otro tipo. Es algo que sucede más tarde, donde tampoco habrá el mismo galardón.

Aquí vemos el carácter de aquellos que prefirieron el martirio a la supervivencia física. Se volvieron bienaventurados, santos y sacerdotales *antes* de su resurrección. Es claro que no todos los santos son bienaventurados, santos y sacerdotales. Esta fue la resurrección que Pablo luchó por obtener, y por la cual nosotros también debemos luchar. Hemos perdido el mayor incentivo para ser distintos en esta vida, porque si es que vamos a ser eternamente bienaventurados, santos y sacerdotales, entonces tenemos que ser bienaventurados, santos y sacerdotales *acá*. No podemos llegar a tener este carácter sin haber conocido la Cruz en verdad. No vamos a poder ser bienaventurados, santos y sacerdotales, y al mismo tiempo entregarnos a la gratificación de la carne. Esto va a requerir de una vida disciplinada y sometida, y una que esté sometida a otros hermanos. Es una vida que recibirá corrección y que no retrocederá ni reaccionará con resentimiento cuando esta venga.

Existe toda clase de apatía humana para caminar en la luz como El está en la luz. Podemos ser cobardes y rehusar atender la Escritura que dice, "*Confesaos vuestras ofensas unos a otros, y orad unos por otros, para que seáis sanados.*" Preferimos luchar con el pecado privado y secreto, y nunca vencerlo. Al confesarlo a un hermano, rompemos el poder del pecado. Sólo entonces es traído hacia la luz. Si ponemos la eternidad bajo consideración, encontraremos el coraje para hacerlo. Nuestra escogencia de vivir cobardemente en esta vida resultará en tener que quedarse afuera de la entrada de ese Reino. No son sólo los mentirosos y los grandes pecadores los que son dejados fuera de aquel Reino, sino también los cobardes. Existe toda una dimensión que necesita entrar en nuestro espíritu y conciencia, en nuestra conducta y vida, si es que vamos a ser apostólicamente auténticos. No vamos a poder persuadir a los hombres, conociendo el terror de Dios, si no conocemos el galardón de la eternidad.

Si esto permanece en el terreno de la abstracción y como algo que podemos ligeramente considerar o desatender, entonces nos estamos condenando a un inevitable colapso bajo la opresión de los Últimos Días. Nos robarán el galardón eterno. El Día del Juicio es definitivo. Una vez estemos en la dimensión de la eternidad no habrá oportunidad de cambiar nuestro carácter, nuestra disposición, o nuestro lugar. Cada aspecto de este asunto es definido en *esta* vida.

Aquellos que resucitan en la primera resurrección son aquellos a los que Jesús se refirió cuando le dijo a Natanel,

De cierto, de cierto os digo: De aquí adelante veréis el cielo abierto, y a los ángeles de Dios que suben y descienden sobre el Hijo del Hombre. (Juan 1:51b)

Estas personas tendrán cuerpos glorificados en la administración del Reino, y traspasarán las cosas materiales al igual que Jesús lo hizo. Este es su privilegio, y su galardón es el de ser coadministradores con el Señor. No es un gobierno en la forma tradicional que lo conocemos, sino más bien un gobierno celestial y divino. Es la bondad y la sabiduría de Dios enseñándoles a los hombres como vivir en justicia, a través de la mansedumbre del carácter del Cordero. No hay honor más grande que gobernar y reinar con Cristo en Su Reino teocrático. No tenemos un modelo terrenal de lo que este gobierno teocrático será. Fue el galardón de Jesús, por el cual un trono fue preparado para El. Dios no sólo lo resucitó de los muertos, sino que lo levantó sobre las alturas a un lugar de dominio, donde se dice que toda autoridad le ha sido dada sobre el cielo y la tierra.

Y vi un gran trono blanco y al que estaba sentado en él, de delante del cual huyeron la tierra y el cielo, y ningún lugar se encontró para ellos. Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante Dios; y los libros fueron abiertos, y otro libro fue abierto, el cual es el libro de la vida; y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras. Y el mar entregó los muertos que había en él; y la muerte y el Hades entregaron los muertos que había en ellos; y fueron juzgados cada uno según sus obras. Y la muerte y el Hades fueron lanzados al lago de fuego. Esta es la muerte segunda. Y el que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego. (Apocalipsis 20:11-15)

Solamente con una simple lectura de este texto, tendría que decir que aquellos que no estuvieron calificados para resucitar con los bienaventurados, santos y sacerdotales tuvieron que esperar durante mil años. Se perdieron de la iniciación del Reino de Dios, y de cualquier participación en él. Esta reducción clara y literal debe incluir un número de aquellos que *fueron* salvos, pero que vivieron vidas sin ninguna distinción significativa que les hubiera conseguido un galardón en la primera resurrección, y por lo tanto tuvieron que ser juzgados con los otros muertos. Ellos no resucitaron con la primera resurrección, pues de otra manera no habría necesidad de consultar el Libro de la Vida del Cordero. Aquellos que resuciten en la primera resurrección revelarán, por medio de aquella resurrección, la aprobación y la aceptación de ser hallados *en* Cristo. Su caminar, conducta, carácter y obras los califican para la resurrección. Si no resucitamos, entonces no habremos calificado. No fuimos hallados dignos para aquella primera resurrección. Pablo dijo que el luchó por obtener *aquella* resurrección. No es algo automático, sino más bien un 'ser hallado digno.' Aquellos que son maduros, que son vencedores, aquellos que tienen el carácter de Cristo, quienes están *en* Cristo, y que puedan escuchar Su trompeta, resucitarán. Aquellos que no están *en* Cristo,

que son inmaduros, que no han sido probados, que no son calificados y que no son dignos, dormirán durante mil años.

Aquellos cuyos nombres se encuentren en el Libro de la Vida del Cordero serán salvos del infierno, y de ser arrojados dentro del Lago de Fuego con el resto de los muertos, pero no me gustaría esperar para ver si mi nombre está escrito. Existe una posibilidad de que haya sido escrito, y que después haya sido borrado. Era algo tan primordial para Pablo calificar para aquella primera resurrección. Y nunca seremos bienaventurados, santos y sacerdotales – las calificaciones para la primera resurrección – a menos que tengamos la clase de determinación que Pablo tuvo, es decir, el ser hallado digno de aquella resurrección.

Y se airaron las naciones, y Tu ira ha venido, y el tiempo de juzgar a los muertos, y de dar el galardón a Tus siervos los profetas, a los santos, y a los que temen Tu nombre, a los pequeños y a los grandes, y de destruir a los que destruyen la tierra. (Apocalipsis 11:18)

Aquí está el juicio de Dios, destruir aquellos que destruyen, pero dar galardones tanto a *pequeños* como a *grandes*. Hay galardones en todo nivel, y en todo grado, proporcionales a la obra y a la inversión. El quedarse sin galardón resultará en vergüenza eterna.

El Tribunal de Cristo

Porque el Hijo del Hombre vendrá en la gloria de Su Padre con Sus ángeles, y entonces pagará a cada uno conforme a sus obras. (Mateo 16:27)

Y a sus hijos heriré de muerte, y todas las iglesias sabrán que Yo soy el que escudriña la mente y el corazón; y os daré a cada uno según vuestras obras. (Apocalipsis 2:23)

Esto viene de la boca misma del Señor, mostrando de nuevo que es un asunto individual.

Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo. (2 de Corintios 5:10)

Aquí vemos uno de los principales incentivos para caminar de una manera particular en esta vida en relación a nuestro cuerpo, nuestra boca, nuestros pies, nuestras manos y nuestras mentes. ¿En qué dejamos nuestra mente meditar? ¿Qué clase de pensamientos nos permitimos, que creemos tenemos el lujo de contemplarlos, aunque nadie más los escuche y los vea? Todo esto aún sigue siendo hecho en nuestro cuerpo.

Pero tú, ¿por qué juzgas a tu hermano? O tú también, ¿por qué menosprecias a tu hermano? Porque todos compareceremos ante el tribunal de Cristo. (Romanos 14:10)

Si sabemos que vamos a estar de pie ante de Dios para dar cuentas, entonces no podemos disponernos a tener una actitud de juzgar. Este es el significado de la Escritura, “No juzguéis.” Aquellos que se juzgan a sí mismos no necesitan ser juzgados por Dios. Debemos ser duros con nosotros mismos y examinar realmente nuestros corazones y pedirle al Señor iluminación y luz, y disposición para ver la verdad de nuestra condición, para ser quebrantados por ella, y arrepentirnos de ello *ahora*. De esta manera no tendremos que estar *después* de pie ante El con nuestras lamentables vidas.

El que venciere será vestido de vestiduras blancas; y no borraré su nombre del libro de la vida, y confesaré su nombre delante de Mi Padre, y delante de Sus ángeles. (Apocalipsis 3:5)

En otras palabras, habrá nombres que serán borrados del Libro de la Vida del Cordero. Esta es una sacudida a la doctrina de la ‘eterna seguridad’ que muchos en la iglesia han considerado para ellos mismos, pero que ayuda a explicar la actitud descuidada que se encuentra en las iglesias alrededor del mundo, donde no hay una disposición para el sacrificio requerido para vencer o para obtener una estatura sacerdotal en Dios, pensando que de alguna manera tendremos todos el mismo cielo, la misma resurrección y el mismo galardón que los demás. Las Escrituras muestran que Dios otorga el galardón en proporción a la calidad del carácter y servicio ejecutado y obtenido en *esta* vida. Fácilmente descubriremos que cuando estemos delante de El, quien es la Verdad, podrá haber otro veredicto eterno diferente del que ingenuamente habíamos esperado, y en ese instante y de allí en adelante, no habrá alteración o remedio – estará eternamente decidido.

El Reino Milenial

Estaremos discutiendo este asunto en el vacío a menos que hayamos llegado a un acuerdo acerca de algo principal, es decir, que todo el asunto del galardón eterno está dentro de un contexto particular: el Reino milenial. El establecimiento de este Reino será algo sumamente emocionante. No será un rudimentario llenar de formularios, o de burocracia, sino la presentación creativa y el establecimiento de un Reino de justicia por primera vez en la creación. La ley del Señor saldrá de Jerusalén hacia las naciones, y las naciones aprenderán justicia. Por lo tanto, se requerirá de hombres y mujeres que estén adiestrados en los asuntos de la justicia, y que conocen cómo llevar a cabo una influencia benéfica sobre aquellos que la están escuchando por primera vez. En mi opinión, estarán haciendo esto en sus cuerpos glorificados, subiendo y descendiendo hacia el Hijo del Hombre, y siendo

dirigidos a ciudades y a congregaciones que han estado surgiendo en la tierra a través de la influencia y testimonio de Israel como *la nación evangelística*.

Hay extraordinariamente poco en las Escrituras que describa la forma en que este Reino será. Quizás la mayor descripción de la gloria milenial de Israel se encuentra en el libro de Isaías, y también en algunos de los otros profetas. Por ejemplo, le será dado otro nombre. Sus habitantes serán llamados los ministros del Señor. Las naciones vendrán a ella. Ella será una diadema y una corona en la mano del Señor. El lenguaje es generoso en describir lo que esta nación será en el Milenio, ¿entonces qué será el Milenio mismo? El Israel restaurado no será el administrador de ese Reino, sino su *súbdito*. La iglesia glorificada y resucitada administrará el Reino. Será la iglesia la que gobernará y reinará con Cristo. Israel serán los súbditos del Reino al igual que lo fueron bajo el reinado del Rey David. Esta vez serán súbditos bajo el Gran Rey David (Jesús), que será su Príncipe y Gobernador para siempre. Harán conocer el Reino de la misma manera en que la iglesia hoy en día promulga el evangelio del Reino, pero la administración, el gobernar, el establecimiento de este gobierno de Dios en la tierra es reservado como un privilegio para una iglesia de carácter. Ella habrá establecido su derecho y aprobación de ser co-gobernantes, y de gobernar y reinar en virtud de su sacrificio, carácter y conducta en la tierra.

Nuestra comisión terrenal es la de ser entrenados para este gobierno, y la de demostrar nuestra habilidad y calificación para este privilegio milenial y eterno. El tomar esto personalmente hará que todo sea transformado. Todas las fuerzas del infierno militan en contra de este entendimiento, y quieren mantener a la iglesia en su presente monotonía, en su condición racionalista y de falta de inspiración, porque si permanece así, probablemente no resucite en la primera resurrección. No responderá a la trompeta de Dios, y a la voz del Señor, debido a que no respondió a Su voz en esta vida. Aquellos que resuciten con Cristo son aquellos que se encuentran *en* Cristo. El diablo quiere robarnos de un incentivo que cambiará completa y eternamente las cosas. Satanás no quiere ver el Reino por venir, pues el establecimiento de aquel Reino significa el fin de su gobierno falso y usurpador.

En la época en que la iglesia se volvió Católica y universal, virtualmente fueron removidas todas las referencias al Reino Milenial. Hasta el día de hoy, la Iglesia Católica se ve a sí misma como el Reino. El catolicismo es amilenial, es decir, no está anticipando un Reino por venir, sino que se ve a sí mismo *como* el Reino venidero, donde la capital de ese Reino es Roma, no Jerusalén. A pesar de que hubo una Reforma Protestante, no fue una total y completa reformación, y este tema nunca fue tocado por padres de la iglesia como Calvino y Lutero. Es un fenómeno extraño que estos grandes gigantes de la fe hayan sido escatológicamente ignorantes. Sin duda habrán pensado que la Reforma Protestante era el inicio del final de la era de la historia humana; que el Papa era el Anticristo, y que los Protestantes representaban el nuevo Reino. Y por lo tanto, no había necesidad de un Milenio ‘por venir.’

La expectativa de un ‘Reino por venir,’ un gobierno de Dios literal y político sobre Su creación, es de hecho la promesa por la cual los grandes santos antiguos se sacrificaron, sufrieron y murieron. Eran herederos de la promesa, es decir, la promesa de su Reino, que también constituía su gloria y honor. La iglesia necesita ver correctamente esto, pues si no lo hace, no podemos hablar acerca del galardón eterno. Todos los galardones eternos son galardones mileniales, y una participación en aquel Reino milenial. Si no podemos tener una concepción de ese Reino, y si no tenemos una anticipación por él, y pensamos que es sólo una abstracción, y no tenemos una fe para creer en él, entonces el hablar acerca del galardón es totalmente inútil. Aquel antiguo clamor de la iglesia, “Ven, Señor Jesús” era “Venga Tu Reino,” pues cuando El venga, vendrá como Rey. Esta también debe ser *nuestra* esperanza, como lo fue para la primera iglesia, y por consiguiente, será un incentivo para ser hallados dignos e irrepreensibles en el día de Su venida.

Esto suena bastante trajinado y fantástico, y la tendencia de la mayoría de los creyentes es la de desecharlo y decir, “Bueno, si es que va suceder, que suceda. ¿Por qué tengo que tomar esto bajo consideración *ahora*?” Esta actitud nos asegurará que no estaremos allí en la primera resurrección, sino que tendremos que dormir durante mil años, y resucitar con los muertos no regenerados, y estar de pie frente al Juez en un momento lleno de temor, para ver si nuestro nombre de hecho está en el Libro de la Vida. Si es hallado, nos quedaremos sin ninguna distinción o galardón. Lo que marca a la iglesia como algo peculiar es que toma el *futuro* bajo su *presente* consideración. No sólo reconoce simplemente que algo sucederá eternamente, sino que inserta aquello que es eterno en su pensamiento presente, que, en retorno, lleva aquello que es eterno hacia una conclusión más rápida, y hace que la preparación para esto sea más probable.

El único juicio que enfrentan aquellos que estén vivos en Su venida, será la evaluación de sus obras, pues esto determinará si van a gobernar sobre cinco ciudades o sobre diez. ¿Estamos edificando con madera, heno y hojarasca, o con oro, plata y piedras preciosas? Lo que hayamos utilizado para edificar es determinado por nuestra motivación. ¿Es nuestra motivación el éxito, la popularidad, o lo es la obediencia fiel, el ser desconocidos, el no ser promulgados o anunciados, y solamente servir al Señor en aquello a que hemos sido llamados, y para lo cual se nos ha dado talento, y crecer en esto, para poder escuchar, “Bien hecho siervo fiel.”? En lo que sea que hayamos trabajado, lo habremos hecho auténtica y verdaderamente. Nuestros motivos fueron puros; fue algo hecho para el Señor. Lo hicimos como buenos mayordomos, multiplicando lo poco que había, con aquello con lo que comenzamos, siendo esta obra la que pasará la prueba de fuego. Será edificada sobre el verdadero fundamento que ningún hombre puede poner. La obra que es fundada sobre este fundamento será del mismo carácter y tipo, pues la obra no será producto de nuestra energía, sino de una divina inspiración en el cumplimiento de Su voluntad. Es algo que será llevado a cabo por Su energía y habilidad, es decir, Su vida de resurrección. Sólo *esto* es una

verdadera obra. Cuando hacemos algo que es producto de nuestra propia energía humana, aunque lo hagamos para el Señor, es totalmente inaceptable para El. Todo debe provenir *de* El, *a través* de El para que sea eternamente *para* Su gloria. La clave es estar muerto y escondido con Cristo en Dios. Es una humillación el estar muerto, y si no estamos dispuestos a tomar este riesgo, no podremos esperar que nuestras obras permanezcan.

La Nube Invisible de Testigos

Por tanto, nosotros también, teniendo en derredor nuestro tan grande nube de testigos, despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante. (Hebreos 12:1)

En los tensos momentos que vendrán en el futuro, cuando haya un verdadero conflicto, será una gran seguridad y consuelo el saber que aquellos santos que nos precedieron, en esta misma fe preciosa, están esperando que lleguemos a la meta final. Ellos aún no han recibido su galardón, debido a que aún no han sido perfeccionados con nosotros. Están presentes en una nube invisible, y desde aquel lugar ejercen una influencia positiva para ayudarnos en y a través de la carrera por concluir que ha sido puesta delante de nosotros. Son un ingrediente vital de tipo muy particular con el propósito de facilitarnos la conclusión de la era *a través* de nosotros. Estamos en la continuación de algo con todos aquellos santos que nos precedieron, y que fueron de *esta* fe, y nos estamos moviendo hacia una gloriosa conclusión. El vernos dentro de esta fe, ahora y luego, y en este contexto, es tener una verdadera visión. Estamos juntos en algo que une el pasado con el futuro eterno. Estamos dentro del tiempo, mirando hacia aquel final, aquel final que pronto estará sobre nosotros. Nos estamos moviendo hacia algo por lo cual ellos se sacrificaron y se entregaron a sí mismos, pero que no *obtendrán* aparte de nosotros. Ellos están esperando por el cumplimiento, *y nosotros somos lo actores de los Últimos Días.*

Entrando en Su Reposo

En el libro de Hebreos, Pablo presenta una ilustración o tipo del Antiguo Testamento de aquellos que fracasaron en entrar al reposo, y que se remonta hasta Israel en el desierto. Todos los que salieron de Egipto y entraron en el desierto, lo hicieron bajo la sangre del cordero y a través de las aguas del bautismo *en* Moisés. Toda esa generación, con excepción de dos, se pudrió en el desierto, fracasaron en entrar en aquel reposo que Dios había preparado. Dios los ha hecho un tipo y un ejemplo para nosotros, sobre quienes el final de los tiempos ha llegado. Es una advertencia muy seria, pues es factible que podamos venir bajo la sangre del Cordero, y pasar a través de las aguas del bautismo, y sin embargo esto no nos da la seguridad de que entraremos a la Tierra Prometida. La Tierra Prometida es un

tipo o símbolo del Reino de Dios, pues es allí donde el Reino, su corona y trono son establecidos. No obstante, se les prohibió entrar debido a su falta de fe. En otras palabras, no tuvieron la anticipación o el deseo.

Y se quejaron contra Moisés y contra Aarón todos los hijos de Israel; y les dijo toda la multitud: ¡Ojalá muriéramos en la tierra de Egipto; o en este desierto ojalá muriéramos! ¿Y por qué nos trae Jehová a esta tierra para caer a espada, y que nuestras mujeres y nuestros niños sean por presa? ¿No nos sería mejor volvernos a Egipto? (Números 14:2-3)

De hecho despreciaron la Tierra de la Promesa de la misma manera en que nosotros podemos despreciar el galardón. Podemos asentir con nuestra cabeza y decir, “Sí, yo creo en el galardón eterno.” - pero lo hacemos de tal manera que no lo tomamos en serio. No *anhelamos* aquella distinción, galardón y privilegio. Esto es lo mismo que despreciarlo, y contarlo como algo de poca consecuencia.

Moisés altercó con Dios para que no destruyera a la nación por su incredulidad y murmuración, a pesar de que no querían contemplar lo difícil que sería entrar en aquella Tierra. Aquellos que entran son aquellos que comparten la humillación y el sufrimiento del Señor. Atravesar el desierto hacia la Tierra Prometida, y luchar con las ciudades Cananeas, y vencerlas, no es un picnic, sino una lucha y un sufrimiento. Por lo tanto es algo que no haremos a menos que creamos que la Tierra es un extraordinario gran galardón. El pueblo de Israel pensó que no era la suficiente compensación por el sacrificio que sabían tenían que hacer. Prefirieron regresar a Egipto, y estar de nuevo bajo esclavitud, que tomar los riesgos de tener que abrirse paso a través del desierto para entrar en la Tierra Prometida.

Pero a Mi siervo Caleb, por cuanto hubo en él otro espíritu, y decidió ir en pos de Mí, Yo le meteré en la tierra donde entró, y su descendencia la tendrá en posesión. (Números 14:24)

No creo que esto signifique los descendientes literales y físicos de Caleb, sino aquellos con una mentalidad, corazón y espíritu similar al de él. Él quería el galardón *completo*. Aquellos que son casuales no son de la semilla de Caleb, y no tendrán parte en el galardón. Esto es algo que escogemos libremente. La superficialidad y la autosatisfacción no son algo de lo que somos víctimas en virtud de nuestro temperamento. Tenemos la opción de *desear* un espíritu ferviente y una disposición íntegra de corazón hacia Dios. Y de hecho, si no tenemos una disposición íntegra de corazón, no podemos siquiera pensar que seremos adecuados para gobernar y reinar con Cristo. Quizás no estemos eternamente perdidos, pero nos descalificamos a nosotros mismos.

No endurezcáis vuestros corazones, como en la provocación, en el día de la tentación en el desierto, donde Me tentaron vuestros padres; Me probaron, y vieron Mis obras cuarenta años. (Hebreos 3:8-9)

Israel provocó al Señor debido a que despreciaron aquella excelente Tierra, y por no estar dispuestos a hacer el sacrificio para entrar en ella.

A causa de lo cual Me disgusté contra esa generación, y dije: Siempre andan vagando en su corazón, y no han conocido Mis caminos. Por tanto, juré en Mi ira: No entrarán en Mi reposo. Mirad, hermanos, que no haya en ninguno de vosotros corazón malo de incredulidad para apartarse del Dios vivo. (Hebreos 3:10-12)

En otras palabras, tenga cuidado también de no tener un corazón íntegro que no le permita tener la disposición para obtener la medida completa.

Porque somos hechos participantes de Cristo, con tal que retengamos firme hasta el fin nuestra confianza del principio. (v. 14)

Es decir, nos hemos convertido en participantes de Su Reino e imperio, pero sólo si nos mantenemos firmes, y no nos rendimos a vivir una calidad de vida menos exigente.

¿Y a quiénes juró que no entrarían en Su reposo, sino a aquellos que desobedecieron? Y vemos que no pudieron entrar a causa de incredulidad. (vs. 18-19)

El creer es más que una doctrina. Ellos no poseían un *corazón* para aquello que Dios estaba haciendo disponible. No abrazaron la fe de la manera en que les fue presentada.

Temamos, pues, no sea que permaneciendo aún la promesa de entrar en Su reposo, alguno de vosotros parezca no haberlo alcanzado. (Hebreos 4:1)

Si Dios le hizo esto a Israel, ¿entonces cómo pensamos que vamos a ser eximidos de sufrir el mismo tipo de penalidad eterna, si también despreciamos la Tierra de la Promesa? La palabra *promesa* casi siempre indica la venida de Su Reino. Todos estos murieron sin haber recibido la promesa, es decir, la promesa de Su Reino y Su gloria. El 'no haber alcanzado' no significa que usted pierde su salvación, sino es la recompensa la que se pierde. Usted no alcanza aquello que hubiera podido ser su eterno gozo como recompensa.

Porque también a nosotros se nos ha anunciado la buena nueva como a ellos; pero no les aprovechó el oír la palabra, por no ir acompañada de fe en los que la oyeron. (v. 2)

Ellos escucharon el reporte de los espías, pero no lo escucharon con fe; y por tanto no les fue de provecho. Podemos escuchar algo, y ser igual de culpables, si es que no es acompañado con fe. Hay algo que es requerido de nosotros. Dios

predica la palabra, pero la palabra no es de provecho a menos que algo salga de nosotros para recibirla, y para tomarla en serio, y para convertirla en algo.

La fe no es fe en el sentido de ser un compendio de doctrinas que constituyen 'la fe,' sino una disposición de espíritu que desea activar y llevar a cabo aquello que ha sido hablado. Los israelitas de aquel tiempo no tuvieron ninguna intención, o deseo, de caminarlo, o de verlo cumplido. Por lo tanto Dios los condena, pues fue algo en lo que *ellos* fracasaron, no algo en lo que *Dios* fracasó. El les dio todo: La Tierra Prometida estaba allí. El buen reporte fue promulgado. La palabra fue predicada, pero ellos fracasaron y rehusaron recibir la palabra para obrar por ella, y por tanto Su ira fue encendida en contra de ellos. Su advertencia para nosotros es,

Temamos, pues, no sea que permaneciendo aún la promesa de entrar en Su reposo, alguno de vosotros parezca no haberlo alcanzado. (Hebreos 4:1)

Pero los que hemos creído entramos en el reposo, de la manera que dijo: Por tanto, juré en Mi ira, no entrarán en Mi reposo; aunque las obras Suyas estaban acabadas desde la fundación del mundo. (v.3)

Fueron un pueblo no santificado que salió de Egipto. No tenían un corazón puro o íntegro como lo tenía Caleb. El ser sacado de la esclavitud no le garantiza la entrada a la Tierra Prometida. No pudieron creer por el futuro que estaba más allá del Jordán, el cual fue dicho como promesa, y descrito como una tierra en extremo buena. Hoy en día sucede exactamente lo mismo con el pueblo de Dios, es decir, no tenemos una expectativa milenial o eterna. No poseemos una conciencia de aquel futuro ni un deseo por él. Nos encontramos arraigados en el presente. Podemos creer por el 'maná' que desciende *ahora*, pero no somos capaces de creer por aquello que es futuro, distante o eterno. El fracaso en creer fue la descalificación para entrar en la Tierra, y será exactamente igual para nosotros. No creer en la eternidad es ser excluido de ella.

Al quejarse, los israelitas mostraron algo que reveló el lugar donde realmente *estaban*, y donde realmente nos *encontramos* nosotros, por exactamente la misma razón.

Y se quejaron contra Moisés y contra Aarón todos los hijos de Israel; y les dijo toda la multitud: ¡Ojalá muriéramos en la tierra de Egipto; o en este desierto ojalá muriéramos! ¿Y por qué nos trae Jehová a esta tierra para caer a espada, y que nuestras mujeres y nuestros niños sean por presa? ¿No nos sería mejor volvernos a Egipto? (Números 14:2-3)

En otras palabras, "Regresemos a Egipto por seguridad, ajo y cebollas, por placer sensual y gratificación." Aquellos que rehusaron entrar estaban ocupados sólo con su propio bienestar, seguridad y gratificación. Aquellos que estuvieron dispuestos al sacrificio de atravesar el desierto para entrar en la Tierra Prometida estaban

ocupados con la gloria de Dios. El 'venga Tu Reino' es el asunto de la gloria de Dios, y si estamos preocupados por nuestra propia seguridad, comodidad y gratificación, vamos a preferir Egipto, así no lo digamos con muchas palabras. Lo que preocupó a Caleb y a Josué, en oposición a la multitud de israelitas, tuvo un motivo completamente diferente. Una preocupación fue por gratificación de la carne y del yo, y la otra fue por la gloria de Dios. El entrar a la Tierra Prometida no era por el beneficio proporcionado a ellos, sino por la gloria proporcionada a Dios.

¿No sabéis que los injustos no heredarán el reino de Dios? No erréis; ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los que se echan con varones, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los estafadores, heredarán el reino de Dios. (1 Corintios 6:9-10)

Pablo le está hablando a la iglesia Corintia. Ya se encontraban marcados por el fracaso moral en una forma realmente vil, y él les está poniendo en claro, que si van a estar caracterizados por injusticia y fornicación, no heredarán el Reino de Dios. Esto no es una amonestación a los que se encuentran fuera de la fe, quienes ya están en un estado de engaño. Los creyentes deben saber que pueden estar igualmente engañados al pensar que tendrán una herencia automática del Reino.

Excomuni3n

La excomuni3n de la congregaci3n no significa nada hoy en d3a. Podemos saltar de congregaci3n en congregaci3n sin que se hagan preguntas. El ser expulsado y excomulgado en los tiempos apost3licos era ser separado totalmente de la congregaci3n de los santos. Era una penalidad muy temida debido a que era un preliminar de lo que significaba ser expulsado *eternamente* del Reino. Las tinieblas de afuera no son algo placentero de contemplar. Usted puede ser salvo del fuego del infierno, pero usted es separado de una comuni3n eterna con los santos de Dios y con los vencedores de Dios. En Su misericordia, Dios ha establecido *en esta vida* algo de lo que esa penalidad eterna ser3, es decir, la excomuni3n. Si su pecado merece la excomuni3n, usted tambi3n se convierte en un candidato para ser expulsado del Reino de Dios.

Existe una extraordinaria responsabilidad para la iglesia de efectuar las cuestiones de la eternidad *en esta vida presente* en la medida en que pueda reconocer un arrepentimiento que permita que los pecados de una persona sean remitidos, o que deban ser retenidos, pues si son retenidos ac3, son retenidos en el cielo. Si son excomulgados *ac3*, entonces ser3n excomulgados *all3*. La iglesia siempre ha sido el agente escogido por Dios para determinar qu3 lugar ocuparan los hombres en la eternidad. Si Dios excluy3 a todo Israel de entrar por su incredulidad, ¿entonces c3mo se puede El quedar corto de excluir a creyentes, por la misma raz3n, para el lamento eterno de ellos? Cuando nos enfrentemos a la eternidad, descubriremos

que aquello que desechamos o despreciamos fue de hecho algo verdadero y presente, descubriremos que perdimos algo eterno, y será algo que no podrá ser remediado. Estaremos establecidos permanentemente en las tinieblas de afuera, no sólo sin una recompensa, sino también sin una comunión que hubiera hecho de la eternidad un gozo. La exhortación de Dios es: *“Exhortaos los unos a los otros cada día, no sea que alguno de vosotros parezca no haberlo alcanzado”*. No seremos lo que debemos ser los unos a los otros a menos que veamos esto dentro del contexto eterno.

La Visión Apocalíptica y la ‘Esperanza Bienaventurada’ de la Iglesia

La intención de Dios para la iglesia en todas las generaciones es que posea la dinámica de la expectativa apocalíptica como algo normativo para una iglesia verdadera. La expectativa apocalíptica debía ser algo resonante en la iglesia. Debía ser una dinámica de esperar y de aguardar característica de la iglesia en *todas* las generaciones. La cuestión no es de cronología, sino de la fidelidad del Dios que prometió Su regreso. La iglesia no tiene una conciencia viva de que nos estamos moviendo hacia ‘un final,’ que de hecho será un nuevo comienzo.

Una mentalidad apocalíptica es una creencia de que el poder del mal o de Satanás, que se encuentra ahora en control de esta temporal y desesperanzada maligna era humana, pronto será vencido, y su gobierno maligno llevado a su fin a través de la intervención directa de Dios. Sin embargo, en este momento los justos son afligidos por sus representantes demoníacos y humanos. Hay algo acerca de la influencia demoníaca que las personas no quieren considerar, o por mucho, quizás quieran considerarlo con relación a ciertos individuos que necesitan de liberación, pero no quieren visualizar la vida y la realidad en el mundo bajo la influencia de Satanás. Las Escrituras nos dicen que el mundo entero está bajo la influencia del maligno. El único final para tal mundo es que él sea destronado a través de una derrota final, y a través de ser echado fuera, y Dios mismo viniendo a establecer un Reino con Su propia justicia. Esto es demasiado sobrenatural para la consideración de la mayoría de los Cristianos racionales. Y algo aún más ofensivo es que la capital de este Reino está situada en un lugar donde la mayoría jamás hubiera deseado que quedara, es decir, Jerusalén, dentro de un Israel restaurado. *Todo* lo que Dios hace está diseñado para ofender la sensibilidad humana. El sabe exactamente dónde son vulnerables los hombres, y siempre establece cosas que son escandalosas para la consideración humana.

El mensaje más ofensivo para comunicar es decirle a aquellos que moran sobre la tierra que su tiempo está pronto a terminarse; que este mundo se encuentra bajo juicio; que su final está por llegar; que viene un fuego y que más les vale conocer *ahora* al Rey por venir. En el Día de Su venida, será muy tarde para conocerlo, pues El va a venir como Juez y no como Salvador. Todo lo que los hombres hacen en el mundo sugiere la perpetuidad, no un final. Por lo tanto, llevamos un mensaje no bienvenido en donde los hombres pondrán una vez más los dedos en sus oídos.

Además de esto, si lo predicamos con unción y poder apostólico, los hombres se abalanzarán sobre nosotros con gruñidos. De hecho, cualquier evangelio que no sea apocalíptico no es el evangelio. Ha sido despojado y robado; un contenido vital y dinámico ha sido perdido. Hay algo acerca de la visión apocalíptica que le trajo a la primera iglesia una urgencia particular, una expectativa y una esperanza.

Porque la gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres, enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente, aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo, quien se dio a Sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para Sí un pueblo propio, celoso de buenas obras. Esto habla, y exhorta y reprende con toda autoridad. Nadie te menosprecie. (Tito 2:11-15)

Este es otro de aquellos grandiosos extractos apostólicos de la fe. Parece ser casi una paradoja el tener una anticipación de un evento cósmico, es decir, la aparición del Señor, y el advenimiento de otro Reino. Y mientras esperamos, no ‘contamos el tiempo,’ sino que somos celosos por buenas obras, pues esto también tiene una aplicación eterna. Por ejemplo, el negarse deseos mundanos. Esto *es* una ética. El tener este tipo de visión trae consigo ciertos requerimientos para esta vida presente. Estamos viviendo dentro de un tiempo transitorio, cargado de grandiosos propósitos, pero vivido con la expectativa de esta grandiosa conclusión a esta era. El testimonio final de la iglesia dentro de una creciente oscuridad es que será una creciente luz. Es la misericordia final de Dios, y si alguien aún quiere ser salvo de la oscuridad eterna, habrá aquí y allá, esparcidos sobre la tierra, centros de luz a los cuales pueden acudir. Si rehúsan *ese* testimonio, estarán rehusando una última gracia de Dios siendo ofrecida a un mundo moribundo. Por lo tanto, la iglesia está más en la obligación de vivir irreprochablemente y sin reproche.

Hay algo acerca de la eternidad, y de la anticipación y esperanza que vienen, que el enemigo quiere amargamente resistir, pues es algo que trae una dimensión de tal dinámica a la iglesia que amenaza los intereses invertidos de los poderes de la oscuridad. La fe apocalíptica es una que *espera* la destrucción de este mundo y el establecimiento de otro. Es este *otro* el cual continuará eternamente, y este es el triunfo cósmico de Dios sobre los poderes de la oscuridad, quienes históricamente han gobernado o gobernado erradamente sobre Su creación. La venida del Señor marca su derrota final, el establecimiento de Su Reino en gloria, y la reivindicación de Sus pacientes santos, quienes han soportado la ira de las fuerzas opuestas de la oscuridad en su furia final. Trae la restauración de Israel en la realización de las promesas testamentarias de Dios hacia ella, el tabernáculo de David es restaurado, y el gobierno de Dios se extiende hacia las naciones. Es todo un panorama, toda una culminante conclusión casi perdida para la iglesia, aun cuando pensamos que la tenemos. El simplemente hablar acerca de la venida del

Señor como una verdad doctrinal, o como un escape de los tiempos difíciles de la tribulación, no es tomar la fe como una esperanza bienaventurada.

“*Este siglo*” implica que hay otro por venir. El renunciar a los deseos mundanos no significa evitar orgías sexuales. Un deseo mundano es cualquier deseo que no tenga su origen arriba, es decir, Dios no es Su Autor. Con esta definición, un deseo mundano podría ser algo tan inofensivo como un catalogo de mercancía. Si usted es movido por esto, en vez de ser movido por Dios, entonces es un deseo que tiene su origen abajo. Debemos rechazarlo, y puede ser algo doloroso, pues *cualquier* negación es dolorosa. Hay un poder en la mercancía que es seductor, y que busca arrastrarnos dentro de su remolino. Hay algo acerca de la opulencia, de la variedad y de la estimulación que proviene de la mercancía que nos quiere robar la perspectiva eterna. Incluso existe una manera en que ‘legitimamos’ el deseo y la codicia, pero esto cautivará el alma. Nos acostumbramos a verlo, y a que los demás lo aprueben, o a utilizarlo, o a llevarlo puesto, hasta que poco a poco se abre un camino por el cual el mundo comienza a ejercer una creciente influencia sobre nuestras vidas y hace que nuestros espíritus se adormezcan.

El vivir sobriamente es también vivir con los ojos bien abiertos en relación con aquello que usted se permite, que pueda tener un efecto nocivo sobre su espíritu. Aun la manera en que la comida es exhibida en un supermercado es algo establecido por psicólogos y expertos, donde se arreglan los estantes de tal manera que puedan atrapar los ojos de los clientes e inducirlos a adquirir productos que jamás hubieran comprado por sí mismos. Incluso el tamaño de las cosas le hace algo a su deseo y apetito carnal – el querer *uno* de esos. Dios nos ha dado la esperanza bienaventurada para sostenernos cuando la presión de los productos y mercancías venga sobre nosotros. Fue una esperanza de tipo peculiar que sostuvo y animó a los santos antiguos al igual que a la iglesia del principio. Abraham tenía esta esperanza, y a pesar de que se encontraba cuatro mil años atrás de este acontecimiento, lo sostuvo.

Los principados y poderes del aire no pueden tolerar a nadie que se encuentre anticipando otro reino distinto al de ellos. Si nos volvemos escatológicamente mentalizados y apocalípticamente mentalizados, y anticipamos un final, un nuevo futuro, y un reino eterno diferente al de este mundo, nos convertiremos en personas señaladas por los poderes de la oscuridad. Lo más probable es que nos encontremos con el despojo de nuestros bienes, o por lo menos experimentando alguna clase de oposición. Sólo personas de esta clase pueden tener verdadero gozo. Si somos despojados, podemos alabar a Dios, pues es algo que no hubiera podido suceder sin el permiso del Señor, y en el cielo habrá aun una provisión y un galardón mucho más grande y duradero.

Y el Dios de esperanza os llene de todo gozo y paz en el creer, para que abundéis en esperanza por el poder del Espíritu Santo. (Romanos 15:13)

Este versículo habla del *ahora*. La esperanza bíblica – no el optimismo humano – tiene que ver con una expectativa por el futuro, y con algo que se encuentra más allá, que se puede ver ahora y más adelante. Si no tiene una consecuencia inmediata y presente, no es esperanza. Esto es lo que hace a la fe única, es decir, que aquellas cosas que son distantes y futuras poseen una consecuencia inmediata y práctica *ahora*. Existe una ‘abundancia’ conectada con la esperanza que no se puede obtener *sin* ella. La verdadera naturaleza de la fe es la de abundar. Cualquier cosa que sea menos que abundar es anormal e inferior, y no podemos estar satisfechos con menos. El gozo proviene del cielo. Está *con* Dios, y no puede ser obtenido en el mundo, y la única manera de obtenerlo es abundando en esperanza, para que podamos gozar de paz y gozo. En otras palabras, sólo podremos alcanzar el gozo auténtico al abundar en esperanza – y no de otra manera.

La esperanza es la anticipación de algo futuro. La esperanza es el deseo y la creencia de que algún día usted se apropiará de aquello que es aún invisible y distante. No podemos ser santos o perfectos sin esperanza. La esperanza es el ingrediente por el cual creemos que seremos hechos perfectos *en* El. Una de las cosas que debemos buscar en aquellos que dicen ser apóstoles es ver si tienen esperanza o no. La esperanza verdadera es activa, palpitante, vital, y viva. No importa la circunstancia, no importa el desánimo presente, su esperanza afecta su ahora. La esperanza es el elemento por el cual uno permanece firme e inmutable. La ausencia de la esperanza garantiza la degradación de los hombres. Los hombres en el mundo que no tienen esperanza están condenados a las cosas que son viles. Todo lo ven como inútil y sin sentido, pues no tienen ninguna esperanza.

Burladores en los Últimos Días

Más de lo que no lo imaginamos, son nuestros deseos mundanos, y no nuestro intelecto, lo que determina nuestra teología.

Sabiendo primero esto, que en los postreros días vendrán burladores, andando según sus propias concupiscencias, y diciendo: ¿Dónde está la promesa de Su advenimiento? Porque desde el día en que los padres durmieron, todas las cosas permanecen así como desde el principio de la creación. (2 de Pedro 3:3-4)

Así nos suscribamos internamente a la doctrina correcta, existe una manera en que podemos ‘burlarnos’ o ‘ridiculizar’ sin siquiera hacer la pregunta, “¿Dónde está la promesa de Su venida?” Yo diría que esta es la condición de la mayoría de aquellos que se llaman Cristianos. Asentimos *crédulamente* a la verdad de la doctrina de la Segunda Venida del Señor, pero no la esperamos, o la aguardamos. No es una esperanza palpable, especialmente si nos gustaría ver este mundo continuar. Tenemos un buen lugar, seguridad y comodidad, y si surge algún

problema, tenemos un cierto optimismo de que mejorará. No estamos en busca de otra realidad, y la manera en que vemos la fe tiende a ser generada por nuestro estilo de vida y no por los asuntos de la verdad. Tendemos a abrazar aquello que nos refuerza o consuela en el estilo de vida que *nosotros* hemos elegido. La visión del hombre está altamente determinada por la manera en que elige vivir.

Los burladores a los que Pedro se refiere no son los burladores en el mundo, sino en la iglesia. Si usted quiere mantener su teología pura y sus doctrinas correctas, entonces examine su estilo de vida. ¿Qué hay en él que lo esté comprometiendo? ¿Qué hay allí que usted quiere ver perpetuado que pueda ser amenazado por un final? Si usted quiere continuar con su estilo de vida, no va a abrazar con entusiasmo una visión apocalíptica que dice que habrá un final. Usted va encontrar una manera de anular esa expectativa, o sólo va a reconocerla de una manera cerebral, externa y ceremonial, pero en su corazón usted se está suscribiendo a otra fe.

El asunto de la pobreza voluntaria como un estilo de vida puede más bien ser una necesidad. Pablo dijo que él era pobre, y sin embargo hacía a muchos ricos. Jesús no tenía un lugar donde recostar Su cabeza, y aquí está este enlace entre la autoridad apostólica y la pobreza. Y sin embargo, hay una manera en que Satanás tomará esto para pervertirlo, por ejemplo, la completa tradición de los sacerdotes monásticos, quienes voluntariamente se imponen el voto de pobreza. Esto es una distorsión religiosa de lo que estoy hablando. Quizás hubo entre ellos algunos hombres auténticos, pero estoy hablando de algo distinto. Aunque podamos vivir un estándar de vida que nuestros ingresos puedan sostener, ¿justifica aquel estilo de vida nuestra fe y nuestra expectativa de las cosas por venir? ¿Podremos voluntariamente reducirlo, y simplificarlo, para que esté de acuerdo con la manera de ver a la que nos suscribimos que demuestre que está en armonía con esa manera de ver? ¿Podemos mantener esa manera de ver viviendo al mismo tiempo un estilo de vida que la contradiga sin afectar la verdad de esa visión?

Una vida de exceso y autoindulgencia es incompatible con la visión apocalíptica. La disciplina no es forzada sobre nosotros, sino es algo que nos imponemos voluntariamente. ¿Por qué nos tenemos que entregar a los valores establecidos por los dioses de este mundo, sabiendo que pronto serán destronados y vencidos por la venida del Señor? Esta visión nos llama a un tipo de seriedad acerca de la manera en que vivimos actualmente. Es un llamado a ser irreprochables, y mucho más dentro de un mundo que rápidamente se está volviendo tan pecaminoso y corrupto en donde ser irreprochable lo señalará delante de los hombres. Lo convierte en un candidato para sus represalias pues usted no es 'uno de los muchachos,' y su propio estado de ser alguien sin pecado invoca su ira y su retaliación en su contra.

Daniel rehusó a comer de la mesa del rey. Esa mesa debió haber sido una extravagancia suntuosa, elaborada y lujosa, al igual que un placer sensual. Si él hubiera comido en esa mesa, como comieron los falsos profetas en la mesa de

Jezebel, ¿hubiera podido ser el instrumento de Dios en esa generación y recibir una revelación de los misterios de Dios? El libro de Daniel comienza, de una manera significativa, con Daniel rehusándose a comer de aquella mesa. Es más que un asunto de comer, aunque eso no lo exime, sino todo lo relacionado a los estilos de vida, si es que vamos a tomar una postura que esté en oposición a un mundo que se encuentra bajo juicio. Mientras que todos los demás están luchando para conseguir elevar su estilo de vida, ¿podremos imponer sobre nosotros mismos una disciplina voluntaria, y una simplificación de nuestro estilo de vida resistiendo lo que nos es ofrecido, así sea esto algo legítimo?

¿Estamos diciendo en nuestros corazones, “Esto no es realmente importante; es sólo interesante y académico”? En otras palabras, nuestros corazones se están burlando del contenido. Hay burladores audibles y burladores internos, y nos podemos sorprender si nos encontramos dentro de estos, y aún más sorprendidos al descubrir que la razón por la cual estamos burlándonos e internamente rechazando es una consecuencia de un estilo de vida que hemos escogido y que no queremos abandonar.

Al buscar la esperanza bienaventurada de la gloriosa aparición del grandioso Dios, hubo de hecho una bienaventuranza y una dimensión de las cosas que fueron parte de la vida diaria de la iglesia que le permitió ver más allá de sus sufrimientos y su rechazo. Hubo una expectativa de algo que habría de venir, y que sería pronto. Era algo inminente, y a punto de suceder. Estaba a la puerta, y el Señor vendría, reivindicaría y también juzgaría. Si tuviéramos hoy que ser drásticamente honestos, simplemente no poseemos la esperanza bienaventurada, y hemos transmutado la esperanza bienaventurada en un rapto-escape. Esa no es la esperanza bíblica.

¿Qué es lo que hace a los burladores burlarse? Una actitud de desprecio y desdén, de ridiculización y cinismo es el resultado de andar tras sus propias concupiscencias o deseos mundanos. La burla es el resultado de sus propios deseos mundanos, no de su intelecto, o de su examinación objetiva de las Escrituras. Aquello que constituye la esperanza para algunos se convierte en burla y desprecio para otros basado en la forma en que *caminan* en esta vida. Si queremos tener una visión apostólica de las Escrituras, y una expectativa correcta de las cosas que son futuras, debemos negarnos los deseos mundanos. El único poder que puede exitosamente enfrentar y romper el poder de la concupiscencia es el poder de la esperanza futura, y una expectativa eterna que sea más que una condescendencia doctrinal. Somos exhortados a retener firmes la confesión de nuestra fe, de las cosas que vendrán *después*.

El Panorama Apocalíptico

Apocalipsis significa el irrumpir de Dios en juicio dentro del tiempo y la historia. Lleva el tiempo a su fin e introduce la era eterna. El mundo está

desesperadamente maligno, y se degenerará más y más hasta que no quede esperanza para su recuperación redentora. Después vendrá el juicio como el evento final y culminante, la venida de Dios en Su gloria. Será una aparición súbita, una divina penetración del cielo a la tierra.

¿Por qué la venida del Señor no es hoy una expectativa viva? ¿Por qué no se ha materializado aquello por lo cual la primera iglesia esperó? ¿Por qué es que dos mil años más tarde no se ha materializado aún la esperanza de Su venida? ¿Creía la primera iglesia una ficción, una visión exagerada, que se introdujo en la fe como un tipo de efecto secundario a una expectativa apocalíptica judía acerca de su propia restauración y reino? Un panorama apocalíptico es algo desagradable. ¿Quién quiere contemplar un final y una destrucción donde la tierra se derrite con un fuego intenso, y donde las estrellas caen de su lugar? Un sacudir cataclísmico de la creación no es algo que la carne quiera considerar, pero es un ingrediente necesario para todo el panorama apocalíptico.

Habrà un sacudir y una destrucción final, y lo único que lo hará a uno capaz de soportar tal suceso es el gozo que le sigue, pues de esto surge un nuevo cielo y una nueva tierra donde la justicia mora. Un nuevo cielo y una nueva tierra son hechos necesarios sólo porque la tierra antigua y los cielos antiguos, es decir, los lugares celestiales, son atrapados por la devastación final del juicio de Dios por medio del cual son purificados aun los cielos. No es tanto que las cosas vayan a ser eliminadas y remplazadas, sino más bien que una categoría vendrá y sobrepasará y transfigurará a la otra, y por tanto transformará a ambas.

No fue la última de las razones por la cual aquellos dentro de la primera iglesia, que tenían tierras y casas, las vendían y llevaban las ganancias a los pies de los apóstoles. Distribuyeron entre aquellos que tenían necesidad. ¿Cuál es el punto en seguir apegado a su propiedad? ¿Qué es lo que está esperando? ¿Cuál es su expectativa si el final se encuentra cerca y a la mano? El tener esta mentalidad le proporciona a usted una cierta liberación, y le permite entrar a algo más grande y magnánimo que es opuesto al querer aferrarse a algo que uno quiere guardar para el futuro. Pero si el futuro es ahora, y la era está por concluir, y el Señor viene, ¿entonces a qué se está aferrando? Es mejor dejar ir aquellas cosas, y emplearlas para los propósitos de la iglesia en su actividad final que estar vergonzosamente sentado sobre aquello cuando el Señor venga, y ya no tenga ningún valor. Aquellos primeros creyentes no se encontraban engañados por esperar algo que aún no ha acontecido, a pesar de que haya sucedido hace dos mil años. ¿Por qué permitió Dios que tuvieran una mentalidad como esa, si lo que esperaban no se materializó? ¿Estaba Dios permitiendo que Su pueblo esperara algo que *no podía* venir así de rápido? ¿Es Dios mismo un causante del engaño? Definitivamente no, pero dentro de esa dinámica o expectativa, surge una cierta manera de vivir, surge un tipo de fe y un hacerse de tesoros en el cielo. La expectativa apocalíptica siempre ha sido la intención normativa de Dios para la iglesia en *toda* generación.

El mundo se está convirtiendo en un lugar inhabitable, y si no fuera por la esperanza de la fe, nosotros también desesperaríamos. Por lo tanto, necesitamos llevar a nuestras conciencias aquello que fue central para la vida de la iglesia al comienzo, y necesita ser de nuevo resucitado. El Día de la aparición del Señor es el Día del establecimiento de Su Reino. La justicia y la ley del Señor saldrán de Jerusalén. El regirá todas las naciones, y por tanto será el final de toda la basura, pudrición y corrupción, y de toda clase de cosa perversa que es celebrada hoy como buena. Debemos *anhelar* por el Día de Su aparición. Aquellos de nosotros que lo buscamos *con* ese anhelo, esperamos y apresuramos el Día de Su aparición. No creo que esto sea un evento cronológico fijo, sino que está totalmente relacionado con la iglesia, su carácter, su expectativa y su viva anticipación. Pedro escribió,

Puesto que todas estas cosas han de ser deshechas, ¿cómo no debéis vosotros andar en santa y piadosa manera de vivir, esperando y apresurándoos para la venida del día de Dios, en el cual los cielos, encendiéndose, serán deshechos, y los elementos, siendo quemados, se fundirán! (2 de Pedro 3:11-12)

Sólo una visión de un galardón glorioso acentúa el deseo de anhelar, y de aguardar la venida del Señor. La esperanza es bienaventurada, porque confiere la capacidad de soportar lo que a uno le corresponde soportar. Es una expectativa confiada con la visión de un galardón glorioso. Usted no puede explicar el martirio Cristiano separado de esta esperanza del galardón eterno. El hecho que los creyentes antiguos hayan ido gozosos a su muerte fue uno de los más profundos testimonios de la verdad de la fe para sus perseguidores. Muchos de aquellos que los llevaron a la hoguera, fueron salvos durante el mismo proceso. Contemplaron personas que no se alarmaban en absoluto por la visión de la muerte, y que soportaron con gran paciencia, y aun con gozo, debido a que vieron el galardón, a través del Espíritu, que estaba siendo preparado para ellos.

La esperanza bíblica y antigua de Israel, la cual ha sido perdida, tanto para la iglesia como para el judío, es el aspecto crucial de un Dios que levanta a los muertos, y que los resucitará de nuevo en Su venida. La iglesia en general se *suscribe* a esta doctrina, y sin embargo carece, en mi opinión, de la esperanza viva correspondiente. Cuando dicen, “Jesús viene pronto,” a lo que realmente se refieren es a que su *escape* viene pronto. No existe ese purificar de nosotros mismos, pues no tenemos la iniciativa de llevar a cabo toda nuestra actuación. Si sólo pudiéramos ver la iglesia como Dios la ve, observaríamos que está viviendo debajo del estándar apostólico. La dinámica y la calidad de nuestro testimonio y vida, y la disposición de romper el poder de nuestro propio egoísmo, solamente son posibles cuando verdaderamente creemos que el Señor está a la puerta; y que verdaderamente creemos que el mundo está llegando a su final histórico; y que Dios irrumpirá en el tiempo para concluir la historia, para comenzar el reino del Cordero. Si esto para nosotros no es real y urgente, codiciaremos lo que tenemos, y nos aferraremos a nuestros planes de retiro. Si no vivimos como si creyéramos

que el Señor viene, nuestro testificar hacia el judío y hacia el gentil será grotescamente distorsionado. Hemos perdido el apoyo central y fundamental que fue parte de la completa percepción de vida de la primera iglesia apostólica. Hemos reducido la fe que alguna vez fue vital a un simple compendio de doctrinas 'secas como el polvo' a las cuales nos suscribimos. No tiene siquiera el poder de convicción para persuadirnos, y mucho menos a los demás, y nuestro estilo de vida la traiciona.

Dios desea que la iglesia de toda generación viva con una expectativa del final, como norma de la verdadera vida de iglesia. Estamos en una ininterrumpida continuidad de los asuntos de la fe, tal como fue impuesto en el principio, que ha permanecido y ahora se está acercando a una conclusión. Nada ha cambiado, y eso es lo que debemos ver.

Realidades Apostólicas: Los Principados y las Potestades del Aire

El tema de los principados y las potestades del aire es fundamental para toda visión que sea verdadera. Sin embargo, lo más extraordinario es que está relacionado con algo totalmente invisible. Existe todo un mundo de ‘entidades espirituales’ invisibles y angelicales que tienen una profunda influencia sobre la conducta y curso de individuos y naciones. Este tema es difícil y complejo en toda manera. Es difícil debido a que no es familiar para nosotros, y complejo puesto que es intensamente resistido por las mismas potestades de la oscuridad.

Es extraordinario lo ingenua, ignorante e indiferente que es la iglesia con respecto a las potestades de la oscuridad, ¡*a pesar* del hecho que este tema es absolutamente fundamental para el llamado completo de la iglesia! Es una perspectiva que está relacionada con la realidad *completa*, y con lo que Dios se propone. La iglesia ha hecho mucho énfasis sobre lo menos importante, y ha ignorado la alta importancia de este tema. Por lo tanto, toda nuestra actividad está condenada a una cierta clase de inutilidad y a ser infructuosa. Disipamos toda nuestra energía, y caminamos en un nivel horizontal, y de una manera terrenal. Pablo nos recuerda que no luchamos contra carne ni sangre:

Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes. (Efesios 6:12)

Esta lucha, o conflicto, es algo a lo que se debe ingresar a través de la actividad corporativa de creyentes unidos en Cristo. Es *nuestra* lucha. ¿Quiénes son entonces estos principados y potestades y estos gobernadores de las tinieblas de este siglo en los lugares celestes? Existe acá toda una dimensión de misterio. Los lugares celestes a los que se hace referencia no son aquellos que describen la morada de Dios. Existe un cierto orden de seres en la misma atmósfera, que se mueven sobre la tierra, es decir, los gobernadores o las potestades del aire. Ellos son los gobernantes de la presente oscuridad del mundo. Presiden dentro de una especie de capa sobre la tierra, y sin embargo influyen la conducta de los hombres, y las cosas que suceden sobre la tierra.

En este versículo hay cinco referencias a la palabra ‘contra.’ Necesitamos saber que se está llevando a cabo una guerra, y que ha venido ocurriendo durante miles de años. Es un conflicto cósmico entre el reino de la oscuridad y el Reino de Dios. Si pensamos que el tema de los demonios es sólo una cuestión de liberación personal, hemos perdido completamente la *más alta* importancia. A estos principados y potestades les gustaría que estuviéramos totalmente ocupados en el nivel de liberación demoniaca personal – como si *esto* representara todo el asunto. No estoy invalidando la liberación de individuos, pero se ha fijado el entendimiento de la iglesia en *ese* nivel, y le ha robado del entendimiento más alto y verdadero del conflicto, es decir, la contienda por el actual dominio o posesión

de la creación y de las naciones. Lo más posible es que la estratagema de estas potestades es que nos ocupemos al nivel de la liberación personal en vez de ocuparnos con el combate en el sentido cósmico. Existe una derrota definitiva que debe ser impuesta sobre ellos, que sólo puede venir por virtud de la iglesia siendo la iglesia en el sentido apostólico.

Si queremos comprender la fe, y la iglesia, debemos entenderla dentro del contexto del conflicto con los principados y potestades, o simplemente no la entenderemos en absoluto. Si la iglesia no ha reconocido la presencia de esta dimensión invisible de realidad espiritual sobre su comunidad, y no ha explicado esta dimensión, y no ha roto su influencia sobre la comunidad donde quiere trabajar, entonces trabajará en vano. Hay un episodio en la vida de Daniel en donde oró, y sin embargo le tomó tres semanas recibir una respuesta. Cuando el ángel del Señor vino a Daniel, le dijo que desde el momento en que él, Daniel, abrió su boca, fue escuchado, pero el príncipe de Persia había contendido y demorado su venida. Así que no estamos hablando acerca de algo imaginario; es algo muy real, y aunque es una dimensión invisible, tiene consecuencias muy prácticas en la tierra y con los hombres.

Como fue mencionado, esto requiere que la iglesia sea la iglesia. Si la iglesia es solamente una institución, donde las personas vienen a atender servicios, y se sientan en un tipo de audiencia de individuos aislados, entonces no se encuentra equipada para esta lucha. Este conflicto requiere que la iglesia sea la iglesia en el sentido que Dios desea – no lo que *hemos* hecho de ella. A menos que la iglesia sea un “nosotros,” entonces no puede entrar en este conflicto, y es por esto que los principados y potestades harán cualquier cosa para dividir la iglesia, y dividir individuos. Quieren evitar que la iglesia se convierta en la expresión corporativa de la Vida de Dios, que pueda luchar. Nosotros mismos debemos entender esto, y entregarnos para lograr que la iglesia entre en esta clase de realidad. Es contraria a nuestra carne, porque requiere de tiempo, significará la pérdida de la privacidad, y el abrirnos a nosotros mismos a cosas que puedan ser vergonzosas. *Preferimos* a la iglesia en su presente configuración. Nos gusta ser anónimos y ver que alguien más ‘lo haga,’ y al mismo tiempo decir nuestro “Amén” y “Aleluya.” No queremos que esto nos exija. Pero si vamos a ser la iglesia que traiga gloria a Su nombre, y la que derrote los principados y potestades, entonces nosotros mismos tendremos que luchar contra nuestra propia carne, y contra nuestra propia falta de disposición.

Esta es una visión apostólica de la iglesia como Dios la deseó desde el comienzo. Lo *apostólico* es una cierta manera de ver la realidad, una cierta mentalidad, una percepción de las cosas, particularmente de las cosas que no son vistas. Es una consideración de la iglesia ubicada dentro de un contexto cósmico que ve un conflicto que ha venido tomando lugar desde el principio del tiempo. Hubo una rebelión en el cielo, y un tercio de las huestes angelicales siguieron a su príncipe y se rebelaron en contra de Dios. Esa rebelión continúa hasta este día. Todas las cosas fueron creadas por Dios, aun estos principados y potestades. Son una

creación angelical, un ‘orden espiritual’ que fue inicialmente establecido por Dios para Sus propios propósitos. Sin embargo, se han rebelado en contra de su Creador, y por tanto se han convertido en un orden angelical caído.

La Caída

No hemos entendido suficientemente el significado de la Caída. No fue sólo Adán y Eva, sino la misma creación la que fue afectada por la Caída. La Caída fue la tragedia más significativa, el colapso más grande, y la mayor catástrofe en la historia de la creación. La Caída llevó a la creación entera hacia la corrupción, incluyendo a la dimensión angelical. Estos ángeles caídos, bajo el liderazgo de Satanás, aún mantienen sus lugares gubernamentales. Fueron diseñados y creados en la dimensión sobre la tierra, para asistir y ayudar la obra redentora de Dios en la tierra, al proveer un cierto tipo de orden a través de su influencia. Debía ser una influencia benigna de acuerdo a los propósitos de Dios, para que los hombres tuvieran una atmósfera hospitalaria para hallar a Dios, para conocerle, y para venir a Su salvación. A pesar que la intención fue que ellos fueran una influencia benigna para asistir a Dios y Sus propósitos, ahora en su rebelión contra los propósitos de su Creador, ellos han tomado para sí mismos sus propios propósitos. Su gobernador Satanás busca ser deificado, y tornar la lealtad y atención de los hombres hacia sí mismo, y establecer sus propios valores contrarios a los de Dios, y por lo tanto alejar a los hombres de Dios. Se han aprovechado de su posición gubernamental, y la han utilizado para convertirse así en los dioses de este mundo.

Por ejemplo, lo podemos ver en las razas y las naciones. Dios creó razas y naciones, pero no para que se volvieran idólatras de sí mismas. Esto fue claramente revelado en la época Nazi, cuando la nación de Alemania se elevó por encima de Dios. Había principados y potestades jugando con la nacionalidad para traer la adoración y atención de los hombres hacia sí mismos. Los mismos teólogos alemanes, que no consideraron este tema, tuvieron que experimentar estas potestades en el paganismo, la violencia y la muerte que caracterizó a la Alemania Nazi. Cuando estas potestades lograron penetrar, tornaron la lealtad de los hombres hacia sí mismos, en el nombre de la raza y la nación. Establecieron un nuevo orden que fue una perversa distorsión anticristo.

Alguien dijo sabiamente que Alemania perdió la Segunda Guerra Mundial, pero las mismas potestades de la oscuridad que la precipitaron siguen sin ser retadas hasta el día de hoy. El régimen Nazi fue derrotado militarmente, pero las potestades espirituales, que se expresaron a sí mismas a través de aquella nación para la destrucción virtual del mundo civilizado, aún prevalecen. Los mismos espíritus se mueven sobre la nación – y sobre todas las naciones – esperando de nuevo por las condiciones a través de las cuales puedan venir y manifestarse, incluso para tornar una nación hacia los propósitos más satánicos. Seríamos insensatos e ingenuos si continuamos ignorando voluntariamente estas realidades.

No tenemos ni idea de la influencia de los principados y potestades. El Nazismo tomó posesión, no sobre alguna nación primitiva, sino sobre la civilización más eminente y prominente de *todas* las naciones. Y lo más extraordinario fue que le tomó poco más de diez años. Fueron ‘demasiado lejos’ y se revelaron a sí mismas, no estando satisfechas con simplemente ejercer su influencia invisiblemente, sino que tomaron cautivo todo el órgano estatal. Si fracasamos en entender lo que el fenómeno Nazi significa, continuaremos en una ignorancia que será trágica para nosotros. Lo que sucedió en la Alemania Nazi fue un preliminar de la realidad anticristo de los Últimos Días. Las cosas que han sido veladas y escondidas están siendo descubiertas y reveladas a través de un antagonismo abierto hacia Dios. Nos estamos acercando al espectáculo final en donde los principados y potestades estarán buscando un dominio total sobre este cosmos al final de la era.

Dios ha creado esta dimensión gubernamental para que conserven la creación, pero las potestades del aire funcionan hoy en día en oposición hacia lo que divina y originalmente fue asignado para ellas. Se comportan como si fuesen *ellas* el propósito y la razón de ser. Tomaron para sí mismas una potestad más allá de la intención de Dios, es decir, para ser vistas como algo esencial. Y han tomado las cosas que Dios deseó como fundamentales y las han tornado en irrelevantes, como por ejemplo, la eternidad. Han tornado todo el sistema de valores en la dirección contraria. Cuando los apóstoles fueron al mundo, trastornaron el mundo entero. Trajeron de vuelta la perspectiva original y Divina para la creación, que había sido perdida, pues toda la creación y las naciones habían caído bajo el orden demoníaco. Ellos estaban dándole la vuelta a los verdaderos valores para los cuales Dios dio la creación.

Usted dirá, “¿Qué tan influyentes son estas potestades espirituales?” Fueron lo suficientemente influyentes como para crucificar a Cristo:

Sin embargo, hablamos sabiduría entre los que han alcanzado madurez; y sabiduría, no de este siglo, ni de los príncipes de este siglo, que perecen. Mas hablamos sabiduría de Dios en misterio, la sabiduría oculta, la cual Dios predestinó antes de los siglos para nuestra gloria, la que ninguno de los príncipes de este siglo conoció; porque si la hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de gloria. (1 de Corintios 2:6-8)

Pablo no está hablando acá acerca de Poncio Pilato, o aun del Sanedrín, sino de los ‘príncipes de este siglo.’ Son los principados y potestades del aire, que son invisibles y sobre-terrestres (más allá de la tierra), y que operan a través de autoridades mundanas y terrenales – aunque sean éstas ignorantes de su influencia. Estas expresaron su gobierno *a través* de Poncio Pilato, y *a través* del Sanedrín. En otras palabras, se expresaron a sí mismas a través del mejor gobierno religioso y civil. La ley y la autoridad romana fueron consideradas como el epítome de la ley civilizada. La mayoría de la jurisprudencia legal hoy en día es

derivada de la ley romana. La ley romana y la religión judía, es decir, lo ‘mejor’ de ambos mundos, conspiraron juntas para crucificar al Señor de gloria. Pero éstas mismas fueron inspiradas por los gobernadores de este siglo. Si las potestades hubieran entendido la sabiduría de Dios, no habrían crucificado al Señor de gloria. Actuaron a partir de su propia sabiduría, y es una sabiduría que emplea la fuerza, la intimidación y la amenaza de muerte.

Las potestades son característicamente cínicas e incrédulas, profundamente egoístas y vanas. Aunque Dios dice que serán derrotadas, no creen esto acerca de sí mismas. Actúan con una presunción y arrogancia contraria a lo que Dios dice acerca de su final y destino.

Tú que decías en tu corazón: Subiré al cielo; en lo alto, junto a las estrellas de Dios, levantaré mi trono, y en el monte del testimonio me sentaré, a los lados del norte; sobre las alturas de las nubes subiré, y seré semejante al Altísimo. (Isaías 14:13-14)

Y Dios contesta,

Mas tú derribado eres hasta el Seol, a los lados del abismo. (Isaías 14:15)

Esa presunción y esa arrogancia están en el corazón del carácter de las potestades de la oscuridad. Toda la dimensión angelical caída tiene el carácter de Satanás mismo, y sufrirá el mismo destino eterno con Satanás en el Lago de Fuego. Ellos saben, pero no saben, por así decirlo, puesto que si hubiesen sabido, no habrían crucificado al Señor de gloria. Pero fue una sabiduría oculta en la intención de Dios. Al ser sacrificado desde la fundación del mundo, el Señor ya había, en Su maravillosa sabiduría, contemplado y ordenado para que Su Hijo viniera a morir, pero fue una sabiduría oculta que las potestades no pudieron ver, a pesar de que son astutas. Se nos advierte que debemos estar alertas de las asechanzas del diablo. El es astuto, mañoso y muy inteligente. Fue alguna vez el querubín ungido y al ángel de luz, poseyendo un extraordinario resplandor, pero sin embargo esta será su ruina, pues su carácter contradice su don. Esta también será la ruina para cualquiera de nosotros cuando nuestro carácter no esté alineado con nuestro don o nuestro llamado.

El Escenario Cósmico

Aun la palabra ‘cósmico’ es ajena a la conciencia de la iglesia. No pensamos en términos cósmicos, sino primero en términos personales, después locales, después nacionales, y quizás después con algo de interés hacia el mundo. Sin embargo, lo cósmico se encuentra más allá de todas estas categorías, aunque las incluye a todas. La visión apostólica es una visión cósmica, y sin embargo no sé como definir la palabra cósmico. Es simplemente más que algo interplanetario. Es el

completo escenario de la obra redentora de Dios en la creación como es descrita en Efesios 3:8-12:

A mí, que soy menos que el más pequeño de todos los santos, me fue dada esta gracia de anunciar entre los gentiles el evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo, y de aclarar a todos cuál sea la dispensación del misterio escondido desde los siglos en Dios, que creó todas las cosas; para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora dada a conocer por medio de la iglesia a los principados y potestades en los lugares celestiales, conforme al propósito eterno que hizo en Cristo Jesús nuestro Señor, en quien tenemos seguridad y acceso con confianza por medio de la fe en El.

Esto es tan importante a la vista de Dios que no fue, en Su opinión, algo muy extravagante el crear *todas* las cosas para que esto fuese llevado a cabo. Esta *sola* cosa revolucionará nuestra completa perspectiva acerca de Dios, pues El tiene propósitos en Sí mismo, que no tienen nada que ver con los beneficios que *nosotros* recibimos por ser la iglesia, o que puedan aun ser experimentados en el mundo. Aquí no hay nada acerca de lo que sucederá que pueda traer beneficio al mundo. Es sola y exclusivamente algo que satisface el corazón de Dios. Además de esto, es tan importante que El haya creado todas las cosas para que *ahora* esto pueda ser realizado a través de la iglesia.

En otras palabras, toda la creación a la vista de Dios fue con el propósito de hacer de la iglesia algo posible. Esto lo trastorna todo. El mundo piensa que fue creado para sí mismo. Piensa que puede tener sus grandes ciudades, su comercio, su mercadeo, su cultura, y todas aquellas cosas que los hombres celebran. El mundo ve a la iglesia como una 'cosa de domingo' que la sociedad permite que exista, mientras que no moleste a la raza humana y las cosas que son importantes para ellos mismos. Esto es contrario a lo que Dios dice. La iglesia misma no ve esto, sino que se ve a sí misma establecida para proveer a los hombres con ciertas bendiciones al suplir sus necesidades. Esta es una distorsión grotesca, y no es el propósito para el cual Dios estableció la iglesia. La iglesia no es algo para complacer a los hombres; no es una cosa institucional con el propósito de corresponder los intereses de los hombres al establecer programas y servicios. La iglesia en general, aun en la mejor de sus formas, desafortunadamente ha llegado a esta lamentable condición, precisamente por la ausencia del conocimiento de los propósitos eternos de Dios para la iglesia. De hecho, hasta que nos identifiquemos con el propósito eterno de Dios, y busquemos la realización de este, nunca supliremos las necesidades de los hombres. Una vez veamos esto, nos daremos cuenta que nuestros empleos y profesiones son secundarios, las más simples provisiones de Dios, con el propósito de mantener funcionando el cuerpo y la mente.

¿Por qué es que la iglesia es tan inquieta y anda siempre buscando hacer algo?
¿Por qué es que siempre tiene que tener un programa, o algo que justifique su

existencia? Quizás la respuesta se encuentra en que no puede ver su existencia en ningún otro término sino el de suplir las necesidades que son inmediatas y aquello relacionado con estas. No ha visto lo que le hubiera dado su seguridad y fundamento en Dios, es decir, el asirse del propósito eterno. La hubiera liberado de la necesidad y del afán de *hacer* y de *ejecutar*.

Nada de lo que diga es suficiente para que esto se registre sobre nuestros espíritus. Si esto no encuentra un lugar en nuestros corazones y entendimiento, seremos impedidos en nuestro servicio a Dios, al igual que en nuestro conocimiento de Dios. Debemos entender el contexto cósmico de la fe en sí misma, y que existe un drama de carácter moral y cósmico que tuvo su nacimiento desde el principio, y que se está moviendo hacia su conclusión. Y el drama final tiene que ser llevado a cabo por la iglesia misma.

Ya que la iglesia no flota sobre el aire, sino que está establecida sobre la tierra, Dios creó la tierra para que, a través de la iglesia, una cierta demostración pudiera ser realizada. En otras palabras, nuestra completa perspectiva de la creación tiene que estar relacionada con nuestra completa perspectiva de la redención. Dios no creó las cosas para que nosotros pudiéramos disfrutar los beneficios de la tierra, aunque han sido dadas para ser disfrutadas. Su propósito es que a través de la iglesia la multiforme sabiduría de Dios pueda ser demostrada a los principados y potestades del aire. Esto es de acuerdo al propósito eterno que El llevó a cabo en Cristo Jesús nuestro Señor. Este es el propósito *eterno* de Dios para la creación, y para la iglesia. La iglesia que escoge ser ignorante del propósito eterno de Dios, y no se entrega a sí misma a ese propósito como el propósito principal y más importante para su ser, no es, precisamente por esto, la iglesia. La iglesia que es indiferente al propósito eterno de Dios, sin importar lo impresionante que sea en cualquier otra forma, no es la iglesia en el sentido apostólico y profético, que es decir, en ningún sentido auténtica. Para poder ser la iglesia que sea la iglesia en verdad, debemos abrazar el propósito eterno de Dios, aunque no veamos ninguna consecuencia práctica para hacerlo. De hecho, descubriremos que el propósito de Dios en ninguna manera sirve *nuestros* propósitos. No ayuda a la humanidad, ni parece aliviar ninguna dolencia presente en el mundo. Es completamente un misterio de una *demonstración* que debe ser realizada hacia los principados y potestades del aire. La iglesia que esté dispuesta a hacer *esta* demostración por consiguiente está haciendo conocer la multiforme sabiduría de Dios. Esta *es* en sí misma la sabiduría de Dios.

La sabiduría de este mundo es predicada sobre el interés propio y lo práctico. Esta dice, “¿Cuál es el beneficio si hago esto? ¿Qué hay para *mí*?” Sin embargo la sabiduría de Dios es absolutamente un sacrificio. No descansa sobre el beneficio que recibimos, sino en el beneficio que *Dios* recibe. No existe un beneficio para nosotros, sino lo más probable es que tengamos que abrazar el sufrimiento redentor para que así El pueda recibir Su realización. Esto es tan contrario en todas las formas y particularmente hacia la mentalidad imperativa de este mundo.

La sabiduría de este mundo dice, “Preocúpese por usted mismo; vele por sus propios intereses; preocúpese por su propia seguridad; usted sólo tiene esta vida.”

Existe tal poder en el propio interés, aun en las cosas espirituales, que necesita ser quebrantado. Lo primero que Dios da para romper la órbita del egocentrismo es el tema de los propósitos eternos de Dios. Estamos fuera de foco y torcidos hasta que la eternidad entre en nuestros corazones y en nuestra consideración *por causa de El*. Estaremos condenados a un egoísmo espiritual y a una manera de ver las cosas sólo en la forma que *nos* afectan. El poder solamente puede ser quebrantado al abrazar un propósito más grande que nosotros, y diferente a nosotros – es decir, el propósito eterno de Dios. ¿Y qué dicen las potestades de la oscuridad? “Eso es una tontería; usted no puede hacer eso; eso es irracional y contradictorio; la naturaleza misma enseña que el interés propio y la supervivencia son los principios mismos de la vida; es una verdad evidente en sí misma; está allí en la Declaración de la Independencia con la búsqueda de la felicidad como la verdad evidente en sí misma, y un derecho indisputable; su felicidad, *ahora*, en esta vida; de esto es que se trata todo.” *Esa* es la sabiduría de este mundo, pero Dios está esperando que otra sabiduría sea demostrada, y todo lo de la carne, el mundo y el diablo conspiran en contra de ello.

Existe un propósito eterno que tiene que ver con la propia satisfacción de Dios. Dios dice que aquellas personas que abrazarán voluntariamente un propósito para sí mismas que no tiene nada que ver con su beneficio propio, y *lo hacen su principal propósito de ser*, es la sabiduría de Dios. ¡Pues esta fue la sabiduría demostrada en el la Cruz! Fue abandonar por los demás cualquier cosa relacionada a la vida y satisfacción propia. En otras palabras, la habilidad de dar la vida de uno, sin considerarla como algo preciado para uno, *es* la sabiduría de Dios. Es una sabiduría basada en la debilidad y la insensatez. Nuestra sabiduría vive para sí misma, para su propia preservación, y para sus propias ventajas, mientras que la sabiduría de Dios vive por los demás. Es desinteresada, y es también la sabiduría del Hijo de Dios, quien nunca inició nada por Sí mismo o para Sí mismo, sino que vivió enteramente para la gratificación de Su Padre.

Los principados y las potestades hacen que los hombres respondan a sus propios intereses. Esto puede ser también igual de prevaleciente en el mundo ministerial, donde los ministros asisten a la Escuela Bíblica para poder obtener sus credenciales, para así establecer su ministerio. Y después pueden pasar de líder de jóvenes a pastor asociado para poder algún día convertirse en el pastor principal, etc., etc. Tiene como algo resaltado y muchas veces la inconsciente presuposición, “¿Qué hay para mí en esto?” Mientras que nosotros mismos estemos afectados y regidos por el propio interés, no tenemos nada que decir a los principados y potestades del aire. Entonces la pregunta es, ¿cómo podemos ser libres de este enorme poder del interés propio, que parece estar mezclado con la naturaleza humana misma? Dios quebrantó ese poder en la Cruz.

“Desciende y creeremos en ti,” gritó la multitud a Jesús, pero El no lo hizo. Si El hubiera descendido, buscando por tanto Su propio interés y la preservación de Su vida, hubiera contradicho toda la sabiduría de Dios. El permanecer en la Cruz hasta la muerte es la exhibición de otro tipo de sabiduría. La razón de vivir suya no es para usted mismo, sino para otra persona, es decir, *Dios y Su gloria*. Se necesita de poder para ser liberado del interés propio, y para vivir para la gloria de Dios, y ese poder se encuentra en la Cruz misma.

El Conflicto de Dos Sabidurías

Debemos entender que existen dos sabidurías que se encuentran en colisión. Incluso la palabra ‘sabiduría’ es acá algo confusa, porque pensamos de la sabiduría en términos de astucia, y de la aplicación del conocimiento. Una mejor definición de sabiduría sería, “los valores morales de Dios.” Es lo que Dios es en Sí mismo, y por tanto lo que la iglesia debe demostrar en *sí misma* es exactamente quién y qué es Dios en Sí mismo. Esto fue lo que Jesús hizo durante Su caminar terrenal. Todo lo que hizo fue para el propósito del Padre, sin ningún interés por Sí mismo, aunque hubiese terminado con Su propio sufrimiento y muerte. Dios está esperando que la iglesia corporal haga exactamente la misma demostración y que de esta manera la era pueda ser concluida. Cuando comenzamos a tomar en serio a Dios y a Su Palabra, y nos damos cuenta que esto debe ser realizado a través de la iglesia, entonces también nos deberíamos dar cuenta que Dios nos está llamando a algo más que una casual conglomeración de santos reuniéndose los domingos. Esto requiere de una relación intensa y diaria, y de un crecer juntos.

En el momento en que nosotros como iglesia digamos “sí” a esto, seremos señalados delante de los principados y potestades, y nos probarán en esto. Nos expondremos a una nueva clase de oposición, si no es persecución. Y muy bien puede ser que los creyentes que intuyan esto, se mantengan a sí mismos a salvo del asunto, no queriendo agitar en contra de ellos a las potestades de la oscuridad. Sin embargo, Dios permite la oposición, pues profundiza la calidad y el carácter de la iglesia que logra vencerla. Este es el contexto cósmico de la iglesia en el mundo.

Podemos ‘hablar’ acerca de pelear batallas espirituales o de ‘hacer’ guerra espiritual, pero cuando no entendemos la estructura, entonces aun esto puede ser falso. Aun cuando pensamos que los estamos venciendo, ellos se están riendo de nosotros. La afirmación demoniaca en Hechos, “*A Jesús conozco, y sé quién es Pablo; pero vosotros, ¿quiénes sois?*,” es una acusación inolvidable que resuena hasta el día de hoy. Alguien dijo – No se preocupe cómo lo ven los hombres. Mejor preocúpese de saber cómo lo ven las potestades de la oscuridad. Si usted es visto por ellos como alguien que debe ser temido, usted se encuentra en un mejor lugar que si los hombres le estuvieran rindiendo honor. Las potestades temen a cualquiera que se apropie seriamente de la Palabra de Dios, del Señorío de Dios y de Sus propósitos.

Sabremos lo exitosos que somos como iglesia en el grado en que las potestades del aire reconozcan nuestra autenticidad. Es absurdo pensar que el ‘gritar para derribar’ y el ‘tomarse ciudades por causa de Cristo’ va a causar algún efecto, como si se tratara de lo fuerte que gritamos o de utilizar la terminología correcta. La cuestión es la integridad, la calidad y la autenticidad de la vida en comunión. Las potestades del aire estarán contentas al permitirle que usted sea cada vez más conceptual y verbalmente inteligente. Sólo se atemorizan cuando esto se vuelve real. Cuando ven la autenticidad de la vida y el carácter crucificado, es decir, la Vida de resurrección de Dios mismo en Su propia naturaleza, entonces huyen de terror. Ellos saben a quien respetar.

Si la iglesia misma vive por la sabiduría del mundo, entonces no tiene ninguna oposición efectiva hacia estas potestades. Sólo les es requerido reconocer la autenticidad apostólica, es decir, ellas necesitan ver la realidad del cielo y la sabiduría de Dios siendo el fundamento efectivo del pueblo de Dios. Este es un cambio fundamental de toda una manera de ver la vida, la realidad y los valores. No es algo pequeño el entrar en esto. Por lo tanto, necesitamos meternos profundamente dentro de este misterio,

... para que la multiforme sabiduría de Dios sea *ahora* (énfasis mío) dada a conocer por medio de la iglesia... (Efesios 3:10a)

Pablo dijo esto hace dos mil años, pero este *ahora* sigue aún resonando. Aquella misma demostración hacia los principados y potestades en los lugares celestes aún debe ser realizada. Parece que no tuviera absolutamente ninguna relación con las cosas prácticas en el mundo, y eso es lo que el diablo quiere que usted crea, es decir, que las cosas que son eternas no tienen relevancia ahora. Pero es exactamente lo opuesto, pues el tener mentalidad eterna es tener relevancia en el tiempo. Dios no los separa en categorías distintas. Ese es el juego del mundo: *secular y espiritual*; o *tiempo y eternidad*. Dios quiere que esta dimensión sea traída a nuestra presente consideración. El abrazar los propósitos eternos de Dios a tiempo transformará todo *ahora*, y nos hará más significantes y relevantes *ahora*.

El Conflicto Cósmico

Este conflicto cósmico involucra la supremacía por el control y el dominio de todo el cosmos. Es un conflicto moral entre dos clases de órdenes morales: la justicia, la santidad y la humildad de Dios versus otra clase de sabiduría que le es diabólicamente opuesta en todo aspecto y detalle. Es la sabiduría de Dios versus la sabiduría de Satanás.

Existe una competencia o una contienda, un conflicto, entre *quién* es el que va a prevalecer en la creación, y qué sabiduría, o sistema de valores, o la manera de percibir la realidad misma va a prevalecer. Sabemos que el mundo entero se

encuentra bajo el poder del maligno, quien también es el padre de toda mentira. También debemos darnos cuenta el grado en que estas potestades han tenido éxito en engañar a la humanidad en relación a la verdad, a la realidad y acerca del propósito de la vida en sí misma. Se encuentran esclavizando a la humanidad dentro de cosas que son inmediatas y visibles para ellos, pero cierran completamente cualquier visión de las cosas que pertenecen a la eternidad. El mundo entero está sumergido dentro de una mentira fundamental, y aun la misma iglesia se encuentra inconsciente de esto, y se suscribe a sus mentiras y a los valores de un sistema mundial, que, en los Últimos Días, se tornarán bastante sobresalientes a manera de un sistema Anticristo.

Las potestades del aire son esclavizantes y tiranas, queriendo dominar la creación de Dios y a toda la humanidad. El primer mandamiento para Adán fue el de tomar dominio *sobre* la creación de Dios. El gobierno y la autoridad de Dios sobre lo que El creó son expresados de una manera muy distinta al gobierno de Satanás. El de Satanás consiste en dominación, algo que nosotros como esposos podemos incluso ejercer sobre las esposas, o ejecutarlo como ministros en la iglesia. El otro es el dominio de Dios, el cual posee un carácter y un régimen muy diferente. El anterior expresa la genialidad distintiva del carácter de Satanás, y el último el carácter de Dios. Ambos están en colisión por la posesión triunfante, o el gobierno, sobre esta creación, y *este* es el conflicto cósmico.

El Mundo como un Sistema

Scofield, el teólogo británico, define al *mundo* como el *presente sistema mundial*, un sistema que es antitético a Dios en todo punto y detalle. La palabra *sistema* misma sugiere algo que el hombre, a partir de su propia sabiduría y mentalidad, ha hecho. Aun dentro del mundo religioso, nos encontramos continuamente tentados a convertirnos en un sistema, a sistematizar las cosas, y someterlas a la organización humana.

El sistema mundial está arraigado en poder, fuerza, amenaza, intimidación, ambición y concupiscencia. Esto es lo que mueve al mundo, y lo que motiva a las personas a trabajar. Es por esto que asisten a la universidad, y cualquiera que ha asistido a la universidad sabe que es todo un sistema por medio del cual su vida es drenada para poder obtener un certificado que lo capacite para un empleo profesional con una compensación más alta. Es un sistema certificador, y los principados y potestades están profundamente involucrados dentro de todo este sistema. Sólo alguien que ha estado en él, y cuyo ojo espiritual ha sido abierto, puede verlo. Lo mismo sucede en el mundo de la cultura, en el mundo de la guerra, en el mundo del gobierno y en el mundo de la religión. Dondequiera que haya sistemas, dondequiera que los hombres estén intentando promover sus intereses basados en codicia, poder, ambición, seducción y fuerza, es precisamente allí donde las potestades del aire tienen su influencia, y donde han tomando a aquellas personas cautivas. Las instituciones no son solamente

organizaciones objetivas establecidas por hombres para suplir la necesidad humana, tienen una vida propia, un propósito propio y una razón para existir que debe ser perpetuada. Si usted comienza a retar sus pretensiones, y las premisas por medio de las cuales tienen su ser, usted comenzará a tocar el poder que invisiblemente existe detrás de ellas.

Dondequiera que usted vea una adicción, una manía, o algo que arrastre naciones, por ejemplo, ciertos tipos de juguetes para niños donde el niño *tiene* que tenerlo, entonces usted sabrá que allí hay poderes operando. El rock and roll, la cultura punk rock, la música y los deportes pueden ser añadidos a esta lista. Lo que ha sucedido con los deportes es increíble. Ya no es más un pasatiempo placentero, sino una influencia poderosa y dominante por la cual los hombres matarán a sus rivales y a sus oponentes, si el partido no está a su favor o si el árbitro comete un error. El Hockey no es Hockey a menos que haya violencia brutal dentro de la cancha.

Este sistema sólo puede ser expuesto por aquellos que están viviendo completamente libres de él, que no están viviendo bajo su influencia o bajo su amenaza. No necesitan tener su seguridad establecida, ni física ni socialmente, al obtenerla de aquel sistema. El estar fuera del sistema es ser un peregrino, un residente temporal y un extranjero en la tierra. Es un sentimiento muy doloroso, porque queremos la seguridad de la aprobación de aquellos que poseen la autoridad, el prestigio, la influencia y el poder.

El mundo como sistema, en su análisis final, y para poder preservar sus intereses, acudirá a la violencia. Por el otro lado, la sabiduría de Dios, en su análisis final, se entregará a sí misma para ser la víctima de la violencia. Sufrirá violencia en su contra, como la muerte en la Cruz, en lugar de preservarse a sí misma obrando con violencia o con fuerza. Debemos ver a un mundo entero como un sistema que esclaviza a la humanidad, enviando a sus hijos a la guerra, asesinando a sus hijos en el vientre debido a las concupiscencias que son fomentadas a través de las películas, etc. El sistema entero es basado en placer, ambición, satisfacción, y su vida entera es gastada tratando de mantener su cabeza sobre el agua en el sistema. El sistema se asegura que su tiempo y atención estén completamente distraídos de Dios, y que usted se esté entregando a sí mismo a los dioses de este mundo, *aun como Cristianos*.

De hecho, ¿cómo podríamos describir el Cristianismo de hoy en día? ¿Está dispuesto a ser radicalmente distinto a este mundo? ¿O quiere encontrar un lugar de aceptación y respeto *en* el mundo y en su sistema, y al mismo tiempo, por así decirlo, ser también Cristiano en los domingos? Ese es el tipo de Cristianismo que creemos perseguirá al pueblo remanente de Dios en los Últimos Días, debido al absolutismo 'fanático' de su fe, que ve y está opuesto al mundo y a sus sistemas. Estas fuerzas se encuentran operando ahora. Todo está encajando para este conflicto colosal, y no es tanto el mundo al que debemos temer sino más bien a aquellos que *nos matarán declarando que están rindiendo servicio a Dios*. Hay

algo acerca del sistema religioso que es altamente amenazado por personas que toman en serio el propósito eterno de Dios – éste crucificó a Cristo, e hizo mártires de los apóstoles. De hecho, no existe otro lugar donde los principados y potestades tengan una mayor influencia que en las instituciones religiosas. El subir por la escalera del éxito religioso, el convertirse en un anciano, todos los honores y la estima, abren la puerta para que los principados y potestades entren y encuentren refugio. Es tan irónico que en la misma estructura de la religión Cristiana, los principados y potestades tengan un lugar tan grande.

De la boca de los niños y de los que maman, fundaste la fortaleza, a causa de Tus enemigos, para hacer callar al enemigo y al vengativo.
(Salmos 8:2)

¿Cómo es que Dios hace esto? El ‘enemigo’ celebra la pompa, el prestigio, la fama y las cosas que los hombres admiran, y cuando *eso* se introduce en nuestra religión, estamos acabados. A ciertos hombres les gusta utilizar teléfonos celulares en sus correas. Esto no es poca cosa. Nos encontramos en un conflicto cósmico. Es un paso en la dirección equivocada, pues da un aire de prestigio, porque inmediatamente uno sabe que él tiene el dinero para pagarlo, y que debe ser alguien importante o de lo contrario no lo necesitaría. Si es que conozco algo acerca de Dios, Su obra más significativa será llevada a cabo por hombres que nadie conoce. Pablo dijo esto acerca de sí mismo, “Desconocido, pero bien conocido.” Desconocido para los hombres, pero bien conocido para Dios. Las potestades del aire también conocen a aquellos que tienen autoridad, y que se han guardado del espíritu del mundo. Ellas ven que aquellos que utilizan teléfonos celulares en sus correas están exhibiendo prestigio, o son ambiciosos, y por tanto aquellos hombres no serán de consecuencia alguna hacia estas potestades. Comparten la misma sabiduría que las potestades. Dios ha escogido aquello que es débil e insensato, y debemos vivir sin la necesidad de poseer y de tener, y de buscar prestigio y de ser reconocidos. Los inocentes y los que son como niños manifiestan la sabiduría que derrota a las potestades. El Cristianismo que se torna prestigioso, dignificado, aceptable y respetable es apostasía.

El Contexto Teocrático

El fundamental y gran asunto de todos es la cuestión del gobierno, y existe muy poca comprensión en la iglesia de que esto pueda aun ser un asunto. Dios va a establecer Su régimen teocrático (la teocracia es el gobierno de Dios) sobre la creación. Si no entendemos que la contienda y competencia básica es por quién de hecho gobernará sobre la creación, entonces no entendemos el contexto dentro del cual el drama completo está siendo representado.

Cuando comencemos a hablar acerca de Israel, veremos que Israel no sólo es un tema o una cuestión en sí misma, sino que lo que hace a Israel profundamente importante es que es la clave para el establecimiento del gobierno teocrático de

Dios. Regir y reinar es el conflicto principal sobre la creación, e Israel está posicionado justo en medio de esto. Actualmente Israel como nación no tiene conciencia alguna sobre estas cosas, pero la iglesia debe ser conciente de esto, o no entenderá por qué tendrá Dios que ser tan fuerte en Sus tratos con aquella nación. El necesita prepararla para su lugar apropiado en el gobierno de Dios, pues el gobierno teocrático debe tomar lugar *con* aquella nación y *sobre* su propia tierra:

Porque de Sion saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra de Jehová.
(Isaías 2:3b)

Esto no es poesía, es literal, y las potestades de la oscuridad lo saben mejor que la iglesia. Necesitamos tener en claro cuál es la intención de Dios, pues es sobre *esto* que la cuestión de Israel será un conflicto. Las potestades de la oscuridad quieren exterminar a esta nación cuya supervivencia y restauración hacia Su Dios, es la clave para la entrada del gobierno teocrático de Dios. Con seguridad, la cuestión del gobierno de Dios es un principio fundamental de la fe. Los discípulos le preguntaron a Jesús,

Señor, ¿restaurarás el reino a Israel en este tiempo? (Hechos 1:6b)

Por lo menos hicieron la pregunta correcta, pero sólo podían ver en un sentido estrecho y nacionalista, sin reconocer el significado universal de aquel Reino. El tiempo para la restauración de ese Reino no era para aquel momento, sino para el futuro. Sin embargo, como lo veremos, la iglesia es el instrumento de Dios para llevar a Israel *dentro* de aquel lugar restaurado que desata al Señor y Su venida como Rey, y la manifestación de ese gobierno.

Debemos comenzar a pensar en términos gubernamentales. La palabra 'gobierno' en sí misma ha sido contaminada y corrompida por los hombres. El gobierno humano está saturado con ambición egoísta, con engaño, con maquinaciones, con engrandecimiento personal, con el llenarse los bolsillos, con privilegio y con oportunidad. Pero por esta razón no debemos tirar 'el bebé con el agua con que fue bañado.' Debemos restaurar la palabra a su significado perfecto y original. El gobierno de Dios es más que burocracia; está relacionado con el orden, pero también está relacionado con los valores, la justicia, la rectitud, la equidad, la paz, la misericordia, la compasión y el amor. Los gobiernos mundiales no conocen ninguna de estas cosas. Están basados en poder, ventaja y ambición, pero el gobierno de Dios es dador de vida. Es sanidad y salud para toda la raza humana. Debemos entender a la iglesia dentro del contexto de estas cosas, o sólo pensaremos que la iglesia es simplemente un lugar donde nuestras necesidades son suplidas, y donde se llevan a cabo servicios. Este tipo de mentalidad no nos preparará para nada. No nos moverá hacia nada, y por lo tanto, ni siquiera entenderemos nuestra propia identidad como la iglesia en las naciones.

Porque no quiero, hermanos, que ignoréis este misterio, para que no seáis arrogantes en cuanto a vosotros mismos: que ha acontecido a Israel endurecimiento en parte, hasta que haya entrado la plenitud de los gentiles; y luego todo Israel será salvo... (Romanos 11:25-26a)

Mi interpretación de estos versículos es que cuando haya sido obtenido de las naciones el número completo que se necesita para remplazar al orden angelical caído, entonces Israel será salvo. Entonces regirán y reinarán en lugar de ellos desde los mismos lugares celestes, pero esta vez no será *contrario* a los propósitos de Dios, sino *a favor* de los propósitos de Dios. Qué diferencia hará esto. En este momento, Dios está siendo resistido por el mismo orden angelical que El mismo estableció, y parte de la completa historia cósmica del propósito de la iglesia es el de encontrar y preparar un pueblo de entre las naciones para remplazar a los ángeles caídos del lugar celestial. Es por esto que vamos necesitar de cuerpos glorificados, y la razón por la cual Jesús dijo a Natanael,

¡Estas impresionado porque te vi sentado bajo la higuera! Te mostraré algo más grandioso, esto es, ángeles ascendiendo y descendiendo sobre el Hijo del Hombre. (Parafraseado)

En otras palabras, mensajeros o santos glorificados estarán organizadamente yendo y viniendo con Dios y con el Israel restaurado en las labores del Reino milenial y su gobierno teocrático, ministrando la sabiduría de Dios sobre la tierra. Si logramos ver *esto*, ¿no le daremos la bienvenida a la preparación ahora? ¿No tendríamos una perspectiva totalmente diferente de lo que nuestra vida significa si supiéramos que es una preparación para eso? ¿No reconoceríamos que el propósito fundamental de nuestra existencia es el de ser formados para el propósito eterno de Dios?

La Derrota Final

Pablo era extremadamente conciente de todo este mundo espiritual invisible, y eso afectará ciertas cosas en nuestra conducta. Por ejemplo, el que las mujeres cubran su cabeza es una declaración hacia esos poderes de una sumisión que es importante. De hecho, debemos ser cuidadosos de no blasfemar en contra de aquella dimensión espiritual. Las Escrituras dicen,

Pero cuando el arcángel Miguel contendía con el diablo, disputando con él por el cuerpo de Moisés, no se atrevió a proferir juicio de maldición contra él, sino que dijo: El Señor te reprenda. (Judas v. 9)

Creo que una de las cosas peligrosas que está sucediendo hoy en la iglesia es ese tipo de egotismo religioso que dice, “Nosotros podemos poner al diablo en su lugar” y, “Todo lo que tenemos que hacer es derribarlos a gritos.” Tenga cuidado. ¿Por qué es que se nos advierte que no debemos blasfemar en contra de ellos? Es

un principio muy importante. Aunque sean un orden angelical caído, en el principio le fueron dadas posiciones gubernamentales para administrar los propósitos de Dios.

Leemos en Colosenses 2:15 que Cristo despojó a las potestades del aire:

Y despojando a los principados y a las potestades, los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz.

Jesús los destronó e hizo una exhibición pública de ellos, pero la derrota final debe venir a través de la iglesia. El los despojó, pero no los dejó sin comisión. Las potestades de la oscuridad aún existen y aún juegan un papel tremendo en intimidar, amenazar y manipular a individuos y a naciones por medio del temor y la inseguridad. Ellas dicen, “Si usted no posee un lugar en el sistema, ¿entonces dónde está su seguridad? ¿Y cómo es que va a vivir? ¿Y qué sucederá si no tiene el seguro? ¿Y qué sucederá si no tiene esta o aquella provisión?”

Están despojados y derrotados, es decir, no tienen poder ni derecho legal para continuar. Sólo pueden hacer víctimas de los ignorantes, de los espiritualmente ciegos y de aquellos que no han entendido que estas potestades han sido despojadas y quebrantadas en la Cruz. ¿Puede ahora entender por qué Pablo no quería saber nada sino a Cristo y a Este crucificado? Cada vez que la Cruz es proclamada con autenticidad y poder, su derrota es hecha más manifiesta. Por esta razón es que escuchamos tan poca predicación a cerca de la Cruz. Toda obediencia verdadera es una reiteración de la Cruz. El poder de la Cruz es revelado dondequiera que haya obediencia hasta el sufrimiento, y dondequiera que haya confianza en Dios, en lugar de confianza en usted mismo. Dondequiera que las potestades del aire ven reiterada la Cruz, en aquel lugar, y en aquel momento, son derrotadas y detenidas. No es sólo la Cruz siendo proclamada, sino la Cruz siendo demostrada. Cada vez que la Cruz es demostrada, es decir, el sufrimiento de ella, la muerte de ella – en aquel momento, el poder de ésta es desatado y a las potestades se les exige que huyan.

Jesús se entregó sin mancha a través del Espíritu eterno de Dios. Fue la clase de sacrificio que sólo fue posible, aun para El, a través del Espíritu de Dios, quien es el Espíritu eterno, y quien es el Espíritu de sacrificio. Cada vez que el sacrificio es efectuado por ese Espíritu, es otra demostración de lo que fue expresado en la Cruz, algo que los principados y las potestades del aire no pueden soportar. Es la demostración de Dios mismo. Es lo que Dios es en Sí mismo. El es por naturaleza alguien que se sacrifica a Sí mismo, y cuando *El* es exhibido, las potestades del aire son acabadas, y cuando *El* es exhibido a través de Su propio Cuerpo, la iglesia, entonces *esa* es la derrota final.

Cada vez que diferimos la gratificación inmediata, es una demostración en la tierra que verifica y corrobora que existe un Dios en el Cielo. ¿De qué otra manera puede ser nuestro ‘peculiar’ comportamiento explicado? Nuestra vida

esencial y nuestra conducta son determinadas por medio de un Dios invisible. Esto solamente, es contrario a la sabiduría del mundo. El origen de aquello que nos define, y de cómo nos comportamos y obramos, debe ser entendido absolutamente con base en un Dios que no es visible, y nuestra conducta constituye aquello que hace una demostración de *El*, de lo que *El* es. De otra manera nuestra conducta no tendría ninguna explicación, y especialmente cuando nuestra conducta es contraria a nuestro propio interés, que es el principio fundamental de la sabiduría del mundo.

“*Y me seréis testigos*” no significa repartir tratados. Es demostrar lo siguiente – que “Yo soy Dios, aunque invisible, y la verdad acerca de Mí es exhibida por la obediencia de usted en esta tierra, particularmente cuando está en contra de su interés propio, y cuando resulte en su incomodidad y sufrimiento.” Esto es un testificar acerca de *El* que los principados y potestades no puedes soportar.

Esta clase de respuesta es solamente posible en aquellos que han determinado no contar sus vidas importantes para sí mismos. ¿Quién más puede estar interesado en que los propósitos eternos de Dios sean realizados, sino aquellos que le aman – más que a sus propias vidas? ¿Estamos más celosos de que Dios deba recibir *Su* satisfacción que de nosotros *nuestra* protección, *nuestra* seguridad y *nuestro* placer? ¿Estamos libres de intimidación, y aun de la necesidad de impresionar a los santos? Debemos soltar la necesidad de ejecutar, lo cual constituye el corazón de lo utilitario. Dondequiera que haya intimidación, las potestades de la oscuridad se encuentran presentes, pues ésta es su principal arma. La forma en que todavía ejercen influencia es a través de la intimidación, con la aplicación del temor, la inseguridad, y la necesidad de aceptación, de fama, de reconocimiento, de prestigio y de éxito – exactamente los mismos valores que ellos mismos promueven.

El Poder de la Cruz

Existe un poder en la Cruz, y un triunfo conseguido en aquel lugar, que es necesario que sea manifiesto en todo lugar a través de la presencia y la proclamación de una iglesia creyente, cuya presencia es una declaración hacia los principados y potestades de que su conquista y derrota se encuentra cerca. Allí, donde ellos ven *esta* fe, *este* entendimiento, *esta* proclamación y la realización de *esta* victoria por medio de aquellos que no se encuentran más bajo temor, manipulación o amenaza, les es requerido que retrocedan, se retiren y detengan su influencia sobre las personas de ese lugar. ¡Trabajamos en vano si no entendemos esto! Qué es nuestro evangelismo y nuestros programas Cristianos, sino ruido y furia que no significan nada, si no hemos primero luchado en contra de los principados y potestades del aire, y quebrantado su control sobre las mismas áreas donde buscábamos llevar la luz de Dios.

Mientras que seamos personas que tienen temor por su seguridad, que tiemblan sobre el asunto de sus propias finanzas, que se amoldan al mundo, y utilizan sus técnicas para obtener fondos, entonces no constituimos ninguna amenaza hacia estas potestades. Algo debe ser proclamado al igual que demostrado en la vida misma de la iglesia. *Nosotros* necesitamos vivir libres de las potestades, libres del temor, de la ansiedad, de la seducción y de la manipulación. Dondequiera que calculemos las cosas para producir cierto efecto y para obtener cierta respuesta, somos culpables de manipulación. Mientras que nos movamos dentro de la misma sabiduría de las potestades mismas, no constituimos ningún testimonio en contra de ellas. Necesitamos demostrar que no sólo somos libres del temor por nuestra propia seguridad, ¡sino gozosamente libres!

Si el arma principal de las potestades de la oscuridad es intimidar a los hombres por medio del temor a la muerte, y de la necesidad de sobrevivir, serán derrotados por una iglesia que no tiene temor de la muerte, y que puede decir con Pablo, “*¿Oh muerte, dónde está tu victoria, dónde está tu aguijón?*”

Cuando Poncio Pilato le dijo a Jesús, “*¿No sabes que tengo autoridad para crucificarte, y que tengo autoridad para soltarte?*” – él pensó que Jesús iba a acobardarse y a rogar por Su vida. Y sin embargo Jesús ni siquiera parpadeó al responder, “*Ninguna autoridad tendrías contra Mí, si no te fuese dada de arriba.*” El tenía la confianza absoluta de que nada podía terminar con Su vida antes que los propósitos del Padre fueran realizados, y nosotros debemos poseer exactamente la misma confianza. Cuando los maestros de la ley se encontraban examinando a Esteban, él no sabía que aquello iba a terminar siendo su última confrontación. Eventualmente terminaría con su muerte, pero cuando el momento llegó, aun con lo sorprendente que fue, no hubo ruegos. Su rostro brilló y resplandeció como el de un ángel. Esto pareció como un trágico desperdicio de su vida al ser cortada tan pronto, y aunque el Señor se lo llevó abruptamente, nunca hubo ningún sentimiento de duda de que se estuviera cometiendo algún error. El vio los cielos abrirse, y a Jesús parado a la diestra del Padre para recibirlo, pues sus propósitos terrenales habían llegado a su final. Necesitamos de toda una alteración en nuestra manera de pensar, y en la lucha para alargar o perpetuar nuestros días, y a cambio poder servir los propósitos para los cuales nos fueron dados nuestros días. Cuando hayan concluido, podremos mirar con gozo el hecho de que estamos siendo liberados de nuestros cuerpos, para poder estar presentes con el Señor. Es Dios Aquel que se constituye como el Soberano Determinante de aquellas cosas.

Existen delante de nosotros varios asuntos muy reales con los cuales no podemos darnos el lujo de seguir jugando. La multiforme sabiduría de Dios que está esperando para ser demostrada más allá de la tierra, y hacia el cosmos mismo, se encuentra reservada para un instrumento en el propósito eterno de Dios – la iglesia. Usted tiene que entender que la iglesia tiene que ser algo más que una institución que provee servicios religiosos. Son personas que viven sin temor, personas que se encuentran actualmente en la dimensión de lo eterno, que están

gozosamente libres del poder de las riquezas y que se encuentran caminando en la luz, en la justicia y en la verdad. Es una experiencia liberadora el poder caminar por supermercados y centros comerciales sin ser seducido. Usted puede mirar la mercancía, puede tocarla, pero también puede pasar por en medio de ella, debido a que no tiene el poder para cautivar su alma. No se adhiere a su tiempo, a su energía, y a sus pensamientos, pues usted posee valores mucho más poderosos, que son eternos y que tocan la gloria de Dios, y por tanto lo liberan del poder de este mundo.

El Significado de la Cruz

Necesitamos ver la expiación a la luz de un entendimiento más profundo de la Cruz, y de lo que fue llevado a cabo allí. Es más que el asunto del pecado y perdón individual y personal. La visión más comúnmente sostenida hoy en día sobre la expiación, es esencialmente que la obra completa de la Cruz fue una sustitución, o la consumación de una satisfacción de Dios por el pecado a través del sacrificio de Jesús. La expiación es entendida solamente a nivel personal para quitar la culpabilidad del pecado, siendo esto esencialmente todo. No tiene nada que decir acerca del poder del pecado, sino sólo acerca del pecado como un fracaso personal e individual, y que la expiación es Cristo satisfaciendo algún requerimiento del Padre, de esta manera expiando la *culpabilidad* del pecado.

Sin embargo, la obra de la expiación fue mucho más que sólo la expiación por la culpa del pecado individual. La obra principal de Dios en la Cruz fue destruir las obras del diablo, y derrotar el *poder* del pecado y de la muerte. Fue una victoria sobre el pecado *como poder*, y sobre los principados y potestades del aire. La victoria es permanente, duradera y eterna, y la iglesia debe vivir en la conciencia de aquel triunfo. Fue el triunfo *sobre* Satanás, sobre la maldad y sobre la muerte, mucho más que el asunto de pecado personal. El Cristianismo tradicional tiene una visión inadecuada del pecado, y lo ve como un fracaso desde un punto de vista moralista y humanista, en vez de un poder que reside en la naturaleza humana, al igual que en los principados y potestades del aire.

Si este es un tiempo de restauración, entonces una de las cosas que debe ser restaurada es el significado de la Cruz, y lo que fue de hecho realizado allí. Hace una diferencia profunda la manera en que miramos lo que tomó lugar allí. Si vemos el pecado como un fracaso individual y moralista, un error que puede ser compensado por el sacrificio de Jesús para removernos la culpabilidad, para después hacerlo de nuevo mañana, entonces hemos malentendido la expiación.

Dios estaba reconciliando al mundo con Sí mismo en Cristo. No sé hasta qué grado consideramos que nuestro Cristianismo es algo muy individual, muy personal: “*Mi* salvación, *mi* ida al cielo,” en lugar de los grandiosos asuntos de la derrota de las potestades del aire que se encuentran compitiendo con Dios dentro de una rivalidad cósmica sobre Su propia creación. Y que esto requiere a la iglesia

corporal en su completa autoridad como un instrumento para completar la victoria en el final. El considerar la obra de Jesús como un triunfo trae una manera de ver muy diferente con relación a nuestro lugar dentro de los propósitos de Dios. Pero si estamos pensando sólo en términos personales e individuales, entonces el cielo es para nosotros un lugar donde usted va y disfruta de unas vacaciones eternas. Si estamos pensando en el triunfo de Dios, entonces los lugares celestiales son un lugar que vamos a ocupar con una capacidad gubernamental para regir y reinar con El en el establecimiento de Su Reino Teocrático.

Ver al pecado sólo como un fracaso personal es hacer del pecado algo trivial. No es el reconocimiento del radical poder de maldad que necesitó del sacrificio mismo del Hijo de Dios para derrotarlo en la Cruz. Desearía continuar explicando lo que significa tener una visión inadecuada del pecado en términos de abrir la puerta para los estragos de la maldad. Por ejemplo, el rechazo judío de la Cruz, y de su significado, y la disposición de alejarla de nuestra conciencia, y el mirar la crucifixión de Jesús como un accidente histórico de tipo momentáneo sin ningún significado, significa que el judaísmo y los judíos en el mundo han perdido la gran y única oportunidad dada por Dios para reconocer la naturaleza del mal. En otras palabras, la revelación del mal viene al ver lo que le costó a Dios enfrentarlo y derrotarlo. La grandeza y la magnitud de lo que fue realizado en la Cruz al ser Dios crucificado, es la provisión más poderosa dada por Dios, para ver la magnitud de la maldad del pecado mismo como un *poder*.

La interpretación humanista de la expiación tiene su fundamento en el fracaso de ver la radical hostilidad de Dios hacia la maldad, y Su juicio sobre el pecado. No reconoce al pecado como la maldad que es, sino que lo relaciona esencialmente con la culpabilidad, y que esa culpabilidad puede ser aliviada por medio de la propiciación que Jesús proveyó al satisfacer la necesidad que tenía el Padre de una retribución justa. Hace que el Padre se vea como una deidad con mano dura del Antiguo Testamento que demanda una cierta clase de justicia para arreglar la cosa, siendo Jesús el 'sacrificio' necesario. La interpretación no ve que Dios se encontraba en Cristo reconciliando el mundo Consigo mismo, sino a Jesús el hombre, el hombre perfecto, y el hombre ideal, como la satisfacción que complacía la necesidad de justicia de Dios el Padre. Lo apaciguó como el Dios de venganza y juicio. Bueno, si esa es su visión de Dios, entonces habrá toda clase de tentación para ser atraído hacia algo mucho más sentimental y consolador.

Jesús se permitió a Sí mismo sufrir el impacto completo de los poderes de la maldad y la muerte, y fue levantado de esto por el poder del Padre. Hubo un triunfo sobre la muerte, y sobre la maldad, por medio de la sabiduría de Dios en la humildad, mansedumbre, longanimidad y paciencia del Señor. Este es el verdadero significado de la Cruz. Es mucho más que un Dios de venganza siendo satisfecho porque una expiación había sido hecha, lo cual es una visión muy limitada e inadecuada, que afectará negativamente nuestra completa percepción de Dios mismo. Existen propósitos en la expiación que van mucho más allá del beneficio que viene para nosotros como individuos. No es que no seamos

absueltos de la responsabilidad individual con respecto al pecado, sino que debemos ver que nuestros pecados están relacionados con el *poder del pecado*. Fue la derrota misma del pecado en la Cruz, y por tanto ya no debemos vivir más en él, ni entregar nuestros miembros a él. No es sólo la liberación de la culpabilidad, sino la impartición de una nueva vida, y un nuevo principio de vida que surge con la resurrección de esa muerte.

La Provisión de Dios en la Comunidad

No podemos llegar a ser libres de esa influencia por nosotros mismos. Existen tantos anzuelos siendo utilizados. Necesitamos las oraciones, el apoyo y el ánimo de aquellos con los cuales estamos unidos. Necesitamos el ánimo de personas con una mente y un corazón afín para poder ser un pueblo que demuestre la sabiduría de Dios. No creo que sea posible llegar a ser este pueblo a menos que sea 'en comunidad.' El separarse de este mundo es algo muy doloroso, y las potestades son muy influyentes y poderosas. Sólo a través de la ayuda, del ánimo, de la oración, de la sabiduría, del consejo de otros y de la atmósfera que generamos juntos como la comunidad del pueblo de Dios, es que podemos vivir de esa manera y podemos mantener aquella libertad sin que seamos de nuevo absorbidos por el poder del mundo.

La vida en comunidad o la intensidad de comunión es la provisión de Dios para resistir y vencer a las potestades del aire. Los hijos y las hijas de Dios son aquellos que vencerán al mundo, a la carne y al diablo, y al enorme poder que crece a través de la influencia de estas cosas. Somos animados a exhortarnos los unos a los otros *diariamente*, entre tanto que se dice: Hoy. Mañana es demasiado tarde, y más aún el próximo domingo. Si no estamos atendiéndonos diariamente los unos a los otros dentro de una atmósfera de ánimo y corrección, de reprensión, de oración, de consejo, entonces nos encontraremos a nosotros mismos siendo alejados. La levadura del pecado se abre camino, y podremos ser atraídos de nuevo hacia el mundo.

Dentro de la intensidad de la vida juntos, y dentro de esta relación, podemos reconocer más fácilmente asuntos como los de si Mickey Mouse o los Power Rangers son cosas peligrosas que cargan un cierto espíritu del cual debemos separarnos. Esto es más que sólo mercancía presentada como algo inofensivo, y aun atractivo y deseable para nuestros niños. Después de todo, ¡a los últimos que queremos negarles algo es a *nuestros* hijos! ¿Cómo nos comportamos dentro de esta terrible tensión de no querer privarlos de algo que *ellos* no ven como malo, y sin embargo *nosotros* si lo reconocemos? El asunto de la Cruz se convierte en un asunto bajo nuestros propios techos con la clase de actuaciones que se nos requiere demostrar. ¿Pero cómo hacemos para reconocer algo que parece ser inocente, y sin embargo carga un espíritu de la oscuridad como las imágenes que acabo de describir? ¿Cómo hacemos para discernir las cosas que son malignas cuando son elaboradas, y ofrecidas a nosotros como algo no sólo inocente, sino

benéfico, agradable y bueno para tener y disfrutar? Se va a requerir de una habilidad poco común para ver a través de la apariencia de algo, y para reconocer el mal inherente dentro de esto, y la fuerza de carácter para resistirlo, para mantenerlo fuera del hogar.

Creo que nuestra habilidad para discernir las cosas de la tierra y del diablo es nuestra proximidad con el cielo. Entre más seamos ciudadanos del cielo, más seremos sensibles para ver la contradicción de las cosas que son del mundo y de la tierra. ¿Cuál será la primera acusación hecha sobre el creyente que quiera moverse hacia una mentalidad celestial, y mire con alta sospecha sobre las cosas que son del mundo y de la tierra? “¡Intolerante, dogmático, legalista!” El asunto del discernimiento no es algún tipo de habilidad mágica, sino algo relativo a la auténtica espiritualidad de un Cuerpo entero. Seremos obtusos, o seremos precisos, basados en la calidad de nuestra vida corporativa, de nuestra integridad y nuestra verdad.

Este es un llamado para una iglesia constituida por un pueblo que se encuentra *junto*, cuya intercesión corporal hace que los principados y potestades ‘partan’ del lugar donde se encuentran. Es inevitable que tal iglesia será resistida, y las potestades mismas la probarán, y optarán aun por la opresión y la persecución. El hecho que la iglesia en general no haya recibido oposición hasta ahora, no es una declaración de nuestra espiritualidad o madurez, ¡sino un escándalo, y la evidencia que aún no somos la iglesia que debemos ser!

La iglesia verdadera siempre ha sido oprimida y perseguida por las potestades. Es su reacción final de desesperación en contra de nosotros, de la misma manera en que se desesperaron en contra de Jesús. Se frotaron sus manos con alegría cuando lo tuvieron totalmente en su poder, pero El fue hacia Su muerte como un cordero en silencio, sin resistirlas, sino entregándose a Sí mismo a ese terrible poder de la oscuridad. Fue por *esta* habilidad de entregarse que Jesús triunfó sobre ellas. Fue el espectáculo final, el conflicto entre dos sabidurías, dos órdenes morales: fuerza violenta y poder en forma de brutalidad viciosa en contra de un Cordero, sacrificado antes de la fundación del mundo, quien ni siquiera abrió Su boca, sino que sufrió en mansedumbre y humildad.

Lo peor que pudo haber sido traído sobre El reveló lo mejor que había en El. La suma maldad se enfrentó con la suma magnanimidad. Satanás fue hecho un espectáculo abierto y público. Fue ridiculizado y despojado por el mismo sometimiento de Jesús hacia la peor clase de furia y venganza, animosidad y violencia que las potestades conocían. No obstante, el Señor no reaccionó de la misma manera, no se acobardó, no rogó por Su vida – sino que oró por ellos. El infierno con toda su furia se enfrentó con el Cielo en toda su humildad, mansedumbre y longanimidad – y el Cielo triunfó. Aquel triunfo es completo, pero el mundo no lo conoce debido a que la iglesia no lo ha demostrado. Jesús hirió la cabeza de la Serpiente, pero a la iglesia le toca ‘acabarla completamente’

por medio de la demostración de la multiforme sabiduría de Dios, no sólo en esta era, sino en las que están por venir.

En la primera iglesia, nadie consideraba suyo propio lo que poseía. Estamos hablando aquí de judíos, que no es un detalle insignificante. Es una declaración profunda de la profundidad de la obra santificadora de Dios que desató a los hombres de su profundo egoísmo. Fueron llevados hacia una configuración y calidad de relación que requirió de una nueva palabra griega, 'Koinonea.' No se conocía ninguna palabra para esto en el léxico hebreo. Habían alcanzado un lugar de comunión que fue el distintivo particular de la iglesia. Era una calidad de vida que el mundo no conocía. En una palabra, eran una demostración sobre la tierra del modo de relacionarse de Dios que existe en el cielo, y del carácter particular mediante el cual El se relaciona con Sí mismo en Su composición tripartita como la Divinidad. Es una relación con una calidad inusual de entrega propia por medio de la cual uno exalta al otro, y se entrega al otro. La genialidad de la Divinidad misma había venido a la tierra, y estaba siendo demostrada ahora por judíos, famosos por su egoísmo, por preocuparse sólo por sí mismos, y por su contención. Debemos reconocer lo genial que fue la iglesia *en el principio*. Pues la primera expresión es la intención pura, original y celestial de Dios. La iglesia que se reúne simplemente para servicios como una conglomeración de individuos, cada uno yendo en su propia dirección, no es *en absoluto* ninguna amenaza contra las potestades del aire. Sólo se les exige reconocer una autenticidad que es el reflejo de lo que la Divinidad es en Sí misma.

Este tema tiene aplicaciones prácticas que afectarán nuestro diario carácter y postura en el mundo. Si vemos esto, y si conscientemente caminamos a la luz de esto, seremos más precisos en nuestro discernimiento espiritual, y comenzaremos a identificar el juego de estas potestades dentro de las civilizaciones que ocupamos. Comenzaremos a reconocer su influencia a través de instituciones de educación, cultura y religión. Hay algo por lo cual Dios se encuentra esperando en una iglesia entera. Es una autoridad para ser expresada, una calidad de alabanza que verdaderamente ascienda hacia arriba, una profundidad de intercesión que sea corporativa, y que hará que aquellas potestades del aire se rompan y partan, retrocedan, se retiren y dejen en libertad.

El Poder de la Verdadera Alabanza

No existe un engaño más profundo que aquel al cual los Carismáticos y Pentecostales se encuentran expuestos. Aunque inconscientemente, pensamos que aquella cosa eufórica que disfrutamos a través de nuestra música y coros es realmente la declaración de nuestra fe. *Nosotros* podemos disfrutarla, y tenemos la *esperanza* que Dios también está siendo bendecido, pero debemos ser duramente honestos y ceñirnos con la verdad; y primero que todo debemos ser verdaderos acerca de nuestra condición. La verdadera declaración de nuestra fe y

la condición de nuestras vidas es lo que experimentamos en temor o en miedo con relación a la muerte, y con relación a la inseguridad, cuando nos encontramos de pie en un lugar trémulo donde somos confrontados por una autoridad que representa al gobierno de los principados y potestades. La cuestión no es si nuestra adoración nos complace o facilita los servicios, sino si es que es de hecho adoración. La verdadera adoración es la declaración y la expresión de la obra redentora de Dios que ha sido experimentada auténtica y corporalmente en nuestras vidas.

El volumen alto representa poder, y se vuelve manipulación cuando se sube el volumen a los amplificadores de sonido. Esto es basado en la noción que las potestades del aire serán derrotadas por medio de 'adoración' militante o acelerada. En el momento en que comenzamos a utilizar la adoración con propósitos diferentes a la adoración, entonces deja de ser adoración. Dios sabe cuando se está llevando a cabo una adoración sin aditivos. La verdadera adoración es simplemente la adoración y devoción que Dios merece por ser El Dios. Pero cuando hacemos de ella una manipulación y una herramienta con un fin, aun con un deseado fin religioso, entonces deja de ser adoración. Estamos en el campo del enemigo, y estamos empleando una conveniencia para obtener un fin, y aun dándole el nombre de adoración, ¡y estamos igual de engañados si pensamos que un servicio vigoroso donde agitamos banderas puede derrotar a las potestades!

“A Jesús conocemos, y sabemos quién es Pablo; pero vosotros, ¿quiénes sois?” puede ser algo que también se nos pregunte a nosotros. “Si, escuchamos su alabanza, y escuchamos sus coros, pero hay algo acerca de ellos que es vacío. Es simplemente canto, ¡y por lo tanto, no es algo que nosotros los gobernadores de las tinieblas debamos reconocer!” Esto es lo que emiten las fuerzas de la oscuridad cuando se encuentran con una iglesia operando a un nivel inferior al de su herencia completa en Cristo. Existe una alabanza y adoración que es simplemente canto, pero también existe una alabanza que sube hasta el Cielo, que es más que un producto de manipulación carismática. Es una alabanza que es un irrumpir espontáneo de una celebración del Dios que nos ha salvado, no sólo del temor, la inseguridad y la ansiedad, sino que también nos ha llevado a un lugar trascendente de fe apostólica. Este tipo de alabanza acaba con las potestades de la oscuridad.

Nuestro llamado como la Iglesia que resiste al diablo no depende en lo que *nosotros* hagamos, sino en lo que *somos*. Es algo dentro del *carácter* de la iglesia. Nuestra victoria estará relacionada con la calidad y con el carácter continuo de nuestras reuniones. Mientras haya algún tipo de rendición o condescendencia con la sabiduría de estas potestades, por ejemplo, temor, intimidación, amenaza, preocupación por la seguridad propia, entonces las potestades tendrán un lugar de penetración. Cuando ven a personas que son resueltas en su fe, y conocen que su seguridad no proviene del mundo, o de su empleador, o del Estado, sino de Dios, entonces las potestades no tendrán ningún arma. No hay nada que pueda ser atacado.

El encarcelamiento de Pablo y Silas en Hechos 16 es una demostración maravillosa de la sabiduría de Dios. A medianoche se encontraban orando y cantando alabanzas a Dios. Ellos creían que su sufrimiento era la consecuencia de su obediencia, y aunque solamente una mujer fue afectada por su ministerio, se encontraban en el lugar de obediencia a la visión celestial. No les importaba si perdían sus vidas o no, pues ese no era el asunto. Tenían una fe tan profunda en la soberanía de Dios, y el privilegio de compartir Sus sufrimientos, que se regocijaron, algo que fue expresado en alabanza.

Cuando usted puede alabar a Dios en medio de la adversidad y el sufrimiento, usted tendrá la más poderosa liberación de las potestades de la oscuridad. No pueden soportarlo, o soportar escucharlo, y entonces huyen, pues es la asombrosa evidencia de la realidad del Dios invisible. Contradice la sabiduría de ellos que dice que cuando usted está sufriendo, usted debe estar lamentándose, quejándose, sintiendo lástima por sí mismo, echándole la culpa a Dios, y acusando a esta persona o a esta otra. Pero cuando usted puede alabar a Dios en medio de sus sufrimientos, usted ha arruinado a estas potestades. Usted ha irrumpido dentro de un terreno celestial. Quedan absolutamente impotentes para afectarlo adversamente, y por tanto les es requerido que huyan.

Una de las cosas que las potestades de las tinieblas necesitan reconocer es la autenticidad – aquello que es real. Por lo tanto, soy un enemigo de aquello que parece ser verdadera adoración y alabanza y que hace un gran énfasis en la habilidad musical, en los instrumentos, en el alto volumen, en la tecnología electrónica, en canciones y en líderes de alabanza. Una de mis más grandes batallas como persona profética es con los líderes de alabanza. Muchas veces me ha sucedido que, cuando tengo una invitación a predicar, al terminar la alabanza, estoy completamente agotado y exhausto. Me levanto y sólo escucho un bip patético comparado con lo que el Señor estaba deseando. La tal llamada adoración, que hubiera intensificado la palabra de hecho la *robó* y la debilitó. Se pone tanto énfasis en la adoración que prácticamente hace que el éxito de la iglesia dependa de ella. “¿Disfrutaste de la adoración?” – en lugar de ser la expresión espontánea de la obra redentora de Dios en la vida personal y corporativa de los creyentes.

Jesús padeció todos Sus sufrimientos por el *gozo* que fue puesto delante de El, en la anticipación de lo que habría de ser la consecuencia de Su sufrimiento para la eternidad. Esta es la sabiduría de Dios, pues el regocijarse en el sufrimiento es algo contradictorio. Es contrario a la razón y a *todo* lo que pensamos es natural para el hombre. Lo que es natural para el hombre es la supervivencia, “Preocuparse primero por mí.” Pero la sabiduría que se regocija en el sufrimiento es otra clase de sabiduría, y es la sabiduría que derrota a las potestades. Es la sabiduría más grande, pero no es suficiente con sólo hablarla. Debe ser manifestada, demostrada, por una iglesia cuya vida interior es precisamente su proclamación de la multiforme sabiduría de Dios. Aunque hable de ella o no, la

vida interior misma es aquella sabiduría. Se convierte en esto a través de la tribulación, a través de las pruebas, a través del Señor permitir la opresión, la pesadez de espíritu – todas aquellas cosas en contra de las cuales debemos luchar y trabajar en nuestras relaciones. Es el volverse uno como El es uno, en todas las diferencias, en todas las personalidades, en todas las cosas que se levantan a sacarle a uno las entrañas, donde usted quiere correr y encontrar la primera reunión carismática y Evangélica que pueda, sólo para ser aliviado de las tensiones de todas estas demandas. Sin embargo, es dentro de esas tensiones que Dios forma *Su* carácter.

La Multiforme Sabiduría de Dios

Ya me he referido a la multiforme sabiduría de Dios que debe ser demostrada por la iglesia. Es la antítesis misma de la sabiduría de los gobernantes de la oscuridad que celebran la fuerza, la brutalidad y el poder. Dios celebra la debilidad, la insensatez y la humildad. Dios ha escogido las cosas insensatas y débiles para confundir las cosas que son poderosas y sabias. ¿Estamos haciendo un énfasis en la debilidad? ¿Estamos dispuestos a sufrir la humillación de la debilidad? ¿O estamos reflejando más la sabiduría de las potestades mismas, y por tanto no constituimos en ninguna manera una amenaza para ellas? Si tenemos alguna intención de convertirnos en una presencia apostólica sobre la tierra, no sólo incitaremos en contra de nosotros la persecución de estas potestades, sino que ésta será de un tipo inexpresablemente vehemente y cruel. Lo ha sido así históricamente, donde los hombres no han sido simplemente llevados a la muerte, han sido desollados vivos, aserrados por la mitad y quemados en la hoguera. Existe un tipo particular de depravación, crueldad y odio diabólico que hierve dentro de la humanidad en contra de Dios, y quiere hacer que aquellos que son de El, se rindan y se sometan a *sus* términos. Pero, por el contrario, reciben otro tipo de respuesta, es decir, aquellos que aman a sus enemigos y que oran por sus perseguidores, y dicen con su último aliento, “*Señor, no les tomes en cuenta este pecado.*”

Cuando Esteban dio su último suspiro con esas palabras, el poder eterno de aquella declaración quebrantó algo en las potestades del aire sobre ellos que desató a cierto judío furioso (Saulo), quien experimentó un ‘agijón’ en su espíritu en el camino a Damasco al cual finalmente tuvo que rendirse. Algo sucede cuando la mansedumbre y la humildad se enfrentan a la suma perversidad. Es una demostración de la multiforme sabiduría de Dios la cual estas potestades están obligadas a reconocer. Pues nada más puede impresionarlas sino la naturaleza misma de Dios y la santidad de Su carácter bajo coerción y presión suprema. Y no sólo esto, pues solamente el sufrimiento y lo extremo lo pueden revelar.

¿No es esto lo que sucedió en la Cruz? Jesús no se revolcó ni gimió para preservar su vida protoplásmica. El *entregó* el espíritu, diciendo las palabras, “*Padre, perdónalos,*” pero esto fue escuchado por un cierto hombre gentil, un centurión

romano. Este era un animal profesional, un hombre entrenado para matar, que había visto a muchos retorcerse y morir en la cruz, y los había escupido con desdén y odio, pues sólo eran hombres aferrándose a la vida. Pero cuando vio a *este* Dios-hombre morir magníficamente bajo presión y dolor extremo, palabras salieron de su boca, aun más allá de su conciencia, “*¡Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios!*” Este hombre no tenía ningún tipo de trasfondo bíblico, pero fue obligado a hacer un cierto reconocimiento de la verdadera identidad de Aquél que se encontraba en la Cruz, por aquello que fue exhibido en Su sumo sufrimiento hasta la muerte. Y esto no podía ser revelado *excepto* en la Cruz, y *excepto* a través de un sufrimiento hasta la muerte. Sin importar lo brillante que fue Jesús como el Hijo del Hombre y como el Hijo de Dios en lo que habló y en los milagros que hizo, requería de *esto* como una demostración final y suma del testimonio de quien era El y de quien es. Constituyó la salvación para un hombre que de otra manera hubiera perecido eternamente como un asesino, a menos que de él hubiera salido el reconocimiento que de hecho este era el Hijo de Dios.

Así como Jesús caminó, así debemos hacerlo nosotros en este mundo. Dios está esperando por una demostración final que penetrará en el corazón del cosmos mismo, una demostración a través de la iglesia en la realización del propósito eterno de Dios. Verbal y doctrinalmente, hemos estado de acuerdo con la sabiduría de Dios, es decir, para amarlo y para servirlo, pero dentro de la condición de nuestras vidas, y en la forma en que nos comportamos en la oficina, en el hogar, en la cama o en cualquier otra área de nuestras vidas, consistentemente nos suscribimos en una medida u otra a otra sabiduría y a otro camino. La manipulación, el fastidiarse, la seducción y la adulación, todas buscan doblegar la voluntad de alguien, y por tanto son malignas. De hecho nos estamos suscribiendo a las potestades de este mundo, postrándonos y sirviendo a sus dioses, y obrando de acuerdo a sus obras.

La manera en que reaccionemos bajo presión y persecución extrema es el asunto que está ahora sobre nosotros. Nuestros temperamentos un poco impacientes, nuestros espíritus de crítica, y nuestra irritación los unos con los otros, son ya una evidencia de lo poco preparados que estamos para esta confrontación final. Las mismas cosas por las cuales nos hemos quejado en la iglesia, es decir, los problemas y las irritaciones que nos vienen a través de los otros santos, son exactamente la provisión de Dios para formar Su carácter piadoso dentro de nosotros. Dios quiere llevarnos hacia el lugar de suma respuesta, para que cuando la suma persecución venga, podamos pararnos amablemente y exhibir la sabiduría de Dios. Demostraremos el triunfo de la Cruz, y por medio del Espíritu eterno, nos ofreceremos a nosotros mismos, como lo hizo Jesús en aquel momento final. El espíritu eterno estaba ofreciendo a Dios mismo, para que en aquel máximo momento de Su tribulación y sufrimiento, la demostración que estaba siendo hecha hacia las potestades fuera la demostración de Dios siendo *todo en todos*, y llevando hacia la esencia del cosmos Su Ser ejemplar.

Cuando esta misma demostración venga a través de la iglesia, el triunfo será completo, y las potestades demolidas. Este es el propósito eterno de Dios para la iglesia. La frase 'estar crucificado juntamente con Cristo' no es para nosotros una opción o un lujo, sino la base para nuestra victoria. Pues en el momento que hayamos experimentado *aquella* muerte, y hayamos resucitado a la nueva vida, ¿entonces de qué tendremos temor? Este es un llamado a la madurez, para que la iglesia llegue a su completa realización, de acuerdo al eterno propósito de Dios, la cual Dios desea para nosotros, y por la cual El ha creado todas las cosas. Existe un propósito para nosotros más allá de nosotros mismos y más allá de esta tierra, y que afecta a las eras por venir. Oh, que podamos *ver* nuestro llamado, y nos levantemos para enfrentarlo, y recibamos toda dificultad, problema y experiencia que venga a nuestra vida como proveniente de la mano de Dios. Esto nos dará una nueva visión con respecto al sufrimiento, y una anticipación mucho más realista de nuestra futura persecución – no algo por lo cual debemos lamentarnos, sino algo en lo que nos regocijamos como nuestro privilegio y alto llamado, eternamente para El.

La Victoria de los Santos

Se necesita de un episodio de la vida de David para exponer el conflicto completo entre las sabidurías, aunque este lenguaje probablemente no era familiar para David. No es muy probable que él estuviera conciente del significado de sus actos, pero *aquello* que él hizo, y la *forma* en que él actuó, en un 'momento de crisis' particular, afectó todo el carácter posterior del reino. El Reino *por venir* posee un carácter particular del cual Dios no se avergüenza de llamar 'Davídico,' el reino de David. Creo que *aquel* carácter recibe su identidad en un episodio en la vida de David *antes* de convertirse en rey, y probablemente fue crítico para establecer su reinado, y también será crítico para nuestro establecimiento.

La persecución despiadada de Saúl por la vida de David, como se encuentra escrito en 1 de Samuel 24, no sólo es histórica, sino típica, al representar dos anticuerpos simbolizados y realizados tanto en David como en Saúl. El conflicto entre ellos es una ilustración de una legendaria enemistad entre lo que estos hombres representaban en sí mismos. Saúl representa lo visible y externo, lo prestigioso y lo impresionante, tanto religiosa como políticamente. Saúl se veía como todo un rey. Poseía todas las apariencias y las credenciales externas. Fue una conveniencia que Dios le permitió a Israel pues ellos querían un rey humano para que gobernara sobre ellos, a pesar de que Dios mismo era su Rey.

Todos sabemos el pésimo gobierno que vino a través de Saúl, y como fracasó en ser obediente a Dios. Cuando Dios le dijo que destruyera a los amalecitas, a sus niños, a sus bebes, a los camellos, ovejas, ganado, etc., él *no* lo hizo. Fue parcial en su obediencia, y dejó con vida a lo mejor de las ovejas y bueyes para hacer un sacrificio al Señor. Tampoco pudo matar él mismo al Rey amalecita, Agag. Fue

Samuel el que se lamentó toda la noche por la desobediencia de Saúl – pues obediencia parcial es desobediencia – y quien cortó él mismo en pedazos a Agag. Debemos recordar que el mismo Saúl, quien no pudo obedecer completamente a Dios para matar a los enemigos históricos de Dios, unos capítulos más tarde, destruye completamente la ciudad de Nob, una comunidad sacerdotal – hombres, mujeres, niños y bebés, camellos, ovejas, ganado y asnos. No quedó nada que respirase cuando Saúl exterminó a toda una comunidad sacerdotal, pues estos habían ayudado a David a huir.

Por el otro lado, David es el joven débil e insignificante, el hombre que deja correr su saliva sobre su barba y escribe sobre las puertas pretendiendo estar loco, quien se encuentra a Sí mismo en una cueva y a quien se le juntan los pobres, los deprimidos y los quebrantados. Existe algo muy valioso en lo que estos dos hombres representan, y el uno es absoluta y sumamente hostil hacia el otro. Esta también es una ilustración de los Últimos Días – una Iglesia institucional, un sistema religioso, sea nominal o evangélico, oponiéndose con vehemencia y amargura al pueblo Davídico de Dios, al pueblo remanente.

El tipo de rey que los hombres tienden a celebrar no puede tolerar la vida de aquél que parece insignificante y quien se ve a sí mismo como una pulga. Es el clásico y eterno juego hasta el final, y aquellos que son ungidos, sin importar su falta de atractivo externo, serán acosados y perseguidos por aquellos que inexplicablemente están enfadados, que no pueden resistir si quiera su existencia. De alguna manera estos humildes no merecen vivir a la vista de ellos. Y la ofensa ni siquiera puede ser identificada, pues lo que hace que la ofensa hierva es la insensatez misma de lo que el otro inconscientemente es en Dios. ¿Qué había acerca de David que enfurecía tanto a Saúl? ¿Cuál era la razón por la cual un desvalido e insignificante joven podía encolerizar de tal manera a un hombre de poder y de autoridad religiosa y política? Lo que sea que esto es, serán los mismos ingredientes de los Últimos Días.

Aquella misma debilidad, aquella misma dependencia en Dios, en contraste con aquellos que poseen en sí mismos la experiencia y la habilidad, es aquello mismo que encoleriza. El ser débil, insensato y el ser dependiente en Dios es exactamente lo que encoleriza a personas que son religiosas, pero que establecen su habilidad religiosa con base en su propia habilidad y en lo que *ellos* mismos han levantado, y en lo que *ellos* pueden hacer.

A través de los siglos, los grandes imperios Eclesiásticos, sean estos Católicos o Protestantes, eran igualmente incapaces de soportar dentro de ellos a aquellos que estaban preocupados solamente por vivir con la misma confianza insensata en Dios. ¿Qué tipo de amenaza habrán podido ellos constituir para aquellos enormes monolitos para que no se les permitiese vivir? Fueron perseguidos; fueron hostigados; fueron atados espalda contra espalda y ahogados en ríos y lagos; fueron quemados en la hoguera e ignominiosamente arrojados en calabozos para pudrirse. Fue una ventilación de rencor en contra de ellos, pues en su debilidad y

en su conducta inofensiva, representaban algo que amenazaba a las potestades de la oscuridad.

Creo que aún no hemos comprendido realmente cual es la verdadera naturaleza de la victoria. Daniel habla acerca del ‘cuerno’ que ha de arruinar a los santos del Dios Altísimo, y quien “*hacía guerra contra los santos, y los vencía*” (Daniel 7:21b). El libro de Apocalipsis compone aún más el misterio al añadir: “*Y se le permitió (a la Bestia) hacer guerra contra los santos, y vencerlos...*” (Apocalipsis 13:7a). Es muy perturbador el considerar que Dios permite una devastación sobre la iglesia a través del enemigo de nuestras almas, hasta el punto de vencernos.

Nunca seremos victoriosos como los súper hombres al tomar autoridad y al derrotar al enemigo a gritos o al tomarnos las ciudades ‘para Cristo,’ cuando las Escrituras parecen presentar otra clase de escenario. De hecho Dios permite que sea vencido el remanente creyente de la iglesia. “Y se le permitió (a la Bestia) hacer guerra contra los santos, y vencerlos” es una declaración final de la condición de la iglesia en los Últimos Días. Daniel dice lo mismo. Parece como una contradicción, ¿pero cómo es esto entonces una victoria? Tanto en el libro apocalíptico del Antiguo Testamento, Daniel, como en el libro apocalíptico del Nuevo Testamento, el Apocalipsis de Juan, los santos son vencidos. Son derrotados y conquistados. Dios permite esto, ¿pero dónde está la victoria?

Nos hemos imaginado quizás que “*no amar nuestras vidas hasta la muerte*” significa que valientemente reunimos un coraje final para soportar el acoso, para de alguna manera llegar bien hasta el final. Pero, ¿qué si el vencer está *en morir*? No es una cuestión de morir, sino la cuestión de la *forma* en que morimos. ¿Por qué es permitido que seamos vencidos? ¿Cuál es la demostración hecha en la sabiduría de Dios al ser vencidos, que derrota finalmente a las potestades y obliga que sean expulsadas de los lugares celestiales? Es algo que es realizado, no con el tipo de victoria humana que nosotros pensamos, sino con algo que demostramos al *ser* vencidos. *Vencemos* al ser vencidos, y a menos que entendamos esto, y lo anticipemos, y nos preparemos para esto, y lo experimentemos en alguna medida ahora, entonces *no* lo demostraremos cuando nos sea requerido.

El Reino Davídico

Hubo en la vida de David un momento crítico, un momento extraordinario y un momento radical que lo revela todo. Algo fue llevado a cabo en el carácter de Dios que distingue la sabiduría de Dios de la sabiduría de las potestades de la oscuridad. Las potestades de la oscuridad harán todo lo posible para lograr lo que quieren. Ellas seducirán, intimidarán y amenazarán. No tienen escrúpulos. Harán cualquier cosa que sea inmoral, amoral y vil. Sin embargo, las metas de Dios deben y *sólo* pueden ser obtenidas a través de los métodos de Dios, y Sus métodos deben ser consistentes con Sus metas. Deben ser del mismo carácter y tipo. No

podemos ‘tomarnos el Reino’ o ‘establecerlo’ de otra manera, o aparte del carácter de Dios mismo. Si la iglesia comienza a usar manipulación en los llamados al altar al jugar con emociones, o al lograr que las personas pasen al frente por medio de algún tipo de manipulación psicológica, entonces no estará de acuerdo con el carácter del Reino. Debemos tener mucho cuidado, no sólo con nuestras metas, sino también con nuestros métodos, o si no estaremos contradiciendo todo lo que Dios se propone.

Llegará un momento, completamente inesperado, no contemplado y de repente. No habrá entonces tiempo para prepararnos. Lo que sea revelado *en ese entonces* será lo que realmente somos. Lo que somos, habiendo sido formados por la mano de Dios, se manifestará, y aquel fue el momento que le llegó a David. Estaba siendo perseguido por Saúl, y se escondió en una cueva con sus hombres, y Saúl entró en esa misma cueva para aliviarse. Los hombres de David le dijeron,

“Oye, este es el momento del que Dios habló, que tu enemigo llegaría a tu mano para que hicieras con él lo que te parezca bueno.” (Parafraseado)

Y por supuesto, sus hombres esperaban que David matara a su perseguidor, y por tanto ser libre de aquella molestia. Fue un momento crítico, y David tuvo la libertad en ese momento de hacer lo que quería, y nosotros también tendremos tales momentos – si no son a diario. ¿Existe una libertad mayor que ser un hijo o una hija del Dios viviente? Pues todo lo que hablan de libertad aquellos que se encuentran en esclavitud se resume en, el estar *libre* en Cristo es ser *libre* de verdad. Lo que somos, y lo que escogemos hacer cuando somos libres de hacer lo que queramos, y lo que escogemos pensar cuando somos libres de pensar lo que queramos, es en realidad lo que *somos*. Es lo que hacemos con nuestra libertad lo que constituye nuestro testimonio hacia las potestades de la oscuridad.

Lo que David hizo intuitivamente al cortar el borde del manto de Saúl, sin tomar la vida de Saúl, sin estar conciente del significado de este acto eternamente, será lo requerido para realizar los propósitos eternos de Dios. Por lo tanto, nuestro comportamiento también debe ser Davídico en su carácter al igual que en su obrar. Esta es la multiforme sabiduría de Dios. El no ver nuestra vida dentro de este contexto es sencillamente no ver, y nos nulifica de ser la iglesia, ni tampoco podemos ser la clave, ni el agente, para la restauración final de Israel. En otras palabras, Dios está esperando por la demostración de Su multiforme sabiduría, y la iglesia que la demuestre, es la clave y el agente mismo para la restauración final de Israel.

Esta sabiduría fue reflejada con la conducta de David en aquel momento supremo que vino a él en su huida de Saúl. David cortó el borde del manto de Saúl secretamente, y después fue que su conciencia lo molestó por haber hecho eso. Si usted quiere echar un vistazo al corazón de David, y al carácter de David, es precisamente allí. David era sensible en su conciencia, y sólo el cortar el borde del manto de Saúl lo molestó. ¿Qué clase de hombre es este? No creo que sea posible

entender esto. Somos producto de otra era que estropea edificios públicos, ensucia las calles con basura, y profana la vida con su impiedad. Si usted viaja a través de Europa, usted verá los graffiti por todos lados en los edificios. Es un horror, algo vil y demoniaco que refleja una ausencia completa del respeto a la propiedad. Cuando usted comienza con un irrespeto por la propiedad, no faltará mucho antes de que llegue a tener una ausencia del respeto por la vida. Que contraste con David, cuya conciencia lo molestó por sólo tocar el manto de su rey, con lo que dijo,

Jehová me guarde de hacer tal cosa contra mi señor, el ungido de Jehová, que yo extienda mi mano contra él; porque es el ungido de Jehová. (1 de Samuel 24:6b)

David se encuentra hablando de un rey apostata y caído, quien está a punto de sufrir su propia destrucción. Este es el hombre que acude a las brujas, que llama a los espíritus de los hombres muertos y que realizó su propio sacrificio en lugar de esperar por Samuel. Todo acerca de Saúl es aborrecible, y sin embargo David lo respetó, no debido a su conducta, sino por su posición. David respeta al Señor, cuya unción vino alguna vez sobre aquel hombre. Es un respeto por la autoridad. No interesaba la manera en que Saúl había fallado. La unción es tan preciosa que aun cuando el significado por el cual había sido dada, haya sido perdido, un respeto por la posición, y por la persona, es un respeto y un honor hacia el Dios que la otorgó.

Aunque Israel sea apóstata y caído, ¿le ha dado la iglesia a Israel la medida de respeto por el lugar que ocupó alguna vez en Dios? La historia demuestra que la Iglesia ha exhibido hacia Israel odio y desdén, debido a que no ha tenido esta actitud hacia su gente, quienes alguna vez disfrutaron de la unción de Dios. Hemos sido culpables de demostrar un ‘espíritu de requerimiento.’ No sabemos lo que es el amor incondicional y la aceptación incondicional. En otras palabras, a menos que nos comprueben quienes son, y demuestren algo, ustedes no son dignos de recibir nuestra aceptación, y mucho menos nuestro afecto. No sabemos lo que el respeto y el honor significa, y nos hemos suscrito más de lo que imaginamos a otra clase de sabiduría que demanda condiciones.

Así reprimió David a sus hombres con palabras, y no les permitió que se levantasen contra Saúl. Y Saúl, saliendo de la cueva, siguió su camino. (1 de Samuel 24:7)

¿Y cuál era su camino? El camino de un asesino; el camino de un hombre implacable inclinado a la destrucción de aquello que él consideraba como una amenaza para su reino. El dejar ir a Saúl era invitar su propia muerte. Esto debe penetrar en nuestro entendimiento. Fue algo más que gracia de parte de David. El dejar a Saúl pararse e irse, era para David firmar su propia declaración de muerte. Es evidente que las lágrimas de Saúl eran ‘lágrimas de cocodrilo.’

Más justo eres tú que yo, que me has pagado con bien, habiéndote yo pagado con mal. Tú has mostrado hoy que has hecho conmigo bien; pues no me has dado muerte, habiéndome entregado Jehová en tu mano. Porque ¿quién hallará a su enemigo, y lo dejará ir sano y salvo? Jehová te pague con bien por lo que en este día has hecho conmigo. (vs. 17b-19)

Es sólo una cuestión de tiempo antes de que aquellas lágrimas se sequen, y regresará a como era antes, persiguiendo y asechando a David, hasta que logre tomar su vida. El dejar a este hombre ir era para David poner su vida en el borde. ¿Es la justicia verdadera justicia si no nos cuesta nada, y no involucra una amenaza hacia nuestra vida? Las vestiduras que cubren a los santos de los Últimos Días son hechas de sus obras justas. La acción de David fue una obra justa al dejar ir a su perseguidor, pues fue hecha con el costo de su vida. El podía contarse como un hombre muerto. Sólo sería una cuestión de tiempo antes que Saúl tuviera éxito en matarlo, a menos que Dios fuera su Libertador. Esta es la multiforme sabiduría de Dios. No es algo abstracto, sino una confianza absoluta en Dios, que a menos que Dios nos preserve, simplemente no seremos preservados. Esto requiere que no hagamos nada para mantener nuestras vidas, y no debemos condescender a ninguna conveniencia para hacerlo.

¿Cuántos de nosotros estamos de acuerdo ahora mismo con conveniencias que están muy lejos de estar relacionadas con la cuestión de la supervivencia? Sólo la cuestión de nuestra vida sexual nos involucra en conveniencias, técnicas y cosas para estimularnos. La forma en que nos manipulamos los unos a los otros, o a nuestros hijos, o esposas con sus esposos, o esposos con sus esposas, o pastores con sus congregaciones, espectáculos que somos bastante libres de aceptar para que ‘extendamos nuestro brazo.’ Esta es una declaración simbólica que emplea una conveniencia para obtener nuestro fin. Sin embargo, la fe de David era la de dejar a Dios juzgar y vindicar. El no extendería su brazo. El hecho de haber cortado el borde del manto de Saúl fue matarlo en sí mismo, pero él no tocaría al ungido de Dios. Debemos recordar que David era un hombre de guerra. No era ningún pacifista, y podía ser despiadado cuando le era necesario, pero aquí él no extendería su brazo para salvar su propia vida.

No debemos perdernos de esta declaración que hace David:

¿Tras quién ha salido el rey de Israel? ¿A quién persigues? ¿A un perro muerto? ¿A una pulga? (v. 14)

David no está jugando aquí con las palabras. El hecho de que es un hombre de guerra, y *aun* se rehúsa a extender su mano para matar cuando tiene a alguien indefenso a su disposición, es en gran manera una profunda declaración de Dios y de Su Reino. No creo que David haya demostrado una humildad falsa y modesta. Este es un hombre que realmente piensa que *es* un perro muerto y una pulga. Sólo si usted piensa *esto*, estará dispuesto a arriesgar su vida, y si Dios no la preserva,

que así sea. No hay nada importante acerca de mí mismo por lo cual deba estimar mi vida preciosa para mí mismo. No es para mí, sino para El. Si El es más glorificado con mi muerte que con mi vida, que así sea. Porque después de todo, quien soy yo sin El, sino un perro muerto y una pulga. Nuestro error básico es nuestro error de preocuparnos por nosotros mismos. Creemos que tenemos el derecho de preservar las criaturas que somos. Somos hombres muertos traídos de vuelta de los muertos, a través de la resurrección de Jesucristo, para no seguir viviendo para nosotros mismos, sino para *El*. Esto es lo que dice en Romanos 6, ¡pero no es lo que es demostrado con nuestra forma de vivir! Con nuestra forma de vivir, somos más como Saúl que como David. Hacemos aquello que es conveniente, perseguimos nuestros intereses, y nos levantamos en contra de aquello que nos amenaza.

Nuestra actitud hacia organizaciones religiosas, aun hacia gobiernos difuntos, será crítico en manifestar la sabiduría de Dios. Si el enemigo logra llevarnos hasta su terreno, donde blasfemaremos en contra de algo, o donde nos quejaremos, o donde seremos contenciosos, o críticos en una forma malvada, entonces ellos habrán ganado la partida. Nuestra conducta, nuestra actitud, nuestro espíritu, y lo que permitimos que entre en nuestros corazones, es crítico.

Mientras que Jesús colgaba de la Cruz, fue blasfemado con las ofensas y las burlas de las mismas personas por las cuales vino a morir, “*¡Desciende y creemos en ti!*” Si algo está calculado para disgustar a un hombre, es el no ser reconocido o apreciado por las personas por las cuales usted está siendo sacrificado. Y además de esto, lo están atormentando verbalmente en su angustia, sufrimiento y muerte. Pero Jesús no respondió ni una palabra, ni una sílaba. No era porque se estuviese mordiendo los labios que no dijo nada, sino que simplemente no estaba dentro de El para ser expresado. La crisis reveló lo que estaba dentro de El, y lo que estaba en El era el carácter de Dios en mucha paciencia, en sufrimiento, en misericordia y en perdón. El Hijo reveló al Padre.

El respeto de David hacia Saúl es contrario a la sabiduría de esta era, la sabiduría por la cual el mundo vive su vida. Cuando nada más funcione, los hombres extenderán su mano con violencia, y lo justificarán para de esta manera obtener sus metas. En el análisis final, usted puede conocer la fe verdadera, porque ésta nunca recurrirá a la violencia para obtener su fin. Aquella religión que presume ser de Dios, y emplea violencia para obtener sus metas, es por su misma demostración necesariamente falsa. Debemos ser cuidadosos nosotros mismos con la violencia, no en obra, sino en palabra.

David aun llama a Saúl su padre,

¡Y mira, padre mío, mira la orilla de tu manto en mi mano! (v. 11a)

David no está tratando de congraciarse con su enemigo. El verdaderamente creía en su corazón que Saúl era su padre. Tenía un respeto de hijo hacia un hombre

mayor como padre, a pesar de que el hombre era todo menos un padre. Este falló en todas las categorías, pero desde la perspectiva espiritual de David, desde la perspectiva celestial, Saúl era su padre. ¿Logra usted ver a Dios mirando desde el borde del Cielo con Sus acompañantes angelicales para ver lo que haría David en el momento en que estaba libre de hacer lo que pensaba era correcto ante sus propios ojos? El futuro completo del Reino de Dios estaba pendiendo de *aquel* momento, y además de esto, un descendiente de los lomos de David sería algún día el Mesías de toda la humanidad. Si David hubiera sido cortado, entonces aquella línea hubiera sido cortada, y toda la sucesión Mesiánica destruida. Muchos de nosotros nos comprometemos en este punto en particular, “Bueno, estoy dispuesto a entregar mi vida, ¿pero mi ministerio... no sabe lo que depende de mi ministerio? Si no continuo en mi ministerio, las naciones perecerán, ¡porque yo soy el hombre de Dios de fe y de poder para el mundo!”

Ahora, David hubiera podido decir, “Bueno, si es sólo mi vida, entonces que Saúl la tome. Pero escuche, soy llamado a ser el rey de Israel, y de mis propios lomos saldrá un descendiente, que será Rey para siempre, y la salvación de toda la humanidad. Cuando miro la intención de Dios para mi vida, entonces es necesario que sea preservada.” Sin embargo, David *no* diría esto, porque él sabía que si Dios no podía preservar aquello que tenía que ver con El, entonces él mismo no lo haría extendiendo su brazo. Lo que David hizo en ese momento tuvo ramificaciones eternas, y las potestades del aire lo supieron en el momento del hecho.

¿Cuántos de nosotros consideramos al divorcio como violencia? Es cortar en dos una relación, y justificamos el hacerlo en el nombre de preservar ‘nuestros’ ministerios, porque la sabiduría por la que somos movidos es la auto-preservación. El exaltar nuestro ministerio es sólo disfrazar el hecho que realmente es nuestro *yo* el que está implicado en ese ministerio. Nos estamos escondiendo detrás de él. De la misma manera, si nuestra esposa es irritante, o contraproducente, o se opone a nosotros, entonces pensamos que podemos justificar la violencia del divorcio. Qué pocas personas nos han llamado la atención por esto, ¡y con qué escasa interrupción continuamos ‘nuestro importante servicio’ con una nueva y más atractiva esposa! Pocos recuerdan que alguna vez hubo otra esposa, y continuamos como siempre, igual de populares, y el momento pasa y las personas olvidan. El ministerio se vuelve todo, y el asunto del eterno propósito de Dios demostrado a través de la iglesia sufre un impedimento, debido a que hemos sido condescendientes con la sabiduría del mundo en lo que era una conveniencia para nuestra satisfacción. David no se permitía a sí mismo este lujo, a pesar de que era *su* vida, y lo que resultaría si su vida estaba en peligro. Se debe confiar en Dios para esta realización, y no la extensión de nuestro brazo a conveniencia.

Esta es la demostración de la mansedumbre del reino Davídico. Es la disposición para permitir que la vida de uno sea consumida en lugar de hacer lo que Jesús pudo haber hecho al pedir la ayuda de legiones de ángeles. Al igual que David, El

tuvo todo el poder en Su mano para acabar con Sus atormentadores. Sin embargo, al igual que David, El *no pudo* salvarse a Sí mismo, porque El era el Rey de otro Reino. El simplemente no podía ni lo haría, pues iba en contra de Su naturaleza el salvarse a Sí mismo.

La Escuela de la Obediencia

Cuando Jesús volcó las mesas de los cambistas, este acto de violencia fue más en contra de pertenencias que en contra del hombre. El volcó las mesas pero no volcó a los hombres. Fue un acto de mansedumbre, aunque violento en su carácter. Fue en obediencia a Dios, quizás aun contrario a la disposición misma de Jesús. Vino en el momento escogido por Dios, para validar la declaración Mesiánica de Jesús en Su celo por la casa de Su Padre. La mansedumbre no es ‘caminar sobre cáscaras de huevo.’ Si Dios le pide que ruja como un león, o actuar con este tipo de vehemencia en el momento que El escoge, entonces el *no* hacerlo sería arrogante. El someterse es ser manso, y mucho más cuando es contrario a su propia disposición.

David clama hacia el asombrado Saúl,

Juzgue Jehová entre tú y yo, y vénguese de ti Jehová; pero mi mano no será contra ti. (v. 13)

La confianza que David está exhibiendo es más que valentía. Es predicada sobre una profunda sabiduría de Dios y confianza en Su soberanía, que si aun Dios hubiera permitido que fuera la víctima de Saúl, entonces que así sea. Es una fe de última categoría que le permitirá a nuestros perseguidores regresar con libertad, y acabar con nosotros.

Esto fue lo que Esteban creyó cuando entregó su vida. Había terminado su carrera terrenal, y no hubo ninguna clase de resentimiento de su parte hacia Dios. Su martirio tuvo repercusiones acerca de las cuales no sabía nada, es decir, la conversión de Saulo de Tarso. Hubo algo en la muerte de Esteban que lo persiguió. Saulo (Pablo) nunca había visto a alguien morir más gloriosamente, y no podía escaparse del testimonio exhibido en lo magnánima y benevolente que fue la muerte de Esteban. Simple religión no puede producir este tipo de testimonio. Se necesitó de una demostración del carácter de Dios en un Esteban, un hombre que estaba por debajo del prestigioso status de Saulo como el estudiante favorito del Rabí Gamaliel, y cuando Dios revela Su carácter en lo débil y lo irreconocible, hacia un hombre con tal prestigio, entonces *esto* es una revelación devastadora de Dios.

Las potestades de la oscuridad tenían tanto agarre sobre Pablo que pudieron sacar un asesino de su intensidad religiosa. No creo que Pablo haya podido ser quebrantado y convertido, a no ser que antes hubiera acontecido una demostración

de algo que desprendiera a los principados y las potestades del aire. Era el triunfo supremo de la sabiduría de Dios.

Este también es el misterio de la iglesia hacia el judío, porque, a los ojos de los judíos, los gentiles dejan algo para ser deseado. Nosotros los judíos nos vemos mucho más superiores – ética, moral, intelectual y culturalmente – pero si vemos en el rostro de un gentil, y en el carácter de él o de ella, la demostración de *nuestro* Dios, al cual no conocemos, y del cual hemos sido alienados, entonces caemos sobre nuestros rostros. Es el mismo principio. Dios no pensó que el sacrificio de Esteban era demasiado extravagante para llevar a cabo la salvación de Saulo, y para convertirlo en el principal apóstol para la iglesia. La iglesia debe convertirse de nuevo en un Esteban, un pueblo mártir como demostración final hacia una nación judía como Saulo, que no puede ser salva de otra manera sino a través de esta demostración. La cuestión no es si usted es decapitado, o si de hecho es convertido en un mártir, sino si de hecho usted ha *vivido* como un mártir, y estuvo *dispuesto* a morir como un mártir, así su vida hubiera sido requerida o no. Algunos serán aserrados por la mitad, otros serán decapitados, pero otros permanecerán, aunque escasamente sobreviviendo la persecución, y otros quizás no sean siquiera tocados. La actitud central del martirio distingue a aquellos que se levantan en la primera resurrección – aquellos cuyas vidas no son preciosas para ellos mismos.

¿Qué fue lo que precipitó la furia de aquellas personas en el martirio de Esteban, para que se taparan los oídos y crujieran los dientes hacia él, sin estar satisfechos hasta haberle sacado la vida a pedradas? ¿Qué fue lo que él dijo? Les había relatado una larga historia de Israel, y después llegó a un clímax final,

¡Duros de cerviz, e incircuncisos de corazón y de oídos! Vosotros resistís siempre al Espíritu Santo; como vuestros padres, así también vosotros. (Hechos 7:51)

Debemos recordar que él les está hablando a los líderes eminentes del mundo religioso. Mientras que crujían los dientes sobre él, Esteban dijo,

He aquí, veo los cielos abiertos, y al Hijo del Hombre que está a la diestra de Dios. (Hechos 7:56b)

Cuando escucharon *esto*, fue el final para Esteban. Era la declaración de alguien que se encontraba en la presencia de Dios, y en el lugar de autoridad, que significó una vez y para siempre el final de la falsa autoridad que sus perseguidores habían establecido sobre sus propias congregaciones e instituciones religiosas. Las potestades del aire residentes en ellos se levantaron con suma furia. Fueron las mismas que mandaron a Jesús hacia Su crucifixión, y al ventilar su sabiduría característica de poder sobre El hasta la muerte, Jesús fue elevado por medio de la resurrección y la ascensión. Este es el nexo de la misma furia ventilada en contra de Esteban al hacer aquella declaración. Ventilaron su odio y

veneno en contra de éste cuyo rostro resplandeció como el de un ángel, y quien les hizo aquella declaración.

Aun Saúl tuvo que reconocer a David,

Más justo eres tú que yo, que me has pagado con bien, habiéndote yo pagado con mal. (v. 17b)

El acto de David reveló una sabiduría superior – una justicia superior a la de los fariseos. No se trata de la justicia basada en principios mantenidos impecablemente, sino la de abandonar la vida de uno, y *sólo aquello* desata o demuestra la naturaleza misma de Dios, y *eso* es lo que revela la gloria de Dios, pues la naturaleza de Dios *es* la sabiduría de Dios.

Tanto el Creador como la creación padecen dolores de parto y gimen, esperando por la manifestación de tales ‘Davides.’ Esta era concluirá con una iglesia con el mismo carácter que es revelado en lo extremo cómo lo fue demostrado por Jesús, Esteban y David. Quizás podamos tener el derecho de contender por haber sufrido injusticia y opresión, pero existe una sabiduría y un poder superior que son revelados al no contender. Es una expresión de carácter máximo de confianza en Dios. De esta manera, la sabiduría falsa es revelada como falsa, y sus cautivos son dejados en libertad. Pues al hacer esto, es establecida la validez máxima de la eternidad, que es la única capaz de liberar a los hombres de la intimidante tiranía del temor por esta vida. Esta es la libertad libertadora. Dondequiera que en este mundo haya actualmente una congregación libre de la sabiduría falsa de los principados y las potestades, consistente e inconscientemente desplegadas, allí también será el reino de David revelado.

Proclamación Apostólica: El Misterio de la Predicación

Si es que somos llamados a algo, es a ser portadores de la palabra de Dios. Existe una gran difusión de predicación, montones de cintas y videos, y sin embargo, en medio de todo esto, existe muy poco que pueda ser clasificado como la palabra del Señor. Necesitamos de una percepción nueva y profunda de este ‘santo sacramento.’

La primera declaración del ministerio ungido de Jesús tuvo lugar en la sinagoga en Nazaret, en donde se le pasó el rollo de Isaías, comenzando a leer del capítulo sesenta y uno.

El Espíritu del Señor está sobre Mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas... (Lucas 4:18a)

Existe una conjunción entre la unción y la predicación, y cualquier predicación que no esté ungida no es predicación, sino simple oratoria. Por tanto, existe una calidad particular y peculiar que distingue la proclamación *verdadera* o *apostólica*, de cualquier otra forma de hablar. Este es un extraordinario fenómeno de vida y muerte pues:

¿Cómo, pues, invocarán a Aquel en el cual no han creído? ¿Y cómo creerán en Aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quien les predique? ¿Y cómo predicarán si no fueren enviados? (Romanos 10:14-15a)

Este es el corazón de todo el llamado y misión de la iglesia, particularmente hacia el judío. El mundo incrédulo está esperando por cierta manera de hablar la cual quiero llamar ‘proclamación apostólica.’ Es la predicación de uno que es *enviado*. A aquel a quien *Dios* envía se le da el Espíritu sin medida. Este enviar es crítico, y por tanto, es la razón por la cual Dios establece comunidades que envían.

La verdadera predicación, o la formación de un sermón, debe ser confrontada con una contradicción. La predicación es una categoría en sí misma. Es la dimensión de lo imposible. Tenemos muchos hombres hoy en día que son astutos, y que saben como jugar con las palabras. Han hecho incluso carreras de su habilidad para hablar. Si usted es atractivo, tiene el don del charlatán, y es encantador con las personas, usted puede llegar muy lejos hoy en día en el mundo religioso. Sin embargo, la verdadera predicación no puede venir de este mundo. Es un fenómeno totalmente divino y sobrenatural. Es la palabra de *vida*. Da vida a los *muertos*. El escucharla constituye un ‘evento.’ Pone en movimiento cosas que tienen innumerables consecuencias, y posee un poder y una vida en sí misma. Es una palabra que es *enviada*.

Irónicamente, este tipo de comunicación tiene que encontrar expresión a través de la boca de una vasija terrenal puesta de pie enfrente de las personas, y *eso* es una

fórmula para el desastre. Es la unión de las contradicciones más disparejas, que si usted realmente lo entendiera, o lo tuviera que llevar a cabo, es nada menos que angustiante. Sin embargo, no existe mayor gozo que expresar la carga que Dios le ha dado a personas que buscan Su corazón, y que por tanto escuchan y reciben la palabra de Dios. De la misma manera, no existe mayor angustia que la palabra siendo detenida en su boca porque su audiencia no se encuentra escuchando. Y tampoco el éxito de ayer garantiza el de hoy. Es el mismo temblor, el mismo temor, la misma incertidumbre, y el mismo sentir sobrecogedor de la imposibilidad patente de la tarea. Esta paradoja, y su terrible contradicción, debe registrarse profundamente en nuestra conciencia, es decir, que la palabra de Dios va a salir de la boca de una vasija humana y terrenal, pero la palabra es en sí misma divina y celestial. No es que los instrumentos sean algo utilitario que es objetivo, y que no participa en el proceso. El que habla está bastante involucrado, pues el Señor emplea la personalidad de la persona, su acento, su disposición y su corazón.

La predicación es una lucha y un reto de máxima categoría cada vez que se lleva a cabo. Uno puede hacer muchas buenas declaraciones bíblicas, pero *eso* no es lo mismo que comunicar la palabra *como* palabra de Dios. Este postrer fenómeno es el *único* que tiene el poder de constituir 'un evento', en lugar de simplemente comunicar conocimiento bíblico. Necesitamos distinguir ambas cosas, y probablemente noventa y cinco por ciento de toda la predicación y enseñanza Cristiana es enseñanza *acerca* de Dios, o el hacer declaraciones bíblicas de tipo interesante y perspicaz, pero no constituye la expresión de la palabra *como* palabra de Dios. Nos hemos acostumbrado tanto a escuchar lo 'otro,' que si es bíblica y doctrinalmente correcto, pensamos que eso es predicación. Sin embargo, hemos malentendido el carácter absolutamente sobrenatural de la comunicación de la palabra de Dios, y por tanto nuestras audiencias permanecen iguales. No estamos yendo de fe en fe, y de gloria en gloria, debido a que no hemos ido de 'evento' en 'evento.' Sólo hemos ido de lo predecible a lo predecible, y si es bíblicamente correcto y claro, salimos con una medida de satisfacción, pero permaneceremos iguales.

Esto es un misterio, y la iglesia en su totalidad necesita establecer un estándar frente a ello, superior a lo que ha comprendido, y darse cuenta de la imposibilidad patente de la palabra de Dios *como* palabra de Dios. No nos atrevemos a subir a la plataforma, a abrir la Biblia, a aclarar nuestras gargantas, a llamar a la congregación a poner atención, a hacer una oración, a abrir nuestras bocas y comenzar sin el terrible sentimiento de tener que soportar todo aquel gran peso que cae en *ese* momento. Si esa *no* es la palabra de Dios, lo que saldrá será una especie de muerte, en lugar de vida. No existe neutralidad aquí. O hará que la vida de Dios sea desplegada, o va a haber un adormecimiento y una monotonía al sólo escuchar algo que es 'simplemente' bueno. ¡Probablemente sería mejor que *ni siquiera* lo escuchásemos! El silencio debe ser más deseado que un simple sermón, que *no puede* comunicar la Vida de Dios como palabra de Dios. El resultado será la muerte progresiva de la sensibilidad espiritual.

La Palabra de la Cruz

Porque la palabra de la cruz es locura a los que se pierden; pero a los que se salvan, esto es, a nosotros, es poder de Dios. (1 de Corintios 1:18)

Pues ya que en la sabiduría de Dios, el mundo no conoció a Dios mediante la sabiduría, agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación. (1 de Corintios 1:21)

Mi opinión es que la palabra de la Cruz es el poder de Dios, es decir, contiene una inherente y penetrante habilidad divina para registrar verdades divinas a pesar de la más severa resistencia religiosa, cultural y étnica. Además de esto, ésta crea fe para que se crea para salvación. Es la palabra de Dios como un evento, no bajo condiciones propicias sino no propicias, que es decir, un evento *a pesar* de la resistencia. Lleva a cabo una obra en aquellos que creen, o una obra que los ha llevado a un lugar para creer. Es una palabra celestial proclamada en la tierra, no sólo para aquellos que están dispuestos a escuchar, sino también para aquellos que se resisten a hacerlo. La tierra resiste al cielo, y toda potestad de la oscuridad quiere nublar las mentes de los hombres, para evitar que entiendan y respondan. Por lo tanto, se requiere una palabra de máxima categoría.

La frase ‘palabra de Dios’ no es sólo una terminología genérica sino más literalmente la palabra ‘de Dios.’ Esta es la forma en que convertimos algo que es santo en un cliché. Somos aptos para asumir que cualquier cosa que sea bíblicamente orientada, y supuestamente correcta, es la palabra de Dios. Esto es una suposición falsa. La palabra de Dios es más bien una comunicación divina de tipo único y poderoso, expresada a través de una vasija humana. La profunda conciencia de Pablo de tal fenómeno es expresada en la primera epístola a los Tesalonicenses:

Por lo cual también nosotros sin cesar damos gracias a Dios, de que cuando recibisteis la palabra de Dios que oísteis de nosotros, la recibisteis no como palabra de hombres, sino según es en verdad, la palabra de Dios, la cual actúa en vosotros los creyentes. (Capítulo 2:13)

Pablo tenía el derecho de jactarse, y debemos leer esto, no como una retórica generosa, sino como una descripción acertada y literal de un modo de hablar particular, extraño en nuestro propio tiempo. Si la naturaleza distintiva de esta comunicación es su poder, ¿cuál es entonces su carácter? Pablo es cuidadoso en instruir a sus corresponsales griegos, contrario a su propia cultura y amor hacia la retórica, que la predicación del evangelio puede ser de hecho vaciada de su poder si es expresada en la sabiduría elocuente del hombre. La palabra de Dios es algo

absoluta y cualitativamente diferente de eso, y si hacemos un lapso hacia la elocuencia humana, anulamos la declaración de su poder.

La palabra de la Cruz no es necesariamente la declaración o la descripción de la crucifixión de Jesús. Debería ser comprendida de una mejor manera como la palabra *describiendo* a la Cruz. Existe otro significado implícito en ella, y aunque la Cruz misma no sea el tema en cuestión, puede ser de hecho 'la palabra de la Cruz.' La sustancia del evento, replicada en la humillación de la predicación misma, es la reproducción de la 'experiencia de la Cruz.' Cada vez que la Cruz es reproducida en cualquier humillación que viene por haber obedecido, el poder que fue demostrado en la Cruz al principio, obtiene de nuevo la oportunidad de ser expresado en proporción al grado de lo que de hecho es soportado o sufrido en aquella humillación.

La verdadera predicación es humillación; el verdadero testificar es humillación; la verdadera oración es humillación. La humillación es otra palabra para el sufrimiento hasta la muerte, y dondequiera que esta dinámica tome lugar verdaderamente, entonces el poder de Dios siempre la va a respaldar. La razón por la cual no vemos el poder de Dios en la predicación es porque los hombres se esfuerzan para evitar la humillación al asegurarse que van a poder pasar aquel momento empleando notas preparatorias, esquemas y otras dependencias que les aseguren el 'pasar en limpio.' No estamos dispuestos a tomar el riesgo del fracaso al ponernos de pie con nuestro rostro hacia la audiencia, y confiar en la operación de Dios por la palabra en aquel momento. Existe un lugar de preparación, pero durante el evento mismo, se debe hacer lugar para Dios. Y si aislamos a Dios con nuestra preparación profesional, humana y religiosa, anulamos la Cruz, y la insensatez de ella, es decir, el sufrimiento y la humillación, y por tanto el *poder* de la Cruz.

El Escándalo de la Cruz

La predicación, o proclamación que salva, es más que la transmisión de información o conocimiento *acerca* del evangelio. No es la información relativa a la salvación, o de cómo obtenerla, o los hechos del evangelio *per se*, sino más bien un evento sobrenatural que crea fe en el que escucha a través de la operación del poder de Dios. Es la demostración del poder de esta palabra debido a que es el mismo Dios escogiendo revelarse a Sí mismo en Su propia extremidad final y de última categoría.

La crisis revela, y lo que fue revelado en la crisis de la Cruz fue Dios, no como pensamos que El es, sino como de hecho es El. Cristo en la Cruz es un escándalo. Dios colgó desnudo sin poder cubrir Sus partes privadas debido a que Sus manos estaban clavadas, y todo el tiempo tuvo que escuchar las burlas y desprecios de Su pueblo, "*Desciende y creeremos en Ti.*" Es una escena inconcebible de suma degradación y humillación, y Dios lo soportó. "*Aprended de Mí, que soy manso y*

humilde de corazón.” Es una revelación de Dios como El es, y en lugar de despreciar de vuelta a aquellos que lo estaban despreciando, dijo, “*Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.*”

Y por lo tanto, un predicador que se vacía a sí mismo para confiar por la recepción de una palabra *de Dios*, experimenta en cierta medida un sufrimiento similar a aquel del Cristo crucificado. Muere a su propia habilidad de hablar, y se vuelve insensato en una humillación como la del Salvador – hasta la muerte. Este es el corazón de toda predicación verdadera. La persona que habla se va a encargar de no depender de su propia habilidad. El es el humilde recipiente de algo que será otorgado. Existe un sufrimiento, una humillación y una muerte en el hablar que libera la misma calidad de poder que tuvo lugar en la Cruz, y lo hará de nuevo, en cada reconstrucción de aquel evento. Dios no quiere que la fe de las personas sea basada en la elocuencia, sino con base en el poder de Dios, que es liberado a través de aquél que está dispuesto a sufrir la terrible humillación.

La predicación que es poder viene cuando un hombre se abandona a sí mismo, y no confía en su propia experiencia o habilidad. El desconectar ese cable es la muerte. Es algo a lo que uno jamás se acostumbra, sino que debe ser degustado una y otra vez. Es tan aterrador, contradictorio y mortificante como si usted jamás lo hubiera hecho antes. Cada ocasión es una experiencia fresca de muerte, y solamente uno que está muerto a sí mismo lo puede soportar. ¿Quién es aquel que está deseando degustar aquella muerte? ¿Quién está dispuesto a abandonar su confiable habilidad y seguridad, para confiar que el mismo poder que levantó a Jesús de los muertos levantará ahora al predicador y a su mensaje?

En pocas palabras, fue por la obediencia misma de sufrir hasta la muerte por la cual el velo del Templo fue rasgado, es de nuevo, por la obediencia del predicador, rasgado sobre el entendimiento y la mente oscurecida del que escucha, no sólo para emitir luz en lo que es de hecho patentemente insensato y ofensivo a la sensibilidad humana, sino para dar a luz o crear la gracia para el arrepentimiento y fe para creer. El velo fue rasgado en la crucifixión de Jesús, y es de nuevo rasgado cada vez, cuando el mismo poder es liberado por la misma humillación. Esta vez no es el velo del Templo, sino el velo sobre el corazón y el entendimiento.

La Palabra Creativa

Una palabra de la Biblia correctamente recitada no hace que sea la *palabra de Dios*. Sólo es la palabra de Dios cuando es la palabra *otorgada*, y esa palabra no necesariamente tiene que ser una citación de las escrituras para que sea la palabra de Dios. Puede ser una palabra de burla, insulto, confrontación, o una palabra extraña e insensata, pero debe ser una palabra otorgada, y esa palabra es respaldada por el poder de Dios. Aquellos que hablan las *palabras de Dios* han llegado a un lugar de suficiente muerte para sí mismos que el poder de Dios, o la

vida de Dios, puede ser otorgado a ellos sin ningún temor de que la gloria de Dios sea tocada o mal utilizada. Un hombre que cargue con las palabras de Dios y que las hable, es de confianza – sin importar lo ofensivas que puedan ser para el que escucha y aun para él mismo.

En la ausencia de las profundas conversiones efectuadas por la predicación en nuestra propia generación, uno se pregunta si es que hemos considerado suficientemente el significado de la palabra ‘enviado,’ e ingenuamente hemos asumido que *cualquier* promulgación del evangelio es igualmente bendecida y honrada por Dios. De la misma manera, quizás es sabio considerar también si es que un mensaje, sin importar lo correcto que sea, es de hecho la palabra de Dios, especialmente si fue humanamente ingeniado para evitar la humillación misma que estoy sugiriendo. Si ‘predicar a Cristo’ no va más allá de ser el mensaje acerca de El, en lugar de ser la presentación *de* El, entonces el Dios que envía quizás aún se encuentra esperando por candidatos apropiados. La cuestión es la cuestión de la Cruz, y uno puede correctamente sospechar que no vendrá a las personas con una completa convicción, sino a través de los labios de aquellos que conocen la Cruz como una experiencia propia, y están dispuestos a sufrir la humillación de ésta, una y otra vez en la misma insensatez de su predicación. Si nuestra predicación no es una insensatez, no es una comunicación verdadera. Quizás pueda distraer a las personas, y quizás pueda ser informativa e inspiradora, pero jamás será un evento.

Nuestra propia generación, como aquella de los Corintios a los cuales Pablo les escribió, está cargada con una gran afinidad por la sofisticación y la auto-adulación opuesto al Dios que se hizo a Sí mismo sin reputación. Un requerimiento verdadero para la predicación, correctamente considerado, nos permitirá pensar con frecuencia en nuestra inutilidad y en un desprecio saludable hacia nosotros mismos y hacia nuestra habilidad. El predicar no es el asunto de habilidad o de una técnica aprendida, sino es un misterio divino, y la misma palabra ‘predicacion’ es derivada de la palabra latina *praedikare*, que significa ‘hacer conocer.’ Siempre que la humillación de Cristo sea expuesta en la insensatez de la predicación, El es de nuevo revelado y presentado como el Salvador. Pues de la misma manera en que Dios da gracia a los humildes, también tiene El, quien es lleno de gracia y verdad, la oportunidad de conectar el tiempo y la eternidad, el cielo y la tierra en el momento de auténtica mansedumbre en que un predicador muere a sí mismo.

Una ilustración familiar de esta forma de vida crucificada se encuentra en 1 de Corintios donde Pablo dice:

Así que, hermanos, cuando fui a vosotros para anunciaros el testimonio de Dios, no fui con excelencia de palabras o de sabiduría. Pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a Este crucificado. (1 de Corintios 2:1-2)

Con lo erudito que Pablo era y con todo ese conocimiento religioso, este tipo de limitación auto-impuesta necesitaba de una dolorosa determinación. El problema es que sabemos demasiado, y hay mucho de lo que sabemos que desea encontrar expresión. Y por lo tanto, se requiere determinación para poner a un lado aquello que es fácilmente asequible y disponible para nuestra predicación.

La verdadera predicación, o la palabra que tiene autoridad, es una palabra que produce cambio, y que establece una realidad que no se encontraba allí antes de ser comunicada. Un completo respeto y reverencia por la palabra de Dios, al ser predicada, necesita ser elevada en la iglesia. Dios dice que El ha exaltado Su palabra por encima de Su Nombre. En el principio era la Palabra, y era el Espíritu de Dios que se movía sobre la faz de las profundidades delante de una creación que se encontraba aún sin forma, y Dios habló y dijo: “*Hágase la luz.*” Debemos tener con más frecuencia una expectativa por esta clase de comunicación apostólica, de hombres trayéndonos la palabra, no sólo para fortalecer nuestro entendimiento, sino para de hecho *establecer* nuestros fundamentos.

La Palabra que Actúa

Pablo escribe en 1 de Tesalonicenses 2:11-13,

Así como también sabéis de qué modo, como el padre a sus hijos, exhortábamos y consolábamos a cada uno de vosotros, y os encargábamos que anduvieseis como es digno de Dios, que os llamó a Su Reino y gloria. Por lo cual también nosotros sin cesar damos gracias a Dios, de que cuando recibisteis la palabra de Dios que oísteis de nosotros, la recibisteis no como palabra de hombres, sino según es en verdad, la palabra de Dios, la cual actúa en vosotros los creyentes.

Esta no era alguna clase de creencia abstracta. Ellos creían que la palabra que había venido a ellos a través de un hombre no era la palabra de un hombre, sino la palabra proveniente de Dios mismo. Y por haber ellos creído *eso*, actuó en ellos. Esta es la manera en que Dios nos transforma de gloria en gloria – por la palabra que actúa en nosotros.

La palabra no tenía nada que ver con la elección propia de Pablo. El sólo tenía una cosa delante de él y esto era el ser obediente en comunicar la palabra que había sido otorgada, y que también actúa en aquellos que escuchan y creen. Si escogemos no creer en esto, entonces aquella misma palabra se convierte para nosotros en simplemente otra palabra, una que nos gusta, o que nos disgusta, una que es interesante, o no interesante, y por tanto nos perdemos de su completo valor, y por tanto, la palabra no puede actuar o llevar a cabo su obra.

Muchas veces llegamos al lugar de reunión con una tediosa forma de resignación, y con la mentalidad que es *simplemente* otro servicio, pero no lo era así en el

principio. Ellos venían con la anticipación de un ‘evento creativo’ por la palabra que era comunicada, y por medio de la continuidad de tal tipo de comunicación, eran llevados de gloria en gloria. De qué otra manera nos podemos mover del lugar en que estamos a donde Dios nos propone ‘apostólicamente’ que estemos, sino a través de la palabra que es enviada, y por la palabra que es comunicada. Esto pone una increíble responsabilidad sobre el portador de la palabra predicada. Su unión con el Señor debe ser de tipo auténtico, pues de otra manera los que lo escuchan serán simplemente sermoneados de domingo en domingo.

Necesitamos de toda una cualitativa elevación de nuestra fe, y un celo para no comunicar nada sino la palabra que es *otorgada* por Dios. Tiene que haber para nosotros una motivación más que nuestra reputación como predicadores, o que nuestro temor de los hombres, o nuestra preocupación por no ofender o desilusionar. Quizás no haya un tónico más saludable para la iglesia, que el introducir a la audiencia a un silencio, y anunciarles, para su sorpresa, que aquel que iba a hablar no tiene ni una palabra de Dios para comunicar, y que él no va a llenar el vacío con algo que simplemente es bueno. Este es el tipo de celo al cual debemos retornar si es que vamos a tener aquello de lo que Pablo habla en su primera carta a los Tesalonicenses.

El Lugar de Comunión

Y de allí me declararé a ti, y hablaré contigo de sobre el propiciatorio, de entre los dos querubines que están sobre el arca del testimonio, todo lo que Yo te mandare para los hijos de Israel. (Éxodo 25:22)

Es confortante saber que el Señor utiliza la palabra ‘mandare’ en lugar de la palabra ‘sugiriere.’ Esta es la razón por la cual nosotros como la iglesia en general somos tan infantiles, es decir, que nada más es requerido de nosotros que el traer nuestros cuerpos al servicio del domingo, echar algo de dinero en la canasta de recolección, y el cantar algunos coros. No existe ningún requerimiento, ninguna palabra de autoridad expresada hacia nosotros, y ninguna demanda es hecha. El sermón se convierte en un espectáculo, una parte del requerimiento para la ‘hora de iglesia.’ Es un sermonear en lugar de ser un evento, y estamos pagando un precio severo y grave por estas cosas. No estamos recibiendo la palabra creativa que transforma, y por tanto algo negativo está sucediendo – un adormecimiento de nuestros espíritus, un adormecimiento de nuestro discernimiento, y la creación de una atmósfera de apatía dentro de nuestras congregaciones. Ha habido demasiado profesionalismo, tanto en los predicadores como en los laicos. La palabra que es ‘otorgada’ tiene peso, y lo sabemos cuando la escuchamos. Exige una particular demanda sobre nuestra atención, e igualmente un requerimiento sobre nuestra obediencia. Esa clase de palabra sólo puede surgir del consejo de Dios.

El mismo principio debe ser aplicado a las palabras que hablamos, aun en nuestra conversación, o mientras nos exhortamos los unos a los otros diariamente, o al hablar la verdad en amor. ¿Es la simple opinión humana lo que está siendo expresado, o la mismísima palabra de Dios? Debemos hacer un llamado moratorio sobre toda comunicación casual, y esperar en Dios para una renovación de nuestra reverencia por la palabra hablada, no solamente desde plataformas y púlpitos, sino también sobre nuestras conversaciones, y aun sobre aquello que estamos comunicando al mundo. He visto venir el juicio de Dios a congregaciones con base en las palabras que he hablado. Nunca utilicé la terminología, “Así dice el Señor, esto y esto otro les sucederá si ustedes no hacen esto o aquello.” Simplemente les hablé una palabra de Dios, y ellos escogieron no recibirla *como palabra de Dios*. La descartaron como si fuera sólo la opinión de un hombre, y ahora aquellas congregaciones no existen.

El Requerimiento de la Palabra

La venida de Dios en Su palabra tiene una consecuencia. Jesús dijo,

Si Yo no hubiera venido, ni les hubiera hablado, no tendrían pecado;
pero ahora no tienen excusa por su pecado. (Juan 15:22)

En otras palabras, “Mi aparición y Mi comunicación han quitado de ustedes toda pretensión. La verdad ha venido en Mí mismo, y ahora ustedes son responsables. Antes de que viniera, ustedes tenían una excusa para su superficialidad, y para sus ‘haceres’ religiosos, que ustedes pensaban era lo verdadero, pero ahora que he venido, ahora que he *hablado*, ya no tienen excusa. El estándar divino ha descendido. La realidad de Dios, la revelación de Sus propósitos ha sido presentada, y ahora ustedes son responsables por eso. Ustedes *no pueden* seguir como antes.”

Cada vez más, estoy experimentando la audacia de decirle a las congregaciones, “Ustedes van a lamentar el haberme invitado, porque después que hable, van a ser ahora responsables – y esto *eternamente*. Si ustedes escogen rechazar lo que viene, entonces estén seguros que no podrán seguir como estaban antes. O caerán en algo aún bastante inferior a lo que antes tenían, o avanzarán hacia algo cualitativamente nuevo.” La palabra apostólica es un evento revelador para la congregación o para el individuo, viniendo de alguien que es *enviado*, quien porta la palabra de Dios, y a quien se le ha dado el Espíritu sin medida.

Cuando Dios habla, algo tiene que ceder. Si no queremos ceder en ese algo, entonces habrá una tensión de resistencia y rechazo de la palabra. Si las personas no pueden encontrar la oportunidad de oponerse a la palabra en virtud de rechazar la palabra, encontrarán su punto de oposición en rechazar al hombre. Parece ser que Dios siempre les da algo de que agarrarse. Siempre habrá algo, si es que las personas quieren encontrar una manera de absolverse a sí mismos de las

implicaciones y los requerimientos de la palabra de Dios. Y sin embargo, al mismo tiempo, para el hombre que la está trayendo, no puede emplearla como una excusa, en donde si él tiene un defecto dice, “Bueno, eso es lo que Dios utiliza.” Lo que él necesita es lamentarse por el hecho de que hay *algún* defecto, y buscar de cualquier manera rectificarlo y corregirlo, para ser impecable y sin ofensa delante de Dios y de los hombres. Sin importar lo diligente que sea en esto, las personas *aún* encontrarán ofensa. La encontraron en Jesús, y la encontrarán en nosotros, pero “...bienaventurado es aquel que no halle tropiezo en Mí” (Lucas 7:23b) – o “de tropezar con aquel a quien Yo he *enviado*, quien es la mismísima expresión de Mi ser.”

La Verdadera Predicación Espera por el Verdadero Enviar

Todo depende de que aquel que predica sea ‘enviado.’ Por tanto, la comunidad que lo envía debe ser del mismo tipo de él, y compartir la misma mentalidad y centralidad en la Cruz. Dios no dirá, “Apartadme a...,” a no ser que la persona estaba *ya* apartada y separada, y por tanto ser enviada por medio de la imposición de manos de personas con una mentalidad, un corazón y un espíritu similar. La persona enviada está siendo enviada *en lugar de Cristo*, y aquellos que la están escuchando están escuchando exactamente lo que hubieran escuchado si Cristo mismo hubiera venido. El ser enviado es mucho más que ser comisionado; es más bien el ser enviado en lugar de otro, y el Otro es Cristo mismo, y es a través de nosotros que ellos escuchan la voz y la comunicación de Cristo.

Mas ¿qué dice? Cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón. Esta es la palabra de fe que predicamos: que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo. Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación. Pues la Escritura dice: Todo aquel que en El creyere, no será avergonzado. Porque no hay diferencia entre judío y griego, pues el mismo que es Señor de todos, es rico para con todos los que le invocan; porque todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo. ¿Cómo, pues, invocarán a Aquel en el cual no han creído? ¿Y cómo creerán en Aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quien les predique? ¿Y cómo predicarán si no fueren enviados? Como está escrito: ¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian la paz, de los que anuncian buenas nuevas! Mas no todos obedecieron al evangelio; pues Isaías dice: Señor, ¿quién ha creído a nuestro anuncio? Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios. (Romanos 10:8-17)

Esto puede ser reducido a algún tipo de fórmula al poner delante de la consideración del que escucha algo que pueda repetir, algún tipo de reflejo mecánico, un tipo de ‘creer facilista.’ Lamentablemente, esta metodología caracteriza a la mayoría de nuestro evangelismo moderno, y ha dejado a muchos

fuera del reino. Ellos recitaron algo que fueron animados a repetir, y se han perdido de la completa profundidad de esto. Existe una cierta manera de escuchar que es requerida para cierta manera de creer, y por tanto, requiere una cierta manera de predicar, y un cierto tipo de palabra.

De hecho Pablo está citando del libro de Isaías donde el profeta dice,

¡Cuán hermosos son sobre los montes los pies del que trae alegres nuevas, del que anuncia la paz, del que trae nuevas del bien, del que publica salvación, del que dice a Sion: ¡Tu Dios reina! (Isaías 52:7)

Sin embargo, este versículo es precedido por algo extraordinario en el versículo 6,

Por tanto, Mi pueblo sabrá Mi nombre por esta causa en aquel día; porque Yo mismo que hablo, he aquí estaré presente.

Quiero tomarme la libertad de decir que ‘anunciar’ significa *pronunciar* o *proclamar*. No es simplemente un anuncio, sino una palabra que constituye un evento al ser promulgada. El ‘anuncio’ no siempre llega a tener el distintivo de la verdadera predicación. La palabra no es simplemente informativa, o algo inspirador, sino un soplo ‘rhema’ creativo de Dios, y al escucharla es que un evento toma lugar. La fe es establecida donde antes no la había.

Dios no nos dice ni una palabra acerca de presentar la fe a otros de alguna manera sistemática a través de la cual su lógica pueda ser complacida, y que ellos pueden ser ganados por medio de declaraciones con algún tipo de lógica invencible. En lugar de esto, El dice que la clave para que puedan creer, y para que invoquen el nombre del Señor, es al escuchar una palabra particular, es decir, la *palabra de Cristo*. No es la palabra *acerca* de Cristo, aunque necesariamente ese será el tema, sino la palabra *de* Cristo mismo. Los pies de aquellos que llevan las nuevas son llamados ‘hermosos’ o ‘benditos’ pues, “*Yo mismo que hablo, he aquí estaré presente.*” Aquél que está hablando a través de aquellos cuyos pies llevan las buenas nuevas, no son la vasija de barro en aquel monte, sino Aquél que posee aquella vida, y que está hablando a través de ella. Es de hecho la palabra misma de Cristo. Ellos escuchan la palabra de Dios, y Su palabra es igual de creativa como lo fue en el principio – El habló y fue hecho.

Son *nuestros* pies – la parte más baja de nuestros cuerpos; pero la voz, la comunicación, el contenido y las palabras que constituyen el evento creativo, y que establecen fe para creer, para que aquellos que habían sido hostiles y resistentes puedan llamar, es de hecho Su voz, Su comunicación y Sus palabras. Podemos creer esto de algunos gigantes de la fe como Pablo pero, ¿podemos creer este fenómeno de nosotros mismos? ¿Podemos creer que Dios tiene tanta posesión de nosotros, que somos los hijos y las hijas de la resurrección, para poder decir con absoluta certeza, “No somos nosotros los que hablamos.”? La completa consumación de la era, espera por la restauración de un remanente del

pueblo de Israel, tan histórica e inexorablemente opuesto a este mismo evangelio, y quienes son los enemigos del evangelio hasta el día de hoy. ¿Cómo creerán lo que por tanto tiempo han rechazado? Dios dice, a través de Pablo, que ellos escucharán una palabra de tipo particular.

A menos que lo escuchen a *El*, el mensaje y la voz de Cristo, no creerán la verdad de Su muerte y resurrección. Si usted cree en su corazón que Jesús es el Señor, y que Dios lo ha resucitado de los muertos, usted será salvo. ¿Cómo creerán en *El*, a menos que crean que fue resucitado de los muertos? ¿Cómo creerán que *El* fue resucitado de los muertos, a menos que la evidencia de la resurrección esté en las palabras, en la conducta, en la voz, en la disposición y en la constitución de la persona que se para frente a ellos? El que escucha no puede creer a menos que demos como hijos de la resurrección la verdad de la resurrección, y cuyas palabras son palabras de resurrección de poder creativo. Este es el asunto de la salvación de los perdidos, y particularmente del judío en los Últimos Días. Es *nosotros* y lo que les presentamos a ellos lo que constituye el asunto de su salvación.

Vida de Resurrección

El asunto de la resurrección es el asunto de la autenticidad del Señorío de Jesús.

Y estando en la condición de hombre, se humilló a Sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre. (Filipenses 2:8-11)

La resurrección de Jesús es la exaltación de Aquél que experimentó la máxima humillación hasta la muerte. Su Señorío es Su ser siendo exaltado sobre todo nombre, y esto es lo que es conferido sobre *El*, a través de Su resurrección, por Su obediencia hasta la muerte, y muerte de Cruz. Es por esto que cualquiera que crea que Jesús es el Señor, y que Dios le ha resucitado de los muertos, será salvo. Estas son las dos doctrinas principales, y están inextricablemente unidas. Si no hubiera una resurrección, no habría un Señorío.

Por lo tanto, al ver la resurrección de Cristo, y al escuchar la voz del Cristo resucitado en el mensajero, el incrédulo, quien no ha tenido ninguna preparación para este encuentro, es enfrentado con el final de *su* señorío sobre *su* propia vida. Es el fin de su cuenta bancaria, de su unión con sus negocios, y de lo que va a hacer – todo eso se termina. Todas aquellas pseudo cosas se terminan cuando Jesús se convierte en Señor y dice, “Ahora tú harás Mi voluntad.” La razón por la cual las personas evaden a Dios, quienes de otra manera hubieran disfrutado de

Dios como Dios, es debido a que no les gusta la parte de ‘Señor.’ Es el Señorío el que nos agarra de las gargantas, y especialmente a mi pueblo judío, porque a ellos les gusta ser sus propios amos. Para reconocer que Jesús es el Señor se necesita del poder que lo resucitó de los muertos.

Por lo tanto, el escuchar y ver a un mensajero, que habla las palabras de Cristo, es dar evidencia que Cristo resucitó, pues el mensajero es en sí mismo el hijo de la resurrección, o no es él un mensajero, que es decir, no es aún auténticamente de Dios. El Cuerpo del cual él surge debe ser un Cuerpo de personas resucitadas, quienes viven en el poder y la realidad de la resurrección, o no habrá un envío que constituya un ‘enviado.’ Todo el asunto es la verdad de resurrección al ser conocida experimentalmente por un grupo de personas en la tierra, o de otra manera tanto el judío como el gentil permanecerán encerrados en su incredulidad. Nada más los liberará.

El creer en la resurrección es creer que Jesús es el Señor. El creer que Jesús es el Señor es creer en la resurrección. El creer *en sí* es un milagro que toma lugar por la operación de Dios a través del hablar y el escuchar de uno que es enviado, quien trae las buenas nuevas, para que aquellos que las escuchen puedan creer, e invocar el nombre del Señor. Es algo más que darle a El algo de reconocimiento honorífico, es la rendición de la vida independiente a la totalidad de la autoridad de Dios una vez y para siempre. Esto es salvación, y cualquier otra cosa inferior y diferente a esto es falsa.

¿Por qué es que Dios bendice los pies de aquellos que llevan las buenas nuevas, y cuyas palabras de hecho constituyen paz y establecen salvación, y quienes le dicen a Sion, “Tu Dios reina”? Se debe a que quien lo está hablando es aquel en quien *de hecho* Dios reina. Aunque aquel que lo escuche no conozca las circunstancias particulares, la verdad del señorío en el hombre que se encuentra hablando es evidente. Existe un Dios que reina, y la verdad de Su reinado como Señor es demostrado en la postura, la voz, el rostro, la conducta y el carácter de aquél que lleva las buenas nuevas. Y por tanto, el mensajero lo es todo.

Dios hace una gran premisa sobre la voz de Su orador, pues la voz carga con la urgencia de Dios, la seriedad divina, y si usted cambia esto reteniendo aun la palabra técnica, usted ha perdido el mensaje. Es por esto que Jesús podía decir que si lo reciben a usted, me reciben a Mí, y si me reciben a Mí, reciben a Aquél que me envió. Somos la conexión vital con el Dios viviente, pero debemos ser algo más que Cristianos evangélicos o pastelillos de crema carismáticos con buenas intenciones. Debemos ser nosotros mismos producto de la resurrección.

Dios no dará Su gloria a otro ni la compartirá con la carne, sino sólo cuando es exclusivamente El mismo, y es por esto que no vemos *aquella* gloria. No hay muchos de nosotros que estemos dispuestos a vivir en aquel filo de esa cuchilla. No estamos tan preocupados por la gloria de Dios al evitar la vergüenza del fracaso, y esto es lo que vemos todos los domingos desde el púlpito. Es por esto

que tenemos tan pocos ‘eventos resucitados’ en la predicación. Es por esto que la predicación apostólica es diferente a la predicación convencional. La predicación convencional jamás podrá ser un evento en Dios. No levanta a los muertos. Como alguien dijo, y lo creo por mi propia experiencia, toda predicación verdadera es de nuevo un resucitar de los muertos. Debemos tener una apreciación mejorada de lo que la resurrección significa como un ‘evento de Dios’ en la palabra que es comunicada en el poder de resurrección. Nunca seremos una boca para esto si es que hay algo que queramos preservar que tenga que ver con *nuestra* reputación. En nuestro temor, razonamos, “¿Qué si la palabra falla? ¿Qué si, al haber confiado en Dios absolutamente, sin habernos apoyado en nuestros propios recursos, no logra El entrar? ¿Qué si somos dejados con nuestra cara muda, y en lugar de una palabra poderosa de resurrección, sólo sale un pequeño bip que cae en el suelo haciendo ruido? ¿Qué hacemos entonces?” – y es por esto que no vemos la gloria de Dios.

El único calificado para predicar una palabra como esta, es aquel que quiere correr en la dirección contraria, como Jonás. Sin embargo, un hombre al que le gusta hablar, que le gusta el público, y que disfruta con ser visto y escuchado, puede dejar de pensar que una palabra como esta será alguna vez emitida de su boca. El hombre que suspira y gime cuando lo llaman a hablar, que no quiere estar allí, que se siente terriblemente incomodo, que sabe que no va a ser entendido, es el hombre de cuya boca saldrá con seguridad la verdadera predicación.

Un Pueblo Elías

Dios está de hecho tras de una iglesia apostólica completa que pueda comandar los elementos así como Elías, “*No habrá lluvia ni rocío en estos años, sino por mi palabra.*” ¡Imagínese a un simple hombre comandando los elementos con la autoridad misma de Dios! Este no es un privilegio permitido a un hombre que se deja manipular por su propia subjetividad. Cuando Dios permita esta clase de comunicación a través de una boca mortal, usted puede estar seguro que el vaso a sido adecuadamente tratado por la mano de Dios en tal manera que usted no puede decir dónde termina el hombre y dónde comienza Dios. Su pensamiento *es* el pensamiento de Dios, y su palabra *es* la palabra de Dios. Y Dios está deseoso por un pueblo en la tierra, que tenga esta profunda reverencia por la palabra hablada.

Di un mensaje hace muchos años en una conferencia en Washington, DC. En ese entonces era un joven creyente, quien apenas había ido más allá de siquiera compartir mi testimonio. Ayuné y esperé en Dios durante dos días por el mensaje. Con la simplicidad y la ingenuidad que tenía como un joven creyente, simplemente hablé las palabras que Dios me dio. Los organizadores pensaron que iba a dar un testimonio judío agradable, pero el Señor me dio un mensaje titulado, *Eunuco por causa de Cristo*, y yo mismo era demasiado joven para darme cuenta

qué tan radical era este mensaje. La espada del Señor penetró en cientos de personas, y los dividió en dos grupos. Una mitad estaba a punto de colgarse de mi cuello en gratitud por la palabra que para ellos era vida absoluta, y el resto estaban listos para *quitarme* la vida.

Estaba impresionado por el efecto, y sabía que algo muy profundo había sucedido. Era el día final de la conferencia, y esa noche todos los predicadores y sus esposas fueron invitados al apartamento penthouse del presidente de la organización. Esa fue la noche en que aprendí lo que significa ser un extraño y un peregrino. Cuando fuimos hacia la mesa del buffet, las personas me volteaban la espalda, y me sentí como la escoria del mundo, como un inadaptado que había traído una terrible palabra de ofensa, y que había causado una dolorosa controversia.

Sin embargo, en el momento que terminé de dar el mensaje en esa noche, un hombre se me acercó, diciéndome que él era un profeta judío, enviado de Dios, y un oficial de la organización anfitriona. Dijo que tenía una palabra del Señor para mí, y que yo había errado en encontrar la mente del Señor, y que le había hecho un grave daño al pueblo de Dios. Me dijo que tenía que regresar inmediatamente al micrófono, y retractar el mensaje. ¿Usted sabe cómo me sentí cuando escuché eso? Si hubiera tenido una opción, hubiera preferido haber sido apuñalado físicamente que haber recibido esa seria acusación. Los primeros pensamientos que tuve fueron que podía ser cierto, y que quizás *había* errado en encontrar la mente del Señor, aun después de haber esperado en el Señor y de haber ayunado. Pero entonces, ¿qué acerca del pasado? ¿Qué acerca de las otras cosas que había hablado antes? ¿Podía haber estado errado también en ese entonces? ¿Qué seguridad tenía para el futuro?

Fue una acusación devastadora, y el Señor no estaba allí para otorgarme algo de alivio. Decidí imponerme voluntariamente el exilio, y eventualmente abandoné el país y me trasladé a Dinamarca, el país de mi esposa, una tierra donde no podía entender ni una palabra de lo que hablaban. Mis hijos tenían que tomarme de la mano para poder interpretar lo que me decían como si fuera un imbécil. Fue una experiencia de ‘desierto’ para un hombre que era celoso por las palabras y por su significado. Rehusé todas las invitaciones, deseando nunca más subirme a una plataforma, y el diablo se aprovechó de esta oportunidad para cabalgarme implacablemente, “¿Quién dijo que usted era un predicador? Usted nunca debió haber ido más allá de su testimonio. Usted debió haber permanecido como un maestro de secundaria. ¿Quién dijo que usted era llamado? ¡Mire todo el daño que ha causado! ¡Usted pensó que tenía la mente del Señor, qué presumido!” Y yo decía después de aquellas palabras, “Si, es cierto.”

Durante seis meses, gemí en esa condición, ardiendo con la inefable vergüenza de que este “profeta” hubiera podido estar en lo cierto, y que me estaba llamando de larga distancia para que me acordara de retractarme. Fue una prueba de fuego en el silencio de Dios. Después de seis meses, fui invitado a hablar, y después de recibir un descanso del Señor, comencé a prepararme leyendo de la trilogía de

Watchman Nee sobre *El Hombre Espiritual*. ¡Para mi grandioso asombro había allí una referencia del “Eunuco por causa de Cristo”! El utilizó las mismas escrituras que yo había utilizado para mi predicación, y después de esto él añadió, que si nos perdíamos del significado del Espíritu y lo considerábamos como algo ‘carnal,’ ¡seríamos profundamente ofendidos! Cuando leí esto, tuve una gran liberación, se levantó la carga, y una profunda reivindicación de Dios que de hecho había hablado Su palabra.

Estoy describiendo este episodio solamente por una razón, es decir, que si la palabra de Dios va a ser restaurada a su estado de exaltación como una palabra que nos es otorgada como un evento, se nos debe recordar que el precio no será barato. Existe un precio por este tipo de palabra, y periódicamente Dios requerirá de algo sólo para recordarnos lo santo que es el hablar la palabra que El otorga.

Proclamando la Palabra que es ‘Otorgada’

“*El espíritu del profeta está sujeto al profeta.*” ¿Qué se necesita para retener algo y no expresarlo, sin importar lo verdadero ni lo mucho que pensemos que servirá a los propósitos de Dios, y lo mucho que bendecirá a las personas que lo escuchan? Si no es el momento de Dios, entonces necesitamos retenerlo. ¿Por qué es Dios así? Si El lo otorgó, y no quiere que sea expresado ahora, ¿entonces por qué no lo da más tarde cuando sea tiempo de expresarlo? ¿Por qué darlo ahora para ser retenido? ¿No sabe Dios que esto será una frustración y una manera interna de disciplina de tipo muy exigente? ¡Si, por supuesto que lo sabe, y es por esto que lo está haciendo! Algo le sucede al individuo cuando contiene y sujeta su propio espíritu, sin simplemente escupirlo. Una eyaculación siempre es un gran alivio, pero el retenerlo hasta el momento establecido está *más allá* de la cuestión de aquello que *nos* alivia. Es la cuestión de aquello que glorifica a *Dios*. Aun existe un ‘usted’ involucrado cuando dejamos escapar algo. El llegar a un punto donde no existe interés propio o satisfacción, y donde da lo mismo hablar que no hablar, ser visto que no ser visto, ser usado que no ser usado, el ser puesto a un lado o el ser empleado – *entonces podremos ser utilizados*.

El propósito de Dios no es el de aliviar nuestra tensión, sino la revelación de Su gloria. Somos más inclinados a ser alivio-mentalizados que gloria-mentalizados, y mientras permanezcamos en esta condición, nunca seremos utilizados para ministrar la Vida de Dios. Tenemos una pregunta, y por tanto *esperamos* una respuesta. La pregunta puede ser aun buena e interesante, ¡entonces por qué no hacer la pregunta y recibir una respuesta! Tenemos una necesidad y *queremos* que sea suplida, pero eso no es ser regido por el Espíritu de Dios, es sólo buscar el propio interés. Todo es predicado sobre *nuestro* interés. El hecho que sea un interés espiritual no deja de ser un interés propio. No debemos operar con base en nuestra propia curiosidad, y aunque algo sea bueno o válido, eso no justifica su expresión. Lo único que importa es lo que Dios otorga en ese momento.

No debemos proceder con base en nuestra propia visión, nuestro propio escuchar, nuestra propia subjetividad o nuestras propias impresiones. Le pertenecemos al Señor, y nuestra vida no es nuestra. No tenemos vida hasta que Dios la otorga, y Dios la otorga *sólo* para *Sus* propósitos y gloria. Aun cuando vemos a aquellos a los cuales nos dirigimos caer como moscas, y postrándose sobre sus rostros bajo el poder y el impacto de la palabra, no experimentamos nada en ese momento. No somos afectados en absoluto, y estamos totalmente insensibles a aquello que ha llevado a otros a postrarse sobre sus rostros. Simplemente estamos ‘afuera de esto,’ pues no es nuestra palabra. No podemos exaltarnos en ella, pues no es nuestra propia obra. Es de los sentimientos más extraños el estar en cierta manera despegado del poder y del efecto de su propia palabra, ni tampoco es permitido en ninguna manera el siquiera extraer algo de satisfacción para nosotros mismos.

Cuando hablamos con base en *eso*, estamos retando todo aquello a lo cual los hombres han dado su aprobación. O es nuestra palabra la de Dios, o somos alguna clase de monstruos salvajes que le están haciendo daño al Cuerpo de Cristo. Esa tensión siempre está con nosotros, y el Señor permitirá aun una ocasión aquí o allá donde *no* será El, y donde hemos actuado en una manera donde pensamos que era el Señor, pero todo era producto de nuestro propio entendimiento. Dios quiere simplemente mantenernos honestos, y no debemos presumir que en toda ocasión podemos estar confiados que es Dios, lo que quitará la tensión y la dependencia. Dios permitirá una humillación y un fracaso, para cargar nuevamente nuestros corazones con la enorme gravedad de aquello en que nos encontramos, y del requerimiento de estar adheridos a El, y dependientes de El, para todas nuestras palabras.

Existen situaciones donde no estamos seguros de lo que vamos a decir, o de lo que vamos a hacer. Es una extraordinaria clase de sufrimiento el encontrarse en ese tipo de situación, y aun después que pasa el momento, continuamos siendo asaltados por el pensamiento de que quizás dejamos escapar el momento, cuando debimos hacer algo, y no lo hicimos. Eso es un sufrimiento, pero quiero decir que ese sufrimiento está en el corazón de la vida de iglesia. Existe un sufrimiento que falta por ser cumplido en el Cuerpo. Este tipo de sufrimiento es inevitable, frecuente, y debemos aprender a soportarlo. Muchos de nosotros hemos agonizado sobre la condición de la iglesia, y el Señor lo sabe, y existe una cierta inevitabilidad acerca de esto, una cierta tensión de *no saber*. Siempre nos preguntaremos si hicimos lo correcto, y al soportar ese sufrimiento, el Señor honrará nuestra parte. Cuando la respuesta redentora venga, surgirá de la disposición para soportar el sufrimiento como algo que hace parte de la fe.

Nuestro Mandato de Predicación

Debemos arrepentirnos de la forma casual en la que hemos estado hablando hasta ahora. Debemos detener el superficial abuso y mal uso de la palabra de Dios y del ‘jugar’ con las Escrituras como si ellas fueran la provisión de Dios para que

nosotros podamos llevar a cabo un sermón. Pablo no le dijo a Timoteo, “*¡Sermonea!*” sino, “*Predica la palabra; insta a tiempo y fuera de tiempo; redarguye, reprende, exhorta con toda paciencia.*” ¡Aquí está nuestro mandato! Esta debería ser la sustancia esencial de toda nuestra predicación. El propósito de la predicación no es el de construir sermones interesantes, o para disfrutar de la palabra de Dios, como si fuéramos sensualistas espirituales. La palabra de Dios es otorgada para propósitos prácticos, es decir, para redargüir, para reprender y para exhortar, ¿pero cuántas de nuestras congregaciones pueden siquiera aceptar esta cuestión tan elemental? Ellos vienen por algo diferente en los domingos. Quieren ser ‘consolados,’ o quieren escuchar una palabra que les dé calma. Después de todo, dicen ellos, han tenido una semana pesada. ¿Puede usted ver que toda la estructura de nuestra iglesia, y su completa mentalidad se encuentran torcidas?

“Te encarezco delante de Dios,” dice Pablo, “y del Señor Jesucristo, que juzgará... que prediques la palabra.”

En otras palabras, los sermones, aunque sean ellos doctrinalmente correctos, tendrán el efecto de debilitar a la audiencia. Es esto lo que hace de alguien un presentador profesional. Si es que vamos a tener una palabra apostólica, una palabra creativa que lleve a cabo una obra dentro de aquellos que la escuchan, entonces vendrá a través de hombres y mujeres que no están gobernados por el miedo a los hombres. Dios está en busca de aquellos que esperarán por Su palabra, y que no la encontrarán en sus concordancias. Existe un lugar donde Dios nos invita a entrar para que tengamos comunión con El – detrás del velo, en el lugar santísimo, en medio de los querubines y sobre el Arca del Pacto. El es un Dios real con un propósito real para la raza humana, y El dice,

“Y de allí me declararé a ti, y hablaré contigo todo lo que yo te mandare para los hijos de Israel.”

Es por esto que Pablo le podía decir a los que lo escuchaban:

(Oren) por mí, a fin de que al abrir mi boca me sea dada palabra para dar a conocer con denuedo el misterio del evangelio, por el cual soy embajador en cadenas; que con denuedo hable de él, como debo hablar. (Efesios 6:19-20)

Si Pablo tenía que pedir semejante oración para sí mismo, un hombre que tenía un conocimiento enciclopédico de las cosas apostólicas, y que había sido un discípulo del Rabí Gamaliel, ¡entonces cuánto más debemos nosotros descartar cualquier aproximación casual hacia el ministerio de la palabra de Dios! Pablo ni siquiera soñaría con elaborar sus propias palabras.

La Voz del Predicador

Debemos tener la resonancia de Dios en nuestro hablar, no solamente transmitiendo el contenido y el significado, sino también la disposición del corazón mismo de Dios, y la manera en que *El* se siente con respecto a lo que se está diciendo. Muchas veces hago la siguiente oración, “Señor, poséeme de tal manera que Tu palabra tenga su expresión completa, aun en el temperamento de la comunicación.” El temperamento no tiene nada que ver con la elección del predicador. Hay momentos en que es como un pedazo de cartón, o alguien muy monótono, y es algo que no puede alterar. Es muy incomodo para él hablar de esta manera, y desearía tener la libertad de darle a la palabra el brillo que necesita. Sin embargo, se encuentra tan atado a Dios en la manera de hablar como con el contenido de lo que está diciendo. En otras ocasiones el hombre se encuentra fuera de sí mismo, incapaz de contenerse, casi que cayendo del borde de la plataforma en la intensidad del momento. En ambos casos, no es el hombre el que toma esta determinación, sino *Dios*.

Existe algo acerca de la resonancia de la voz que cuenta la historia y la calidad de la relación de la persona con Dios. Sé que nuestras voces son tan distintas como nuestras personalidades y nuestros aspectos, pero todas estas cosas son temperadas por nuestra relación con Dios. Cuando miro ciertos rostros, sé que no revelan la gracia de Dios, ni tampoco revelan la evidencia de una relación de tipo continua o profunda. Hay algo que falta en el rostro. Sin embargo, otros reflejan en sus rostros un brillo del cual son aun inconscientes. Cuando usted está en la presencia de Dios, y es alguien que está en busca de Dios, y hay una vida de comunión, devoción y de derramamiento de su corazón, entonces el reflejo de esto será tanto en el rostro como en la voz del creyente. Una voz es como una firma, y alguien dijo que una vez lleguemos a los cuarenta años de edad, somos responsables por las arrugas y las expresiones de nuestros rostros. También somos responsables por nuestras voces, y Dios hizo a Israel responsable por no haber obedecido Sus palabras y la *voz* de Su proclamación que vino a ellos a través de los profetas.

El Temperamento de la Comunicación

El temperamento del predicador puede estar la mayoría de las veces en violenta oposición al estado de ánimo que ya ha sido establecido en la congregación, especialmente por el ‘grupo de alabanza.’ Los líderes y los grupos de alabanza casi siempre parecen tener un propósito independiente para su existencia, al intentar establecer cierto tipo de estado de ánimo. En lugar de trabajar juntamente *con* la palabra que está por venir, o de sentir el temperamento y el corazón de Dios, ellos ya tienen sus canciones programadas, y lo que van a cantar o a hacer. Tienen su talento musical y sus amplificadores, y van a ‘llevar a cabo su cosa,’ y dejar que usted se las arregle de la mejor manera que pueda. Por tanto, el ministerio de alabanza se celebra como algo en sí mismo. Si pudiera,

desconectaría todos los cables de los proyectores y amplificadores. Por qué más bien no balbuceamos y nos reímos, y nos perdemos de unas palabras aquí o allá, y nos adentramos en el espíritu de adoración de Dios, en lugar de ser guiados por coros y más coros. Lo que ellos realmente tratan de hacer es crear una atmósfera para el servicio, en lugar de tocar el corazón de Dios, mucho menos preparar a los que están reunidos para recibir una palabra santa.

Existe una lucha que se está llevando a cabo justo en medio de la iglesia, y no existe hombre que la sienta más precisamente que aquel 'loco' que trae una palabra extraña con un temperamento contrario a todo lo que prevalece, en donde todos quieren irse a casa sintiéndose bien, y nadie quiere ir a casa en tensión. Un predicador apostólicamente mentalizado con regularidad enviará a las personas a la casa lastimadas e infelices. El no tiene ese tipo de mentalidad que quiere todo envuelto, en un servicio, en un paquete con una cinta encima y enviar a la gente a casa feliz. Dejará ir a las personas a sus casas lastimadas, con dolor y aun en agonía. Hará preguntas que inducirán a los que lo escuchan a luchar y a pelear su camino hacia un lugar en Dios. Existen muy pocos pastores, quizás uno entre cien, que estarán dispuestos a permitir que su congregación sufra ese tipo de tensión y estrés. "Envíelos a casa felices" es la premisa silenciosa de la religión contemporánea a la cual nosotros, que tenemos la mentalidad apostólica, no nos suscribimos. Somos de los que los mandamos a casa agitados con preguntas que están obligados a considerar y que no pueden ser contestadas en un servicio. Si se nos dieran tres días, quizás podríamos llevar totalmente a los que escuchan hacia el otro lado. ¿Sin embargo, cuántas iglesias están dispuestas a someterse a esta clase de hombre por esta cantidad de tiempo? Quizás solamente un servicio y, "*¡Fuera con él!*"

Mis sospechas son alertadas si se lleva a cabo cualquier clase de 'presunción' o 'exitación,' cualquier exageración o sensacionalismo que evoque una manera o un modo de emoción que al oído le guste escuchar, que sacará del aburrimiento a aquellos que están buscando una alternativa diferente a su aburrición. No tenemos porque añadirle a la palabra una calidad extra para hacer que sea interesante al que escucha. La palabra misma habla por sí misma. Alguien que busque traer un elemento extraño a través de su personalidad o manera de hablar es con seguridad falso. Si somos altamente individualistas, y queremos cortar una tajada para nosotros, o hacer nuestra propia cosa a nuestra manera, entonces seremos descalificados. "Yo pondré *Mí* palabra en tu boca, y eso es lo que tú hablarás, y lo hablarás en la manera que *Yo* quiero que la hables." Esto no es la rendición de la identidad, sin el *establecimiento* de ella. El hombre de Dios puede que pierda su vida, pero de hecho la ha encontrado. Dios no nos llama a ser autómatas, para llevar la palabra de Dios como si fuéramos un artefacto mecánico. Estos hombres son formados aun desde el vientre, y esa formación es bajo la mano de *Dios*.

¡Sube y Espera Allá!

¿Estamos lo suficientemente seguros en Dios para no tener nada que probar, nada que demostrar, debido a que nuestra identidad está firmemente establecida en Dios? ¿Estamos tan firmemente aceptados en el Amado que no tenemos nada que probar para *nuestros* ministerios o para nosotros mismos? No tenemos que demostrar nuestra inteligencia, nuestra espiritualidad, nuestra experiencia, sino que más bien esperamos por la palabra que es otorgada. ¿Si Jesús ni siquiera diría Sus propias palabras, entonces qué podremos presumir nosotros en decir? De hecho, es humillante esperar por aquello que es *otorgado*, especialmente cuando usted es naturalmente listo en sí mismo, y aun tiene un don con las palabras. Estar absolutamente dependiente de Dios, por aquello que es otorgado, es una humillación para el hombre en su orgullo.

No debemos nunca estar satisfechos simplemente con ‘algo bueno.’ Dios nos invita a tener un celo apostólico por la palabra que es *otorgada* en comunión con El. Moisés recibió sus instrucciones en la cima del Monte de Dios, donde permaneció cuarenta días y cuarenta noches sin comer ni beber. El subió a la presencia de Dios para poder recibir las tablas de la Ley, y desde la primera invitación, vemos la completa genialidad de Dios con el hombre: “*Sube a Mí al monte, y espera allá, y te daré tablas de piedra, y la Ley, y mandamientos que he escrito para enseñarles.*” Dios le dice, a todos los que tengan algo de ambición carnal, “y no piensen que simplemente van a subir a tomar la tablas de Mí e irse. Yo conozco su ansiosa ambición religiosa para establecer su reputación de predicador, pero Yo soy un Dios santo, y ustedes no van a predicar alguna cosa abstracta de Mi Palabra.”

El primer requerimiento para la predicación apostólica será eternamente y siempre éste: “Suban a Mí, no por lo que van a recibir de Mí, sino *a* Mí, por amor a Mí, y *estén* allí totalmente, todo lo que son en unión con todo lo que Yo soy, y *después* les daré las tablas de la Ley.”

Este es el requerimiento de Dios, y sin embargo la mayoría de nosotros parece que sintiéramos tener la libertad de violar Su Palabra, y de extraer Escrituras y ‘hacer’ sermones. Dios nos está llamando hacia algo más sublime, a través de la restauración de la gloria y la realidad apostólica, por hombres y mujeres que no se toman su libertad con la Escrituras, sino que reciben de Dios la palabra explícita que es otorgada solamente en un lugar - ¡Su presencia! “*Sube a Mí al monte, y espera allá*” es en sí mismo el mensaje apostólico. El mundo no se está muriendo por información *acerca de* Dios, sino por hombres y mujeres que van a comunicar a Dios como es El en *Sí mismo*. Esto es lo único que nos salvará de convertirnos en simple técnicos, y de ser las víctimas de aun otra terminología religiosa. El mundo necesita el conocimiento de Dios que es exudado por hombres y mujeres que les hablen desde la presencia de Dios. El mundo no sabe como vivir, y por eso es que corre detrás de las drogas, del erotismo y de la sensualidad. Ellos no

tienen la menor idea de lo que significa el *estar allí*. Necesitan ver la realidad apostólica en aquellos que les enseñarán como vivir, y como *estar allí* totalmente, y para disfrutar las profundidades de la relación con Dios y con los demás. El ‘subir’ no es un acercamiento fácil, y de hecho, ningún ‘subir’ será jamás algo fácil, sin embargo es el único lugar de verdadera comunión.

Debemos hablar la palabra de Dios en la luz y en la presencia de Dios en todo momento. Se requiere de una conciencia apostólica y de llegar a tener una profunda revelación del sacramento de la palabra hablada. Pablo dice que daremos cuentas por todo lo que hayamos hecho en nuestros cuerpos, tanto de lo bueno como lo malo, incluyendo nuestro hablar. En 2 de Corintios 3:4-5 él dice:

Y tal confianza tenemos mediante Cristo para con Dios; no que seamos competentes por nosotros mismos para pensar algo como de nosotros mismos, sino que nuestra competencia proviene de Dios.

El tener una dependencia y una confianza hacia Dios no es algo basado en nuestra propia habilidad – como si algo pudiera provenir de nosotros que pueda llevar a cabo la obra de Dios – sino que todo nuestro poder, habilidad y competencia provienen de Dios. “Porque de El, y por El, y para El, son todas las cosas. ¡A El sea la gloria por los siglos!”

¡Debemos tener una dependencia y confianza *a través* de Cristo, y debemos saber que no estamos capacitados en nosotros mismos, y de hecho, debemos saber el pedazo de insensatez que somos en nosotros mismos! Si estamos hablando Su palabra, no debemos untarla con nuestra propia personalidad natural. No necesita de nuestro encanto para hacer que tenga éxito, pues El da el Espíritu sin medida a aquellos que llevan Su palabra. Necesitamos llegar desesperadamente a un lugar apostólico, donde estamos permanentemente arruinados, para jamás regresar a algo inferior. Debemos insistir sobre *Su* palabra y sólo Su palabra desde este momento en adelante, pues El es lo suficientemente capaz y está dispuesto a darla si es que subimos a El para *estar* allí. ¡Es El el que nos ha capacitado, y nos ha hecho aptos de ser ministros competentes y dignos del Nuevo Testamento!

¡Oh, que veamos de nuevo hombres como Pablo! ¡Hombres que hablarán la palabra creativa dentro de los mismísimos fundamentos de la iglesia de Jesucristo, palabras que son dadas en mandamiento desde la presencia de Dios por hombres y mujeres, quienes subirán a El para estar allí! ¿Está usted decidiendo algo en su corazón, es decir, que esta palabra sea un evento para usted debido a que viene hacia usted como algo más que una palabra de instrucción? ¿Que venga a usted como un llamado y reto, y también como una invitación y mandamiento, “Sube a Mí”? ¿Para salir del temor a los hombres, para salir de la preocupación por su insignificante reputación, para salir del énfasis de las tradiciones de los hombres, y de la clase de cosas que ellos quieren escuchar? Oro para que esto esté viniendo a usted como una palabra personal, una invitación apostólica y un mandamiento de Dios para ser un ministro de Su palabra intransigente, tanto en la iglesia de

Jesucristo, y hacia el mundo. Dios lo trillará a usted con tratos severos para poder así llevarlo a un lugar donde usted reconozca en lo más profundo de su ser la irreverencia que muchos de nosotros tenemos por la palabra que es otorgada. El estará con nosotros en nuestra aflicción, pero no la aliviará. El quiere que sintamos completamente lo que significa ser un hombre a través de cuya boca vendrá vida o muerte. Esta no es predicación para entretener, sino un llevar muy serio de la palabra del Señor. La responsabilidad es enorme, y debemos conocer las consecuencias de esto. ¡Pero cuando es hablada, en el momento que es otorgada por Dios, entonces será vida para los muertos!

Donde este denuedo o autoridad no es expresada, entonces el sermón corre el peligro de ser una simple ceremonia, un adjunto, un pedazo predecible familiar y sin ningún tipo de reto. No requiere nada de aquellos que la escuchan y no hace ninguna demanda, sino solamente llena el espacio que ha sido abierto para ella, y no hay gloria dentro de la iglesia. La palabra no ha venido a nosotros como un evento, y en esa medida, somos incapacitados como agentes de Dios en el mundo y solamente constituimos una cultura de domingo religiosa y adormecida que el mundo se puede dar el lujo de ignorar. La fe es santa, y no podemos vivir, llevar a cabo, y operar en otros niveles, y pensar que no tiene consecuencia de un tipo o de otro. Debido a que la naturaleza aborrece el vacío, el espacio que debió haber sido llenado con contenido de Dios y con el Espíritu Santo, ahora invita sustitutos oscuros y dudosos que solamente están ansiosos de proveer para sí mismos.

La autoridad es relativa al conocimiento de Dios en comunión íntima, o no es autoridad, y es esto lo que distingue a la predicación falsa de la verdadera. Nuestra habilidad de discernir la una de la otra es relativa a nuestra *propia* comunión con Dios. En el análisis final, el mundo se está muriendo por la falta de la comunicación de Dios mismo. Este conocimiento, y esta conciencia de Dios, no sólo son el mensaje apostólico, sino también el fundamento de la iglesia, y toda la realidad misma.

Confrontación Apostólica: Pablo en el Monte de Marte (el Areópago)

Pablo en el Monte de Marte es el hombre sagrado confrontando al secular; la mente espiritual versus la mente mundana; la perspectiva celestial en su esencia hacia aquello que es terrenal. Es una confrontación clásica, eterna y de máxima categoría, y por tanto, cada elemento en este texto, y todo lo que el Espíritu de Dios está expresando a través de Pablo hacia los hombres, no es sólo poderosamente pertinente en *aquel* preciso momento, sino que continua reverberando a través de todo el tiempo y la historia, y aun hasta hoy. De hecho se puede decir que es más punzante y significativo *ahora* en la conclusión del tiempo y la historia, de lo que fue hace dos mil años cuando Pablo lo habló. Los elementos son los mismos, debido a que nada ha cambiado.

Cuando los judíos de Tesalónica supieron que también en Berea era anunciada la palabra de Dios por Pablo, fueron allá, y también alborotaron a las multitudes. Pero inmediatamente los hermanos enviaron a Pablo que fuese hacia el mar; y Silas y Timoteo se quedaron allí. Y los que se habían encargado de conducir a Pablo le llevaron a Atenas; y habiendo recibido orden para Silas y Timoteo, de que viniesen a él lo más pronto que pudiesen, salieron. (Hechos 17:13-15)

Cuando los judíos en Tesalónica supieron que Pablo estaba predicando la palabra de Dios en Berea, fueron allá también, agitando a las multitudes y alborotándolas. Los hermanos inmediatamente enviaron a Pablo a la costa, pero Silas y Timoteo se quedaron en Berea. Los hombres, que escoltaron a Pablo, lo llevaron hasta Atenas, y después se fueron con instrucciones para Silas y Timoteo para que se juntaran con él lo más pronto posible (Hechos 17:13-15). Y de esta manera, Pablo estaba huyendo de la persecución, y mientras esperaba a que sus colegas lo alcanzaran, el Espíritu de Dios comenzó a mover algo en su espíritu. Este es un episodio apostólico y una revelación pura del hombre apostólico, y mucho más bello y profundo debido a que fue algo inesperado. No fue algo intencional, o humanamente arreglado, sino totalmente ordenado por Dios.

El Nacimiento del Mensaje de Pablo

Mientras Pablo los esperaba en Atenas, su espíritu se enardecía viendo la ciudad entregada a la idolatría. (v 16)

Debemos entender que este incidente estaba igualmente en la intención de Dios como lo fueron todos los demás lugares en donde Pablo se encontró. Todo era lo mismo para Pablo así fuera debido a que había visto una visión de un Macedonio rogándole, o así estuviera circunstancialmente huyendo, o aun si estuviera siendo llevado por otros hombres. Pues para tal hombre con semejante mentalidad, y con

semejante conciencia y percepción apostólica, *nada* era casualidad. Todo está bajo la ordenación de un Dios Soberano, quien está pendiente de cada detalle. Si Dios no encuentra una manera de llevar a Su hombre al lugar explícito e indicado, entonces El encontrará otra manera. Por tanto, nada es un accidente; nada es un desperdicio; nada es fuera de tiempo. Esta también debe ser *nuestra* manera de pensar. Debemos tener este sentimiento perdurable de la soberanía de Dios, y si perdemos un avión, o algo inesperado sucede, no debemos ser alterados en nuestro espíritu, ni murmurar dentro de nosotros mismos, sino regocijarnos por aquello inesperado que Dios va a cambiar para Su gloria. Debemos revestirnos de otra manera de pensar, y no vernos a nosotros mismos como las víctimas de las circunstancias, aun cuando sea algo molesto e inútil. No era algo agradable para Pablo el huir de la persecución, y sin embargo esto era precisamente lo que Dios utilizaba para llevar a Su hombre apostólico al lugar indicado y en el momento apropiado. Pablo jamás movió un dedo para sí mismo, o para la promoción de su propio ministerio – en la manera que *nosotros* lo haríamos – y sin embargo Dios siempre lo tenía en el lugar correcto y en el tiempo correcto.

El espíritu de Pablo fue enardecido y provocado dentro de él mientras veía la ciudad entregada a la idolatría, y es en este momento que tenemos el nacimiento del evento apostólico. Aquello que es apostólico es eminentemente del Espíritu. Tiene su comienzo en el Espíritu, es conducido por el Espíritu, y es llevado a cabo en el poder del Espíritu, pero está dentro de un hombre que observa y que se enardece.

Mientras Pablo los esperaba... viendo la ciudad...

Este es un hombre con sus ojos abiertos. Era un verdadero adorador de Dios, y esto lo calificaba para discernir aquello que es falso. No era algún tipo de hiper-espiritual que se mantenía a sí mismo distante del mundo. El veía a través de las pretensiones de los hombres, pues era un hombre que estaba al tanto del mundo, que podía aun citar a sus poetas. Pablo conocía al mundo y la manera como pensaba, y lo confrontaba en el poder de Dios con las palabras que Dios le daba en el momento.

Muchos de nosotros hubiéramos podido estar en el mismo lugar, y no habríamos sido enardecidos en absoluto. No es porque el Espíritu haya dejado de enardecerse, sino porque no tenemos, para nuestra vergüenza, la proximidad de Pablo hacia el Espíritu. Nuestros ojos no están viendo como ven los ojos de Dios, y por tanto nos perdemos de esto completamente. Existe acá un patrón que debe estar en el nacimiento de *todo* hecho apostólico y auténtico, es decir, el agitar del Espíritu dentro de un alma que puede ser enardecida con lo que ve con sus ojos. Este asunto de la verdadera percepción, y de ver como Dios ve, y el ver a través de las apariencias externas, es esencial para las cosas que son apostólicas.

La Esencia de la idolatría

La idolatría que se encuentra presente en nuestra generación es exactamente la misma idolatría de los días de Pablo. La idolatría no es solamente algo relacionado con altares paganos y santuarios. En esencia, debemos entender qué es completamente aquella cosa idólatra que penetra el espíritu de nuestra era, y que ha estado con nosotros desde la Caída del hombre. Esta era Atenas, el trono del humanismo y de todo aquello que el mundo continúa celebrando. Toda filosofía y conciencia moderna tiene un nexo directo con las filosofías de aquellos días. Nada ha cambiado, excepto los títulos – Epicureismo y Estoicismo pueden estar muertas como filosofías temáticamente hablando, pero la sustancia de ellas, en lo que se proponen, la forma de pensar, la independencia egoísta de estas filosofías como alternativas a la verdadera relación con Dios, aún existe. Atenas era un lugar de prominencia máxima en la civilización y gloria que era Grecia. Atenas era conocida por su amor a la sabiduría mundana, pero era una sabiduría en donde no había lugar para el verdadero Dios.

Así que discutía en la sinagoga con los judíos y piadosos, y en la plaza cada día con los que concurrían. (v. 17)

¿Por qué dice que Pablo fue inmediatamente y discutió con los judíos en la sinagoga? El fue enardecido por la idolatría, y dice que por esto discutió con los judíos en la sinagoga. ¿Qué tiene esto que ver con una ciudad que está totalmente entregada a la idolatría? ¿Cómo es que uno cambia de la idolatría a discutir con los judíos en la sinagoga? Bueno, la sinagoga es el lugar donde la idolatría es *más rampante*, con sustitutos idólatras de la verdadera adoración de Dios. Podemos tranquilamente añadir las sinagogas de los gentiles, o cualquier otro establecimiento religioso que le ofrece al hombre una religión de conveniencia, y esto requiere nada en términos de verdadera relación, o de servicio hacia el Dios Altísimo.

La idolatría es cualquier cosa que le dé al hombre una pizca de satisfacción psíquica o emocional, y esto produce algo etéreo por medio de la combinación de órganos y vitrales, o cualquiera que sea el equivalente moderno. Les deja sentir que han realizado su ‘show de domingo,’ y por tanto les permite estar libres para el juego de golf o de fútbol. Eso es idolatría en su máxima expresión, y es *poderosa*. Es cualquier sustituto religioso para la verdad, la realidad y el requerimiento de Dios. Los ídolos no exigen nada de sus adoradores, pero el Dios Viviente sí: “*Levanta tu cruz y sígueme.*” Un ídolo es mudo, satisface las necesidades religiosas de los hombres, y los absuelve de las exigencias de Dios. Incluso la ‘asistencia a la iglesia’ puede darles a los hombres un sentimiento de satisfacción religiosa, y salvarlos de la radical exigencia de Dios. Es idolatría sin importar el nombre que se le dé dondequiera que sea practicada – en el mercado, en la sinagoga, o en la iglesia.

El tener un corazón apostólico es tener un corazón que continuamente late con celo por la gloria de Dios, y no puede soportar ver algo que compita por la atención de los hombres, que se llama a sí mismo adoración y no lo es. Si no pensamos que este tipo de idolatría puede ser aun practicada invocando el nombre de Jesús, entonces en verdad somos ingenuos. Necesitamos ver de una manera apostólica, si es que vamos a ser empleados apostólicamente. Si Pablo no se hubiera enardecido, o no hubiera sido provocado en su espíritu, no hubiera ocurrido el evento que prosiguió. La angustia de Pablo tuvo su origen en su celo por el amor de Dios, el conocimiento de El, y debido a que sabía que aquellos, que han sido seducidos por un sustituto idólatra, son condenados eternamente. Pablo no lo puede *soportar*, y cuando Dios encuentra tal hombre, entonces usted puede estar seguro que aquel hombre será llevado al lugar de confrontación.

Y algunos filósofos de los epicúreos y de los estoicos disputaban con él; y unos decían: ¿Qué querrá decir este palabrero? Y otros: Parece que es predicador de nuevos dioses; porque les predicaba el evangelio de Jesús, y de la resurrección. Y tomándole, le trajeron al Areópago, diciendo: ¿Podremos saber qué es esta nueva enseñanza de que hablas? Pues traes a nuestros oídos cosas extrañas. Queremos, pues, saber qué quiere decir esto. (Porque todos los atenienses y los extranjeros residentes allí, en ninguna otra cosa se interesaban sino en decir o en oír algo nuevo.) (vv. 18-21)

Confrontación de Máxima Categoría

“*En ninguna otra cosa se interesaban sino en decir o en oír algo nuevo*” no sólo es una declaración de los filósofos de aquella generación, sino también de ésta en este tiempo. Los hombres aún se encuentran buscando la verdad, pero nunca llegan al conocimiento de ella. Es una postura falsa que celebra y exalta al hombre. Ellos *presumen* ser buscadores de la verdad, pero nunca llegan al conocimiento de la verdad. Siempre están en el proceso de buscar, y mientras se encuentran buscando, están fornicando y permitiéndose toda clase de indulgencias, nunca logrando llegar a la verdad, pero siempre con una postura egoísta que quiere escuchar algo nuevo y que los satisface a sí mismos. ¿Alcanzamos a ver la condición desolada de la raza humana, las horas malgastadas, el desperdicio, la falta de significado de casi toda la existencia humana en la forma en que establece la vida? ¿Están nuestros corazones enardecidos y angustiados por la condición de los hombres en el mundo sin Dios? En contraste, los momentos de Pablo estaban llenos de consecuencia eterna, ¡y qué diferencia era esto!

Pablo no pudo haber pedido por una oportunidad más suprema para traer el mensaje de Dios a los hombres, no a simples hombres, sino hombres que se encontraban en el lugar más alto de la civilización que se celebraba a sí misma por encima de Dios. Pablo era el lamentable siervo itinerante, hebreo, sin

credenciales, y sin ninguna autoridad que los filósofos griegos pudieran en alguna manera respetar o entender. Ellos lo llamaban un ‘palabrero,’ y lo miraban con absoluto desprecio, pues él era la antítesis de todo lo que era respetado y celebrado por la civilización griega. Y sin embargo, estaban curiosos, y le dieron una oportunidad para que hablara. Y, por lo tanto, cualquier cosa que Pablo dijese, en aquel lugar, y en aquel tiempo, es eternamente importante. Fue algo que surgió de la necesidad del momento, y que es de hecho la genialidad misma de la promulgación apostólica. Es una revelación de lo que es lo apostólico, es decir, aquello es lo que el hombre es en sí mismo. Pablo es la genialidad de lo que Dios se propone, y es por esto que Pablo es el fundamento de la iglesia. El encontrarse a un hombre apostólico, o el escuchar de un verdadero apóstol, es tener que ser responsable *eternamente*. Aquellos atenienses se acercaron a Dios tanto como es posible sobre la tierra, pues era el mismísimo Sumo Sacerdote y Apóstol de nuestra confesión quien estaba siendo expresado *a través* de Pablo. Dios no puede hacer nada más por los hombres que poner delante de ellos el testimonio apostólico, y es algo que tiene que venir por medio de un vaso de carne y sangre. Debemos tener una reverencia por las cosas apostólicas, y una profunda conciencia de lo que se necesita para que tal cosa sea llevada a cabo en la tierra por Dios, dentro y a través del hombre.

¿Entonces qué es lo que un hombre dice cuando tiene que pararse frente a paganos, cuya filosofía, conciencia, y completa civilización son una ofensa en contra de Dios? ¿Qué cosa se les puede decir a ellos por la cual tengan que ser eternamente responsables? Eso es lo que es el mensaje de Pablo en el Monte de Marte. Es interesante e irónico que el mensaje no resultó en avivamiento. No creó la iglesia en Atenas como lo fue creada, por ejemplo, en Efeso o en Corinto. Existen dos o tres personas que son mencionadas por nombre, quienes escucharon a Pablo y creyeron. ¿Por qué entonces es que esto encuentra un lugar prominente en el Nuevo Testamento? La palabra que él dio fue mucho más allá de Atenas, pero el hecho de que haya tomado lugar en Atenas es importante. En cierta manera, Atenas no sólo era la capital de Grecia, era la capital del mundo entero en ese tiempo.

También necesitamos entender lo que significa estar de pie en medio de estos filósofos en el Monte de Marte. Pablo se estaba enfrentando a todo lo que se oponía a la sabiduría de Dios. Estos hombres que enfrentaba eran igualmente representantes del reino de las tinieblas y de las potestades del aire como lo es, por ejemplo, un hechicero. Puede que estuvieran vestidos con trajes filosóficos, y que hablasen otro tipo de lenguaje que no parezca ser alarmante, pero sin embargo en su naturaleza, eran tan completamente antitéticos y opuestos hacia el Reino de Dios, y hacia los propósitos de Dios, como lo es la hechicería. Pablo se estaba enfrentando a algo que se encuentra a la vanguardia, un cierto espíritu que prevalece hoy en el mundo – especialmente en el mundo religioso. Cuando Dios lo confronta, lo confrontará apostólicamente, que es decir, *¡insensatamente!*

Entonces Pablo, puesto en pie en medio del Areópago, dijo: Varones atenienses, en todo observo que sois muy religiosos ('supersticiosos' - Versión King James). (v. 22)

¡Qué afirmación de burla! Si usted quiere poner de mal genio a alguien de tipo intelectual y filosófico, dígame que es *supersticioso*. ¡Qué indignación! Ellos se enorgullecen de estar por *encima* de la superstición, y de esta manera, comenzando con un insulto, Pablo *ya* los está traspasando. El era un hombre que hablaba lo que Dios le daba, y tampoco tenía ninguna preocupación con respecto a sí mismo por las consecuencias de lo que hablara. *Eso* es apostólico, pero si somos temerosos, y caminamos y hablamos de una manera prevenida, y calculando lo que vamos a decir para no ofender, o para no ser malentendidos, ¿entonces cómo seremos una boca para Dios en confrontación con un mundo hostil? Sólo existe Uno que puede determinar que es apropiado en cualquier oportunidad que se dé, es decir, el Señor mismo.

Porque pasando y mirando vuestros santuarios, hallé también un altar en el cual estaba esta inscripción: AL DIOS NO CONOCIDO. Al que vosotros adoráis, pues, sin conocerle, es a quien yo os anuncio. (v. 23)

Nunca podremos identificar, o confrontar aquello que es falso, a menos que podamos decir con Pablo, "Este *es a quien yo os anuncio*." No es suficiente el conocer *acerca* de la verdad; necesitamos estar intensa e íntimamente *dentro* de la Vida de aquella verdad antes que nos atrevamos a exponer la mentira. La declaración de Pablo puede sonar arrogante, pero es su mismo denuedo y penetración que constituyen en sí mismas una demostración del Dios que Pablo estaba proclamando. Pablo los provocó con su misterio supersticioso y farsante acerca del 'Dios No Conocido,' como si en alguna manera reflejara respeto o reverencia, cuando realmente era un engaño farsante.

Aquellos atenienses pueden haber adorado a sus ídolos ignorantemente, pero debemos saber que era una ignorancia *voluntaria*. Ellos *escogieron* adorar a un dios que es desconocido, pues un dios desconocido no hace ninguna exigencia en absoluto, y Pablo se dio cuenta de esto. Aquello que parece sonar tan evidentemente espiritual – monumentos con inscripciones al Dios No Conocido – es de hecho un respeto farsante que libra a los hombres de cualquier demanda insoportable al tener una relación con el *Dios que es*. Ellos *prefieren* que El permanezca desconocido, pero Pablo nos les permitió ese lujo. El conocer a Dios como El es, es permitir en la vida de uno una seria intrusión que lo cambia *todo*.

Es por esto que mis compatriotas judíos y sus Rabinos aman el hablar acerca de un 'poder superior' y de 'una fuerza impersonal en el universo.' Suena tan espiritual, ¿pero los vamos *nosotros* a felicitar por esa clase de espiritualidad, o vamos a ver lo engañosa que tal declaración es? Existe algo dentro del corazón del hombre, no sólo del corazón judío, que le gusta mantener a Dios a una *gran* distancia. El corazón humano *quiere* un Dios impersonal, pues un Dios

impersonal no le dice, “*No cometerás adulterio. Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón.*” Debemos ver a través del engaño del corazón humano, y Pablo siempre estaba conciente que este era un momento eterno en el cual no podía dejarlos ir. Su amor era demasiado grande como para halagarlos, así que se los dijo en la cara, pues la verdad es dolorosa *antes* que sea gloriosa. El verdadero consuelo viene *después* de haber sido desconsolados.

Dios como Creador y Señor

Después, él comienza su extraordinaria declaración – todo un fundamento para entender a Dios en relación con individuos, pero igualmente hacia las naciones como identidades diferentes en sí mismas. Y de esta manera Pablo comienza con Dios como Creador:

El Dios que hizo el mundo y todas las cosas que en él hay, siendo Señor del cielo y de la tierra, no habita en templos hechos por manos humanas, (v. 24)

Esta declaración no puede ser más fundamental. Todo depende de Dios como Creador. La tierra es *del Señor* y por tanto El tiene derecho sobre Su propia creación. El no es sólo el Creador del cielo y la tierra, El es el *Señor* del cielo y la tierra. Si no tenemos una percepción de Dios como Creador, no tenemos ningún fundamento para la verdad y la realidad. Para Pablo, el comenzar acá con Dios como Creador, no era un accidente, sino una revelación divina de la premisa fundamental sobre la cual todo descansa: “*En el principio Dios creó...*”

Ya que El es Señor del cielo y la tierra, ¿cuál es entonces la implicación para el pedazo de tierra llamado Atenas? El también es el *Señor* de Atenas. Pablo no lo dijo, pero está implícito en lo que está diciendo. El estaba dando algo más que perspectivas correctas; esto se encontraba dentro de su espíritu y vida, pues el Creador de Pablo también era su Señor. Cuando Pablo utilizó la palabra ‘Señor,’ debió haber penetrado dentro de los corazones de aquellos hombres como una daga. El evocar la palabra ‘Señor’ sólo puede tener poder y penetración en el grado en que sea verdadero para nosotros los que la decimos. Pablo estaba directa y totalmente bajo la autoridad de Aquél que llamaba Señor, y la evidencia de esto se encontraba en su comunicación misma. Si el Señor no fuese el Señor, Pablo no habría comenzado con un insulto. Pablo hubiera comenzado con un halago de la manera en que muchos de nosotros lo hubiéramos hecho, porque nuestra comunicación es, la mayoría de las veces, lo que *nosotros* determinamos, no lo que *El* determina.

Este es un hermoso retrato de lo que la palabra ‘apostólico’ significa. Y es mucho más perfecta debido a que no fue algo conciente. El momento en que se vuelve conciente en sí misma, se vuelve religiosa, y sin importar lo técnicamente correcta que sea, pierde su poder. Dios está poniendo algo delante de aquellos hombres en

Atenas que se encontraba más allá de la filosofía o la religión. Era el mismísimo Dios, pues aquello que es apostólico es auténtico, y aquello que es auténtico es apostólico. Esta es la genialidad y belleza de lo apostólico, y por lo tanto, debemos orar, para que Dios otorgue de nuevo a la iglesia tales hombres, pues hasta que lo haga, nos encontramos sin fundamentos.

Dios el Dador

Ni es honrado por manos de hombres, como si necesitase de algo; pues El es quien da a todos vida y aliento y todas las cosas. (v. 25)

Pablo está hablando en medio de los templos, más impresionantes entonces cuando se encontraban en su estado original de belleza. Eran poderosas declaraciones de la civilización humana. Hay algo acerca de la evidencia visual de este mundo que es intimidante, pero Pablo se encontraba representando otra realidad que solamente podía ser verificada en el futuro eterno, sin embargo parecía como una insensatez absoluta para aquellos que lo estaban escuchando. Pablo les dijo que había un Dios que no necesita las cosas que los hombres hacen con sus manos, o sus monumentos, como si necesitara de algo.

Pablo tenía un conocimiento de un Dios que da *todas* las cosas, incluyendo su encarcelamiento con Silas en Filipo, en el capítulo anterior, donde fueron desnudados y golpeados casi hasta la muerte. Era un lugar absolutamente abandonado, a millas de sus amigos, pero sin embargo se encontraban allí en obediencia. Se dice que cerca de la media noche, la hora más oscura, cuando usted pierde toda esperanza y confianza, Pablo y Silas oraban y cantaban himnos a Dios.

Tiempos de adversidad y aflicción están dentro de ‘todas las cosas’ que vienen de la mano de Dios. ¿Podremos regocijarnos en ellas, y alabar a Dios en ellas, y decir con convicción a los incrédulos de este mundo, que El es el Dios que da *todas* las cosas? Esto es lo que hace que la palabra de un apóstol sea tan penetrante. El ha experimentado ‘todas las cosas,’ y las ha recibido como provenientes de la mano de Dios, y usted no tiene que entender el ‘por qué.’ Podemos *decir* que existe un Dios que da todas las cosas, pero no tendrá ningún significado, o tendrá penetración, o será una declaración desafiante y fuerte, demandando la atención de los hombres hacia aquel Dios, a no ser que nosotros verdaderamente la creamos, en el sentido que la estamos viviendo, y ha sido injertada en nuestra experiencia.

Si Pablo hubiera visto su encarcelamiento en Filipo como algún tipo de circunstancia triste, no se hubiera encontrado a sí mismo en el Monte de Marte hablándoles a filósofos griegos. Dios se encuentra esperando por hombres que crean que hay un Dios que da *todas* las cosas. ¿Realmente nos hemos rendido a la soberanía absoluta de Dios? La evidencia de esto se encuentra en la forma en que

expresamos nuestra decepción. Vemos a los hombres como el problema, o las circunstancias, o nosotros mismos como los culpables: “Si sólo hubiéramos *nosotros* hecho esto en lugar de aquello, entonces algo hubiera podido cambiar.” Pero sin embargo, no reconocemos que existe un Dios Supremo en los cielos, que da todas las cosas. No es una excusa para nuestra indiferencia, o descuido, pero debemos reconocer que El es el Dios de todas las cosas. Cuando podemos regocijarnos en la soberanía de Dios dentro de las cosas que son dolorosas, al igual que en las cosas que son placenteras, entonces podemos pararnos frente a hombres seculares y hablar del Dios que les da a todos, vida y aliento. Si El es el Dios de la vida, ¿entonces no es El también el Dios de la muerte? Y si El no es el Dios del uno, entonces El no es el Dios del otro. Si El no es Dios de todo, entonces El no es Dios *en absoluto*.

Las Naciones en el Mensaje de Pablo

Y de una sangre ha hecho todo el linaje de los hombres, para que habiten sobre toda la faz de la tierra; y les ha prefijado el orden de los tiempos, y los límites de su habitación; (v. 26)

Pablo está comenzando a enfocarse realmente en el tema de las naciones. Las naciones no son accidentes geológicos, sino creación de Dios, y El las ha establecido, y les ha dado sus límites. Esto implica que no debemos crear nuestros propios límites. De hecho, las guerras son consecuencia de los límites, territorios y terreno. No queremos estar encerrados, pues un límite es una limitación, y no queremos conocer a un Dios que la impone y la exige. Pablo está presentando una perspectiva cósmica de la creación y de las naciones, y de un Dios que las ha creado para *Su* propósito. Dios no establece límites y tiempos sin ninguna razón, siendo un Dios de propósito, y El tiene una intención para las naciones. Las naciones no son entidades accidentales, o algo que tiene que ser explicado por antropólogos. Pablo lo explica con una declaración: Dios ha establecido los límites de las naciones. Esto es contrario a la manera libre de pensar de los hombres modernos; es demasiado restrictivo, y no le da libertad a la humanidad para ‘hacer su cosa,’ o para usar este planeta como si fuera un juguete o un juego para sus propósitos.

Para que busquen a Dios, si en alguna manera, palpando, puedan hallarle, aunque ciertamente no está lejos de cada uno de nosotros. Porque en El vivimos, y nos movemos, y somos; como algunos de vuestros propios poetas también han dicho: Porque linaje Suyo somos. Siendo, pues, linaje de Dios, no debemos pensar que la Divinidad sea semejante a oro, o plata, o piedra, escultura de arte y de imaginación de hombres. (vv. 27-29)

El Propósito de la Existencia del Hombre

La declaración de Pablo ni siquiera suena religiosa. El no citó ninguna Escritura, y de hecho, suena filosófica y muy parecida al pensamiento y la enseñanza griega. Pablo estaba diciendo que toda la creación, la compleja, multiforme civilización y mundo, naciones y razas, la formación misma de los hombres, y su vida en la tierra, era sólo por una razón: “*Para que busquen a Dios, si en alguna manera, palpando, puedan hallarle.*” Esto es a pesar de cualquier apariencia de que sea contrario. La historia del mundo, su derramamiento de sangre, sus fortunas que han sido distribuidas, su tecnología, su arquitectura, y sus instituciones son sólo cosas secundarias para proveer suficiente estabilidad y orden para la vida, para que los hombres puedan buscar a Dios. Esta perspectiva es sumamente estrecha, y no deja lugar para nada más. Es una declaración efusiva de Pablo que en un pequeño momento les dice cual es el completo propósito para la existencia humana.

Pablo ha reducido la completa existencia humana hacia sólo una búsqueda, es decir, que todo el propósito de la vida humana en este planeta es para el propósito de encontrar a Dios *antes* que entremos a la eternidad, sea *sin Dios* o *con El*. Esta es una perspectiva que ha sido ignorada en tiempos modernos, pero necesita ser restaurada. Pablo la creía, ¿pero vivimos *nosotros* como si la creyésemos? Nuestras vidas contradicen nuestras palabras, y si no vivimos como si creyésemos, entonces debemos entender que *en verdad no lo creemos*.

El propósito para la existencia del hombre no es el de buscar su felicidad, sino de buscar a Dios. De hecho, la felicidad que es encontrada fuera de Dios, y la cual el mundo es rápido en proveer como un sustituto, es ilusión y engaño. Dios es el Creador y el Señor del cielo y la tierra, pero El no los ha establecido para que nosotros pudiéramos pasar un tiempo divertido, perseguir nuestras carreras, promover nuestros intereses, construir nuestras civilizaciones, o cualquier otra cosa – esas son cosas secundarias.

El mensaje que dice que podemos vivir y movernos y existir en Dios no es bienvenido a los oídos de la raza humana. Ellos no *quieren* conocer tal posibilidad, porque ellos *quieren* vivir y moverse y tener todo su ser *en sí mismos*. Ellos no *quieren* ser limitados por sus habitaciones de acuerdo con lo que Dios ha determinado o prefijado para los propósitos por los cuales El los ha establecido. Cada sílaba que salió de los labios de Pablo es una ofensa calculada hacia la sensibilidad y conciencia del hombre. Ellos no quieren ser restringidos, y por tanto prefieren tener sus monumentos al “Dios No Conocido.”

Cuando Pablo dijo, “*Este es a quien yo os anuncio,*” él no dijo, “Existe un Dios viviente.” Pablo estaba diciendo, “Esta es Su naturaleza; este es Su propósito; este es Su requerimiento.” Es una declaración acerca de Dios que los hombres no quieren escuchar, siendo algo abrasivo y no bienvenido. No sólo es contrario a su opinión, contradice totalmente el completo fundamento de *toda* su creencia, y la

completa estructura de su pensamiento y sistema de valores. Pablo está contradiciendo todo un estilo de vida, y lo invalida. Esto es tan diferente al temperamento y a la manera en la que los creyentes modernos comparten su propia fe; ellos la ofrecen más como una opinión que como una convicción.

El Propósito de las Naciones

“... para que busquen a Dios...”

Por un largo tiempo creí que el ‘busquen’ se refería exclusivamente a individuos, y en un sentido es cierto, pero sería más exegeticamente correcto el ver al ‘busquen’ como refiriéndose a las naciones cuyos límites, habitaciones y tiempos fueron establecidos por Dios. Pablo está implicando que las naciones deben buscar a Dios debido a la razón por la cual fueron establecidas. El fallar en hacerlo, y el haber establecido sus propios propósitos, sin consultar a Dios, es la esencia misma de lo que el pecado es. Es por esta razón por la cual llama a todos los hombres que se arrepientan, pues El ha escogido un día en el cual va a juzgar al mundo. Es un rechazo escandaloso hacia Dios por parte del mundo como naciones, y Dios lo va a juzgar. Este es el mensaje de Pablo en Atenas hacia el corazón de las naciones, y por tanto hacia todas las naciones. Las naciones tienen una obligación hacia Dios como naciones, y esto es lo que hace tan profunda la declaración de Pablo en Atenas, una ciudad-estado en sí misma, y que vivía en completo irrespeto e ignorancia del Dios que la hizo.

¿Para qué es que las naciones tienen que buscar a Dios? Es para encontrar el propósito por el cual cada una de ellas ha sido creada como nación, y el propósito por el cual les fueron dados sus límites y habitaciones. El requerimiento de los hombres y las naciones es el de buscar a Aquél que es Creador y Señor. Es una búsqueda continua, y debido a que la *iglesia* ha sido culpable de no buscarlo a El, no tenemos mensaje para nuestras naciones. ¿Cuánta de nuestra presente actividad de iglesia ha sido iniciada por nosotros mismos, aun por amor a Dios? No podemos culpar a las naciones de no buscar a Dios cuando muchos de nosotros no nos lo hemos exigido. Muchos de nosotros vivimos en completo desinterés por el Dios que nos hizo, y asumimos que cualquier propósito que llevemos a cabo, ciertamente El lo tiene que aprobar. El gran amor que la iglesia puede demostrarle a sus naciones es el de salvarlas del juicio de Dios al decir, “Dios tiene una controversia con ustedes.”

El encontrar a Dios es encontrarlo a El por el propósito para el cual fuimos destinados. No existe un encuentro de Dios, como Dios, ni tampoco existirá ningún conocimiento de Dios que sea un conocimiento verdadero, independiente de Su propósito revelado. El es un Dios de propósito por definición, de otra manera no sería Dios. El pensar que hemos encontrado a Dios, y al mismo tiempo *no* haberle encontrado para Su propósito, es no haber encontrado a Dios. Satanás le hará pensar que usted ha encontrado a Dios, e incluso le dará una medida de

cierto gozo y satisfacción subjetiva, pero el verdadero descubrimiento de Dios es el conocimiento de Dios como el Dios que tiene un propósito. Y es en el buscarlo a El para ese propósito que llegamos a la verdad y la profundidad de una relación *real* con Dios. El buscarlo a El para sentir Su presencia, que es algo característico del ‘avivamiento’ contemporáneo, y no buscarlo por Su propósito, es no buscarlo como El desea ser buscado. Aquellos que están simplemente satisfechos con una medida de religión, sin poder, no buscarán a Dios. El verdadero creyente buscará a Dios para encontrar y conocer el propósito para Su creación. El pretender conocer a Dios, y el estar privado del conocimiento de Su propósito es no conocerlo a El como Dios, es ser traicionado, y es la evidencia de haber fallado en buscarlo. El mismo principio aplica para las naciones.

Las Naciones con Relación a Israel

Dios mismo ha establecido los límites de las naciones, y sin embargo hay algo acerca de la naturaleza de las naciones que inevitablemente anima una preocupación idolatra hasta el punto en que se convierte en el mismo ‘Dios.’ Los hombres adoran las naciones, y morirán por las naciones, y competirán en contra de las naciones, aun en sus deportes. Dios hizo provisión para mantener a las naciones dentro de ciertos límites y relaciones que fuesen sanas y saludables para ellas, y al mismo tiempo permitir que El sea reconocido como Cabeza sobre todo. Hay un lugar para la legitimidad de las naciones, pero sólo dentro de cierta estructura que Dios mismo proveyó. El ha hecho a *Israel* central a todas las naciones – pues la ley debe salir de Sion – o nunca volverán sus espadas en rejas de arado. Israel es el pivote, y las naciones no pueden relacionarse, y reconocer los límites y propósitos de Dios, independientemente de su reconocimiento y su sumisión a la importancia de Israel para todas las naciones.

Quando el Altísimo hizo heredar a las naciones, cuando hizo dividir a los hijos de los hombres, estableció los límites de los pueblos según el número de los hijos de Israel. (Deuteronomio 32:8)

Esta es una declaración en las Escrituras a la que nadie parece hacer referencia, y sin embargo es el centro del diseño de Dios para las naciones. Nunca habrá paz y justicia en el mundo hasta que vuelva de nuevo la intención de Dios como lo fue en el principio.

Así ha dicho Jehová el Señor: Esta es Jerusalén; la puse en medio de las naciones y de las tierras alrededor de ella. (Ezequiel 5:5)

Este no es sólo el asunto del diseño y la estrategia de Dios; es el asunto de Dios como Dios. Es por esto que los hombres se le oponen. No es sólo la manera en que El quiere que sean entendidos los bienes raíces, sino la manera en que El quiere que *El mismo* sea entendido, al establecer lo que El establece, y al escoger lo que El escoge. Las naciones quieren ser autónomas para poder escoger su

propio camino, y llevar a cabo su propia voluntad, en la búsqueda de *su propia* gloria. La existencia misma de Israel en el mundo es un recuerdo obstinado de un Dios cuya voluntad ellos odian. El quitar a Israel es quitar de ellos la demanda justa de Dios. El quitar a Israel de su vista, a través del exterminio de su gente, es una de las razones por la cual los judíos han sufrido casi la aniquilación completa a través de su historia. Sin embargo, ellos no fueron víctimas inocentes, pues su misma conducta pecaminosa justificó la ira que ha sido derramada sobre ellos. Ambas cosas son ciertas al mismo tiempo. Naciones ventilando su odio en contra de Dios, y la furia que viene sobre Israel, son exactamente lo que Israel se merece en proporción a sus pecados – que no puede ser menos por su fracaso de desear ser escogidos, y de ser para Dios lo que El siempre deseó.

El más grande drama de los Últimos Días (que ya se encuentra en proceso) es el atentado para aniquilar a Israel *por medio de las naciones* como para quitar la provisión misma de Dios para que las naciones se puedan relacionar con El. Es por esto que “*se levantarán los reyes de la tierra, y príncipes consultarán unidos contra Jehová y contra Su Ungido, diciendo: Rompamos sus ligaduras, y echemos de nosotros sus cuerdas*” (Salmo 2). Si usted quiere librarse del requerimiento de Dios, como una nación, en la relación de las naciones con Dios, entonces usted necesita quitar a la nación de Israel. Esto explica por qué el último drama en la historia, antes de la venida del Señor, es nuevamente el atentado de eliminar a Israel, al igual que el motivo para ello.

El Corazón del Mensaje de Pablo

Pero Dios, habiendo pasado por alto los tiempos de esta ignorancia, ahora manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan; por cuanto ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia, por Aquel Varón a quien designó, dando fe a todos con haberle levantado de los muertos. (vv. 30-31)

Con sólo esta declaración, Pablo abolió toda clase de religión diferente, y todo tipo de cosa que presume ser la verdad, o en servir los propósitos de los hombres. El introduce directamente: Juicio – Resurrección – Aquel Varón – un día. Era algo específico, claro, inequívoco, intransigente, seguro, certero y absoluto. Eso es amor apostólico, y cualquier cosa inferior es hacerle daño a los hombres. ¿Puede usted imaginarse a Pablo diciéndole a alguien, “acepta a Cristo, y todo te saldrá bien”? Dios *juzgará a todos* los hombres es una totalidad que produce escalofríos. Cualquier justificación que antes haya habido para su ignorancia no es aceptable, porque existen unas personas en el mundo, que no sólo proclaman, sino que también demuestran la realidad de Su resurrección.

Dios es paciente, pero viene un día cuando Su ira, que se ha estado acumulando, será expresada. Es llamado el ‘Día del Señor,’ y vendrá contra las naciones del mundo *después* que El haya tratado con Israel. El comienza con la casa de Dios,

pero ninguna nación será eximida de la furia de Dios derramada en ira en contra de las naciones. Es por esto que Pablo les está advirtiendo desde Atenas. Pero Dios, habiendo pasado por alto los tiempos de esta ignorancia, ahora manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan; por cuanto ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia, por Aquel Varón a quien levantó de los muertos. Jesús no sólo es Rey de los Judíos, sino el Gobernante Teocrático de Dios sobre Su creación *entera* – y las naciones. Ante El toda rodilla se doblará, para la gloria de Dios el Padre.

Puedo casi sentir el escalofrío que pasó por los huesos de aquellos que lo escucharon. Lo más probable es que ellos jamás hayan considerado que Dios había establecido un día en el cual iba a juzgar. No existe nada más establecido para ser insensato que el cargar con el mensaje del juicio, especialmente en un mundo que está completamente despojado del sentido de la ley y el orden, y ‘haciendo su propia cosa’ en aquello que es correcto ante sus propios ojos. Podemos medir cuán profundo realmente nos encontramos en Dios, y qué tanto han sido afectados nuestros corazones por aquella verdad, por nuestra disposición para decirlo a los demás. Es un mensaje de máxima categoría, anunciado por Jesús al comienzo de Su ministerio,

El Espíritu del Señor está sobre Mí, por cuanto me ha unguido para dar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón; a pregonar libertad a los cautivos, y vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos; a predicar el año agradable del Señor. (Lucas 4:18-19)

El se encontraba leyendo del capítulo 61 de Isaías, pero El no terminó el versículo:

“...y el día de venganza del Dios nuestro.” (v. 2)

El no terminó con este versículo, debido a que no era Su tarea, sino la palabra última, de los días finales que necesita ser proclamada, pero esta vez por Su Cuerpo, la iglesia. El ‘Día del Señor’ se encuentra a la puerta, y los elementos serán derretidos con un calor ferviente. Lo sabemos técnicamente, ¿pero lo sabemos realmente? ¿Se lo podemos decir con convicción a epicúreos y a estoicos? Pablo conocía a Dios como Juez, y si lo conociéramos en la misma medida, no seríamos tan carnales en nuestro comportamiento.

Si ese era el mensaje hace dos mil años – que Dios manda a todos los hombres que se arrepientan - ¿qué debemos decir *nosotros* que estamos viviendo ahora? ¿Tenemos el mismo sentimiento de urgencia que Pablo conocía? Ciertamente la primera iglesia no estaba engañada al pensar que el Juez se encontraba ‘a la puerta’ y pronto a venir. Para ellos la cuestión no era cronológica, sino de expectativa y urgencia. Si no estamos viviendo en esta clase de dinámica, no somos la iglesia en ningún sentido verdadero. Esto es intrínseco para cualquier

iglesia apostólica verdadera, y en la medida en que nosotros no tengamos este sentido de urgencia e inminencia de las cosas que están prontas a suceder, entonces en esa misma medida no somos la iglesia. ¿Vemos esta expectativa como la lógica de nuestra fe? ¿Lo hacemos contar en nuestras decisiones? ¿Planeamos nuestras vacaciones, y el lugar donde vamos a ir el próximo año, y la compra de botes, como si estas cosas no estuvieran prontas a suceder? ¿Traicionamos, con nuestra conducta actual, lo que pretendemos creer?

El mensaje de Dios siempre ha sido, “¡Arrepiéntanse y crean en el evangelio!” No existe una manera en que podamos creer en la insensatez del evangelio por medio de nuestra propia inteligencia. En la intención de Dios, el evangelio se encuentra más allá de la habilidad de cualquier hombre para entender. El hombre natural no puede entender las cosas de Dios, pues son espirituales. El arrepentimiento es la clave que libera la gracia sobrenatural, inasequible por medio de nuestro propio intelecto. Dios les manda a todos los hombres en todo lugar que se arrepientan. ¿Constrñe nuestra presencia a los hombres? ¿Le garantiza nuestra comunicación a los hombres, que estarán sin excusa en el ‘Día del Juicio’?

Las Naciones a la Luz del Juicio

Las naciones se encuentran en rebelión contra Dios, y su proliferación e incremento en número es sólo una afirmación de esto; sus dioses falsos son diferentes, mientras que su oposición a Israel es la expresión más gráfica de su rebelión. El Milenio, y la paz del Milenio, crean el camino para que las naciones lleguen hacia la fórmula ordenada por Dios, como lo fue desde el principio. Israel es el centro; la Ley saldrá de Sion. Las naciones suben a Jerusalén en la Fiesta de los Tabernáculos para rendirle respeto al Dios de Israel. Así es como Dios lo propuso desde el principio, pero El tiene que tratar primero con la rebelión de Su propia nación, la cual El ha escogido, y después con las naciones que se encuentran en rebelión contra El. No hemos entendido la magnitud de la rebelión del hombre en contra de Dios, aunque tengan sus monumentos al ‘Dios No Conocido.’ Pablo lo entendía, y habló de ello.

Nuestra relación y entendimiento de Israel, tanto como nación y aun como individuos, es la evidencia de si es que hemos buscado y encontrado a Dios. Si *decimos* que hemos encontrado a Dios, ¿entonces qué hemos aprendido acerca de la nación de Israel con respecto a nosotros, no sólo como un simple reconocimiento de la centralidad de aquella nación, sino la sumisión actual y existencial hacia esa centralidad? El haber buscado a Dios, y el haberlo encontrado, es incompatible con ser indiferentes hacia Israel como Su lugar central escogido y revelado para todas las naciones. ¿Es por el temor de tal descubrimiento que Dios *no* ha sido buscado? ¿Quién quiere encontrarlo a El si la revelación que viene con aquel descubrimiento es perjudicial y amenazante a nuestro interés propio?

No buscamos, debido a que no *queremos* ser hallados. Nuestra conducta e indiferencia habla por sí misma. Nuestra ignorancia es voluntaria, y el fracaso histórico de las naciones en buscar a Dios ha sido increíblemente trágico para la raza humana. Guerras, conflictos, devastación, y muerte han sido el resultado de naciones egoístas y autónomas obrando a partir de su propia ambición y rivalidad, por gloria y fama, y quienes no buscaron a Dios para *Su* propósito. A las naciones se les debe decir, lo cual no quiere decir que escucharán, pero si sabemos que el juicio está por venir, y no proclamamos una advertencia, entonces su sangre estará sobre nuestras manos. Es poco probable que los gobiernos respondan, pero los individuos que escuchen nuestro mensaje, y vean nuestra fe colosal e insistencia en ella, serán compungidos en sus corazones. Aquellos que han tratado el asunto de Dios con un cierto tipo de superficialidad, serán alertados ahora hacia algo que para ellos será la salvación. Esta es la cuestión de los Últimos Días.

Es por esto que la iglesia, generalmente hablando, es anémica y débil. Sus metas y propósitos son demasiado vanos, y se centran en su propio éxito y perpetuación, debido a que no tiene el contexto apostólico. Tampoco tiene la perspectiva, ni el contexto cósmico por el cual la iglesia ha sido establecida en la tierra, y no hay necesidad de imaginar por qué es que ha sido condenada a una visión de cosas insignificantes. Está cayendo muy por debajo de la gloria de Dios, debido a que no ha vislumbrado el propósito de Dios.

Porque he aquí que a la ciudad en la cual es invocado Mi nombre yo comienzo a hacer mal; ¿y vosotros seréis absueltos? No seréis absueltos; porque espada traigo sobre todos los moradores de la tierra, dice Jehová de los ejércitos. Tú, pues, profetizarás contra ellos todas estas palabras y les dirás: Jehová rugirá desde lo alto, y desde Su morada santa dará Su voz; rugirá fuertemente contra Su morada; canción de lagareros cantará contra todos los moradores de la tierra. Llegará el estruendo hasta el fin de la tierra, porque Jehová tiene juicio contra las naciones; El es el Juez de toda carne; entregará los impíos a espada, dice Jehová. (Jeremías 25:29-31)

El juicio comienza con la casa de Dios, pero no se detiene allí. Este incluirá “todos los moradores de la tierra.”

El Día del Señor, tan central al pensamiento apostólico y a los profetas, será el Día épico cuando la ira de Dios venga en el tiempo de Dios, y sea desatada con furia sobre todas las naciones. No es un periodo cronológico de veinticuatro horas, pero será un tiempo de devastación inefable. Es por esto que leemos en el Salmo 9 sobre las ruinas en que serán dejadas las naciones. Incluso existen sugerencias de que un tercio de los habitantes de la tierra serán aniquilados.

En el final de la historia, Dios se encuentra preparando una entidad apostólica sobre la tierra, llevando la autoridad y el mensaje de Pablo *hacia las naciones* antes que el juicio prometido por Dios caiga. Dios no puede traer Su juicio hasta

que las naciones hayan escuchado la advertencia, y hayan escogido rechazarla. La iglesia no se ha dado cuenta de esto, y nosotros mismos hemos estado tan atados en el nivel individual que no hemos considerado el mensaje de Dios *hacia las naciones*. Pablo estaba instruido en esto, pero nosotros no lo estamos, ni tampoco nos gusta escuchar acerca de los juicios de Dios, y el Día del Señor no tiene un significado convincente y poderoso para nosotros. Sabemos que existe, y tiene un sonido familiar para nosotros, pero no es vital para nuestro entendimiento. Si no es vital, entonces no somos apostólicos.

Y con otras muchas palabras testificaba (Pedro) y les exhortaba, diciendo: Sed salvos de esta perversa generación. (Hechos 2:40)

Pedro se estaba dirigiendo a los individuos que habían subido a Jerusalén para los días de fiesta importantes, y su petición hacia ellos era para que fueran salvos del juicio que venía sobre la nación. El Día del Señor estaba a la puerta – las señales, los prodigios en el cielo, la sangre y el fuego, el sol convirtiéndose en tinieblas – eso es lo que Pedro predicó. Aquello que estaban escuchando en otras lenguas era lo que Joel prometió cuando viniese el Día del Señor. “Sed salvos” no es la salvación como nosotros la entendemos comúnmente en este tiempo. Era una salvación del juicio que viene en forma de ira sobre las naciones, y *ese* es el mensaje de los Últimos Días. Como lo fue en el principio, lo será también en el final. Hemos hecho de la salvación algo inferior y diferente a lo que Dios desea, y nos hemos perdido del completo contexto de la ira de Dios exhibida hacia las naciones.

El mensaje es completamente contrario a la manera en que el mundo se ve a sí mismo. Este no percibe un final, pues de otra manera no estarían construyendo sus rascacielos. Ni siquiera existe un *sentido* de final o de juicio. Y sin embargo tenemos que comunicar una realidad que está totalmente opuesta con lo que el mundo piensa que es real. Debe ser comunicado de tal manera que los obligue a reconocer la realidad para que se arrepientan de la realidad falsa, y se postren ante la verdadera *antes* que la realización de aquella realidad venga en forma de juicio. El ser capaz de presentar aquella realidad significa que debe haber una conciencia inminente de Dios como Juez, y a la puerta, y una conciencia de la ira de Dios, por hombres que se han abierto a sí mismos hacia alguna expresión de aquella realidad en sus propias vidas. El omitir a Dios en Sus juicios es desechar a Dios como Dios.

¿Tenemos verdaderamente un mensaje para individuos si no tenemos un mensaje para la nación? ¿Si no podemos confrontar el pecado corporativo, podemos realmente confrontar el pecado individual? El fracaso en identificar el pecado como pecado ha hecho de nuestro evangelismo algo bastante superficial, donde el acercamiento es basado en el beneficio que uno recibe por creer. Esto regresa hacia el hecho de no habernos identificado con el pecado de nuestras naciones, pues cual es el pecado de las naciones sino el pecado individual de los hombres. Nada le permitirá ver más claramente a los hombres el pecado sino en el contexto

de los pecados de *su* nación por los cuales Dios los hace culpables y responsables. Por ejemplo, los alemanes son responsables de Hitler. La nación alemana es responsable por los pecados de esa nación. Las personas de una nación son responsables por la conducta de esa nación, y Dios los juzgará por los pecados de su nación. Realmente no hemos tenido un evangelio efectivo hacia individuos debido a que no les hemos mostrado su pecado dentro del contexto de sus naciones. Sin importar lo lejos que se encuentre el mensaje del evangelio hacia las naciones como una alternativa al evangelio para los individuos, puede ser precisamente esta *la clave* del evangelio para los individuos. Los hombres tienen una dificultad de ver su pecado como pecado. Esa es la naturaleza del pecado; se disfraza a sí mismo como si no fuera pecado. Pero la conducta de las naciones es demasiado evidente y manifiesta, y debemos verlo como una declaración acerca de nosotros mismos – pues qué es una nación, sino la celebración del hombre. Existe una manera en la que nosotros como individuos racionalizamos nuestro pecado para esconderlo, pero lo podemos ver más evidentemente en la conducta de nuestras naciones, donde es claramente visto.

Debemos ser para las naciones lo que Pablo fue para Atenas. La historia se encuentra esperando antes que el juicio venga, y es por esto que Pablo podía decir que existía un Día en el cual Dios iba a juzgar al mundo: “Si ustedes filósofos y estoicos atenienses no lo sabían antes, entonces lo saben ahora pues yo se los estoy diciendo. Ustedes que se celebran a sí mismos y se halagan a sí mismos por su ‘espiritualidad’ hacia el Dios No Conocido necesitan saber que Dios no está impresionado. El ve sus corazones, y ustedes son una manada de sucios farsantes, siempre buscando la verdad pero nunca encontrándola. Ustedes quieren escuchar algo nuevo, y por eso es que están dispuestos a darme una audiencia, no porque realmente quieran ser instruidos, sino porque simplemente quieren una novedad. Ustedes *quieren* continuar en la postura de buscar *sin tener* que encontrar.”

La Resurrección – El Poder del Mensaje de Pablo

“...de ello dio pruebas a todos cuando lo resucitó.” (Versión Dios Habla Hoy)

El mensaje completo de Pablo, y la obligación de los hombres al escucharlo, descansa sobre una sola cosa – la resurrección de los muertos de Jesús el Mesías. ¿Qué le daba a Pablo el derecho de exigir de sus oyentes una responsabilidad eterna basada en una doctrina de la fe hebrea de la cual los paganos no tenían absolutamente nada de conocimiento? ¿Cómo es que él podía esperar que ellos entendieran el concepto de resurrección cuando los mismos judíos lo rechazaban? Sus oyentes no tenían ningún tipo de estructura bíblica como para comenzar a entender, y sin embargo Pablo los hace responsables, y los pone bajo toda obligación de entenderlo *hasta el arrepentimiento*.

De todos los artículos de la fe, la resurrección es el que más está calculado para ofender la sensibilidad humana y la respetabilidad intelectual. Pablo escogió lo más ofensivo a sus creencias, y basó todo sobre eso. Para él, no era un punto de vista para ser expresado sólo los domingos dentro de un ambiente religioso, sino totalmente significativo para los asuntos de los hombres en el mundo *ahora*. No existe nada más pertinente para hombres seculares que el tema de Dios, y las verdades de Dios, sin importar la ofensa que traiga sobre la audiencia. La mentalidad apostólica, que es la mentalidad definitiva de Dios, presenta la perspectiva divina, así sea aceptada o no.

Todo lo que surgía de Pablo estaba encarnado *en él*; era la palabra viva. Pablo no sólo proclamaba el mensaje del evangelio; él *era* la demostración visible de éste; él era la palabra hecha carne. Aquellos atenienses escucharon una palabra que otorgaba convicción, saliendo de la boca de uno que se encontraba profundamente sumergido en la realidad de las cosas que estaba proclamando. Esto es lo que lo hacía a él un apóstol, y el rechazar *ese* testimonio es rechazar lo más selecto que Dios puede presentar a los hombres; no hay nada más que Dios en Su misericordia pueda hacer – después de esto viene el final. Ellos sólo podían creer en el fenómeno de la resurrección debido a que Pablo estaba *en* la resurrección. El era un hombre levantado de los muertos. Su predicación a los atenienses era en sí misma un fenómeno de resurrección, y no simplemente algo concebido en la mente de un hombre religioso. Era la propia declaración de Dios expresada en el poder mismo de Dios, y a no ser que nosotros, como la iglesia, vayamos a individuos o a los gobiernos de nuestras naciones en *ese* poder e identidad, nuestros intentos serán en vano.

Pero cuando oyeron lo de la resurrección de los muertos, unos se burlaban, y otros decían: Ya te oiremos acerca de esto otra vez. Y así Pablo salió de en medio de ellos. Mas algunos creyeron, juntándose con él; entre los cuales estaba Dionisio el areopagita, una mujer llamada Dámaris, y otros con ellos. (Hechos 17:32-34)

Aquellos que creyeron el mensaje se unieron *a Pablo*, y creyeron. Esta no fue una expresión casual; es rica en su completo significado. Los oyentes no se suscribieron a algún tipo de evangelio abstracto, ellos no firmaron sus nombres sobre la línea en una lista de un conjunto de preceptos. El punto acá es que usted no puede separar al hombre del mensaje, pues él era la cosa en sí misma. El *era* el mensaje, y no un portador de una palabra técnica de verdad. Había algo acerca de la realidad de su propia vida, algo que transpiraba de su propio espíritu, que, en sí misma, era una demostración. El era un hombre que ya se encontraba en la eternidad, un ciudadano del cielo, y viviendo en el poder del siglo venidero. Era una declaración de su vida apostólica, y también necesita ser la nuestra.

Pablo pudo haber contradicho su mensaje, aunque hubiera dicho todas las cosas correctas. Si la voz en su predicación, o el espíritu en el cual lo habló, carecían de verdadera convicción, y si él estaba viviendo una vida por sí mismo y para sí

mismo, como muchos Cristianos hacen, entonces ellos no hubieran sido impresionados ni afectados en absoluto. El creer en el hombre es creer en el mensaje, y el creer el mensaje es creer en el hombre.

La resurrección de los muertos es un fenómeno absolutamente sobrenatural. No les deja a los hombres ninguna opción, pues no habla acerca de la resurrección como una extravagancia; no es una teoría. Pablo está hablando acerca de una resurrección real, con un Hombre real, a quien Dios resucitó de los muertos, y este mismo Hombre juzgará a todas las naciones. Es absolutamente sobrenatural y totalmente específico, y *esa* combinación es mortal para la mentalidad secular. Ellos no quieren ser encajonados dentro de algo tan específico como esto, y es por esto que Jesús es un 'hueso atravesado en al garganta' del mundo moderno. Significa que ya no podemos seguir construyendo dioses de nuestra propia imaginación, algo que los hombres aman hacer. Pero si un Dios específico, que a semejanza de hombre fue levantado de los muertos, requiere su lealtad hacia aquel Hombre Resucitado, quien será el Juez, entonces no le deja a usted ninguna opción.

“...de ello dio pruebas a todos...”

Esto no sólo se refiere a judíos, ni a los testigos en Jerusalén, sino a *todos* los hombres, al resucitarlo de los muertos. La realidad y el poder de aquella resurrección debía ser demostrada allí mismo a los griegos sobre el Monte de Marte. Pues si aquella resurrección no es demostrada a través de Pablo mismo, entonces es solamente un concepto abstracto. Pablo dijo que El le había dado pruebas a todo hombre, pues la vida misma que salía de Pablo, y su predicación, era la demostración misma de un Rey resucitado y ascendido, cuya realeza, amor y convicción estaban siendo derramadas a través de aquel miserable vaso hebreo.

Al final de la era habrá dos cuerpos religiosos, y la profunda cuestión que separará al uno del otro, y que hará de uno el enemigo y la víctima del otro, es todo el asunto de lo sobrenatural. La resurrección es eminentemente la cuestión de lo sobrenatural. Los hombres pueden disputar acerca del asunto del nacimiento virginal, pero no pueden disputar acerca del asunto de la resurrección. Esto o *es* o *no lo es*. Fue la prueba incluso para los discípulos incrédulos de Jesús, quienes eran “*tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho.*” Aun cuando Jesús se les apareció en Su cuerpo resucitado, se dice que ellos no creyeron con gozo. Existe algo tan insondablemente profundo en nuestra naturaleza humana que se opone a lo sobrenatural, que aun cuando es demostrado en la persona de Jesús mismo, había incredulidad. El comió delante de ellos en Su cuerpo resucitado, sin embargo sus mentes carnales, y el espíritu del mundo, estaban tan opuestos al Dios sobrenatural que vacilaban acerca del asunto de la resurrección.

Aun cuando profesamos creer, verdaderamente no creemos. La cuestión no es si creemos o no técnicamente a lo correcta que sea la doctrina de la resurrección,

sino si ¿creemos hasta el punto donde estamos viviendo en el poder de ella? ¿Estamos dispuestos a pararnos ante hombres en el Monte de Marte, no con base en nuestra astucia o preparación o nuestra habilidad, sino en Su vida? ¿Está nuestra vida escondida con Cristo en Dios? Cuando Su vida es revelada, nuestra vida también será revelada con El *para gloria*. Por muchos años, no podía entender por qué es que había una ausencia tan dolorosa de la gloria de Dios sobre la tierra. Existen muchos creyentes correctos – morales, limpios, no ofendiendo, viviendo bonitas vidas prescritas y modelos de decencia - ¿pero dónde está la gloria? La gloria sólo se encuentra dentro de la resurrección, y la vida y poder que vienen cuando estamos muertos y escondidos con Cristo en Dios, *hasta* que Su vida sea revelada.

No podemos dominar, explotar, utilizar o manipular la vida resucitada para *nuestra* conveniencia. Ella nos abraza y nos domina, y habrá momentos cuando las cosas más gloriosas saldrán de nuestras bocas, declaraciones que usted sabe que es incapaz de expresar abiertamente. Pero habrá otros momentos, en los propósitos de Dios, en donde nada surgirá, y usted simplemente se verá como un insensato, un débil y un impotente. Usted será incapaz de dar una respuesta, y probablemente se convertirá en un objeto de desprecio y reproche de los hombres. Usted pudo haber dicho algo inteligente al haber utilizado su propia habilidad para quedar bien, pero usted se hubiera perdido de un momento para la gloria de Dios.

Pablo siempre predicaba a ‘Jesús y la resurrección,’ que es Cristo y El Crucificado. Era la fe sobrenatural, y la base para todo su dogma, práctica y pensamiento. Existen tan pocos creyentes que han logrado llegar a *esta* fe, a esta resurrección, a esta realidad y a este fundamento sobrenatural, que puede ser la razón por la cual no la proclamamos a los hombres.

La Finalidad del Mensaje de Pablo

Existe algo acerca de apropiarse de la eternidad en la vida de uno, dentro de aquella clase de realidad, que trae una urgencia sobre toda clase de reflexión humana. Aquellos hombres quedarán sin excusa. Ellos no sólo escucharon, sino que también fueron confrontados por la degustación de las cosas por venir y en las cuales Pablo se encontraba viviendo, y teniendo todo su ser. Existe algo acerca de la presentación del evangelio en aquel tipo de autoridad que obliga a los hombres a decidir *a favor* o *en contra* de Dios; no puede existir indiferencia.

¿Cuáles son *nuestros* fundamentos si no son los de Pablo? ¿Podemos nosotros, con él, ver las cosas que son invisibles como cosas más impresionantes que las cosas que son temporales y visibles? Atenas era una ciudad poderosa, una de las grandes glorias del mundo antiguo. Los hombres temblaban cuando veían su gloria por primera vez. Lo dejaba a uno sin aliento, sin embargo, Pablo caminó por en medio de ella completamente imperturbado. Era el mundo, que estaba

pasando, pero la Palabra de Dios permanece para siempre. Había algo acerca de Pablo que lo hacía inmune a las cosas que hay en el mundo, las mismas cosas que hacen de *nosotros* cobardes y transigentes. En un instante del tiempo, ellos escucharon de un hombre que no poseía ninguna calificación o credencial desde su punto de vista intelectual, y además de esto, no fue presentado como una opinión, sino como una convicción. Los hombres no tienen ninguna obligación de escuchar nuestras opiniones, pero serán tenidos eternamente responsables por nuestras convicciones.

Carácter Apostólico: La Mansedumbre

La mansedumbre apostólica es aquella cualidad de carácter a través de la cual podremos discernir a aquellos que “*se dicen ser apóstoles y no lo son.*” Uno de los peligros de los Últimos Días son los apóstoles presumidos que se presentan por todo lugar, y que parecen tener una medida de autoridad y conocimiento que parece impresionar a los faltos de discernimiento. Afortunadamente, existe una medida de autenticidad que no puede ser falsificada o emulada, es decir, *la verdadera* mansedumbre. La mansedumbre no es algo que uno aprende en la escuela, sino algo conseguido por hombres y mujeres bajo la mano de Dios, en unión a El, quien es la mansedumbre. En otras palabras, sólo puede ser *otorgada* por la proximidad de un hombre con Dios, quien es en Sí mismo manso y humilde de corazón; no existe otra manera de obtenerla.

Moisés sobre el Monte

Moisés, quien escribió los cinco libros de Moisés, podía decir de sí mismo, “*Moisés era el hombre más manso sobre la faz de la tierra.*” Esto suena como arrogancia de espíritu, pero cuando un hombre puede hablar esto de sí mismo, sabiendo que no puede atribuirse nada para sí de aquella condición, entonces aquí tenemos una humildad de máxima categoría. Fue la gracia de Dios la que lo había llevado hasta esa mansedumbre. La humildad no es algo que el hombre pueda crear por sí mismo sobre la tierra, y desarrollarla como un rasgo en el carácter. La humildad es lo que Dios es en Sí mismo, y el único que puede demostrarla y exhibirla, es aquél que ha estado consistentemente en la presencia de la humildad de Dios. Es humillante el estar allí, y es por esto que Moisés podía hacer tal declaración, no como un crédito para sí mismo, sino para Dios, de cuya presencia fue establecida aquella humildad.

Este llamado a la comunión con Dios nunca será conveniente. Debe haber una muerte para poder abrirse camino al lugar del consejo secreto de Dios, y uno no puede entrar en él con el espíritu de conveniencia. La conveniencia es contraria a la sabiduría y al espíritu de Dios. El llamado de Dios hacia Moisés fue el de subir a El. No era por ningún beneficio que Moisés fuese a recibir – aun un beneficio espiritual, sino más bien una búsqueda de Dios por amor a El mismo, sin ninguna consideración hacia el beneficio adquirido para aquél que busca.

Es interesante notar la disposición de Moisés al descender del Monte con las tablas de la Ley. Cuando vio a Israel bailando alrededor del becerro de oro, ardió con indignación e ira, y tiró las tablas de la Ley que habían sido escritas por el dedo de Dios mismo. Después ordenó que el becerro de oro fuera molido en polvo, y el pueblo de Israel tenía que beberlo. El hizo que bebieran su ídolo, y usted no escucha ni una sola queja o murmullo de oposición a aquel requerimiento. Evidentemente él venía con tal autoridad que nadie se atrevió a contradecir en ninguna manera aquella estipulación.

Existe una conjunción entre la humildad y la autoridad. La primera expresión de la humildad de Moisés fue una expresión de autoridad de tal magnitud que nadie la cuestionó. Y después preguntó quién iba a estar del lado de Dios, y los levitas se presentaron. Se les ordenó que cogieran sus espadas, entraran al campamento, y mataran a todos aquellos que habían fornicado tras de dioses falsos, incluyendo a amigos y a familiares. ¡Qué autoridad para el hombre que era el más manso de la tierra! Sólo fue *porque* era el más manso que esa autoridad era de él, y la más densa de las almas lo reconoció, y por tanto, no podía siquiera ofrecer una sutil oposición. Él era el ‘mismísimo Dios’ en su indignación y autoridad, y su mansedumbre fue la declaración, no de algún tipo de simulación o refinamiento superficial, sino de una unión con Dios de tal magnitud, que era el carácter mismo de Dios el que le había sido impartido.

Pablo tenía una cierta manera de traer corrección a los santos, más demostrativo del carácter de un padre de lo que podemos entender. Él no se detendría en decir las cosas como tenían que ser dichas. Él regañaba, castigaba, suplicaba e imploraba. Él no hacía alarde de sus credenciales apostólicas, ni tampoco empleaba su autoridad para intimidar. Él exhortaba, “los exhorto como un padre... os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis...” Este es un carácter distintivo de la mentalidad y el carácter apostólico. No emplea su autoridad en ninguna manera dominante. El uso de la autoridad revela quienes somos, y alguien ha dicho, “Lo que hacemos con los más débiles y con los menospreciados es lo que somos.” Cuando una nación comienza a oprimir y a perseguir a los débiles e indefensos, está revelando su verdadero carácter. Y lo mismo es cierto con la iglesia. Nos sometemos a los grandes y a los poderosos, cuyos diezmos son impresionantes, pero le damos escasa consideración a aquellos que son ordinarios y sin distinción, y cuyos ingresos son mínimos.

La Humildad es Obediencia

El asunto de la humildad es paradójico, pues el apóstol es totalmente unilateral, inflexible y tan absolutamente persuadido acerca de la rectitud de su palabra, que aparenta ser arrogancia. Yo sospecho que el falso apóstol es alguien que pretende ser sufrido. Él *parecerá* humilde, algo así como la ‘humildad de un vendedor’ que es fingida para poder vender el producto. Si es que vamos a ser una iglesia con discernimiento, es decir, una iglesia apostólica, entonces el asunto de la auténtica humildad necesita entrar en nuestras conciencias. La calidad de la verdadera mansedumbre, que Pablo poseía, a pesar de sus referencias intransigentes acerca de sí mismo, parece ser extremadamente arrogante, y sin embargo *allí* mismo se encuentra la verdadera mansedumbre.

El Señor mismo era absoluto, utilizando el lenguaje de una manera muy fiera. Él actuaba de una manera que parece sugerir todo *menos* humildad. Por ejemplo, al volcar las mesas de los cambistas, lo que pareció, por lo menos en ese momento,

es como si hubiera dejado de lado Su mansedumbre, y hubiera actuado con otro carácter. ¿Era El humilde aun mientras era violento y ofensivo? Este suceso hizo que comenzaran a moverse cosas que terminaron en Su muerte. ¿Entonces cómo reconciliamos este suceso violento que Jesús llevó a cabo como algo opuesto a lo que conocemos de la mansedumbre de Dios? Cuando pensamos en manso, pensamos en algo suave, callado y reservado. Este fue un acto violento y agresivo, y sin embargo estamos diciendo que es manso. Si vemos la mansedumbre como obediencia absoluta hacia Dios, y mucho más con una actitud, o una palabra, que dé la impresión de lo contrario, entonces tendremos un mayor entendimiento de su realidad. Incluso puede hacer que el siervo obediente sea expuesto a crítica por ser violento, o demasiado celoso, o lo que sea. En otras palabras, Jesús volcó las mesas de los cambistas como un acto de humildad, debido a que se sometió a la voluntad del Padre para obedecer en el momento que fue requerido, aunque fuera contrario a Su propia disposición o personalidad. El era un hombre manso, obedeciendo la voluntad del Padre, cuyo tiempo de juicio sobre el Templo había llegado, y fue ejecutado con absoluta pasión en Su celo por la gloria de Dios. La verdadera humildad es reflejada en verdadera obediencia.

Habrán instantes en donde Dios nos llamará a obediencias que parecen contradecir la mansedumbre, y será arrogante el *no* obedecer, aun al emplear la excusa, “No es mi personalidad. No es la manera en que me gusta comportarme, pues quiero el favor y la aprobación de los hombres para que me vean como una buena persona, y por tanto, siempre quiero ser razonable, callado y diplomático.” Si, usted será aplaudido por eso, *pero no en el cielo*. En el cielo, es absoluta rebelión, pues si Dios deseaba que usted fuera ‘violento,’ y usted se detuvo debido a que contradice su personalidad, o cualquier cosa semejante, usted está colocando algo por encima y primero que Dios, es decir, su propia auto-consideración.

Un verdadero apóstol no cederá ni se refrenará; él no puede ser comprado o convencido a ser ‘uno de los muchachos,’ y él aborrece las distinciones y los honores que los hombres se otorgan entre ellos. Necesariamente tiene que hacerlo, o se comprometerá lo que él es en Dios. El es escrupuloso en carácter, y jamás utilizará su posición para obtener alguna ventaja personal. Naturalmente es una persona sencilla, normal y poco atractiva en apariencia y porte, aborreciendo lo que llama la atención, lo sensacional o lo estrafalario. El no llamará ninguna atención hacia sí mismo por medio del atavío externo. El es la cosa en sí mismo, en el mismísimo tuétano de su ser, debido a su comunión *con* Dios, y su historia *en* Dios. La mansedumbre es la señal característica del apóstol auténtico, y también el carácter ejemplar de Dios. Con base en esto, un falso apóstol, o un mensajero falso de la palabra de Dios, puede ser identificado como uno que da la impresión de ser auto-suficiente, siempre lleno de dignidad, o él afectará algo para asegurarse que usted lo ha notado a él por su distinción.

La Humildad que no es Conciente de Sí Misma

“El verdadero carácter del amor de Dios que habla por El es siempre inconsciente,” escribió Oswald Chambers. La espiritualidad conciente de sí misma es en la cual usted se examina a sí mismo para algo aparentemente bueno, incluso de tipo espiritual, pero el mismo hecho que usted se examine a sí mismo lo arruina. La verdadera espiritualidad no es conciente de sí misma; no se *preocupa* por sí misma. Esta es la misma cualidad exhibida por Jesús, y aunque El sabía quien era, y disputó con los maestros de la Ley a la edad de doce, todo Su ministerio terrenal tenía una extraordinaria calidad de inconciencia en sí mismo. El no era un hombre que andaba por todos lados dando a conocer a qué ministerio había sido llamado. Era simplemente una extraordinaria despreocupación, no en el sentido de ser irresponsable, sino en donde usted no se exalta a sí mismo en su propio llamado.

Si decimos, “Oh, me imagino, ¿usted cree que Dios me puede usar? Me imagino si es que soy útil para algo.” Aunque pueda sonar modesto y duro con uno mismo a *nuestros* oídos, aún es corrupción. Aún tiene nuestro “yo” en el centro, y es precisamente aquella cosa la que contamina nuestra vida espiritual. Debemos llegar a aquel extraordinario lugar de absoluta inconciencia de nosotros mismos, en donde somos lo que somos por la gracia de Dios. Nunca debemos pensar en términos de nosotros mismos. Simplemente somos, y en aquella condición, somos una bendición para Dios y para los demás.

El Vaso Quebrado de Alabastro

Hay un episodio en la vida de Jesús, que aparentemente no vale la pena mencionar, pensaría usted, y sin embargo Dios lo incluye de una manera u otra en tres evangelios.

Pero estando El en Betania, en casa de Simón el leproso, y sentado a la mesa, vino una mujer con un vaso de alabastro de perfume de nardo puro de mucho precio; y quebrando el vaso de alabastro, se lo derramó sobre Su cabeza. Y hubo algunos que se enojaron dentro de sí, y dijeron: ¿Para qué se ha hecho este desperdicio de perfume? Porque podía haberse vendido por más de trescientos denarios, y haberse dado a los pobres. Y murmuraban contra ella.

Pero Jesús dijo: Dejadla, ¿por qué la molestáis? Buena obra me ha hecho. Siempre tendréis a los pobres con vosotros, y cuando queráis les podréis hacer bien; pero a Mí no siempre me tendréis. Esta ha hecho lo que podía; porque se ha anticipado a ungir Mí cuerpo para la sepultura. De cierto os digo que dondequiera que se predique este

evangelio, en todo el mundo, también se contará lo que ésta ha hecho, para memoria de ella.

Entonces Judas Iscariote, uno de los doce, fue a los principales sacerdotes para entregárselo. Ellos, al oírlo, se alegraron, y prometieron darle dinero. Y Judas buscaba oportunidad para entregarle. (Marcos 14:3-11)

No es una coincidencia que exista una conjunción entre este generoso derramamiento, y la respuesta hacia el Señor por parte de Judas y los principales sacerdotes, cuya traición fue por razón de conveniencia. Jesús dijo que lo que ella había hecho sería contado en memoria de ella. Este parece ser un reconocimiento y una alabanza exuberante para lo que parece a los hombres, y aun para los discípulos de Jesús como un desperdicio. La eficiencia y la utilidad son el espíritu de nuestra era, y dice, si usted invierte, o si da algo, usted puede esperar una paga y una recompensa. Pero algo que es dado generosamente, sin ningún pensamiento de recibir algo de vuelta, es costoso. Aun hizo que los discípulos reaccionaran con indignación y murmuraran contra esta mujer, diciendo, “Con qué propósito fue hecho este desperdicio. Aquel costoso perfume pudo haber sido vendido y las ganancias usadas para comprar tratados y financiar ministerios, y llevar a cabo todas aquellas ayudas maravillosas.” Debemos disuadir a los creyentes para que se aparten de la fascinación preeminente por el *ministerio*. Somos tan ministerio-concientes, y queremos con tanta ansiedad entrar en nuestros ministerios, y muchas almas son llevadas al naufragio por una entrada prematura al ministerio cuando nunca hubo atención por el fundamento de la relación entre Dios y el hombre.

Esta mujer vino trayendo un vaso de alabastro extraordinariamente exquisito. Lo más extraordinario es que no hay manera de extraer el perfume a no ser que el envase sea quebrado. No tenía una tapa para volver a poner cuidadosamente y utilizarlo de nuevo. Era para quebrarlo y extraer lo que tenía por dentro, o el contenido quedaba encerrado. Esta es una bella ilustración de nosotros mismos, moldeados por la mano de Dios, vasos de material costoso, pero a pesar de lo mucho que seamos externamente impresionantes en ese sentido, *no* nos hará significativos a un mundo que muere, y especialmente hacia un pueblo judío. Lo que nos hace significativos es más bien la fragancia del conocimiento de El siendo manifiesto por medio de nosotros en todo lugar. El aroma de muerte para muerte hacia aquellos que van a perecer, y de vida para vida hacia aquellos que van a ser salvos.

Todos tenemos un ‘sabor’ particular y algunos de nosotros tenemos más cantidad de aquella sustancia que otros, y para algunos, el aroma y el buqué son exquisitos, y para otros sencillamente es algo ordinario. Depende en gran manera del tipo de historia que tenemos con Dios, y qué tan profundo nos encontramos identificados con El en Sus sufrimientos, Sus incomprendiones, Sus rechazos, y todas las cosas que pertenecen a una verdadera fe y a un verdadero caminar. Una cosa es tener

aquella fragancia de Cristo formada dentro de nosotros por medio de la identificación con El, y otra muy diferente es tener una religión de conveniencia, que es también la religión del traidor. Si nuestro Cristianismo no nos cuesta nada, y es conveniente, ya estamos siendo uno con Judas. La fe es extraordinariamente exigente, y por esto fue que Jesús alabó lo que la mujer había hecho, y esto debía ser para memoria de ella en dondequiera que *este* evangelio fuese predicado. El evangelio es el evangelio de la entrega y el derramamiento extravagante, o no será el evangelio de poder.

Watchman Nee dijo que el principio del desperdicio es el principio del poder, y no tenemos poder debido a que hemos estado jugando con muchas precauciones. No nos hemos dado el tiempo, la paciencia, el ser incomprendidos, y la vulnerabilidad de derramarnos los unos a los otros para que hubiera hecho de la iglesia la iglesia. Por tanto, hemos sido robados del potencial de formar un cuerpo apostólico en donde hombres que puedan predicar sean enviados. Hemos optado por una religión de conveniencia, es decir, nada de molestias, nada de postrarse y nada de problemas. Es por esto que Jesús amó a esta mujer, "*Buena obra me ha hecho.*" Si es que hay una frase odiosa para Dios, es la obra que el *hombre* lleva a cabo. El no tiene ningún respeto por las obras de los hombres, pero El llamó lo que esta mujer había hecho una buena obra. Ella vino con algo muy precioso y valioso, y entró a un lugar lleno de hombres erizándose con indignación, pero ella no permitió que esto la detuviera. Y dondequiera que la extravagancia sea derramada por causa de Cristo, habrá una correspondiente oposición.

Hay algo que hace falta en la iglesia de Dios, es decir, un derramamiento que libere el fluir de Su Vida hacia un mundo incrédulo. Somos antisépticos y correctos, pero no somos fragantes. No somos generosos los unos con los otros, temerosos de tomar el riesgo de este tipo de intensidad en la relación por medio de la cual es la única manera en que puede tomar lugar la verdadera formación apostólica de carácter. Estamos satisfechos con una religión de conveniencia – un servicio de domingo y un estudio bíblico de mitad de semana, para después retirarnos a nuestra propia privacidad.

Hay algo acerca del quebrantamiento ante los ojos de Dios que es precioso para El. También fue demostrado en Su propio cuerpo en la Cruz, y El se encuentra esperando por lo mismo en Su iglesia, es decir, un pueblo quebrantado y contrito que transpire la fragancia de Cristo. Se necesita de algo más que estar correcto y que tener buenas intenciones. La mansedumbre del quebrantamiento viene cuando venimos, y rompemos, y derramamos. La mansedumbre es el distintivo apostólico, la fragancia del conocimiento de El, y toda obra verdadera es un ejercicio de humillación, sufrimiento y muerte, y por lo tanto, emite la fragancia de Dios.

La Mansedumbre – La Clave para la Revelación

La iglesia es edificada sobre el fundamento de los apóstoles y los profetas, y una de las distinciones de aquello que es apostólico es la administración de los misterios. La iglesia misma debería tener la misma disposición hacia los misterios, y aquellas cosas que sólo pueden ser reveladas. La clave para la percepción apostólica o profética, y para la recepción de la revelación de los misterios de Dios se encuentra en Efesios 3:8,

A mí, que soy menos que el más pequeño de todos los santos, me fue dada esta gracia de anunciar entre los gentiles el evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo.

En otras palabras, toda verdadera percepción es dada a hombres como Pablo, que se ven a sí mismos como ‘menos que el más pequeño de todos los santos.’ Pablo no está siendo respetuoso o cortés, o haciendo el tipo de declaración que haría un orador de la cámara de comercio – él realmente se veía a sí mismo como esto. El era el apóstol a quien se le había dado tal magnitud de visiones que Dios tuvo que darle un agujón en la carne, para que no se exaltase demasiado por las revelaciones que le fueron dadas. Por tanto, no debemos pasar por alto el carácter apostólico, que es decir, la profunda humildad, la mansedumbre auténtica y la semejanza a Cristo del hombre apostólico.

Sabemos que uno de los engaños de los Últimos Días son falsos apóstoles y falsos profetas. Aun ahora, se está volviendo popular, en donde *todo el mundo* parecer ser un profeta, o aun un apóstol. Son también bastante astutos en la manera que han estudiado y conocen cómo apropiarse de la exhortación y el consejo de Pablo, sabiendo cuando aplicarlo, e intervenir sobre asuntos de iglesia, etc. ¿Es este, sin embargo, el hombre fundamental sobre quien la iglesia es edificada? Si el hombre es la cosa en sí mismo, entonces es algo más que el conocimiento de la administración de iglesia, o la fundación de una congregación. Es su propia vida; es su carácter; es su conocimiento de Dios; es lo que él comunica como alguien que viene a nosotros desde la presencia misma de Dios. Esta declaración, ‘menos que el más pequeño de todos los santos’ no es Pablo tratando de aparentar humildad, sino la actual y abatida conciencia de corazón de cómo se ve él delante de Dios.

Es una extraordinaria ironía que entre más profundo crecemos en el conocimiento de Dios, más nos vemos a nosotros mismos como *menos*. En lugar de exaltarnos más por el incremento en el conocimiento de Dios, vemos lo infames y miserables que realmente somos. Es una contradicción y una paradoja, que sólo se puede encontrar en la iglesia. La humildad o la mansedumbre auténtica no es algo que uno puede aprender, o recibir en la escuela, o apropiarse para uno mismo, sino la obra de Dios a partir de una relación con El. Es la revelación de Dios como El es, y las profundidades de Dios, que llevan al hombre a este tipo de conciencia acerca

de sí mismo. La revelación de lo que somos está totalmente relacionada con la revelación de quien Dios es. Ambas cosas siempre van juntas.

Entonces dije (yo Isaías): ¡Ay de mí! que soy muerto; porque siendo hombre inmundo de labios, y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos. (Isaías 6:5)

Este es el príncipe de los profetas, Isaías, hablando aquí. El fundamento de la iglesia es la revelación de Dios como de hecho El es. *Ese* es el fundamento. No es como *nosotros* pensamos que El es, que es la mayoría de las veces la proyección de la manera en que nos *gustaría* que El fuera, especialmente cuando hemos escogido celebrar un atributo de Dios, e ignorar otro. El conocimiento *clave* es el conocimiento de Dios como El es, y los hombres fundamentales para la iglesia son aquellos que pueden comunicar a Dios en *ese* conocimiento. Pablo poseía este conocimiento debido a que él se veía como ‘el más pequeño de todos los santos.’

Los Dos Testigos

Y daré a Mis dos testigos que profeticen por mil doscientos sesenta días, vestidos de cilicio. Estos testigos son los dos olivos, y los dos candeleros que están en pie delante del Dios de la tierra.

Si alguno quiere dañarlos, sale fuego de la boca de ellos, y devora a sus enemigos; y si alguno quiere hacerles daño, debe morir él de la misma manera.

Estos tienen poder para cerrar el cielo, a fin de que no llueva en los días de su profecía; y tienen poder sobre las aguas para convertirlas en sangre, y para herir la tierra con toda plaga, cuantas veces quieran. (Apocalipsis 11:3-6)

Estos hombres estarán vestidos de cilicio, vestidos en humildad, vestidos con la mansedumbre de Dios. La mansedumbre, como hemos dicho, no puede ser aprendida. Cualquier humildad que es obtenida por medio de una determinación conciente de sí misma es necesariamente falsa. La humildad de Dios es algo previamente necesario para el aceite de la unción de Dios, con la capacidad de ‘cerrar el cielo’ a nuestra voluntad, cuando lo creamos necesario. Dios sólo puede otorgar tan extraordinarias dimensiones a aquellos que se encuentran en unión auténtica con El, y cuya evidencia es su mansedumbre y humildad. El cilicio no es algo externo, aunque estoy seguro que será utilizado; es más bien una declaración de una condición interna que no puede ser efectuada para impresionar, y no puede ser una técnica que nosotros podemos aprender por medio de la modulación de nuestras voces, o al aparentar ser sufridos y humildes. O es, o no es, y si lo es,

será proporcional a nuestra unión con Dios en la participación de Sus padecimientos.

Esta es la manera en que obtenemos y mantenemos una condición de humildad, que es el *sine qua non*, aquello que es absoluta y esencialmente necesario para la auténtica y vencedora vida espiritual. Esto es crítico, pues nos encontramos en un lugar de especial riesgo. Yo digo ‘nosotros’ especialmente a aquellos de nosotros que tenemos una conciencia de ser parte del pueblo remanente de Dios. La misma conciencia de que somos un remanente es la mismísima cosa que puede cultivar un lugar de orgullo y exclusividad. Jesús sabía que El era el Hijo de Dios, y que El era enviado del Padre, y sin embargo caminó en Su vida con abundante inconciencia y desinterés acerca de Su propio llamado. Pablo también era así, y podía decir, “Imítenme como yo imito a Cristo. Síganme en todos mis caminos, y si no lo hacen, ustedes probablemente se encuentran fuera de la fe,” y sin embargo no hay arrogancia. Es una extrema unión con Dios, y es algo por lo cual debemos ser celosos, o nos vamos a encontrar a nosotros mismos enredados y atrapados, no por nuestros defectos, sino por nuestras virtudes. Nuestras virtudes pueden, en este sentido, llevarnos hacia la destrucción, aun más que nuestros defectos.

El evangelio siempre es un llamado a la humildad. Existe una profunda raíz farisea dentro del hombre que quiere predicar los privilegios de Dios con base en méritos o en obras. Dios se sale de Sí mismo para escoger lo insensato, lo débil, y aquello que es miserable, de hecho, todo lo que es opuesto y contrario a lo que el *hombre* hubiera escogido. Parte de nuestro problema es que no entendemos lo mucho que Dios aborrece lo que se encuentra dentro del hombre. El simplemente no se fiaba del hombre, pues El sabía lo que había en el hombre.

Consistencia Intachable

Pues nuestro evangelio no llegó a vosotros en palabras solamente, sino también en poder, en el Espíritu Santo y en plena certidumbre, como bien sabéis cuáles fuimos entre vosotros por amor de vosotros.
(1 de Tesalonicenses 1:5)

Hay un tema que es tratado en este versículo, que necesita penetrar en lo más profundo de nuestras conciencias. Nuestra vida moderna parece estar organizada en compartimientos: lo secular y lo sagrado, lo de todos los días y lo religioso, el hombre en privado y el ministro público, y sin embargo Pablo no conocía aquellas diferencias. El era un verdadero hombre de pies a cabeza, todo su completo ser. El apóstol es la cosa en sí mismo, la Palabra hecha carne, y es por esto que Pablo podía continuamente ofrecerse a *sí mismo* como un ejemplo. El no decía, “¡Sigan mis principios!” sino, “¡Síganme a mí!” Dios no dice que son los *principios* de los apóstoles y los profetas lo que constituye el fundamento de la iglesia, sino más bien los hombres *en sí mismos*, y lo que ellos son *en Cristo*. Debemos ser algo verdadero de adentro hacia fuera, todos los días en todo momento. Pablo era

inmediato en tiempo y fuera de tiempo, siempre preparado, siempre pertinente, delante de judíos y delante de griegos, y Dios quiere una iglesia entera igual a esto.

Esto es muy distinto al lamento ‘Luterano,’ si se me permite ponerlo de esa manera, que dice, “Sólo soy humano... Dios sabe que sólo soy humano... sólo soy un pecador salvo por gracia.” Quizás ahora usted pueda comprender por qué es que hubo un conflicto sangriento entre la iglesia Luterana y los Anabaptistas de los siglos dieciséis y diecisiete en Europa. Estas personas Anabaptistas no podían tolerar aquella clase de excusa incrédula, y fueron martirizados por su fe. No era el mundo el que se les oponía tan vehemente y viciosamente, sino la Iglesia establecida. Ellos creían que uno debía demostrar la gracia y el testimonio de una vida nueva a través del Espíritu, contrario a un sistema de Estado-Iglesia por medio del cual todos eran inducidos en virtud del bautismo infantil. En este sistema, muchos no tenían el conocimiento de la salvación de Dios en absoluto, y quienes, en alguna manera religiosa y nominal, se llamaban Cristianos, sin embargo se oponían a la verdadera fe y a la verdadera iglesia. Ellos exigieron la sangre de los Anabaptistas pues no podían tolerar su *presencia*; producía demasiada convicción. Aquellos preciosos santos demostraron el resplandor de Dios, y vivieron una vida de sacrificio, exigiendo ver la evidencia de una nueva vida en el creyente antes que fueran bautizados. Ellos vieron la persecución y el sufrimiento por causa de la justicia como la consecuencia lógica e inevitable del *verdadero* creer. ¿Puede usted imaginarse el choque con este tipo de entidad Estado-Iglesia, cuya excusa era, “Sólo somos humanos”? Necesitamos entrar de nuevo dentro de la perspectiva Anabaptista, y conocer que existe un requerimiento para la demostración del carácter Cristiano, sin el cual nuestra proclamación es sin valor. Pablo dice,

Pues nuestro evangelio no llegó a vosotros en palabras solamente, sino también en poder, en el Espíritu Santo y en plena certidumbre, como bien sabéis cuáles fuimos entre vosotros por amor de vosotros.
(1 de Tesalonicenses 1:5)

Aquí encontramos una ecuación: El poder del evangelio en completa convicción era proporcionalmente exacto a la calidad, carácter y tipo de hombres que probaron ser entre ellos. La autoridad y poder que Pablo exhibió fue totalmente proporcional al tipo de hombre que *él* probó ser, y él le dijo esto a la iglesia que fue salva por medio de su propio testimonio.

Hay falsos apóstoles por todos lados, y usted los puede identificar debido a que ellos le dejan saber a usted que son apóstoles. Poseen un don y una facilidad, y pueden citar las Escrituras, y pueden interpolar y citar cosas Paulinas, y uno puede estar cerca de quedar impresionado. Tienen grandes formas de ser, pero no es la de Pablo. Pablo podía decirle a los tesalonicenses, “*como bien sabéis cuáles fuimos entre vosotros por amor de vosotros.*” En otras palabras, en todo tiempo ellos conocían a Pablo como la misma consistencia, y esto estaba completamente

relacionado con la palabra que vino a ellos con poder. No existía ninguna mística ministerial profesional en Pablo, en donde era algo diferente cuando se encontraba en privado.

Existen sólo dos pasiones gobernantes en un hombre apostólico, es decir, “por causa de ustedes y por causa de Dios.” Nunca fue por causa de *nosotros*. Pablo no tenía ningún interés en sí mismo, o para sí mismo. Estas dos consideraciones son los requerimientos necesarios para un apóstol, y por tanto para una iglesia apostólica. La superestructura debe ser del mismo tipo que el fundamento. En su despedida a los ancianos en Efeso, Pablo dijo,

“Vosotros sabéis cómo me he comportado entre vosotros todo el tiempo, desde el primer día que entré en Asia, sirviendo al Señor con toda humildad, y con muchas lágrimas, y pruebas que me han venido por las asechanzas de los judíos;” (Hechos 20:18b-19)

Sin importar sus circunstancias externas, había una preciosa consistencia de carácter. Aquí no existe lugar para emotividad humana, o para un espíritu quejumbroso. Esto es algo que se encuentra mucho más allá de buenas intenciones humanas, y solamente existe una manera de explicar este tipo de consistencia, como en las propias palabras de Pablo: “*Porque para mí el vivir es Cristo.*” Esta no es una expresión caprichosa, algún tipo de extravagancia apostólica, sino Pablo siendo bastante literal. Esta es la *única* respuesta, y todo lo demás es una invitación hacia la catástrofe. No podemos buscar ser apostólicos, o verdaderos, con base en la determinación humana en la cual nos mordemos los labios, sin saber lo que debemos hacer. *Vamos* a fallar, y vamos a fallar miserablemente. *Debemos* encontrar el misterio que Pablo encontró, y está tan disponible para nosotros como lo estuvo para él, pero no hemos creído en la Palabra, y no hemos querido recibir su significado.

Sólo existe una explicación para el fenómeno de Pablo. Su vida era la continuación misma del Cristo crucificado y resucitado, quien había encontrado para Sí otro cuerpo totalmente entregado a Su vida. Era Pablo el que no tenía vida por sí mismo, o para sí mismo, y que podía decir, “*Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí.*” ¿Sabe por qué es que no hemos tropezado con este asombroso requerimiento? Es porque nos hemos contentado con vivir por debajo del nivel apostólico. No hemos sentido este tipo de requerimiento de carácter siendo algo pertinente para nosotros, y por tanto hemos estado satisfechos con ser ‘buena gente,’ o nuestro estándar es un estándar de ‘respetabilidad Cristiana,’ y de ser suaves y corteses. Pero quiero hacerle una pregunta: ¿Está nuestro evangelio siendo presentado en el poder del Espíritu, y con plena convicción? Pablo les dice a los tesalonicenses,

“Porque ellos mismos cuentan de nosotros la manera en que nos recibisteis, y cómo os convertisteis de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero, y esperar de los cielos a su Hijo, al cual

resucitó de los muertos, a Jesús, quien nos libra de la ira venidera.” (1 de Tesalonicenses 1:9-10)

Pues de todo nuestro evangelismo inofensivo de hoy en día, y evangelistas espectaculares, y ‘decisiones por Cristo’ que se llevan a cabo, ¿de quién se puede decir en la proclamación del evangelio de hoy en día que los paganos se convierten de los ídolos para servir al Dios vivo y verdadero?

Sin embargo, el poder en el evangelio de Pablo y la convicción que éste traía era suficiente para convertir a los paganos de sus ídolos para servir al Dios vivo. ¿Cuántos de nosotros tenemos esto como el criterio para nuestra obra evangelística? ¡Nuestros estándares han caído miserablemente! Nos contentamos si los hombres solamente ‘aceptan’ a Cristo, y atienden servicios Cristianos, pero no se les hace ningún gran requerimiento. Nuestro evangelismo se ha convertido en una clase de juego ‘estadístico.’ ¿Cuántos han hecho decisiones, y sin embargo permanecen esencialmente ‘paganos’? Pero el evangelio de Pablo tenía otra consecuencia; convertía a los hombres de sus ídolos para servir al Dios viviente, que es más que simplemente atender servicios. Nuestro completo estándar necesita ser elevado de nuevo al nivel apostólico, pues sólo esto es de Dios. Y quiero reiterar mi punto: Nunca podrá ser posible, y nuestro evangelio nunca tendrá *plena convicción y poder* hasta que lleguemos al lugar de desinterés apostólico, donde estamos completamente abandonados a los propósitos de Dios. No nos debe interesar nuestra seguridad, nuestra condición, y nuestro placer. Uno puede tener abundancia, o puede tener escasez; esto no importa. Pablo dice en Hechos 20:22-24a:

“Ahora, he aquí, ligado yo en espíritu, voy a Jerusalén, sin saber lo que allá me ha de acontecer; salvo que el Espíritu Santo por todas las ciudades me da testimonio, diciendo que me esperan prisiones y tribulaciones. Pero de ninguna cosa hago caso, ni estimo preciosa mi vida para mí mismo...”

Aquí vemos el carácter divino forjado en un hombre, que originalmente era un perseguidor y un asesino. Se va a necesitar de toda la eternidad para revelar la bondad de Su gracia hacia nosotros, no sólo en esta era, sino en las eras por venir. Pablo de ninguna cosa hacia caso, ni estimaba preciosa su vida para sí mismo, y jamás tendremos el poder y la autoridad de convertir a los hombres de sus ídolos mientras *nosotros* estimemos nuestras vidas como preciosas para *nosotros mismos*. Pablo era insensible a las cosas, y nosotros debemos llegar a esta condición apostólica.

En 1 de Corintios 7:29-32a Pablo declara:

“Pero esto digo, hermanos: que el tiempo es corto; resta, pues, que los que tienen esposa sean como si no la tuviesen; y los que lloran, como si no llorasen; y los que se alegran, como si no se alegrasen; y los que

compran, como si no poseyesen; y los que disfrutaban de este mundo, como si no lo disfrutasen; porque la apariencia de este mundo se pasa. Quisiera, pues, que estuviésemos sin congoja...”

El propósito completo de esta exhortación apostólica es para que nosotros nos concentremos en el Señor sin ninguna distracción, ¡pues el tiempo es corto! El dijo esto casi dos mil años atrás, ¿pero cuántos de nosotros lo creemos ahora? Ellos vivían en la expectativa de una conclusión apocalíptica, y nosotros debemos ver que sea restaurada toda una atmósfera apostólica, en donde no debe ser pequeño el sentido de urgencia y expectativa de un final apocalíptico. Esto no puede ser para nosotros una simulación, sino una verdadera urgencia, hasta el punto en que haya una ‘electricidad’ en nuestra atmósfera. Nuestros hijos deben estar persuadidos de que aquello en que nos encontramos es eminentemente real, y que no sólo estamos ‘atendiendo servicios.’

Esto sólo podrá ser posible cuando ellos no vean llegar de la iglesia a la casa una clase diferente de padres de la que vieron *dentro* de la iglesia. No sólo estoy hablando acerca de la atmósfera en nuestras reuniones, sino de la atmósfera que prevalece en la *totalidad* de nuestra vida juntos como una comunidad apostólica. ¿Estamos anticipando continuamente las cosas que están prontas a suceder? Por esta misma razón, debemos ser indiferentes a las distintas novedades y modas de nuestra generación. Las modas del mundo van a pasar. ¿Hemos llegado al lugar donde no somos afectados por las cosas? Sí, podemos emplearlas y utilizarlas, pero ellas no nos afectan. No nos desmayamos de repente si no las quitan.

Como he dicho antes, nunca podremos llegar a este estándar apostólico por nosotros mismos. La iglesia es la provisión de Dios para la fuerza, la oración, y el apoyo para romper los poderes del mundo sobre la vida de los creyentes quienes tienen la intención de llegar juntos a este lugar apostólico donde: “*De ninguna cosa hago caso, ni estimo preciosa mi vida para mí mismo...*” Nos necesitamos los unos a los otros para llegar a esta emancipación, y solamente puede venir a través de la *verdadera* relación, la cual es la *verdadera* iglesia.

Puedo recordar bien cómo fue para mí cuando comenzamos a vivir en comunidad. Renunciamos a una casa de diecisiete habitaciones con cinco baños para ir a una propiedad rural localizada al norte de Minnesota, donde fue alterado radicalmente todo nuestro estilo de vida. Vi a alguien detrás del timón de “mi” carro. Yo había pensado que solamente era un medio de transporte, ¡pero cuán profundo nos encontramos auto engañados y ni siquiera lo sabemos! Experimenté no sólo el impacto de ver a otra persona conducir “mi” carro, ¡sino también hacer *crujir* la transmisión! No tenemos ni idea, dentro de nosotros mismos, lo profundo que está el mundo en nosotros. La comunidad o la vida juntos es la provisión de Dios, poseyendo el potencial para romper los poderes del mundo que están sobre nosotros. ¿Se acuerda usted lo que Pablo decía que él gemía dentro de ‘este tabernáculo terrenal,’ y lo mucho que deseaba estar con el Señor? Pero por ‘amor a ustedes’ él estaba dispuesto a morar dentro de su cuerpo. El era un hombre

celestial; no estimaba nada precioso para sí mismo, para lograr terminar su carrera con gozo, y el ministerio que había recibido del Señor.

En 1 de Tesalonicenses 2:10 Pablo declara:

“Vosotros sois testigos, y Dios también, de cuán santa, justa e irrepreensiblemente nos comportamos con vosotros los creyentes.”

Existe una conciencia apostólica extrema de Dios como *testigo*, una conciencia que delante de El somos absolutamente transparentes. Dios nos ve en nuestros momentos en público al igual que en nuestros momentos en privado. El nos ve en todo momento, y nuestras vidas deben ser vividas *concientemente* delante de Sus ojos. Esta es la única verdadera motivación para ser intachable, y nunca seremos intachables hasta que la tengamos. La manera en que nos comportamos la mayoría de las veces en privado y personalmente es una extraordinaria afrenta a Dios. En la mayoría de los casos, ¡es realmente una declaración del hecho de no creer que nuestras vidas estén siendo vividas ante Sus ojos!

Es asombrosa la cantidad de indulgencia que nos permitimos. No sólo estoy hablando acerca de los evidentes pecados sexuales y sensuales de fornicación o masturbación – aunque estos son suficientes para contradecir nuestro testimonio entero, y para indicarles a los principados y potestades del aire que no deben tener temor de nosotros – sino que estoy hablando acerca de algo aún más profundo que esto. Pablo habla acerca de tener una conciencia sin ofensa delante de Dios y delante de los hombres. La indulgencia puede tomar la forma de estar pensando continuamente nuestros propios pensamientos cuando somos *libres* de pensar nuestros propios pensamientos – pensamientos críticos, pensamientos egoístas, y pensamientos resentidos. Estos son *igualmente* tan impíos como el acto de fornicación. El apóstol es la cosa en sí mismo, de pies a cabeza, la palabra de Verdad encarnada, toda la verdad y nada más que la verdad. Aun en sus pensamientos privados y personales, él es conciente de un Dios ante cuyos ojos él es absolutamente transparente.

“Vosotros sois testigos,” dijo Pablo, “y Dios también, de cuán santa, justa e irrepreensiblemente nos comportamos con vosotros los creyentes.” El requerimiento apostólico se encuentra mucho más allá de la simple conducta externa; éste requiere la integridad total del hombre – espíritu, alma y cuerpo. Pablo era verdaderamente un hombre que estaba ligado en el Espíritu, yendo hacia Jerusalén, y debe ser también la descripción de nosotros. No estoy diciendo esto para ponernos bajo ninguna condenación, sino más bien para mostrarnos qué tan alto es el estándar que Dios llama *apostólico*. Debe ser así, pues es el estándar que constituye la plomada del cielo hacia la tierra. Es la escalera que conecta el cielo con la tierra, el estándar para un mundo incrédulo, por el cual todas las cosas deben ser medidas. Esto es apostólico, y es la intención de Dios para la iglesia en todo lugar.

Por tanto, la iniciativa para la santidad y para ser intachables siempre, se encuentra dentro de la conciencia de Dios como Juez. Esta es la razón por la cual Pablo les podía hablar con plena convicción a los Atenienses, “*Dios ha fijado un día en el cual juzgará al mundo.*” Puedo casi ver el escalofrío subiendo por las espaldas de aquellos filósofos incrédulos. Ellos jamás habían escuchado semejante concepto. Pero sólo se requiere escucharlo una vez cuando proviene de la boca de un hombre apostólico, quien no está simplemente hablando un tecnicismo de doctrina, sino que asombrosamente conoce al Juez. Es por esto que Pablo dice, “Conociendo el temor del Señor, persuado a los hombres. Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo.” ¿Cómo es que Pablo lo sabe, y nosotros no? El lo sabe debido a la relación, y por la intimidad de su conocimiento de Dios, y este es el requerimiento apostólico más profundo de todos.

El Yugo del Señor

“*Llevad Mi yugo sobre vosotros, y aprended de Mí, que soy manso y humilde,*” dijo Jesús. ¿Estamos nosotros *con* Dios, o somos entidades independientes y sin restricciones que van y vienen como les plazca? ¿Es nuestro lenguaje, “Bueno, pienso que atenderé aquella conferencia, o iré a aquella universidad; voy a ver si me siento bien para ir a la reunión de esta noche”? Si es así, tenemos un mayor interés por nuestras vidas de lo que creemos, y esto nos impedirá ser *apostólicos*.

Nunca llegaremos a ser ‘apostólicamente intachables’ mientras seamos concientes de nosotros mismos en la relación de los unos con los otros. Mientras continuemos viviendo nuestra vida bajo el estándar que es establecido *solamente* por nuestra relación con los demás, en lugar de una vida vivida para Dios, y en un estado de permanencia dentro de este estándar divino, entonces nos quedaremos cortos de Su intención y gloria. Se nos va a requerir a menudo estar solos. Vamos a sufrir golpes severos de reproche y criticismo, y si nuestra alabanza y estima proviene de los hombres, no podremos permanecer en pie. Pero si nuestra alabanza proviene de Dios, y estamos dispuestos a esperar por ella, entonces permaneceremos en pie, ¡y en pie apostólicamente! Esta dependencia de inclinarnos por la confirmación de los hombres, por apoyo, por aceptación, y por aprobación, necesita ser fuertemente quebrada. Sólo existe una cosa que la puede romper, es decir, la aprobación y la aceptación que sólo proviene de Dios. Si hemos vivido habituados a la luz de las respuestas de los hombres, necesitando de su aprobación, vamos a colapsar. Sólo existe una persona que puede resistir tal impacto, y este es un hombre que solamente vive para una satisfacción – la alabanza que no proviene de los hombres, sino de Dios.

No vamos a conseguir esto en un día, pero no lo obtendremos nunca si no lo vemos concientemente como un objetivo que es deseado por encima de todo. Debemos ver la necesidad de movernos de nuestro presente temor de los hombres hacia la restauración del temor de Dios. Esta debe ser nuestra misión y meta apostólica para la cual necesitamos la participación de todos. Estamos *todos*

juntos en esto. ¿Puede ver lo extraordinario y necesario que es el requerimiento por una verdadera iglesia? Debe ser aquel singular lugar sobre la tierra en donde no necesitamos ponernos encima ninguna apariencia, donde francamente podemos reconocer nuestros defectos e imperfecciones y decirnos los unos a los otros la verdad en amor, y exhortarnos los unos a los otros *a diario*. El próximo domingo ya es muy tarde. De hecho, nunca será realizado esto con simples domingos. Exhortarnos los unos a los otros mientras todavía es hoy significa una alteración radical de nuestro presente estilo de vida, y el establecimiento de todo un nuevo conjunto de prioridades – prioridades apostólicas – que harán una seria intrusión sobre nuestra privacidad, nuestro placer, y nuestro tiempo.

Pablo habla acerca de ser hallados irrepreensibles en Su venida. El dice que otros puede que luchen por una corona corruptible, pero nosotros por una incorruptible. Para Pablo, esto es absolutamente vivo y real. Para él, existe algo vergonzoso que no puede tomarse en consideración, es decir, que él se tenga que presentar delante del Señor sin tener una corona para poner a Sus pies. ¿Tenemos nosotros algún deseo de ganar una corona? ¡La corona de gloria no puede exceder la corona de nuestro sufrimiento! Si no estamos dispuestos a llevar la corona de espinas, las tribulaciones, las exigencias, los reproches, y los sufrimientos por causa de la justicia para aprender lo que significa vivir una vida celestial en una tierra que no es hospitalaria, entonces no tendremos una corona para poner delante de El.

El Señor mismo nos exhorta a que pongamos nuestros afectos sobre las cosas de ‘arriba’ en donde se encuentra nuestro tesoro. El cielo no sólo es poesía bíblica, sino la exhortación más práctica y real para estar intachables cuando El venga. Las palabras, “*Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto,*” resuenan en nuestros oídos. Es un estándar absoluto y apostólico muy parecido a ser hallados irrepreensibles cuando El venga, y si no insistimos sobre este estándar, entonces rápidamente nos ‘permitiremos’ cosas para nosotros mismos.

¿Poseemos una conciencia que esté sin ofensa delante de Dios y los hombres? ¿Qué condición en la cual estar! Es nada menos que nuestra re-entrada al Jardín del Edén, un regreso a la inocencia. Debe ser sin engaño, una luz en el mundo. Es la invitación que Dios nos hace, no sólo en nuestra conducta externa, sino también en lo que somos interna y privadamente, aun en los pensamientos que tenemos, cuando somos libres de pensar lo que queremos. Esto requiere de una ‘comunidad’ de los santos que sea propicia para todas estas cosas. Requiere de una comunidad que hable la verdad en amor para que pueda crecer en todas las cosas en El. Es el final de la pasividad en la iglesia, y de seguir mirando hacia arriba sobre la plataforma donde un hombre trata a medias de conducir un servicio completo. Necesitamos encontrar y hacer espacio para hablar cara a cara, no hacia la parte trasera de nuestras cabezas, sino viendo en el rostro de cada uno de nosotros la gloria de Dios, y moviéndonos de gloria en gloria, como por el Espíritu de Dios.

La provisión de Dios para el perfeccionamiento de los santos son los *santos mismos* dentro de una *verdadera* relación, en interacción, en confrontación, en exhortación, y en decir la verdad en amor. Debemos regresar a estas diarias realidades de iglesia si es que vamos a crecer en todas las cosas en El, que es la Cabeza, esto es, Cristo. Este tipo de matriz de vida abrirá nuestras vidas, y nos posicionará bajo la supervisión de aquello que nos proponemos en Dios. Es una supervisión necesaria que posee el potencial de abrirse camino para la verdadera vida apostólica.

Este tipo de vida sacramental debe ser traída de vuelta a la iglesia. Debemos ser rescatados de la simple conveniencia. No es suficiente si algo funciona, o sirve, o simplemente lleva a cabo la utilidad y el requerimiento de la hora. Esto puede muy bien satisfacer el requerimiento del mundo, ¡pero no el de Dios! La cuestión no es si funciona o no. Debemos ver más allá de la utilidad hacia la dimensión de la gloria, en las cosas pequeñas y grandes. Debemos hacer de nuevo todas las cosas como para el Señor, estando firmes y constantes, creciendo en la obra del Señor siempre, y estando firmes en la fe.

Conclusión

Este solamente es un vistazo del viñedo de Pablo – simplemente frases sueltas aquí y allá en la manera que vienen a nosotros por medio de la más superficial examinación de sus epístolas, ¡pero qué estándar el que comienza a surgir! Es el estándar apostólico en el cual Pablo mismo caminaba, y exhibía. “*Síganme a mí, sean imitadores de mí,*” necesita ser dicho de nuevo por hombres y mujeres ‘apostólicos’ de nuestra propia era. Dios nos llama hacia algo aún más aterrador que esto, es decir, el ser capaces de decir con Jesús a un mundo incrédulo, “*El que me ha visto a mí, ha visto al Padre. Yo y el Padre uno somos.*” Si usted quiere saber cómo es Dios, entonces vea esta humildad, vea esta verdad intransigente, vea esta integridad, vea esta rectitud, vea este carácter piadoso, pues este es el fundamento de la iglesia. Nuestro poder y autoridad en el ministerio no son cosas independientes de ella, sino todo divinamente unido.

“Pues nuestro evangelio no llegó a vosotros en palabras solamente, sino también en poder, en el Espíritu Santo y en plena certidumbre, como bien sabéis cuáles fuimos entre vosotros por amor de vosotros.”
(1 de Tesalonicenses 1:5)

¿Cuántos se van a suscribir a este estándar desde este día en adelante? Si somos serios, seremos capaces de decir con Pablo, ‘nuestro’ evangelio, el evangelio de Su gracia. No será más una palabra técnica, sino una profunda capacitación experimentada por aquellos que serán santos como El es santo, y perfectos como El es perfecto.

“Y vosotros vinisteis a ser imitadores de nosotros y del Señor.” Pablo acá estaba sugiriendo que seguirlo a él era seguir al Señor. Esto, o es arrogancia o la simple verdad en toda humildad. Lo apostólico es el Señor en toda la completa encarnación ocupando todo el ser humano. ¿Puede usted imaginarse una iglesia así, toda una iglesia de pies a cabeza, con el mismo esplendor apostólico, la misma estatura apostólica, el mismo carácter apostólico, el mismo testimonio apostólico, y el mismo poder apostólico? Esto es lo que Dios está deseando.

Amen.